NATIVEL PRECIADO

El pan de mis hijos



ESPASA

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
Créditos

NATIVEL PRECIADO

EL PAN DE MIS HIJOS

ESPASA

A Sara y a Pablo,
mis únicos herederos

«Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz.
Si quieres que sea mejor, hazlo más feliz».

«Lo que se escribe con sangre no se puede borrar».

«¿Cuántas personas podrán decir que tuvieron al padre que quisieran tener si volvieran a nacer?».

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE, *El olvido que seremos*

1

—¡Cielo santo!

Era la primera vez en mi vida que pronunciaba semejante jaculatoria, pero es que casi me estalló el corazón cuando un albacea me llamó para comunicarme que la célebre tía Luisa, en cuyo entierro estuve la semana anterior, me había designado como única heredera. Me pidió que le enviase una foto de mi documento de identidad. Tan solo tenía un par de puntualizaciones que me explicaría antes de ver al notario, tal y como Luisa dispuso en sus últimas voluntades. Allí quedaríamos tan pronto como fuera posible: seis eternos días más tarde.

También era la primera vez en mi larguísima vida que iba a conseguir una fortuna sin el menor esfuerzo. Sin siquiera merecerlo. ¡Única heredera! Eso incluía, al menos, su ático del barrio de Salamanca, con todos los tesoros que contenía, casi tan valiosos como el propio inmueble.

Jamás imaginé que podría ser la heredera de una pariente lejana por la que sentía tan poco aprecio. Lógicamente, nuestros sentimientos eran recíprocos. O eso pensaba hasta la llamada.

Cuando regresó del exilio en México, cada vez que nos invitaba a merendar o a tomar un aperitivo aprovechaba cualquier motivo para agredirme con mayor o menor sutileza. No le gustaba mi estilo ni mi manera de conducirme, le parecía indigno que participase en ciertos programas de televisión, mis novelas las consideraba prescindibles y no se explicaba cómo había conseguido tantos premios. Le molestaba que nunca hubiese terminado de

comprometerme políticamente. Sabía que había rechazado ofertas tentadoras para hacer carrera en la política. Tener una sobrina en un Gobierno de izquierdas hubiera sido un motivo de orgullo. ¡Qué tiempos aquellos en los que se podía presumir ante las amistades de ser de izquierdas! Creí que nunca me lo perdonaría y, sin embargo, me había legado toda su fortuna. Ignoraba el motivo. Tampoco sabía en qué más consistiría el lote de la herencia, aunque con la espléndida casa y los bienes que siguiese albergando ya me quedaba más que satisfecha. Llevaba muchos años sin ir, los mismos que casi no tuve contacto con ella. Quizá lo había vendido todo, pero seguro que tenía más inmuebles, joyas, fondos, participaciones, letras. Patrimonio en la forma que fuere.

Nunca supe ahorrar ni invertir. Había ido vaciando las cuentas bancarias y me liquidé el plan de pensiones durante el confinamiento, de modo que apenas tenía dinero. Era septuagenaria y seguía trabajando, la herencia me llegaba tarde, no podría disfrutarla durante muchos años, pero haría felices a mis hijos cuando les contase que se habían acabado las carencias económicas. Eso era, de largo, lo que más ilusión me hacía.

No quisiera ser desagradecida, pero lo cierto es que no sentía por la tía Luisa ni un ápice de cariño. Ella tenía sobrinos mucho más queridos y cercanos, lo cual no hacía más que acrecentar mi curiosidad. De hecho, ni siquiera teníamos lazos de sangre: Luisa era la tía de mi marido, que murió muchos años antes. Ella, al final, estuvo cerca de llegar a los cien y doy fe de que con más de noventa seguía lúcida. ¿Por qué yo?

Claro que me mataba la curiosidad, pero la superaba la enorme satisfacción de convertirme en propietaria, entre otros inesperados bienes, de... Tuve que hacer memoria. La tía Luisa se había ido desprendiendo de varias obras de arte a lo largo de su vida. Por no hablar del sonado robo del Picasso, lo más valioso que había en su casa. Sin embargo, confiaba en que conservase, al menos, el óleo de Fortuny, la serie de grabados firmados de Miró y Dalí, una escena muy neoclásica de José de Madrazo (el patriarca), la biblioteca con

varios incunables, el piano Steinway, la bellísima cómoda de caoba y palo santo, y muchas de sus alhajas de gran valor. Aparte, por supuesto, del ático de la calle de Lagasca y su frondoso jardín de la terraza. Habría apostado a que era el triple de grande que mi piso. Intenté recordar todo lo que vi cuando lo visité por última vez, en la cena a la que tuvo la deferencia de invitarme, ya sin mi marido. Luisa lució una gargantilla de terciopelo negro con el diamante más grande que había visto en mi vida, un pedrusco tan deslumbrante que eclipsó todo lo demás. También me fijé en unos espectaculares pendientes de oro blanco a juego y, por supuesto, en el Picasso, que aún seguía presidiendo el salón junto al Fortuny. Ya estaba muy mayor. Se me quedó grabada su imagen acariciando generosamente a sus dos perros, con todas sus escasas fuerzas. Había dedicado su vida a ser una dama elegante y doy fe de que fue, sin lugar a dudas, la más distinguida de la familia. «Volviste a engordar», me susurró en un aparte al despedirnos, con su peculiar acento mexicano.

2

No pude ocultarlo por más tiempo. En nuestro restaurante preferido nos reservaban siempre la misma mesa y nos trataban como si fuéramos sus mejores clientes. Era cercano, acogedor, luminoso y, lo más importante, nos dejaban prolongar la sobremesa hasta el anochecer. Nunca nos echaron a patadas y doy fe de que alguna vez lo merecimos.

Era una de esas tardes luminosas para disfrutar del invierno madrileño. Mi querido camarero dominicano me había ofrecido un vino blanco con hielo que saboreaba mientras esperaba a mis hijos. No lo tomaba con hielo para que estuviese más frío, sino para que durase más. Para beber menos alcohol, en definitiva.

Cierto que llevaba tiempo queriendo hablar con ellos de mi propia herencia, del complicado reparto *post mortem*. Siempre quise facilitarles el trámite, pero la tía Luisa hizo saltar todos los cálculos por los aires. Pretendía, a modo de introducción, hablarles primero de mi situación patrimonial, no crítica, pero tampoco para tirar cohetes; luego, de la fugacidad de la vida, con un tono proverbial, rozando lo lúgubre. Y, finalmente, cuando estuviesen a punto de llorar, revelarles de pronto el milagro de la herencia. Que llorásemos todos, pero de alegría. Era un capricho, me ilusionaba hacerlo a mi manera, aunque sabía que sería complicado.

—¿Se puede saber qué te pasa, por qué tanto misterio? ¿Estás bien? —me interpelaron los dos tras disculparse por sus respectivos retrasos.

—Todo lo bien que se puede estar a estas alturas de la vida —respondí solemne.

Una hizo aspavientos amenazando con levantarse e irse, todavía con el bolso colgando del hombro; el otro resopló y se tapó la cara con las manos implorando algo. Ambos estaban mal, histéricos, sobrepasados por la vida. No admitirían la menor muestra de pesimismo en la conversación, no habían cuadrado sus agendas un viernes para recibir a cambio ni un ápice de desazón.

Me reí, esa fue mi reacción. No pude evitarlo porque ya me había costado demasiado ocultar mi sonrisa al saludarlos. Y todo pasó muy rápido: de pronto me vi hablándoles de dinero y los dos abrieron mucho los ojos, como para escucharme mejor. Pero tampoco sentencié nada reseñable, solo pretendía hacer una introducción prudente que despertase su interés y demorase un poco el desenlace. Tal vez, por deformación profesional.

—Y por eso quiero redactar mi testamento —solté al fin.

Mi hija agarró el bolso y miró al cielo sin llegar a decir nada. El otro sorbió su agua esperando animado a que continuase. Correspondí con mi vino helado y se acercó el camarero a tomarnos nota. Mi hijo quería besugo, su pescado favorito; yo lo animé a darse el capricho. Después dictaminó:

—Ten en cuenta, hermana, que la mayoría de la gente de su edad ya está muerta. La inmensa mayoría. Mamá es un milagro.

—No sé qué quieres decir, pero nunca he soportado tu sentido del humor —respondió ella.

Yo tampoco, pero mi hijo tenía razón. La esperanza de vida media en el mundo era inferior a la mía. No digamos en Siria, Ucrania o en la franja de Gaza. O en el siglo XVIII. Mi hija, sin embargo, salió en mi defensa: auguró que podría vivir veinte años más en buenas condiciones y valerme por mí misma si durmiera más de lo que duermo, si practicase yoga o pilates con regularidad, si no fuera de bolos a tres provincias por semana, si no hiciera quinientos kilómetros conduciendo sola y, sobre todo, si no fuera de plató en plató de televisión.

También ella tenía razón. La tele es cruel con los viejos, más aún que los *haters* de Twitter. Un primer plano distraído puede hundir en la miseria a cualquier septuagenario. Poco antes de aquella comida, me habían lanzado un chorro de aire gélido a la cara mientras comentaba la guerra de Putin y creí que acabábamos de sufrir un ataque químico. En la pausa publicitaria supliqué un poco de humanidad. Como los presentadores sudan con los focos y no quieren que les salgan brillos en la cara, exigen que los platós estén bajo cero. Salí de allí estornudando y tosiendo. No puedo competir con los jóvenes, no solo por su lozanía, sino por su agilidad mental. Son rápidos, hablan deprisa, con voz firme y con seguridad. Yo, sin embargo, planteo dudas y matices inútiles que no sirven para aclarar situaciones, desvelar misterios ni, en fin, crear polémica y generar clics. Los titubeos son imperdonables en el medio audiovisual. Ojalá algún día se elogie el titubeo, la duda, no tener una opinión instantánea y formada sobre todas las cosas. Pero sospecho que no sucederá nunca.

Llevaba cuarenta años apareciendo en televisión. Apenas hacía una semana que había estado ante las cámaras en plena calle para recordar el cincuentenario de la desaparición del diario *Madrid*, un periódico censurado por el régimen cuya sede fue dinamitada para levantar sobre sus escombros un inmueble de apartamentos y una leyenda: una placa conmemorativa bajo la que me encontraba evocando aquella odisea periodística en la que participé noche tras noche. Éramos unos noctámbulos dispuestos siempre a prolongar la jornada laboral hasta el amanecer. Quedaban algunos vestigios de nuestras andanzas, como el mural que pintó Anciones colgado de una pared de la Asociación de Periodistas Europeos, donde aparecemos algunos de los supervivientes del naufragio. Yo estoy en medio, como una joven musa insinuante. También escribí una historia relacionada con aquella época, gracias a la cual me liberé de viejas obsesiones y, además, gané el Premio Fernando Lara de Novela, mejor dotado entonces que en la actualidad. Pero no quisiera perder el hilo, sería un rasgo inequívoco de senilidad.

Aquella noche me vi en la misma puerta por la que entraba hacía cincuenta años y pensé que había llegado el momento de echar el cierre. Llevaba más de medio siglo trabajando día a día, ininterrumpidamente, en esta profesión.

Mis hijos coincidieron en que podía seguir escribiendo, pero debía dejar de una maldita vez todo lo demás. Ya era hora de tomármelo con calma y disfrutar de un merecido descanso. No era la primera vez que me lo sugerían, ni mucho menos, pero me sonó más convincente.

3

Hasta ese momento era propietaria de dos viviendas, una en Madrid y otra en la costa. El reparto no estaba claro por el diferente valor entre ellas, pero al convertirme en heredera de un incierto patrimonio la división se enredaría todavía más. Al menos, sería para bien. Por eso había decidido mudarme al nuevo piso del que estaba a punto de convertirme en dueña y donar a mis hijos a medias el que iba a abandonar. Que se arreglasen ellos. Aprovecharía la mudanza, además, para hacer una limpieza casi completa, una catarsis vital. Todo de lo que me deshiciese se lo ofrecería a mis vástagos por si querían malvenderlo en internet. Y si no, a la basura.

Cerrado ese capítulo llegaría la hora de escribir, mejor que otro libro innecesario, la declaración de mis últimas voluntades. Pero antes terminaría este libro innecesario. Nunca escarmentaba.

El pasado verano una amiga de mi edad se fue sin dejar nada escrito. Sus descendientes, trastornados y muertos de pena, se dedicaron a recopilar durante meses la infinidad de papeles que necesitaba el notario. Fue doloroso ver cómo dos nietos se peleaban por un Rolex.

Había vivido de cerca el desgarrador desmantelamiento de varias casas familiares y no quería que mis hijos pasasen por ese trance. Quería facilitarles la vida en tan delicado momento. Bastante disgusto tendrán cuando muera su madre como para añadir el dolor de cabeza de hacer repartos, echar cuentas y liquidar objetos.

Lo peor son los objetos. Es desolador que, siendo tan poca cosa, vivan más que sus propietarios. He alabado muchas veces la

buena costumbre de los egipcios de enterrar a sus muertos con todas sus pertenencias depositadas en primorosas arcas, estuches y hornacinas. Más aún las piras funerarias de los hindúes. Cualquier cosa menos dejar a los que se quedan la ingrata tarea de cargar con la parte inútil de una herencia. Me negaba a endosar a mis hijos la enormidad de chismes que había ido acumulando durante siete décadas.

No se trataba solo de muebles viejos, alfombras polvorientas y ropa pasada de moda; también cuadros, esculturas africanas, figuritas de plomo de la India, cristalería de Jerusalén, fósiles de Yemen, caracolas del mar Muerto, plumas estilográficas, cuadernos, cartas de amor, textos inéditos, archivadores repletos de recortes de periódicos de crónicas y entrevistas que llevaban mi firma, centenares de antiguas diapositivas de mis viajes, vídeos y álbumes de fotos en papel. Y cacharros obsoletos y libros, muchos libros. En fin, porquería inservible que acabaría en el contenedor. Con pertenencias similares de otros muertos ilustres sus herederos creaban una fundación para ir tirando y sacarle algún provecho, pero necesitan una subvención pública o privada y cada vez escasean más los recursos. No hay mecenas para mantener tanta fundación y a tantos descendientes de celebridades.

En *El lenguaje de las cosas* —un libro que presté a un amigo de esos que nunca los devuelve—, cuenta Deyan Sudjic que las pertenencias a las que tenemos apego sentimental han dejado de ser hereditarias. Antiguamente, las personas acumulaban en torno a doce objetos a lo largo de su vida. Y pasamos de poseer la docena de pertenencias que tenían mis abuelos a las incontables cosas que a mi generación le gustaba acumular. La mayoría, además de inútiles, ponían en evidencia nuestro particular síndrome de Diógenes. Curiosamente, de pronto, el objeto más preciado para la generación actual es el *smartphone*, donde se almacena una vida entera en la palma de la mano. Y con su *smartphone* mis hijos malvenderían al peso en Wallapop primeras ediciones firmadas por autores ilustres que a mí me parecieron tesoros. Sabía yo que la

operación desprendimiento me revolvería las tripas, pero más doloroso sería aún desprenderme en primera instancia de tanta reliquia conociendo su destino de antemano.

4

Se me hacía muy cuesta arriba dejar todo previsto para cuando ya no exista, pero me tranquilizaba cerrar con mi firma el último capítulo de mi vida. Siempre soñé con morir dormida cuando estuviese todavía viva, es decir, sin haber perdido la cabeza. Mi madre decía que yo era muy peliculera, y ha sido una suerte, porque ser fantasiosa y soñadora me ha permitido vivir con desahogo de la escritura toda la vida.

Sé que, en parte, se lo debo a la suerte y a haber nacido en un país privilegiado, a tener una infancia feliz y unos padres generosos que me dieron buen ejemplo, buena educación y me llevaron a un colegio donde había profesores fuera de lo común, sobre todo para aquellos tiempos. Sus métodos de enseñanza eran poco académicos y muy heterodoxos: me enseñaron a pensar sin atiborrarme de conocimientos ni hacerme repetir como un loro el nombre de los reyes godos. Me llevaron a museos, exposiciones, conciertos y, además, me enseñaron a disfrutar de la naturaleza.

Es lo que yo he pretendido transmitir a mis hijos, que tener cultura requiere el mismo esfuerzo y paciencia que cultivar una huerta o un jardín. Nada crece de la noche a la mañana, del mismo modo que nadie se hace culto en un trimestre. Para saber algo de música, poesía, cine, literatura, hallazgos científicos, filosóficos o estéticos, no basta con leer una enciclopedia o un manual durante tres meses seguidos; es necesario haber dedicado al aprendizaje pequeños momentos cada día de nuestra vida. Me refiero a una clase de cultura determinada. No se trata de que visitar museos o

escuchar ópera se convierta en un goce elitista para minorías cultivadas. Una persona con conocimientos sobre diversas materias puede ser memorión, erudito, instruido; incluso puede resultar divertido y brillante, pero a mí me interesa poco si lo único que sabe hacer con sus sapiencias es exhibirlas. Lo importante es utilizarlas como una herramienta. Una persona culta es la que sabe dar sentido a su vida y relacionarse del mejor modo posible con el mundo que lo rodea, un estímulo intelectual para mejorar, ser más libre, nunca para presumir de tu refinamiento ante los demás. No se trata de hablar de Platón, Galileo, Darwin, Picasso o Einstein con conocimiento de causa, porque esa clase de erudición puede convertirse en un ejercicio de superioridad frente al ignorante. Un tipo verdaderamente culto nunca despreciaría a quien no lo es. Eso aprendí en el colegio Decroly, además de a esquivar las normas arbitrarias e injustas que pretendían imponerse en aquella época donde no existía la libertad.

—Madre, ¿qué te pasa? —preguntó mi hija al verme tan ensimismada.

—Estaba pensando en verdades incómodas —improvisé para disimular mis recuerdos.

—Suéltalas si no son ofensivas.

—Son desagradables, pero no creo que te ofendan. Quería pediros, tanto a ti como a tu hermano, que no me llevéis a una residencia —se me ocurrió de pronto.

En cierto modo, venía a cuento, pues me resistía a acabar mis días en uno de esos morideros, por lujoso que fuera, rodeada de viejos achacosos y cuidadoras que, para simular afecto, te tutean y abusan del diminutivo. «Tápate con la mantita, cielo, no me cojas frío». No soportaría que me hablasen con posesivos y lenguaje infantil.

—¿A qué viene esta tontería? —me reprochó mi hija.

—Porque tengo que hacer el testamento vital. No quiero ser un lastre para vosotros. Ojalá me largue en el momento oportuno.

—Madre, deja de decir tonterías y no te disperses. Estábamos hablando de asuntos más interesantes. Te queda mucha vida todavía.

—Pues no lo sé, pero no quiero vivir veinte años más con un cuerpo achacoso.

—Está bien, para que te quedes tranquila, te lo prometo, madre: nunca te llevaremos a una de esas malditas residencias. Pero volvamos a lo nuestro.

5

Me conoce como nadie y no dejó a su hermano intervenir en la conversación porque sabía que estaba lejos de entender nada, en un universo ajeno a nuestra complicidad. Una complicidad maldita y bendita que consiguió que sintiese de nuevo que solo estaba hablando con ella, que mi hijo era un mero espectador cuya presencia casi incomodaba, aunque me llevase mejor con él. Tal vez me llevaba mejor con él precisamente por eso: no me conocía tan bien como su hermana.

—El otro día estuve en un funeral, no sé si os acordáis.

—Sí, claro, el de Cristóbal —respondió rápido ella.

—No, ese no. Antes.

A partir de mi edad los muertos se amontonan. No has terminado de enterrar a uno y ya cae otro. Es como la guerra.

—Ah, el de la tía Luisa. La que unas Navidades me metió en la cabeza que fuera actriz.

—No te imagino de actriz.

—Claro, cómo te lo vas a imaginar, si me lo impedisteis papá y tú.

—De verdad que no me acuerdo, pero es cierto: no me hubiese gustado verte peleando por ser actriz.

—¿Y qué te gustaría que hubiera sido? —me preguntó con escepticismo mi hija.

—Una acreditada investigadora, y que te hubieran fichado en el Instituto Salk —respondí siguiéndole el juego.

—¿Estás convencida de lo que dices? Eso, que yo sepa, está en California, así que no me habrías visto el pelo, ni a mí ni a tu querido nieto —dijo molesta—. Ya sé que te he decepcionado.

—¿Por qué te lo tomas todo tan a la tremenda, hija mía?

—No sé, siempre es molesto saber que te he defraudado.

—¡En absoluto! Me gusta como eres. Estoy orgullosa de ti —traté de esquivar el conflicto—. Quiero verte contenta y feliz. Me da igual el camino que elijas para lograrlo.

—Nada menos que contenta y feliz. No es poco lo que pides.

—¿Actriz tú? —nos interrumpió su hermano, ajeno a la conversación hasta entonces, con un cigarrillo entre los labios—. ¿Teníamos una tía Luisa?

Con él siempre había que ponerlo todo en contexto, en aquella ocasión con árbol genealógico incluido.

No recordaba que Luisa hubiese marcado los sueños de mi hija. Sí que se vieron algunas veces cuando era niña. Nos invitó a pasar algunas Nochebuenas en su ático, festejos memorables de los que mi hijo no se acordaba. Y no porque fuera muy pequeño, sino por una memoria prodigiosamente malograda, casi incapacitante. Fui testigo de que semejante tara le había causado más de un contratiempo social grave, por eso lo pasaba mal en los saraos a los que lo invitaba: no recordaba una cara, un nombre, una fecha. Poco antes, en la entrega de un premio literario que me concedieron en Alicante, un tipo lo saludó efusivamente confundiéndolo con el marido de una escritora superventas. Charlaron un rato. Me consta que mi hijo, acostumbrado a corresponder a esas situaciones asintiendo con cara de tonto, lo pasó muy mal cuando llegó la escritora en cuestión a desmentir, no solo que estuvieran casados, sino que lo conociese de nada. «El caso es que el tipo podía sonarme. Pero, claro, cuando me dijo: "Mira, ahí viene tu mujer", eso ya me hizo sospechar. ¡Si está en Madrid! Luego pasó todo muy rápido, no me dio tiempo a decir nada —me explicó al rato—. Mamá, por favor, habla con ella, que no crea que he querido hacerme pasar por su marido. Cuéntale lo de mi mala memoria, que tengo

prosopagnosia, como Brad Pitt, que nos parecemos hasta en eso, que no reconocemos caras. Lo mío va más allá: dile que cuando era pequeño no recordaba la edad que tenía y que me sigue pasando».

Me dio envidia. Lo mejor para no sufrir por la edad es olvidar el día que naciste. Si no te acuerdas de los años que tienes y estás sana, llevarás el paso del tiempo con mucha alegría. Comparto la opinión de Marguerite Yourcenar: «Nunca creí que la edad fuera un criterio. No me sentía particularmente joven hace cincuenta años [...], y no me siento vieja hoy. Mi edad cambia y siempre ha cambiado de hora en hora. En los momentos de cansancio tengo diez siglos; en los momentos de trabajo, cuarenta años; en el jardín, con el perro, tengo la impresión de tener cuatro años».

Siendo cierto lo que dice Yourcenar, a medida que envejeces se impone la realidad y es más difícil olvidar lo mayor que eres. Y no es que quiera volver a la juventud, pero sí encontrar una nueva fórmula para envejecer mejor por dentro que por fuera. El chasis me da igual. Poco me importa la tersura de la piel y la firmeza de los músculos; quisiera mantener los pulmones, el corazón, el hígado y los riñones en toda su plenitud. Ojalá llegase a tiempo de que pudieran cambiarme con facilidad las piezas y los órganos deteriorados para seguir saltando sin romperme.

Aunque, en mi caso, también encuentro ventajas que no están mal. Con la vejez, me he vuelto austera, sosegada y tolerante, sobre todo conmigo misma. Ya no me da tiempo a ser de otra manera, así que es mejor hacer las paces con mi cara, mi cuerpo y mi manera de pensar. Una decisión que, de cumplirla, me daría serenidad. No me desagrada ser vieja, aunque preferiría estar menos cerca de la muerte. Eso sí, me gustaría pasar ese mal trago sin apenas darme cuenta; tener un tránsito rápido a la otra vida. Así debería ser para cualquiera.

Es evidente que lo mejor ya no está por delante. Si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a los cuarenta, una década que viví con plenitud. La vida entonces seguía siendo maravillosa: corría, saltaba, bailaba, trepaba y caminaba a toda velocidad. Quizá la

nostalgia me lleva a engrandecer los recuerdos. Ya se habían cumplido muchos de mis sueños, vivía con mis hijos, mi marido estaba sano, hacíamos viajes exóticos, jugábamos al póquer y compartíamos grandes juergas con los amigos. Los disgustos aparecieron en los cincuenta y los primeros signos de decrepitud ya bien entrados los sesenta.

—¿Se puede saber qué pasa con la tía Luisa?

Mi hija me obligó a ir al grano. Siempre lo hacía, pero era indignante que no se aplicase el cuento, porque nadie se perdía tanto por las ramas como ella. Tampoco era el momento de reprochárselo y que se justificase diciendo que había salido a mí y acabásemos enfadadas.

—Pues que me ha nombrado única heredera.

Siguieron momentos de estupefacción. Al mencionar el ático, mi hijo gritó eufórico, reclamando la curiosidad y la irritación de medio restaurante. Se sintió avergonzado, pero fue solo un instante.

—Tuvo hasta un óleo de Picasso —mi hijo volvió a gritar—, aunque se lo robaron no hace mucho. Ya os digo que no sé exactamente en qué consistirá el lote, el lunes saldremos de dudas, pero sé que tenía muchas obras de arte, como grabados de Dalí y Miró, y joyas. Y fincas. Vuestro padre estuvo en una de Badajoz donde hacían el mejor jamón del mundo, que ni lo sacaban a la venta. Pero también sé que al final de su vida, cuando perdimos el contacto, entró en decadencia y vendió de todo. Así que prudencia.

—¿Y por qué tú? —inquirió ella. La pregunta del millón.

—Sinceramente: no lo sé. Quiero averiguarlo. Era viuda y ya no tenía hijos. El único que tuvo, Ernesto, murió en un accidente. Pero tenía muchos sobrinos, algunos siguen vivos. No como vuestro padre, al que quería mucho. Por eso me parece obra suya, como un milagro. Porque yo no tengo la sangre de tía Luisa y desde luego no me quería tanto como a él.

—Mamá —el del besugo me llamaba *mamá*, mi hija *madre*—, me dan exactamente igual los motivos: somos ricos pero no sabemos cuánto, ¿no? Eso es lo único importante. Esperemos al

lunes. Aunque si nos hubieses convocado después de saberlo, yo este fin de semana podría dormir algo. Ya no, claro.

Su hermana lo miró con su típico gesto desmesurado de hartazgo. Intervine antes de que lo expresara.

—Yo no pego ojo desde que me enteré, así que me parece justo que vosotros tampoco lo hagáis las tres noches que quedan.

Asintieron. Empezamos a elucubrar, a fantasear, a levantar castillos en el aire. Les aseguré que Luisa era un personaje fascinante.

—Pero si te caía mal, madre, no mientas —recalcó mi primogénita.

—Una cosa no quita la otra, son compatibles. Conmigo era una borde, pero tuvo una vida de película. O de novela. Que no seré yo quien la escriba.

—¿Por qué no? —saltó el pequeño contrariado—. Joder, si de verdad lo era, ¡escríbela! ¿Quién mejor que tú? Encima ahora que...

—No entra en mis planes —lo interrumpí—. Estoy con mil cosas. Otra novela, sin ir más lejos.

Me preguntaron cuál y estuve a punto de decir «precisamente esta», pero cambié de tema y surtió efecto: estaban demasiado emocionados con su nueva condición.

—¡Me pido los grabados de Dalí! Y los de Miró.

El pobre los sobrevaloró, precipitándose como siempre.

—Pues yo me conformo con algunos pendientes antiguos. Es que no tengo ninguno. —Mi hija se acercó más a la diana.

—Olvidad los objetos, que, además, serán míos. Lo más importante, la razón por la que os he convocado incluso antes de conocer los detalles de la herencia es que quiero hacer un último movimiento en mi vida: he decidido mudarme al ático de tía Luisa. Y, de paso, donaros en vida mi piso. Siempre que me prometáis que no va a ser motivo de conflicto, que llegaréis a un acuerdo y os beneficiará a ambos. Y que me ayudéis a hacer una limpieza total de mis cosas. Esta parte es importante.

Ella agarró emocionada la mano de su hermano, que interrumpió su sonrisa bobalicona con un aspaviento de sorpresa. Las repentinas muestras de afecto le incomodan. Se siente mejor en la distancia, en el frío de la estricta ortodoxia. En realidad, los tres estamos de acuerdo en una máxima: no se toquetea al prójimo. Quizá diferimos en las excepciones que, para mi hijo, son aún más escasas. Las muestras de cariño no son una de ellas. Sin embargo, estaba emocionado, quizá el que más de los tres.

En cualquier caso, compartimos un momento de inmensa alegría. ¿Hay algo más divertido que soñar despierta con el cuento de la lechera? ¿Qué satisfacción es comparable a provocar y contemplar la felicidad en la cara de tus hijos?

—¿Os acordáis de la terraza? —Ella sí; él no—. Tenía un albaricoquero y una pita gigante. Hay una foto por ahí que os hizo vuestro padre en la que salís regando las plantas. Tengo que encontrarla.

Pero la vida siempre puede superarse y fue mi hijo, algo tímido, el que lo demostró al rato.

—He de hacer un paréntesis para confesar que pensaba que iba a ser yo el que os sorprendiera esta tarde. Parece que vais a ser tía y abuela. Abuela por segunda vez, quiero decir. Que parece que voy a ser padre, vaya.

Siempre aseveró que moriría sin descendencia, igual que su padre y tal como cantó Sabina.

Su hermana no quiso contener su alegría y yo apenas pude contener las lágrimas. Pero el catastrofista no dio tregua y enumeró, una por una, las actuales calamidades planetarias. Además del terrorismo, las pandemias, el auge de la extrema derecha y las guerras civiles o nucleares, se centró obsesivamente en el calentamiento global. Ese era su verdadero miedo: que Madrid se convirtiese en una ciudad inhabitable. Todo para concluir con la deslucida frase:

—No es buen momento para traer un hijo al mundo. Ni lugar.

Sabían bien que su padre tampoco quiso tenerlos, lo que no sé si por mejores o peores motivos. En aquella época quizá el presente era tan duro que el futuro pintaba mejor que el pasado. Para ellos no. Los jóvenes temen a la incertidumbre y los viejos tememos al desamparo y a la muerte. De cualquier manera, todas las generaciones han vivido asustadas y siempre creemos que la nuestra es la que está al borde del apocalipsis. Esto siempre ha sido así.

Les conté que sus abuelos nacieron en la primera década del siglo pasado y que vivieron su infancia durante la Primera Guerra Mundial, donde hubo más de veinte millones de muertos. Más millones se cobró la mal llamada gripe española, y entre ellos un bisabuelo de mis hijos. Los supervivientes padecieron después las consecuencias del crac de la bolsa de Nueva York, combatieron en la Guerra Civil española en el bando que les tocase y muchos se exiliaron, unos a México y otros a Francia, de donde tuvieron que huir perseguidos por los nazis: varios millones de cadáveres más en el Holocausto, inmediatamente la Guerra Fría, cuarenta años de dictadura en España...

—El resto ya lo conocéis. El caso es que su época fue más difícil que la vuestra y seguían teniendo hijos. Mi hermano y yo nacimos en la posguerra y nos alegramos mucho de haber vivido. Y de haber tenido hijos. No vamos a pediros perdón por dejaros un mundo tan incierto como el que mis padres y yo heredamos porque, al menos, vuestro punto de partida es mucho mejor.

No les mentí, pero les oculté mis miedos. No temía por mí, sino por ellos. Me agobiaba que no hubiera alimentos para celiacos y mi primer nieto no pudiera comer en caso de que hubiese una guerra, un terremoto o una gota fría como la de Levante.

—Madre, no seas histérica. Hay muchas comidas sin gluten —me dice la madre de mi nieto mayor.

Lucho cada día para que esos temores innumerables no me paralicen.

Estaba ante la segunda copa de champán cuando me enjugué los ojos por enésima vez, me acomodé en la silla y sentí con desagrado cómo mi carne se desplazaba caprichosamente por un cuerpo informe del que todavía me sorprendía y al que solo reconocía por las cicatrices indelebles, lo único que permanecía en su sitio. La más antigua, la de la cabeza, me la hice cuando realizaba una serie de piruetas acrobáticas en las barras paralelas del patio del colegio. Perdí el equilibrio, se me resbalaron las manos, caí desde unos dos metros de altura y me hice una enorme brecha. En mi colegio eran unos obsesos del ejercicio físico y yo quería estar entre los mejores. De niña era muy buena en gimnasia artística, amaba con locura a Pinito del Oro y deseaba con todas mis fuerzas parecerme a ella. La vi actuar una sola vez en el circo Price y subida al trapecio era tan majestuosa como una diosa griega: la única capaz de desafiar la ley de la gravedad. Aunque más de una vez no pudo vencerla y, como yo, se estrelló contra el suelo. Ella con peores consecuencias.

¡Qué escasos y fugaces son los instantes de felicidad plena! Por eso nunca se olvidan.

6

—¿Sabéis lo que me gustaría compartir con vosotros?

—Otra comilona no, madre, que, si seguimos así, me pondré tan gorda como tú.

—¡Eres un encanto! Te agradezco que me llames gorda. No, no es una comida: lo que quiero es hacer un viaje a un lugar exótico en el que nunca hayamos estado ninguno de los tres.

—¡Ni de coña! —gritó mi hijo—. En el último que hicimos juntos juré que no repetiría.

—Pues el de Egipto fue maravilloso.

—Lo que más recuerdo es que te dio un ataque de claustrofobia cuando entramos en la pirámide de Keops y que estabas obsesionada con ir a un café para encontrarte con un escritor.

—¿Sabes quién era el escritor? Nada menos que tu venerado Mahfuz. Me acuerdo del café, se llamaba Fishawi, junto al bazar de Jan el-Jalili. Y me acuerdo de... —Me interrumpieron sin piedad; a los hijos les aburren nuestros recuerdos. Por lo general, nadie escucha lo que no le incumbe.

—Pero, madre, no te entiendo —protestó su hermana—. ¿Un lugar exótico? Si te quejas a todas horas de tu vida nómada, no soportas hacer maletas y vuelves de cualquier sitio con *jet lag*.

—Eso era cuando hacía viajes transoceánicos y tenía que llevar un equipaje voluminoso. El último que hicimos juntas fue maravilloso, ¿te acuerdas?

—¡Cómo no acordarme! ¡Menudo disgusto! Renegaste de aquel viaje hasta el último momento. ¡Había preparado el regalo con tanta

ilusión! Siempre dijiste que no conocías Marrakech y que era uno de los pocos lugares a los que te apetecía ir. Compré los billetes para el mes de febrero y reservé un *riad* idílico para las dos. Llegó el día de Reyes, abrí el ordenador y te hice una presentación llena de fotos. Según iba pasando las diapositivas, miraba tu cara de espanto y no daba crédito. La sorpresa me la llevé yo cuando me dijiste: «No sé si tendré libre esos días; estaré en plena promoción de la novela».

—Es que los planes a largo plazo me espantan, pero me arrepentí a tiempo y, al final, te lo agradecí eternamente.

Entonces, fui una necia. Me sentí una madre infame cuando vi que a mi hija se le saltaban las lágrimas. Intenté cambiar de actitud, aunque con poco éxito. Se había gastado un dineral y su madre, una vez más, no valoraba su esfuerzo. Para mayor desdicha, tres días antes de la fecha prevista una gripe inoportuna me dejó hecha unos zorros. Tenía fiebre y una tos de escándalo que me impedía dormir. Me encontraba tan mal que mi hija, asustada, me llevó a urgencias. Estaba desolada y renunció a viajar conmigo. Como su marido no podía acompañarla, decidió invitar a una amiga para no desperdiciar el viaje. Se lo ofreció a varias, pero ninguna podía cambiar sus planes con tan poco tiempo. Aquel viaje estaba gafado, así que pensé: «Mejor que no vaya nadie». Pero tenía tan mala conciencia que, cuando el médico de urgencias descartó la neumonía, me armé de valor y le prometí que cogería el avión al día siguiente y, a no ser que los marroquíes me retuvieran en la frontera por mi deplorable estado de salud, iríamos juntas a Marrakech.

—Me acuerdo de que aterrizamos muy entrada la noche. Llegaste agotada al *riad*, con tu tos perruna, pero, según cruzamos la puerta, vi cómo tu cara se iluminaba y me di cuenta de que el viaje iba a merecer la pena. Lo que vivimos las dos juntas durante esos días se queda para nosotras. Risas, comidas, paseos y conversaciones que jamás olvidaremos. ¿Sabes, madre? He metido nuestro viaje a Marrakech en mi almohada rellena de buenos recuerdos.

—Yo también.

Fueron unos días felices. A pesar de que traté de evitarlo, resultó un viaje idílico. Me sentí protegida por mi hija y, por primera vez, hablamos de nuestras intimidades sin reservas, como nunca lo habíamos hecho. Lo asombroso es que, a pesar de que no nos separamos un instante, no discutimos ni una sola vez. Es cierto que el *riad* contribuyó al hechizo. Era un oasis situado en una callejuela de la Medina, a poca distancia del bullicio y la algarabía de la plaza de Jemaa el-Fna, decorado con lámparas de luces vacilantes que matizaban los brillos y proyectaban sombras. El lujo austero, casi monacal, de los baños de las habitaciones eran como un *hamman* diminuto donde, al volver del zoco, daba gusto sumergirse en el agua cálida, a la luz tenue de las velas, las lámparas de aceite y el aroma a incienso. A unos pasos de nuestras habitaciones, al otro lado de la puerta, quedaba la gente ruidosa de las callejuelas que desembocaban en la plaza, repleta de puestos destartalados y anárquicos, de higiene dudosa, entre músicos, bailarines y encantadores de serpientes, junto a los exclusivos puestos de telas, artículos de cuero, rosquillas fritas, dulces recién horneados, dátiles, aceitunas, pimentón, azafrán, cúrcuma, menta, comino, jengibre y todas las especias imaginables, que desprendían olores penetrantes. La anarquía siempre me ha parecido desconcertantemente hermosa.

Quise prolongar las sensaciones que compartí con mi hija y, al llegar a la casa de verano, cambié los azules de la decoración marinera por los colores tostados, marrones, arenas y ocres del *riad*, además de encender una lámpara en tonos naranja pastel que reproducía la luz temblorosa de las velas. Para que no rompiese la armonía, se me ocurrió camuflar el aparato de aire acondicionado pintándolo de color chocolate, igual que la pared.

El viaje con mi hija a Marrakech me marcó para el resto de mi vida.

7

Compartía mi admiración por la mejor trapecista del mundo con mi profesora de Educación Física, a quien llamaban despectivamente *marimacho* en el colegio porque era fuerte, tenía un comportamiento considerado viril y estaba emparejada en la clandestinidad, como no podía ser de otro modo en aquellos tiempos, con la de Geografía. Le estoy muy agradecida porque fue una de las personas que me enseñaron a ser valiente, a quejarme lo menos posible y a soportar el dolor físico. Ella reconoció mi fuerza de voluntad como mi principal virtud y, solo por eso, a pesar de mi estatura, me permitió formar parte del equipo de baloncesto.

Nunca fui trapecista, pero he pasado la vida emulando torpemente a Pinito y haciéndome pedazos.

Siguiendo con el recuento de mis cicatrices, la más considerable, ya algo desvaída, la llevo tatuada en el empeine de mi pie izquierdo desde hace medio siglo. Un día que salí del periódico con prisas, al aparcar, se me cayó la moto encima, la chapa del cubrecadenas me rebañó un trozo de carne y me quemé con el tubo de escape. Tenía veinte años, trabajaba en el diario *Madrid*, y me desplazaba en moto para hacer mis primeras entrevistas. Ese día iba al hotel Eurobuilding a una rueda de prensa con Alain Delon, Charles Bronson, Ursula Andress, Toshiro Mifune y Terence Young, el director de los primeros James Bond y de *Sol rojo*, la película que iban a rodar en España. No podía perderme semejante acontecimiento así que, para cortar la hemorragia, me anudé chapuceramente la bufanda en el pie y, soportando el dolor sin un lamento, entrevisté a

Delon y a Bronson, dos de mis ídolos. Mi profesora de gimnasia hubiera aplaudido mi acto de valor.

Delon acababa de cumplir treinta y seis esplendorosos años, tenía unos ojos intensamente azules, un carácter pésimo, y ya había trabajado con excelentes directores en las mejores películas de su vida. Se acababa de estrenar *La piscina*, protagonizada junto a Romy Schneider, la expareja más famosa de la época, y había tenido enormes éxitos con *Rocco y sus hermanos*, *El eclipse* y *El gatopardo*. De modo que estaba de vuelta de todo y me respondió con desgana, e incluso, a ratos, con agresividad. Mis preguntas tampoco eran brillantes, lo reconozco. Lo peor fue que la herida se infectó, me atiborré de antibióticos durante meses y el pie estuvo a punto de gangrenarse. Me quedó una cicatriz imborrable pero, con todo, compensó, porque cada vez que la miro veo los ojos azules de aquel tipo tan perversamente guapo.

¿Quién me aseguraba que la herencia no me iba a dejar otra cicatriz?

Llegó el día. El albacea se disculpó, muy educado, por hacerme quedar un cuarto de hora antes de la cita con el notario. Era un chaval más joven que mis hijos, cordial, pero con un aire condescendiente. Supuse que tenía poco que ver con Luisa, que era un mero intermediario a sueldo. Me llevó a un banco de la calle que estaba a unos metros de la notaría. Nos sentamos. La explicación era un sobre que me entregó y que abrí abrumada por la curiosidad. Se trataba de una breve nota manuscrita:

> Espero que estés a punto de aceptar mi herencia. Aunque no conste en ella, incluye dos condiciones: que te mudes a mi piso y que te ocupes de Lennon. La primera es para realizar la segunda, porque el pobre es ya mayor y no está para mudanzas, le encanta su casa. Sé que aún puedes renunciar, pero te ruego que aceptes. Será poco tiempo, quizá dos años, cuatro como mucho. Cuando el perro venga a reunirse conmigo, puedes irte a donde te dé la gana. Eso sí, cualquier simple menosprecio a Lennon

no solo supondrá a mis ojos la nulidad inmediata del testamento, sino que juro que bajaré de los cielos o subiré de los infiernos para vengarme.

Sé que no hará falta, que tratarás a Lennon como a un hijo más. Gracias.

Luisa

No. No podía ocuparme de un perro. Era imposible, a mi edad y con mi agenda. Mis amigos llevaban lustros intentando endosarme alguno y me negaba siempre de tal manera que conseguí que no se atrevieran. Ya tuve a Rita cuando todavía era joven, me comía el mundo y me sobraba energía para darle todo el amor de mi corazón. Pero no podía hacerlo otra vez, no tenía fuerzas para dar a un perro la vida que merecía.

—¿Cómo es Lennon? ¿Sabes si es grande? —pregunté al albacea.

—¿Quién?

Supuse que sería uno de los perros con los que la vi la última vez. Ambos enormes, peludos, mitad blancos mitad de un gris azulado. Como el de *La sirenita* de Disney. En aquella imagen que recuerdo de Luisa acariciándolos, apenas se les veían los ojos y cualquiera de los dos pesaba más que ella. Supuse que uno sería más joven y el otro habría muerto.

Yo acariciaría mucho a Lennon, pero era consciente de que no podía ocuparme de semejante animal. Ni siquiera sacarlo atado a la calle: cualquier tirón me dislocaría el hombro o me tiraría al suelo. Y, por viejo que fuera, todo perro necesita pasear a diario. Para colmo, el ático no tenía un triste parque cerca donde soltarlo. Era un crimen.

¿Por qué yo, tía Luisa? ¿Acaso no era un regalo, sino una venganza?

Por otro lado —importante—, ¿cómo renunciar al piso al que ya tenía previsto mudarme por una bobada así, meramente logística? Por suerte, una de las condiciones era, precisamente, mudarme allí. Para la otra pediría la ayuda que hiciese falta y asunto resuelto.

Entramos en la notaría y esperamos en una aséptica sala a que nos recibiera el jefe. Era un pisazo enorme en la calle Velázquez, muy cerca al ático que estaba a punto de aceptar y que era todavía más grande. Los minutos se me hicieron eternos dándole vueltas a la cabeza: debía tomar una decisión que me condicionaría la vida y de pronto vi que era un error. Nunca había tenido tanta suerte inmerecida y lo normal era que siguiese sin tenerla. Luisa jamás me quiso, no tenía sentido.

Estaba convencida de que era una herencia envenenada cuando apareció el notario con el saludo de rigor, impecable, sonriente y acompañado de dos personas más que llevaban la documentación. No sé por qué me intimidan los notarios. Quizá no sean ellos, sino la trascendencia del acto que formalizas ante su mirada indiferente.

El tipo se colocó las gafas, empezó a leer la escritura y me fui poniendo más y más nerviosa. Al grano: ¿cuánto? ¿Qué? No quería hacerme ilusiones, pero era inevitable imaginar tantas cosas que no podría retenerlas todas al terminar de enumerármelas. Intenté incluso contar las páginas de la escritura, pero era absurdo: no sabía cuántas eran muchas o pocas. Aunque me parecieron pocas.

Llegó el momento: el ático con su correspondiente trastero y todo lo que albergasen. Una cuenta bancaria con una cantidad incierta. Y ya.

Conmoción absoluta. Tuve que interrumpir la lectura.

—Un momento: ¿eso es todo? —Sí, eso era todo. Esperé obediente a que terminase sin escucharlo—. No he ido a esa casa desde hace años, ni siquiera conozco al perro. Necesito pensarlo. ¿Puedo al menos hacer una llamada?

—¿Qué perro? —preguntó el notario.

Me levanté, pero qué llamada iba a hacer. Sabía de antemano que era innecesario, que cualquiera de mis hijos me obligaría a aceptar sin pestañear. Volví a tomar asiento, aún con el móvil en la mano, sin saber qué decir.

—Por cierto, es mi deber recordarle, aunque supongo que ya lo sabe, que, en caso de aceptar, tendrá que pagar la plusvalía

municipal. Y tratándose del inmueble que nos ocupa...

Seguía sin poder prestar atención.

—¿Alguien sabe si el perro es grande? —No obtuve respuesta—. Bueno, y, al menos, ¿dónde está?

Se miraron entre ellos arqueando las cejas, alguno ojeó papeles. Nada de perros. Acepté la herencia resoplando y el albacea me dio las llaves del ático.

8

Salí de allí con la obsesión de ir al piso de Luisa, que estaba a la vuelta de un par de esquinas, pero había quedado a comer con un amigo y ya llegaba tarde. Para colmo, la última vez le había dejado plantado porque se me olvidó por completo la cita. Cuando me metí en el taxi, me di cuenta de que todavía no había llamado a mis hijos. Miré el móvil y abrí el chat familiar, lleno de mensajes ansiosos. La llamada de mi hija interrumpió la lectura. No sé ni qué le dije.

—Ha ido bien, tranquila. No, ahora no puedo hablar. Todo bien. Sin más. Ya está.

Algo así. De nuevo sentí ganas de llorar. Me había pasado de lista. Maldita la hora en que los convoqué para compartir mi estúpida ilusión. Yo, que jamás redacté una *fake new* como periodista, acababa de hacerlo como persona. Peor, como madre. La decepción iba a ser monumental. Si Luisa solo había podido conservar su propio hogar, la cuenta corriente sería irrisoria. Por no hablar de que las joyas y obras de arte habrían sido liquidadas. ¡Ni una mísera plaza de garaje! Tendría que alquilar una.

¿Cómo trasladarles a mis hijos el palo que acababa de sufrir? ¿Y lo de Lennon? Lo demoraría hasta después de la comida.

Manuel fue el mejor antídoto para distraerme. Llevábamos medio siglo charlando y, a veces, cuando volvía a verlo, sentía que de alguna manera nunca habíamos dejado de hablar. Valoro especialmente su conversación porque carece por completo de vanidad o artificio y, sobre todo, por las risas. Tan solo a veces tiene brotes de insolencia, quizá provocados por la timidez. O porque odia

el protocolo y los halagos casi más que las críticas, y no se fía lo más mínimo de los aduladores. Comenta más sus fracasos que sus éxitos. Acepta que, a esas alturas de su vida, sigue escribiendo para sobrevivir, sin el menor deseo de trascender. Él mismo lo dejaría por escrito al comienzo del penúltimo capítulo del libro que seguramente estaba escribiendo en aquel momento: «Es un bello oficio dedicarse a contemplar cómo pasa el tiempo, cómo pasa la vida».

Lo bueno es que, con más de ochenta, sigue disfrutando sin limitaciones de un arroz, un tartar de atún y un buen vino. Ha elaborado la teoría de que el estómago es más exigente que el cerebro. Se supone que si al estómago no le gusta lo que le das, le sienta mal y de un modo u otro acaba expulsándolo. El cerebro, sin embargo, lo puedes llenar de basura porque lo admite todo.

Cuando tiempo después leí su último libro, descubrí que a los setenta y cinco años se preguntó «si resultaba estético seguir cabreado». Me consoló pensar que esa y no otra podía también ser mi próxima preocupación.

Llamé a mi hijo. No me saludó, me interrogó: que si había visto ya el ático. Le dije que no.

—Fenomenal, pues cuando sea que vayas, voy contigo.

—Ni hablar.

Fui contundente: ahí entraría sola.

Donde entré al instante fue en la que todavía era mi casa, pero que, ya sí, iba a dejar de serlo. Las mejores fórmulas para evitar la nostalgia son dormir o actuar y, como no tenía sueño ni eran horas de meterse en la cama, me dirigí mecánicamente a la habitación más destartalada, eché un vistazo y consideré que podía tirar a la basura absolutamente todo. Me resultó gratificante, pero la sensación se desvaneció cuando repasé el trabajo que tenía por delante. Sería descomunal, sobre todo porque era mentira: de esa misma habitación secundaria que observaba, cuando me decidiese a desmantelarla, examinaría cada pieza para terminar salvando la mitad.

¿Qué hacer con los objetos en los que había depositado tantas emociones? La rana, el camello y los escorpiones de arcilla me lo regalaron ellos, mis hijos, en días muy señalados. Estaban los tres encerrados en la vitrina de una mesita que traje de un viaje a la India enrollada dentro de un par de alfombras; un bulto inmenso que pude meter camuflado en el avión con permiso del comandante, José, viejo amigo con el que compartí numerosos viajes oficiales. También guardaba en ese mueble una tropa de figuritas de plomo hindúes presididas por mi venerado Gandhi. Noté su energía cuando pisé su tumba, una gran losa de mármol negro rodeada de césped, con los pies descalzos. Recé sobre ella. Me impresionó más ese espacio sagrado que el Taj Mahal. No es extraño: les ha sucedido lo mismo a varios amigos que han visitado la India.

¿Cómo iba a tirar la alfombra que llevaba una década enrollada debajo de la cama? Lo bueno de que Luisa muriera arruinada era que podría llevar mis trastos allí. Seguro que sus alfombras serían aún más viejas.

No todo el mundo tiene la suerte de poder ordenar su pasado antes de dejar este mundo. Era un privilegio hacer una selección sosegada y con fuerzas suficientes para elegir qué quería que me sobreviviera y qué no. A la mayoría de la gente no le da tiempo. La muerte suele llegar, de alguna manera, digamos, que antes de lo previsto. Y si la ves venir, ya es demasiado tarde para ocuparse de estos asuntos tan prosaicos, hay cosas más urgentes e importantes que dejar cerradas. Mi marido, sin ir más lejos, estuvo tres años enfermo sabiendo que iba a morir y nunca se preocupó por los objetos. Pasó gran parte de esos años leyendo novelas y escuchando música. Supongo que eso fue lo más benéfico o lo que más le divertía. Quizá ambas cosas eran ya lo mismo para él. Lo importante era disfrutar de la vida el tiempo que esta le brindase. Claro que él sabía que me tenía a mí para ocuparme después de toda la burocracia doméstica. No era la misma situación. Él no dejaba a sus hijos solos y desprotegidos. Yo sí, por muy mayores que fueran. De pronto no quise abandonar el que había sido mi hogar durante más

de cuarenta años. Quise morir como él, despreocupada, leyendo novelas y escuchando a Mozart.

Una vez más recordé las palabras de Paul Bowles. «¿Cuántas veces más verás salir la luna llena? Quizá veinte. Y sin embargo todo parece ilimitado». Para mí ya no sería así, muy al contrario: era consciente de que podía contar con los dedos de una mano el tiempo que me quedaba para casi todo. Estaba muy cerca del otro mundo y, sin embargo, de pronto iba a volver a tener perro. Mis hijos tratarían de impedírmelo, harían caso omiso de la última voluntad de la tía Luisa. Pero yo no. Ella tenía razón: trataría a Lennon como a un hijo más.

Terminé estudiando mi colección de relojes y estilográficas. Algunas piezas llevaban mi nombre o el de quien me las regaló. Hubo un tiempo en que pagaban en especie y, cada vez que aparecía en determinado programa de televisión, me endosaban un lujoso reloj valorado en cien mil pesetas, al cambio seiscientos euros, un pastizal en cierta época. Me hace gracia recrearme en que compré en pesetas un apartamento con vistas al mar por lo que hoy cuesta un buen coche.

Conservaba como tesoros varias estilográficas que representaban distinguidos trofeos literarios. Incluso hubo un momento en que escribía con ellas, convencida de que cuando la tinta fluía sobre el papel sin ejercer presión, permitía expresar mejor determinadas emociones. Lamenté haber abandonado el ritual de contemplarlas alineadas en el estuche vitrina para elegir el color de la tinta o el grosor del plumín adecuado. Me detuve ante una Montblanc de oro color champán, de la que jamás prescindiría porque representaba un premio especialmente querido. No, no podía malvender ninguna.

Consideré que era el momento adecuado para mirar en el ordenador cuánto había en la cuenta corriente de Luisa. Durante el proceso respiré varias veces, me negué a ilusionarme, sabía

perfectamente que sería una cantidad escasa, pero no pude evitar calcular una horquilla. Me costó acceder al usuario, pero lo logré.

Ni siendo pesimista pude evitar otro palo: yo en un año todavía ganaba más que eso. Me salió una retahíla de ripios típicos de mi padre para no venirme abajo: a caballo regalado no le mires el diente, menos da una piedra, el dinero no da la felicidad. Y el mejor de todos, que no es de mi padre, sino de Séneca: la recompensa de una buena acción es haberla hecho. Cuidar a Lennon era un fin en sí mismo. Pues eso: quien no se consuela es porque no quiere.

Apenas pasaban las seis de la tarde y cogí las llaves del piso de Lagasca.

9

El ático de tía Luisa estaba a un paseo caminando. Apenas salí de casa noté mi respiración apresurada, más nerviosa que esa misma mañana en la notaría. Mucho más. Era mi último cartucho para no dar un disgusto a mis hijos. Todavía podía haber algo de gran valor que me permitiese mudarme con comodidad, pero me venía a la mente la escena inicial de *El crepúsculo de los dioses*: una casa de otra época, destartalada, con un cadáver flotando en la piscina.

Llegué al magnífico portal, cogí el manojo de llaves con las dos manos temblorosas y elegí la que me pareció más adecuada, que no encajó por mucho. Cogí la más gorda, tampoco. Solo quedaban dos y la cerradura giró con la siguiente que probé. Empujé la pesada puerta y volví a respirar un aire rancio que creía olvidado. Por increíble que pareciera, el portal seguía conservando el mismo aroma de la primera y de todas las veces que fui allí. La memoria olfativa es muy canalla.

Subí en el mismo ascensor, una reliquia de madera no reformada por meros motivos estéticos o incluso sentimentales. Me gustó el crujido que hacía conforme pasaba las plantas. Llegué a la sexta, pero por primera vez en muchos años no para participar en una tertulia. Me encontré en un lugar más hostil: el luminoso rellano cuya puerta izquierda era el mítico ático de la tía Luisa. Me acerqué, seleccioné la que intuí, por la marca del fabricante, que sería la llave de la cerradura de esa enorme puerta de madera y, antes de acercarla a su destino, ladró un perro. Un ladrido profundo, cansado, quizá triste, pero firme. Me quedé paralizada. Recordé que de niña

nunca me dieron miedo los perros. Pinito del Oro entraría sin titubear en esa casa, dispuesta a ser devorada. Resoplé, con el corazón acelerado, giré varias veces la llave y tardé mucho en abrir un poco la puerta, sin que Lennon dejase de ladrar.

Ni siquiera asomó el hocico por la rendija, esperaba a que la abriese del todo para presentarnos. No entendía mi lentitud, por eso ladraba. Y por eso la abrí del todo decidida, como una trapecista. Y nos miramos, aunque no vi ojos, solo una cortina de pelo. No ladraba, tampoco movía la cola. Se quedó como yo, escrutándome. Era grande como un oso. Abultaba más que el pastor alemán de mi hijo, aunque su aspecto era más simpático. Me agaché.

—¿Lennon?

No movió la cola, me fijé. Pero se acercó tímidamente a olisquearme, como si así pudiese formarse una opinión mucho más exacta de quién era yo. No le di miedo. Le mostré primero las palmas de mis manos abiertas, luego lo acaricié con prudencia, despacio. Y rápido, fuerte, repitiendo su nombre, saludándolo. Movió la cola con energía.

—Hola, Lennon, ¿cómo estás? Soy tu nueva mamá. Sí, ya sé que lo sabes, que sabes todo, que sabes mucho más que yo. Hola, Lennon. —Restregó el lomo contra mí—. Está claro que nos vamos a llevar muy bien.

Él también lo pensó. Éramos dos viejos destinados a convivir y a los dos nos gustó nuestro futuro compañero de piso. Me senté en el suelo, que crujió por todos lados. La cabezota de Lennon estaba a la altura de la mía y lo abracé. Tardó segundos en separarse, volví a abrazarlo, volvió a resistirse, pero su contacto me aliviaba. Me reí, jugué con él, le daba en el hocico, tocándole las narices, literalmente, desafiando su paciencia.

—Eres muy guapo, pero aquí la que te va a dar de comer soy yo, así que sé bueno. Venga, enséñame la casa.

Me incorporé y me fijé, al fin, en el inmueble: sus paredes, sus techos, sus suelos. El vestíbulo estaba como si nadie hubiese vuelto a entrar desde que yo no iba. Incluso me pareció más pequeño. Se

podía respirar el polvo que lo cubría todo: muebles, alfombra, suelo. Me giré para ver si el Madrazo seguía colgando de la misma pared y sí, ahí estaba. Suspiré, era una buena noticia. También el tresillo de terciopelo azul oscuro, aunque ya no reluciente. El techo descascarillado tenía una preocupante humedad en la esquina que daba a la salida de la terraza, cuya puerta estaba abierta. Entendí que alguien acababa de dejar allí al perro y la habría abierto. En realidad, no entendía nada y seguí avanzando. Todo me encajaba no porque lo recordase, sino porque tenía el aspecto de no haber sido tocado en la última década. Parecía como si nadie hubiese entrado desde la muerte de Luisa. Olía mal. Fui al salón principal, me dio la misma impresión. Era enorme y había algunos vacíos en las paredes que enseguida asocié a obras vendidas, a saber. Pero, gracias al cielo, estaba el Fortuny. Y también los objetos, esos mismos de los que yo quería deshacerme, a cientos, tal vez a miles. Había plantas muertas, revistas, un bastón, figuritas diversas, libros viejos, lámparas que no funcionarían, cojines descoloridos, un ventilador de pie, una manta tirada en el sofá, un cenicero con dos colillas diferentes, llaves, libros, fotos, bolígrafos, pelos de perro. Lo que más me sorprendió fue un *router* con una luz roja parpadeante. Eso no lo recordaba. Era evidente que nadie había hecho limpieza, me tocaría a mí el arduo trabajo que precisamente trataba de evitar a mis hijos.

Debí dedicarme a buscar obras de arte, joyas, objetos de valor, pero, además del Madrazo y el Fortuny, algo me decía que no iba a encontrar mucho más. Sobre todo porque si alguien se estaba ocupando del perro, habría robado ya todo lo que le diese la gana ¿Por qué entonces no se llevó esos cuadros? Una cosa estaba clara: tenía que cambiar la cerradura. Salí a la terraza y se me partió el alma, no solo porque me pareció más pequeña, sino por el estado de la vegetación: hacía falta pasar una desbrozadora. Ni rastro del albaricoquero. El mobiliario también era indescriptible, estaba amortizado hasta la decadencia. Óxido, baldosas partidas, musgo, malas hierbas por todos lados. Un trozo de sombrilla por allá, cañizo

por encima, una manguera deshecha por el sol, otro cenicero, este de barro con agua estancada y cosas flotando. Un toldo raído que hacía ruido aunque apenas soplase el viento. Y el cacharro del agua de Lennon, impoluto.

Entré corriendo a ver si los grabados de Dalí y Miró seguían decorando el pasillo, seguida por Lennon y los crujidos del suelo. Y sí. No lo interpreté. Fui al cuarto de Luisa, al fondo del pasillo a la derecha, a rebuscar por todos lados. Nada reseñable: bisutería y ropa vieja. Zapatos, calcetines, bragas de muerta. Ni un crucifijo, sí una Biblia. La cama deshecha, las persianas a media asta. Un andador tirado en el suelo, con la misma vida que su dueña. Medicamentos por todos lados. Tiré la almohada contra la pared, pesaba mucho. Había una foto en la mesilla de noche a la que di un manotazo sin contemplaciones. Ninguno de los cuadros que adornaban la estancia parecían tener el menor valor. La madera del suelo era lo más deteriorado de toda la casa, tenía listones hundidos y varios agujeros, pero uno especialmente grande por el casi me cuelo hasta caer en la quinta planta. Respiré hondo varias veces.

En la cocina me encontré la campana derretida, un interruptor que no encendía nada y la nevera abierta y enmohecida. Faltaban puertas en varios armarios llenos de botes y vasos pringosos. Las sartenes quise tirarlas a la basura en ese momento y busqué el cubo, aterrada por lo que pudiera albergar, aunque no olía demasiado mal. Lo encontré en su sitio, bajo el fregadero, y estaba vacío. Había otro cacharro de agua de Lennon, también recién puesto.

Empujé la puerta del que debió de ser el despacho de tía Luisa, presidido por el escritorio de madera. Lennon entró antes que yo y, a la luz del atardecer filtrada a través de los visillos, la estancia adquirió un aire de cuadro decimonónico inglés, solo faltaba una elegante dama leyendo una carta de amor. Me acerqué a la silla de Luisa, también de madera. Tenía que ser incómoda, pero ella no pasó horas allí sentada como yo en el mío. Había muchos cajones, y bolígrafos y lápices y plumas, y papeles. Tiques atrapados con una

pinza, un folleto de Ikea y otro de MediaMarkt. Cogí un folio garabateado, carente del menor interés. Supuse que así sería casi todo, pero no tiraría nada sin inspeccionarlo antes minuciosamente. Tenía el resto de mi vida para realizar esa tarea. Abrí un cajón cualquiera lleno de cachivaches de papelería, documentos y cables, luego otro en el que destacó una carpeta grande y gorda de cartón morado. No ponía nada. La saqué, retiré las gomas bicolores y vi que estaba llena de lo que parecían recortes de prensa. Tenía muchísimo trabajo en esa habitación, quizá más que en ninguna otra. Pero no era el momento de abordarlo y continué con la inspección general.

En el cuarto donde recordaba haber visto trozos de pan duro para el gazpacho del día siguiente apenas se podía entrar de todo lo que había desparramado por el suelo. Ahí olía a pis. Imaginé que del pobre perro, pero no descarté nada.

Los baños olían peor y estaban cubiertos de mugre; los peines, los botes y los cepillos de dientes también: no pude más. No iba a mudarme. Tenía que contárselo a mis hijos: falsa alarma, no nos había tocado ninguna lotería.

Lennon seguía a mi lado, muy tranquilo y apuesto. Me fijé en su pelaje cepillado. Alguien lo seguía mimando. Kafka, que adoraba a los perros, dijo que en ellos estaba todo el conocimiento. Exageró, pero desde luego seguro que ese animal tenía las respuestas a las preguntas que yo me hacía sin parar. Y su flequillo me impedía verle los ojos.

Fuimos al salón, sacudí el cojín y me senté en el polvoriento sofá, que casi se hundió hasta el suelo. Suspiré, tosí por la alergia al polvo.

—¿Por qué yo, Lennon? ¿Por qué no el primo Gustavo, que fue su íntimo amigo y que tan dolido estaba en el funeral? ¿De verdad no hay nada más? Tú tienes que saberlo. ¿Esto es todo? ¿Una casa que necesita una reforma que ni por asomo cubre la cantidad de la

cuenta corriente? ¿Cuánto me darán si vendo todo lo que hay? ¿Tan arruinada estaba? No hace ni dos meses que murió, ¿vivía en esta pocilga? ¿Por qué no vendió más cosas? Solo el Fortuny le hubiera dado un respiro. ¿Y qué hago ahora contigo? Te vas a tener que venir a mi casa, pero no me veo capaz de llevarte andando. Dime, ¿qué hacemos?

Lennon ladeó la cabeza. Parecía saber el vínculo que nos unía, haber entendido las últimas palabras que seguro le trasmitió Luisa antes de morir: «Vas a estar bien, alguien bueno se ocupará de ti». Quizá incluso supiese que formaba parte de una condición resolutoria. Ya lo dijo Kafka: lo saben todo.

Eché un vistazo a los cuadros que adornaban la estancia principal de la casa. Aunque era pequeño, el paisaje de la sierra de Tramontana de Fortuny ocupaba un lugar privilegiado: pasó a ser la joya de ese hogar cuando desapareció el Picasso. ¿Cuánto me darían por él en una subasta? Seguro que más de cien mil. El óleo azulado de Alcaín era tan bonito que vendería antes el propio ático. Esbocé una sonrisa de ilusión, había olvidado el Alcaín y me alegró mucho tenerlo. También identifiqué obras de Vázquez Díaz, Ortega Muñoz, Caballero, Arroyo, Isabel Villar, Gordillo, Feito y Soledad Sevilla. Si conseguía vender bien seis o siete cuadros, podría afrontar una reforma de la casa y quizá me sobrase algo. Tal y como estaba todavía no podía mudarme, cuanto antes se lo contase a mis hijos mejor.

Tenía varios mensajes y llamadas perdidas, la gran mayoría de ellos.

Escribí en el chat. Que se retrasaba la mudanza. Pensé en escribir algo más, en dar explicaciones, titulares al menos. Pero lo envié tal cual y guardé el móvil en la chaqueta. Ni siquiera sabía qué iba a hacer en ese momento, dónde ni cómo estaría una hora después.

Me levanté y me quedé quieta. Lennon se incorporó también sin dejar de mirarme.

¿Acaso podía ver algo tras ese flequillo? Le eché valor y volví a pasearme por la casa para fijarme más en los detalles. De forma inconsciente ponía una etiqueta con el precio sobre cada objeto que analizaba. También valoraba la factura de la reforma que necesitaba cada centímetro del inmueble. Desistí, era ingente. La casa era inmensa. Tendría que conformarme con acometer lo esencial para sobrevivir y un lavado de cara de tres o cuatro habitaciones: un baño, la cocina, mi dormitorio y el salón. Pero no podía dejar la terraza como estaba, ni el vestíbulo. Volví al dormitorio de Luisa, el principal, que consistía en dos estancias. No tenía baño, no se hacían las casas así en aquella época. Me enjugué una lágrima, no sabía por qué había brotado ni quise pensarlo. La mejor opción era vender el ático. Pero estaba el perro, a mi lado, que quería descansar ahí lo que le quedase de vida. Y yo se lo había prometido, a mis hijos también, que me mudaba y les dejaba mi piso. Lennon parecía encantado con la nueva aventura que se avecinaba, sabía que yo no, pero le daba igual.

Tenía que haber joyas. Fui de nuevo al tocador, un mueble precioso al que le puse una etiqueta virtual con un precio que nadie pagaría, para quedármelo. A la vista había algunos collares, brazaletes y relojes que no parecían tener gran valor. Había muchos cajones, abrí el central, el más grande.

Mis ojos solo pudieron fijarse en un folio manuscrito dirigido a mí. La letra era temblorosa, pero admirable si pertenecía a una anciana de casi cien años:

> Has aceptado la herencia. Y lo has hecho sin saber que hay una persona que ya se ocupa de Lennon, lo cual me alegra más. Sé que mi legado no es el que esperabas, pero el piso en el que estás ahora mismo, el día que Lennon se reúna conmigo, valdrá lo suficiente como para que te despreocupes del dinero. Y también sé que lo vas a cuidar, que vas a prolongar su vida y su bienestar al máximo. Hoy no querrás dormir aquí, no te preocupes, vete a tu casa. Lennon estará bien. Tómate tu tiempo para hacer la mudanza. Si yo, que viví en la máxima opulencia, pude acostumbrarme a tanta austeridad, incluso aprender de ella, te aseguro que tú no tendrás problema. Piensa que lo tuyo, además, es temporal.

Como todo. Si algo aprendí al cumplir noventa años fue que es verdad que de lo que quieres llevarte a la tumba nada tiene que ver con el dinero.

Cuando leas estas líneas, estaré ahí, en la tumba. Es una sensación extraña: esta vez sé que me muero. Discúlpame si no me recreo en los detalles.

Lennon es lo más valioso que me queda. Siéntete muy afortunada. No busques tesoros en nada que no sea él, no pierdas el tiempo ni la cabeza. Y solo si tú también llegas a quererlo mucho, encontrarás respuestas. Juro que no te arrepentirás de dar a Lennon todo tu amor.

Luisa

10

Respuestas. No te arrepentirás. Mi trabajo ha consistido siempre en elegir las palabras adecuadas y analizar qué hay detrás de las que eligen otros. ¿Había algo más detrás de esa nota de la tía Luisa? Era bastante exhaustiva, no pretendía resultar misteriosa, dejar cabos por interpretar. Si decía que lo más valioso era el perro, no dudo que para ella lo sería. Pero también insinuaba que solo queriendo al perro encontraría respuestas. Y juraba que no me arrepentiría. Eso fue lo que me intrigó: el perro conduciría a algo más, ¿a la fortuna? Solo queriéndolo la encontraría. Para colmo, Lennon estaba mayor, todavía podía morir de repente y quedarme sin premio. Por supuesto que lo cuidaría. Como oro en paño, siguiendo con el refranero paterno.

Lo dejé ahí solo y me sentí profundamente culpable. Menudo comienzo. ¿Quién se estaba ocupando de él? Supuse que lo haría por dinero y que entonces podría seguir haciéndolo. Sería la mejor noticia: otro gasto más que afrontaría encantada porque suponía un problema importante menos. Pero ¿por qué no se lo quedó esa persona?

Camino de vuelta a casa recordé que en el funeral de Luisa me llegué a preguntar por qué alguno me miró como me miró. Vi entre los sobrinos miradas hurañas, felinas, casi de mafiosos apuntándose con los revólveres. Alguna también hacia mí. No le di importancia en aquel momento, llegué a pensar que era por motivos ideológicos, pero nada de eso: sabían que era una competidora en la lucha por el botín. Enumeré los posibles herederos que finalmente no lo fueron.

Me salieron cinco. No pasé por alto que casi todos tenían más años que yo o estaban peor. Quizá también lo tuvo en cuenta la tía Luisa. Los llamaría, aunque solo fuera para saber si eran conscientes del patrimonio en cuestión por el que competían.

Al primero que llamé fue al primo Gustavo, el único que era bastante más joven que yo y gozaba de excelente salud. Me saludó muy simpático en el entierro. Y estuvimos charlado un buen rato. Siempre tuve muy buena relación con él y, además, tenía su número de teléfono.

—Supongo que debería decir qué sorpresa, pero lo cierto es que no me extraña esta llamada. Has sido tú finalmente la heredera, ¿me equivoco?

Al parecer apenas salía en las quinielas, solamente un par de veces. Gustavo fue quien me mencionó en alguna conversación. Luisa nunca desveló a quién legaría lo poco que le quedaba. Yo le conté por encima lo que había ido descubriendo, le hablé de Lennon, sin revelarle que la herencia en sí era una miseria y que el piso estaba hecho polvo.

—¿Y por qué yo, Gustavo?

—¿Todavía te lo preguntas? Por el perro. Sabía que eras quien mejor se ocuparía de Lennon. Aunque solo fuera por descarte. Y la mejor manera de convencerte era con el anzuelo de la herencia.

—¿El anzuelo?

—Bueno, supongo que eras la que más alejada estaba de ella y, por lo tanto, la que más ignoraba su situación patrimonial. Aceptarías seguro. Y, además, adoraba a tu difunto marido. Siempre me hablaba de él con admiración. Era, sin duda, su sobrino preferido.

A Gustavo también le pidió que se ocupara de Lennon tras su muerte, y él lo hubiera hecho encantado, pero vivía en la isla de La Palma y ninguno de los dos estaba dispuesto a cambiar su residencia tantos kilómetros. Lennon no hubiera soportado semejante viaje

para vivir en un lugar extraño. Merecía morir tranquilamente en su ático, y si Luisa también quería morir tranquila, su querido sobrino galerista no era una opción. Mejor era la periodista que vivía cerca, animalista confesa y sin fortuna.

—¿Tú qué sabías de su situación patrimonial? —le espeté.

—Uy, qué voz. ¿Tan mala es? No puede ser. Querida, sabía menos de lo que tú sabes ahora, ¿verdad? Y al menos tienes el pisazo. Pero podría contarte cosas. Oye, ¿por qué no te vienes unos días a casa y charlamos? Te invito, seguro que te viene bien el aire del Atlántico. Desde que pasó lo del volcán apenas tenemos visitas. Solo me querían por el interés, para ver la lava, ¿te lo puedes creer? Y eso que a mí siempre me ha parecido fenomenal que me quieran por el interés, pero esta vez ha sido muy descarado. ¡Vente, no seas tonta! Y te enseño cómo ha quedado la isla. Hay vuelos directos, ¿te saco uno?

—Me es imposible ir, Gustavo. Qué más quisiera.

—Pues me parece fatal. Tú te lo pierdes. En sentido literal.

Me quedé callada y nos despedimos. No acerté a preguntarle por el significado de sus últimas palabras, a qué se refería, qué quería decir. Tal vez no quiso decir nada de interés. Era una periodista que ya no hacía preguntas. ¡Qué falta de profesionalidad por mi parte!

Hasta entonces me había ido muy bien, pero si tuviera que empezar de nuevo y perseguir al actor de turno con un micrófono, rodeada de un enjambre de colegas armados con alcachofas, lanzando preguntas al aire sin la menor esperanza de obtener una respuesta, creo que no tendría el valor de ejercer esta profesión. No, no empezaría ahora de becaria en una cadena local o un periódico digital haciendo necedades sin cobrar un euro. La cosa estaba mal. Agradecía que mis hijos no hubiesen seguido mis pasos, aunque tampoco les fuese bien. A mi hijo no le dio por el periodismo, peor aún, le dio por la literatura. Espero que no haya sido por mi culpa; creo que él siguió otros pasos. Probablemente los de John Fante. Le fascina Fante desde que le regalé *La hermandad de la uva.*

Ahora que me dedico más a la literatura, he aprendido que en el periodismo hay que buscar la palabra correcta; en la literatura no siempre la palabra correcta suele ser la mejor. Lo mismo pasa con las frases, los párrafos y las obras enteras. No hay que buscar la corrección ni pretender la exactitud, sino la emoción. Son conceptos opuestos y, al menos a mí, me resulta mucho más difícil emocionar que relatar. He conocido gente, sin embargo, que no sabe relatar ni aunque lo intente, pero, sin pretenderlo, te emociona con cada palabra. Los envidio.

Con bastante frecuencia, cuando me aterra mi situación económica, llamo a mi asesor fiscal y le cuento todo. Por muy malas que sean mis finanzas, suele animarme. Soy consciente de la suerte que tengo de poder contar con este viejo amigo de mi marido, que más que un fiscalista parece un psicólogo. Es sabio. Me dice lo que tengo que hacer, me transmite seguridad porque nunca se ha equivocado. Y jamás me ha cobrado un céntimo. Tiene otros negocios más lucrativos que aguantar mis chapas y explicarme cosas incomprensibles mil veces; incluso me hace dibujitos para que lo entienda y, a veces, hasta lo logra.

—Mira, olvídate de donar tu piso a tus hijos. Que se sientan propietarios, pero no se lo dones o te machacan luego en la renta. En Madrid es mejor heredar.

—Es mejor morirse, Antonio. En realidad, tampoco queda tanto. —Se rio.

—¿Pero no te dicen lo suficiente que parece que tienes menos de sesenta? ¿Quieres que te lo repita yo también? Te vi el otro día en la tele y estás guapísima. Yo sigo tocado del covid, ahora mismo podría pasar por tu padre. Lo único que me preocupa es la plusvalía del ático, hay que liquidarlo cuanto antes para saber a qué nos enfrentamos. ¿Es verdad que a tu tía le robaron un Picasso?

Siempre termina la conversación diciendo que confíe en él, con las palabras que sea, y a mí en realidad me da igual entenderle,

confío ciegamente en Antonio. Una vez le pregunté por un recurso que pusimos contra una multa y me dijo que lo habíamos perdido.

—Pero, Antonio, esa multa nunca la pagué.

—¿No fue tu cumpleaños hace poco? Pues ya está, olvídate.

Eso es más que lealtad, es amor. Amor por mi difunto marido, por su amistad, por lo que fuera.

No dejé el móvil y, más animada, volví a pulsar sobre el nombre de Gustavo. No sabía cuánto tiempo había pasado pero, aunque contestó, fue para decirme que ya no podía hablar, le pillaba en mal momento. Me dio igual.

—¿Me puedes asesorar con la venta de algunos cuadros?

—¿Yo? Si estoy retirado desde hace años.

—Tu mundo no ha cambiado. Y tú tampoco. El hecho de que ya no cotices a la Seguridad Social no implica que hayas dejado de ser un experto en arte. Seguro que podrías ayudarme.

—¿Por teléfono? Imposible. Ya te he dicho que vengas a la isla. Te ofrezco una inolvidable estancia en mi casa, las mejores papas arrugás, vino y conversación. Pero te voy a dar un consejo gratis: no te hagas muchas ilusiones con lo que veas por la casa. Al menos en lo que a obra gráfica se refiere. Y sí, he cambiado, soy un viejo cascarrabias. *Ciao*, *carina*.

Una tarde tonta que me harté de clasificar objetos, meterlos en cajas, reservarlos para mis hijos o tirarlos a la basura, vi que tenía el número de la prima Paula y lo pulsé. Nunca tuvimos complicidad, para mí siempre ha sido una vieja aunque solo me saque diez años. La conversación fue surrealista, no me permitió hacerle ni una pregunta, llegó a acusarme de toda clase de infamias:

—Sí, sí, como lo oyes. Todos sabían que era lesbiana, como tú, que te acostaste con ella para manipularla y llevarte su fortuna.

—Pero ¿qué está diciendo? —protesté.

—¡Vete a la chingada, pendeja! —Ella sí era mexicana de pura cepa.

Entendí que Paula me mirara mal en el entierro también por motivos ideológicos. Era una fanática.

¡Los motivos ideológicos! Cuando tu ideología te hace odiar al que no la comparte se convierte en fanatismo. Los fanáticos, parafraseando a Chaves Nogales, son de esa estirpe dura de los sectarios que por defender sus ideas fusilarían a su padre si se les pusiera por delante. Más bien son víctimas. Como la prima Paula, que hubiese sido capaz de estrangularme con sus propias manos con tal de que no me llevara la herencia.

Solo me quedaban tres sobrinos a quienes sacar información y muy pocas ganas de llamarlos. ¿O eran cuatro? Me importaba más bien poco.

11

Conocí por fin al paseador de Lennon. Me quedé en el ático casi tres horas esperando, husmeando por todos lados, hasta que el perro corrió contentísimo hacia la entrada. Al rato se abrió la puerta y apareció el tipo, en el que llevaba días pensando, para sacarlo de paseo. Era mayor que yo, la tez triste y clara y el pelo escaso, corto y canoso. Me impactaron sus ojos entre verdes y azules. Le sonreí y le pregunté su nombre.

—Me llamo Vasile, señora —pronunció con un tono lento y amable.

Era del este, me aclaró que rumano. Le di las gracias por su trabajo. Me dijo que no tenía de qué preocuparme, que llevaba años haciéndolo. Paseaba a Lennon desde que era un cachorro, junto con su madre. Le faltó decir que en paz descanse. El perro ladró, harto de la charla, que duraba casi un minuto. Me aconsejó que le comprase unos huesos determinados, que eran su único capricho, y se fueron.

De nuevo me había quedado muda, sin formular las preguntas adecuadas. Era evidente que estaba perdiendo facultades.

Siempre he preferido un jardinero alegre y satisfecho que un notable astrofísico huraño, frustrado y soberbio. Quien dice jardinero dice paseador de perros. Sin embargo, soy tan contradictoria como casi todo el mundo, y me hubiese gustado que mis hijos hicieran alguna

hazaña digna de asombro y admiración universal. Pero, ante todo, que siguieran siendo humildes, alegres y satisfechos.

Durante una de nuestras comidas familiares, cuando todavía era una niña y me sentaba en la silla sin que apenas me llegasen los pies al suelo, un primo mío soltó categórico y petulante:

—Ese es un donnadie.

Nunca olvidaré el rapapolvo de mi padre, que practicaba la humildad hasta el aburrimiento, por pronunciar tan mezquina expresión. Y se ve que me caló hasta la médula, porque desde entonces combatí el desdén elitista del que se cree más que nadie. No hay mérito, por grande que sea, que justifique la soberbia. Sin embargo, no necesitamos ganar un premio Nobel para pensar que somos especiales, mejores que la mayoría de nuestros congéneres. A poco que nos vaya bien, tenemos una pasmosa facilidad para trazar la frontera entre nosotros y el resto de la humanidad. Basta dar un primer sorbo a la cerveza para reírnos en complicidad con nuestros amigos y sentirnos campeones del mundo.

Creo que, desde la suficiente distancia, donnadies somos la mayoría. Y es importante que nos vayamos haciendo a la idea.

Inculqué esa austeridad a mis hijos, pero me excedí, debí de cruzar hasta el ascetismo. Me equivoqué porque les trasladé un desprecio por lo material que yo en realidad no practico. Fui la hormiguita trabajadora, pero, en mi caso, el cuento no acaba ahí porque de pronto e inexplicablemente la genética se despistó y esa hormiguita tuvo dos hijos cigarras. La moraleja cambió, no sé hacia dónde.

Me educaron en la idea de que el dinero es poco higiénico. Quizá porque mi padre me obligaba a lavarme las manos cada vez que tocaba billetes o monedas. Era algo manoseado, sucio, infecto, y además ocasionaba muchos disgustos. Y eso que no nadábamos en la abundancia. Ningún rico era admirable para mi familia por el mero hecho de serlo. Más bien al contrario, en casa tenían por costumbre criticar las ruindades de los ricos, como la del multimillonario Paul

Getty que, para ahorrar, había instalado en su mansión teléfonos que solo funcionaban con monedas.

Sin embargo, más de una vez escuché a mi madre reprochar con delicadeza a mi padre que, tras la muerte de algún familiar, rechazase la parte de la herencia que le correspondía. Recuerdo con nitidez abrir la puerta de mi casa a unos tipos enlutados que venían del pueblo a Madrid para rogarle a mi padre que firmase unos papeles donde renunciaba a sus derechos sucesorios. Primero cedió en favor de su cuñada, luego de sus primos o sobrinos, y, por último, de los hijos de estos. Era una familia de grandes terratenientes de un pueblo de Zamora, que afeaban a mi padre su desinterés por las tierras que no cultivó y de las que jamás se ocupó. Hubiera sido para ellos una tragedia que vendiera un solo acre, porque su afán era acumular cada vez más y más campos de labranza. La tierra para el que la trabaja. Su lema era engañoso, porque los que realmente la trabajaban de sol a sol eran los jornaleros.

Mi padre, apacible y sentimental, firmaba todo lo que le pedían. Luego miraba fascinado a los ojos de mi madre y musitaba una frase inolvidable para mí: «Lo que más quiero no tiene precio».

Él era muy de ripios, ya lo he dicho. Yo entonces los consideraba vulgaridades sin sentido. Hoy, sin embargo, me parecen verdades como puños. Quizá no sean ni una cosa ni la otra.

En mi casa no había costumbre de premiarnos con dulces y menos aún con dinero. Son dos rutinas que me empeñé en transmitir a mis hijos, pero me temo que me pasé de frenada. Que nunca hayan comido golosinas está muy bien, pero está mal que no se esfuercen en ganar algún dinero. Debería haberles transmitido el odio al tabaco, pero nunca imaginé que ambos fumarían. Hice bien en no comprarles chuches de pequeños pero, ahora, de cuarentones, les compro Marlboro amarillo y Pueblo azul. Ateniéndonos a esta imagen tan elocuente, mi educación ha sido un fracaso. Aún confío en que lo dejen, aunque solo sea por dejar de escuchar mis súplicas.

Su padre y yo los educamos en la sobriedad, al más puro espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Los llevamos al colegio Estudio, de donde él era antiguo alumno. Aunque entonces ya no conservase el esplendor y el pedigrí de otros tiempos, aún imperaba cierta endogamia, y a los ilustres descendientes de los Ortega, los Cossío, los Azcárate o los Entrecanales, se habían unido algunos advenedizos. En cualquier caso, en la representación del *Auto de Navidad* nunca faltaba un padre ministro, una madre diputada o un juez del Supremo aplaudiendo a su hijita vestida de pastorcilla bailando *El Pellico*.

Muchos de los compañeros de clase de mis hijos contaban con antepasados ilustres o ascendientes acaudalados, algunos todo a la vez. Sin embargo, alardear estaba mal visto. En el colegio les reforzaron el criterio, que comparto, de que la austeridad es elegante y la ostentación hortera. Ni siquiera se permitían la efusividad sentimental. Eran tan comedidos en las bodas como en los entierros. Y yo ahí discrepo: tanta contención, aparentemente distinguida, la considero perjudicial para la salud, como el tabaco. En ocasiones soy partidaria de un buen desahogo y una ostentosa llantina.

Por un motivo que desconozco, mis vástagos terminaron desvinculándose de aquel ambiente, al que Joaquín Sabina, siempre tan acertado en el lenguaje, llamaría, años después de llevar a sus hijas a dicho colegio, la «Inquisición Libre de Enseñanza». Apenas conservan amigos de esa etapa tan determinante, pero les caló la filosofía del ascetismo y nunca movieron un dedo por ser ricos. Están convencidos de que mi vida ha sido una fiesta por el hecho de que he renunciado a cargos bien remunerados y tentadoras ofertas económicas.

«Mamá, ¿cómo sé si un filete de pollo empanado está malo? No me huele a nada. Por cierto, ¿vas a la farmacia? ¿Te importa pasar por el estanco? Te hago un bizum».

Nunca me haría ese bizum.

El protagonista de mi primera novela, inspirado en un personaje real, dice que «el dinero es como el oxígeno: si te falta no puedes respirar, pero cuando lo tienes no lo notas». Solo transmití a mis hijos la segunda parte de la cita. Les contagié la moralista, imprecisa y peregrina idea de su abuelo de que ser rico era indecente y obsceno; logré que creyeran algunas teorías de brocha gorda tales como la atribuida a Balzac: detrás de una gran fortuna siempre hay un delito. Les metí en la cabeza que el dinero no da la felicidad, pero olvidé confesarles que calma los nervios. Esa ha sido, al menos, mi experiencia: el placer de obtenerlo me ha durado poco, es verdad, pero sí me ha dado muchas comodidades y cierta paz a medio y largo plazo. Mis hijos saben que, sin embargo, he antepuesto siempre la libertad a la riqueza, pero ignoran que ahora, tal vez, eligiese otro camino. No estoy arrepentida, en absoluto, pero lamento que la paz económica no me haya durado más tiempo. Porque a partir de cierta edad, estabilidad y felicidad son dos conceptos que se confunden peligrosamente.

—Hasta mañana, Lennon.

Todavía no había hecho la mudanza. El pobre perro seguía viviendo solo, aunque lo visitábamos con frecuencia y no montaba ningún drama cuando nos marchábamos. A quien esperaba siempre era al rumano.

Una de las últimas mañanas que salí del que todavía era mi hogar, vi una carta asomando en el buzón. Tenía mala pinta, el remitente era el Ayuntamiento de Madrid. Horror, otra multa de aparcamiento. Cien euros con reducción. Pero no, era por exceso de velocidad, con pérdida de puntos y todo. No di crédito y entonces caí y llamé a mi hijo: era cosa suya, seguro.

—¿El día veinticinco? Yo qué sé qué estaba haciendo el día veinticinco.

—¿No fue cuando tu coche estaba en el taller y te dejé el mío? Mira, yo no he ido a ciento cincuenta por la M-40, lo siento mucho.

—Eso tuvo que ser un radar móvil, me cago en todo. Serán hijos de la grandísima puta... ¡Ladrones! ¡Malditos! Si es que el Estado es el enemigo, luego se preguntan por qué hay descontento social y tanta desafección.

Me entró una llamada de Antonio, mi asesor fiscal, y le colgué sin contemplaciones. Antonio es una de las pocas personas por las que soy capaz de colgar a mi hijo. Incluso a mi hija.

Me habló del impuesto por la plusvalía del ático de la tía Luisa: el inmueble que había sido suyo desde los años setenta, cuyo valor se había multiplicado exponencialmente y por el que, tras unas ecuaciones incomprensibles, me pedían una cantidad desorbitada. De momento, si quería vivir ahí sin malvender la casa en Idealista, tendría que fundirme mis ahorros y vender hasta los ceniceros en Wallapop.

No me vi con el ánimo suficiente para hacer recados a mi hijo y volví a casa para derrumbarme en la cama. Mi situación económica empezaba a ser dramática. Pronto empezaría a dolerme la nuca.

Saqué fuerzas para coger el móvil, llamar a una conocida galería del barrio de Salamanca cuya tarjeta había encontrado en el despacho de Luisa, y contar a quien fuera que acababa de heredar un Madrazo grande, con su certificado de autenticidad y todo, hasta entonces el único que había encontrado. Cuando comencé a describir la pintura, me interrumpió:

—¿Es el de doña Luisa, que en paz descanse?

Me contó que la tía, vieja conocida de la galería, ya intentó venderlo una vez y no encontró comprador. Al parecer puso un precio de salida demasiado alto. Una cifra que era menor de la que yo había estimado sacar por la obra.

12

En esa época sentí muchas veces ganas de llorar, pero, gracias o por culpa de la influencia de la «Inquisición Libre de Enseñanza», no me lo permití cerca de nadie que pudiera verme u oírme. Procuraba ocultar mi desazón a mis hijos, sacaba fuerzas para sonreír, algo que no recordaba haber hecho con ellos desde que enfermó su padre. Quizá por eso sabían bien que mi situación era límite.

—Madre, olvídalo, quédate en tu casa y vende la de tía Luisa tal cual está. Te darán una pasta y todos felices. Nosotros seguiremos viviendo como hasta ahora.

Mi hija era precisamente la que se iba a mudar a mi piso y pagaría una renta a su hermano como propietario al cincuenta por ciento. A ambos les aliviaba bastante la vida. No quise decirles que no se lo iba a donar porque no podrían asumir la plusvalía de mi piso tampoco ellos. Ni que había hecho una promesa a un perro y no podía romperla. Ya les daría explicaciones más adelante. Otro día.

Mi hijo, menos generoso pero más dispuesto, se ofreció a arreglarme algunas paredes del viejo ático y a adecentar la terraza.

—Te cobraría solo los materiales. Un chollo.

Me había permitido contratar a unos profesionales para que reformasen mi baño, diesen un lavado de cara a la cocina y a los otros dos baños, pusiesen un ventilador de techo en mi dormitorio, tapasen algún agujero del suelo y se ocupasen de una docena de goteras. Algún enchufe, poco más. El resto de chapuzas las asumió mi hijo, que me advirtió de que podía tardar meses en adecentar ese lugar.

—Una pared es como un libro —me explicó—: por mucha prisa que te des, no la puedes terminar en un día, requiere sus tiempos, su reposo.

El verano llegó y el filósofo que fumaba Pueblo azul se pasaba el día tirando cosas a la basura, lijando, emplasteciendo y pintando paredes, jugando con Lennon, limpiando la terraza y contestando mensajes en Wallapop.

Una vez me suplicó que bajase yo a la calle para quedar con un tipo y venderle una videoconsola antigua. Era domingo y estaba en París con su mujer embarazada, a punto de ver la final de Roland Garros, Nadal contra Ruud.

—Este solo puede ahora y paga bien. Si vas tú, te doy la mitad por la gestión. Piensa que la Nintendo era mía. Es un *win win*, mamá. ¡Hoy ganamos todos menos Ruud!

No podía imaginar que sería el último trofeo que levantaría Nadal. Seguro que el mismo Rafa tampoco. Por eso quizá nadie lo valoró como merecía.

Y mientras Nadal arrasaba al noruego sin hacer sufrir a mi hijo, yo estaba puntual esperando a un desconocido a las cinco y media de una tórrida tarde, pensando que la Nintendo no era de mi hijo y que la necesidad tenía cara de perro. Había cierto trasiego de personas, el comprador no me iba a robar, pero me aterraba que alguien me reconociera. No era tan famosa como para que publicasen las fotos de la transacción en la prensa rosa, añadiendo un titular que no quise imaginarme, pero por si acaso llevaba las gafas de sol más grandes que encontré.

De pronto se me quedó mirando un friki.

—¿Usted no sale en la tele?

—¿Quién? ¿Yo? No, no. Se equivoca. No soy yo. —Le di la espalda con desparpajo y la cara sudando.

—Bueno, yo soy el de la Nintendo.

Prometí no volver a quejarme de lo mal que pagaban en la tele ni del frío que pasaba en los platós. Algo que no he cumplido.

Y, al fin, ese lugar que seguía cayéndose a trozos, porque nada parecía suficiente para adecentarlo, se convirtió en mi hogar. Fue en pleno mes de julio, cuando un par de senegaleses cargaron en su furgoneta mi cama y otros bultos y los subieron seis pisos por las escaleras hasta el ático de la tía Luisa, que ya no sería más el ático de la tía Luisa. Nunca olvidaré cómo sudaban y tampoco volvería a quejarme de malvender cosas en Wallapop.

Cuando me quedé a solas con Lennon, volvimos a pasearnos por todo el piso. Seguía siendo una ruina, pero tenía un aire muy distinto al que recorrimos la primera vez. El trabajo de mi hijo era aceptable y mis muebles me hicieron sentir en casa. La cómoda de caoba y palo santo estaba reluciente y lucía esplendorosa en su nueva ubicación. Caía la tarde y en la terraza ya daba la sombra. Mi vástago se deshizo de todo el mobiliario y de kilos de porquería, y había dejado las jardineras y macetas limpias. También había cambiado la tela del toldo y consiguió en no sé dónde cuatro sillas y una mesa bastante dignas. Se había esforzado especialmente fregando las baldosas y me había prometido que más adelante instalaría riego y plantaría flores y arbustos. De nuevo me pareció una terraza enorme. Cogí el cacharro del agua de Lennon y la renové con la manguera nueva.

Al volver dentro, fui al salón y miré instintivamente hacia la pared donde durante años estuvo colgado el óleo de Picasso. Mi hijo la había alisado y pintado de blanco. Imposible olvidarme de Dora Maar al contemplar el muro vacío. La verdad es que no quise poner ningún otro en su lugar porque mantenía la esperanza de encontrarlo. Luego me dirigí hacia el Fortuny; había quedado en llevarlo a la galería al día siguiente para que me asesoraran con el precio de salida. Por primera vez me dio pena perder ese cuadro, aunque nunca había sido mío. Era muy bonito y quedaba bien.

Lennon se subió de un salto en mi sofá. Estaba ágil para su edad.

—Oye, tú, tenemos que establecer una serie de normas. —Me senté junto a él y lo acaricié—. Supongo que siempre has hecho lo que te ha dado la gana, pero eres enorme y peludo y te prohíbo terminantemente que te subas a mi cama. Y lo siento mucho, pero ronco por las noches, así que tampoco te recomiendo dormir en mi habitación. Menos aún si el que ronca eres tú, porque desde que no tomo Orfidal me despierto a la mínima. —Me escuchaba con más atención que mis hijos y le levanté el flequillo para mirarlo a los ojos —. No me mires así, tenemos más o menos la misma edad y compartimos manías y achaques. Dime: ¿por qué demonios te quiero? ¡Si ya te quiero! Cuéntame todo lo que sabes de Luisa.

La golden retriever más maravillosa que ha existido en el mundo, cuando me notaba apenada, me daba con la pata en la mano y restregaba su trufa húmeda en mi cara para reclamar mi atención. Rita no me permitía la tristeza. Hablaba mucho con ella, quizá más que con nadie. Pasamos catorce años juntas y sufrí tanto cuando se fue que juré no volver a tener perro jamás. Otro juramento roto.

—Me ocuparé de ti con todo el amor, Lennon, pero me pillas mayor. Fíjate que pensaba que llegar a vieja iba a ser un chollo en estos tiempos, porque al formar parte de un colectivo tan numeroso, de un enorme caladero de votos, los políticos nos mimarían. Date cuenta de que en España hay más viejos que niños, que encima ni votan. Pues no. Resulta que nos tratan como discapacitados y lo único que quieren es perdernos de vista. Que nos muramos, vaya. Como lo oyes. Pero no nos vamos a morir todavía, ¿verdad que no?

Frunció el ceño: por supuesto que no.

Esa misma noche me llamó mi querido hermano para comunicarme que tenía leucemia. Que se iba a morir. Era médico y conocía la gravedad del diagnóstico.

Sé que el tiempo se paró cuando colgué la llamada, que las manecillas de mi reloj se detuvieron un rato, no sé cuánto. Tal vez todo el tiempo que me permití llorar delante de Lennon.

13

Mi hijo me ayudó con el transporte del Fortuny, pero no le dejé acceder a la sala donde me reuní con el afamado galerista. Se presentó como Jaime, a secas. Nos sentamos en unas cómodas butacas con la obra apoyada en la pared frente a nosotros. No necesitó acercarse para reconocerla.

—Es una pintura preciosa, sin duda muy Fortuny. Y el estado de conservación es excelente. ¿Tenemos algún documento que certifique su autenticidad?

—No.

—¿Algo que acredite su adquisición, un documento de compra, una factura?

—Mmm. No.

—Vaya.

—¿Es grave, Jaime?

—No es lo ideal. Tendremos que pedir una expertización, necesitaremos un informe pericial. Solo así podremos luego estimar un valor. Por curiosidad: ¿este cuadro lo tenía escondido, no sé, oculto de alguna forma?

—En absoluto. Presidió siempre su salón junto al Picasso. ¿Por qué? —No contestó y yo me impacienté—. A ver, en el mejor de los casos, ¿podría decirme cuánto calcula que puede valer?

—Ni por asomo me atrevería a cometer tal insensatez —sentenció sonriente—. Hay una cosa que me llama la atención: ¿por qué Luisa nunca me habló de esta obra? A simple vista, este cuadro podría ser lo más valioso que tuviese, después del Picasso que

robaron. ¿Por qué no se llevaron también este lienzo si estaban uno junto al otro? ¿Por qué Luisa, que me consta que al final atravesó por momentos delicados, intentó vender tantas obras y nunca esta, que valdría más que todas las que me trajo juntas?

—¿En serio? ¿Tanto vale?

—Valdría, sin duda, si efectivamente es auténtica. Fortuny fue un prodigio que murió muy joven y está bien cotizado. A mí personalmente me fascina. Le aseguro que tengo tantas ganas como usted de que sea auténtico. Pero tenemos que asegurarnos, lo cual no supone un problema; simplemente, no es gratis.

Al final, lejos de ganar mucho iba a perder para que me dijeran que era falso.

—Tengo también unos grabados de Dalí y de Miró, pero me aterra someterlos al veredicto de un experto. Y llamé hace poco por un Madrazo, ese sí que auténtico, que al parecer Luisa ya intentó vender y no encontró comprador. ¿Qué precio de salida me recomendaría?

—Madrazo tiene un inconveniente importante: no decora, no viste paredes de los chalets modernos. A nuestro cliente medio no le interesa. Siento decirlo así, pero es como lo cuento. Y el lienzo de Luisa es enorme y bastante oscuro. No me gusta dar cifras, pero de ese caso me acuerdo bien porque ella pidió sesenta mil euros y yo le recomendé la mitad. —Como no emití palabra, rompió él el silencio cambiando de tema—. Permítame decirle que, aunque a veces pueda no estar de acuerdo con su opinión, da gusto escucharla en la televisión. A la gente como yo nos gustan las personas civilizadas y educadas. Y creo que de ambas escaseamos en estos tiempos.

Le di las gracias. Lo cierto es que me emocionaron sus palabras. O quizá solo me brillaron los ojos por el precio de salida de la única pintura valiosa que había heredado.

Después de charlar un buen rato con mi hermano en su casa de la sierra, mientras conducía de vuelta, decidí aparcar este texto y darme una última oportunidad de escribir ficción, solamente ficción. Con un toque de misterio y crímenes por medio. Y quise ambientarlo

en León y Boñar, los lugares de nuestra infancia que más me unían a él, aunque ambos nacimos y vivimos siempre en Madrid. Quise escribir el tipo de libro que nos gustaba leer cuando éramos jóvenes. Pretendía que lo leyera, que le diera tiempo.

Cuando iba a guardar mi cuaderno con estas notas, me detuve: seguiría apuntando ideas como si se tratase de un diario. Porque la historia por la que empezó no había terminado.

Seguía explorando todos los rincones del ático, empezando por el perro. Me quedaba mirándolo absorta pensando en cómo demonios podría conducirme hasta un tesoro, porque estaba convencida de que así era. La casa tenía siete habitaciones y Luisa solo tuvo un hijo, por eso una la dedicó a ser la del pan del gazpacho, donde en verano lo dejaba en un cuenco rosado de cerámica para que al día siguiente estuviera duro. Pero en ese cuarto también había un cajón lleno de llaves. Y fue en ese momento cuando pensé que una de las mil llaves sería la del trastero de la tía Luisa, que ya no era de ella, sino mío, pero no podía quitarme ese concepto de la cabeza. Claro que no habría nada valioso dentro, pero me reí porque aún no se me había ocurrido bajar.

Esa misma tarde el portero me guio hasta la puerta con mi manojo de llaves. Estuve media hora: no era ninguna. Volví a casa agotada y recibí la llamada de Jaime, el galerista con el que estuve reunida.

—Lamento decirle que el análisis del Fortuny ha sido insatisfactorio. Bastó con observar la madera y los materiales del propio lienzo. Es una buena copia, pero tampoco se molestaron en que pasara por auténtico. Respecto a los grabados, más de lo mismo. Lo siento. Me ocuparé personalmente de que lo lleven todo a su casa sin coste alguno. Y nos queda todavía el Madrazo: pronto veremos cuánto podemos sacarle.

Logré entrar en el trastero a la mañana siguiente. Además de escombros, porque no podía definirse de otra manera lo que allí

había, encontré al fondo, enterrada bajo basura y una capa de mugre, una caja fuerte de tamaño medio. Estaba oculta, tuve que escalar y cavar, y traté de abrirla sin alterarla, y de mil maneras. Tenía un par de ruedas con numeritos alrededor que terminé girando sin criterio. Calculé que ahí podía caber perfectamente la tela del Picasso enrollada. Sudaba, estaba exhausta, pero seguía soñando con el cuento de la lechera. ¿Y si la clave era la fecha de nacimiento de Lennon? ¿O su número de chip? ¿O su propio nombre? ¿Cuántas contraseñas podría haber asociadas a un perro? La inspeccioné hasta descifrar una palabra serigrafiada que sería la marca o el modelo de la caja.

Subí a casa y busqué en internet profesionales que la pudieran abrir. ¿Era mecánica o térmica? Ni siquiera recordaba si estaba empotrada, entendí que no, pero daba igual: o bien la abrían sin romperla, o bien la reventaban. Por mí como si la desintegraban. Solo tenía que pagar y convencerles de que era mía, dejarlo por escrito, firmar y aportar mi documento nacional de identidad. Y no era caro, pero a mí ya todo me lo parecía. Cometí el error de contárselo a mi hijo.

—¿Quieres que unos desconocidos sepan que tienes un Picasso? Si abren la caja, lo van a ver. Mamá, ¡esta historia merece que averigüemos nosotros la clave!

—Es imposible.

—Nada lo es. Seguro que es algo relacionado con el perro. Yo sé de perros, déjamelo a mí. Dame una semana. Eso sí: si consigo abrirla y está el Picasso, me das un porcentaje. ¿Qué te parece un veinte? Es una buena oferta.

—Mira, hijo, te ofrezco un cero.

—Caray. Eres dura negociando. ¿Un cinco?

—Cero.

—¿Y cien eurillos? Por el tiempo empleado. ¡Qué menos!

—Veinte si averiguas la clave en menos de una semana. Si no, llamo a un profesional.

—¡Acepto!

14

Mi hermano empeoró y supe que no llegaría a tiempo para leer mi próxima novela, que mi único consuelo sería dedicársela.

Con la edad, las cosas, a poco que todavía las puedas demorar unos minutos, las dejas pasar toda la vida. Tengo que llamar a fulanito, que informarme de si el seguro me cubre eso, que poner en hora el reloj del coche, que conocer tal restaurante, que pedir cita con el dermatólogo. Estaba claro que no solo me pasaba a mí, pero me esforzaba en evitarlo.

Todavía estaba haciéndome a mi nuevo hogar. En cada habitación me sentía cómoda, el problema era cuando iba de una a otra. Esos automatismos se me hacían raros, todo estaba lejos. En el fondo, no me disgustaba tener que caminar más y me encantaba la compañía de Lennon, cuando se dignaba a acompañarme. Intentaba ver las cosas positivas, que eran muchas.

Cocinaba un trozo de salmón en mi querida freidora de aire cuando recibí una llamada de un número desconocido que, como todas, eludí contestar. No estaba para cambiar de compañía de gas ni invertir en criptomonedas. Pero me llegó un mensaje al rato de ese mismo número. Era Emilio, un primo de mi marido, uno de los sobrinos de Luisa con los que aún no había contactado. Un acaudalado empresario gordo que fumaba mucho y vestía siempre colores pastel. Uno de esos cretinos que decía con media sonrisa que el tabaco no sería tan malo si él seguía vivo. Le devolví la llamada.

Estuvo cariñoso por un instante. Pronto me di cuenta de que estaba al tanto de que la herencia era, al menos, engañosa, de que el patrimonio de Luisa había perdido el esplendor de otros tiempos. Él no perdió un segundo en ir al grano, a base de chascarrillos:

—Entiendo que el Picasso no ha aparecido porque veo que continúas saliendo en la tele. ¿Cómo es que sigues trabajando? Cada vez que te veo no doy crédito. Estás estupenda y lo haces genial, pero tienes mi edad, ¿no?

—Un par de años menos, creo. —Eran unos meses.

—¿Y qué piensas hacer con el ático? Hace mucho que está para tirarlo entero. ¿No estarás pensando en venderlo?

—La verdad es que no.

—¿Cómo no? ¿Y qué pretendes hacer? ¿Reformarlo?

Me ofreció un millón. Solucionarme la vida, que dejase de trabajar.

Por un momento me convenció. Volé. ¿Qué sentido tenía rechazar la oferta y vivir angustiada? Pero mi hada madrina me agarró del cuello y me negué categóricamente, con un punto de indignación irónica, a desprenderme de la que ya era mi casa.

—¡Ah, que estás viviendo ahí! —exclamó sorprendido—. Caramba, no contaba con eso. Pues la reforma te habrá arruinado. ¿O es que vendiste el Fortuny y las joyas?

Hacía tiempo que nadie me caía tan mal en tan poco tiempo. Pero estaba claro que si el cuadro era falso, él no lo sabía, y eso me dio cierta esperanza.

—Mira, Emilio, ¿a dónde quieres llegar? El Fortuny ahora mismo está en una casa de subastas.

—Qué me dices. ¿Tú sabes lo que te va a cobrar esa gente? Mira, la verdad es que siempre me gustó ese cuadro. Puedo estar dispuesto a que nos ahorremos su comisión. Ganamos todos. ¿Te han dicho un precio de salida?

Se puso muy pesado, así que mi hada y yo le mandamos a hacer puñetas con determinación: si quería el cuadro, que pujase como todos. Me estaba cansando.

—Ya veo. ¿Y qué hay de la casa de Diego de León? ¿También la subastas?

—¿El qué? —Mi tono fue distinto pero igual de elocuente.

—El otro piso que conservaba. Vamos, recuerdo que hablé con Luisa del tema hace no mucho y me dijo que seguía alquilado. ¿Es que no lo has heredado?

No tenían noticia de que lo hubiera vendido ni nada parecido. Solían enterarse de todos sus movimientos patrimoniales, incluso les ofrecía los bienes de los que estaba dispuesta a desprenderse por si alguno quería algo.

Emilio era un viejo de mi edad pragmático y, en cuanto le inspiré lástima, se despidió con un comentario cordial. Me llamó para hacer negocios, no para consolarme. ¿Qué habría pasado si me hubiera hecho esas ofertas el mismo día que heredé? Quién sabe, pero lo dejó pasar: «mañana llamo a fulanita».

¿Y el piso de Diego de León? Nunca tuve constancia de ese archiconocido inmueble que estaba a minutos andando. Si no era mío, ¿de quién era? ¿Por qué Luisa ocultó deliberadamente que lo había vendido? No sabía ni el número de la calle. Entendí mejor el porqué de esos codazos entre los sobrinos. En cuanto pudiese volaría a La Palma y me plantaría en la fabulosa casa del galerista.

Mi hijo me envió un artículo de su amigo Pedro Bravo a propósito de nuestras conversaciones sobre el barrio de Salamanca y la invasión de capitales latinoamericanos. Un barrio en el que los ricos son cada vez más ricos y el resto, por lo tanto, cada vez más pobres. Un modelo diseñado para los grandes fondos de inversión, los turistas e Instagram, en el que sobramos los habitantes resistentes que no compramos en sus tiendas de las firmas italianas de lujo. Quizá si ellos, los que están de paso, dejan de gastar porque no soportan los cuarenta grados habituales de un verano cada vez más largo, los fondos se quejen y los políticos empiecen a tomarse en serio el cambio climático. Y planten algún árbol en la Puerta del Sol. Hay

mucho dinero invertido en el parque temático en que se está convirtiendo Madrid.

En efecto, el barrio se había puesto de moda entre fortunas venezolanas y mexicanas. Un ático como el de Luisa, convenientemente reformado, podía valer un disparate, un potosí. Tan solo precisaba una inversión que el primo Emilio podía asumir y yo ni por asomo. Tampoco pretendía malvenderlo a corto plazo, yo iba a vivir ahí con Lennon hasta que muriéramos alguno de los dos. No solo por una absurda promesa inquebrantable, sino también por una decisión madurada, por responsabilidad. Dárselo al primer postor no podía ser un buen negocio. Miré en un portal inmobiliario y casi me desmayo. Pedían cinco, ocho, doce, trece millones por pisos señoriales a la vuelta de la esquina. Este que habitaba, por muy decrépito que estuviese, podía valer tres o cuatro o cinco. Emilio quiso estafarme, sin eufemismos. Suspiré desahogada por primera vez en varias semanas. Como decía Luisa en aquella carta, solamente tenía que aguantar hasta que Lennon pasara a mejor vida. Después el futuro económico pintaba halagüeño. Miré al pobre animal y le pedí disculpas por el suspiro. Tuve que levantarme y acariciarle la tripa para disimular mi mala conciencia.

En ese momento llamó Vasile a la puerta. Tenía llaves, pero ahora primero llamaba y esperaba un par de minutos. Entonces se permitía entrar.

—Hola. Vengo a sacar a Lennon.

No se lo tuve que pedir, salió de él desde que me encontró la primera vez. Venía tres o cuatro veces al día, no siempre a la misma hora, tampoco daba lugar a la conversación, pero esa tarde casi le agarro del brazo.

—Vasile, una pregunta: ¿sabes por qué lo llamó Lennon?

—Por los Beatles, claro. Su madre se llamaba Martha, como la perra de Paul McCartney, que era también una bobtail. Y Luisa se empeñó en cruzarla porque era maravillosa y quería quedarse un hijo suyo. Y como McCartney era un nombre muy largo y confuso, lo

llamó Lennon, que era su Beatle preferido. Martha no llegó a vieja y después Luisa se sintió culpable porque Lennon la sobreviviría.

Mucho sabía Vasile de Luisa. Quiso irse, pero lo detuve con una última pregunta.

—¿Qué te parecía ella? Quiero decir, en pocas palabras. Yo no la conocí mucho. —Al paseador se le iluminó tímidamente la cara. No supo qué decir.

—¿Luisa? Era generosa. No sé, tampoco soy muy objetivo.

No fue la última pregunta, me quedaban unas cuantas más. Me atreví a preguntarle por la persona que trabajó en la casa ayudando a Luisa. Le saqué que era reservada, que no tenía su contacto, que apenas sabía nada de ella. A veces se la encontraba, poco más. Se llamaba Marilyn y parecía filipina.

—¿Por qué no te quedas un día a tomar algo y charlamos un rato?

—Claro. —No le agradó la idea—. Un día.

Al rato de irse, me encontré leyendo en Wikipedia sobre John Winston Lennon, con la esperanza de encontrar un indicio, una clave, una pista. Y descubrí de dónde venía el nombre de los Beatles, de *beetle* y *beat*. «Escarabajo» por el corte de pelo de sus componentes, «pulso» por el tipo de música que hacían. Y apunté en mi cuaderno alguna combinación numérica por si podría ser la de la caja fuerte. Era tan ridículo que casi arranco la hoja.

15

El portero del edificio consiguió darme el contacto de Marilyn, que, según dijo, era una mujer admirable. No sé por qué eligió ese adjetivo. El caso es que yo tenía que escoger bien las preguntas para sacar algo útil de mi próxima entrevistada. Así que necesitaba más información.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando aquí?

—Oh, mucho.

—¿Qué edad calcula que tendría?

—Era mayor, no sabría decirle.

—Mayor... ¿cómo yo?

—No sé qué edad tiene usted, pero creo que ella era más joven.

¡Qué sinceridad! Me preparé igual que cuando tenía treinta años, recuperé el amor de la juventud por la profesión. Para cuando consideré terminado mi trabajo, me di cuenta de que era demasiado tarde para llamarla.

Esa fue la primera noche que dormí bien en el ático, al que por fin dejé de llamar el de tía Luisa. Cuando dormía así, algo poco habitual, me despertaba eufórica, con ganas de disfrutar de un buen desayuno, hacer un rato de ejercicio y ponerme a escribir unas líneas curativas. Pero esa mañana, antes de incorporarme de la cama, leí en el móvil un *post* de mi hija en Instagram:

> Cuando las estanterías de tu casa se empiezan a llenar de fotos de los que ya no están puede ser por varios motivos; el mío es porque he tenido amigos no solo de mi generación, sino mucho mayores. Uno muy querido se fue ayer por la mañana. El último septiembre que nos vimos en Madrid

> acababa de cumplir los noventa y había cruzado el Atlántico para presentar su último libro en Bilbao, donde hacían un homenaje a su padre, que fue alcalde de la ciudad durante la República. Pasó en México casi toda su vida, aunque venía con asiduidad a su país natal. En cada uno de sus viajes nos visitaba, comíamos y, sobre todo, bebíamos juntos. Nos contaba historias extraordinarias, tenía un sentido del humor y de la amistad muy exclusivos y una forma única de ver la vida llena de sentido. La última vez, lo sabía, me despedí llorando, porque soy de recrearme en las despedidas y quiero recordarlas exactamente como fueron. Creo que él también lo supo, que se acabó, que era el último abrazo, pero no le dio demasiada importancia. Un par de años después, me animé a pedirle que nos cuidara fuese donde fuese a parar y que diera un abrazo muy fuerte a todos los que ahora se han reunido con él en ese lugar desconocido. Me prometió que así lo haría.

Se me escaparon unos sollozos. No supe si por el precioso texto de mi hija o por la muerte anunciada de mi amigo del alma, y, dicho sea de paso, familiar lejano de la tía Luisa. Tal vez fue por la muerte que intuía sería la próxima. Decidí pasar más tiempo con mi hermano, mucho más. Todo el que pudiera.

Pero antes llamaría a Marilyn. Carraspeé, preparé la voz al marcar su número. Lo primero que hice fue presentarme como la heredera de su antigua jefa, lo segundo ofrecerle un trabajo, para lo que necesitaba verla en persona. Ella lo rechazó sin titubear: no buscaba trabajo. Yo tenía remotamente prevista esa posibilidad, pero era el peor comienzo. Sobre todo porque quería verle la cara. Insistí, estaba dispuesta incluso a contratarla de verdad.

—Bueno, lo cierto es que he estado pensando y creo que nadie mejor que usted, que conoce bien esta casa, para venir de vez en cuando. ¿Tiene otro trabajo? ¿No tiene un hueco?

—No trabajo, señora. Me he jubilado.

—Pero tengo entendido que es usted joven —solté, y ahí volví a sentirme periodista, mucho más joven que mi entrevistada.

—No tanto, pero la señora Luisa se ocupó de que no tuviera que trabajar más cuando ella se fuera.

Premio al instante.

—Ah. Caramba. Me alegro. Era muy generosa, Luisa.

—Lo era. La cuidé con mucho cariño sus últimos años.

—Coincidiría mucho con Vasile, entonces.

—Bueno —no se decidía—, a veces. No sé nada de él.

Ahí necesité ver su cara. Me esforcé al máximo.

—Marilyn, aunque ya tenga la vida resuelta, algo de lo que me alegro mucho, me gustaría poder hablar con usted en persona. Hay tantas cosas que no sé de Luisa. Ni siquiera por qué me eligió a mí como heredera. Y Lennon apenas me cuenta nada. —Para conseguir información es conveniente dar información y ser simpática.

—Pero yo no sé nada de eso, señora, lo siento.

Tuve un arrebato de furia: ¿nada de qué? ¿Has estado metida en esta casa diez años y no sabes absolutamente nada de nada, estúpida? Pero me contuve.

—Vale, no se preocupe. Permítame una última pregunta: por lo que sé —no tenía ni idea—, trabajaba aquí cuando robaron el Picasso, ¿verdad? ¿Estaba en la casa la noche que entraron?

—Ya hablé con la policía: estaba dormida, no escuché nada. Llevaba poco trabajando allí y mi habitación quedaba lejos de la entrada.

—Tranquila, solo era por curiosidad. Y por curiosidad, y ya termino: ¿ha vuelto aquí desde que Luisa murió?

—Por supuesto que no. Cuando me enteré de que se estaba muriendo, de que no volvería, cogí mis cosas y dejé las llaves dentro. Tal y como me ordenó que debía hacer. Para evitar problemas.

—¿Para evitar problemas?

—Eso me dijo. Señora, lo siento, tengo que colgar.

No conseguí nada más y me quedé mordiéndome los nudillos, insatisfecha.

16

Conducía rumbo a la casa de la sierra de mi hermano acompañada por una caja de nicanores de Boñar en el asiento del copiloto, el dulce de nuestra infancia. El paisaje estaba espectacular, invadido del violeta de la lavanda. Recordé que pocos meses atrás, tras recibir aquella llamada del albacea, estaba dando gracias a Dios a gritos porque mi suerte había cambiado. Nunca pude imaginar que la euforia fuese a durar tan poco. No llegó a una semana. Después, la única alegría que recuerdo es Lennon. Sí, lejos de ser un estorbo, Lennon se había convertido en una magnífica compañía. Estaba muy bien educado, al estilo de la Institución Libre de Enseñanza. Era obediente, nunca molestaba, ladraba lo justo, siempre saludaba y acariciarlo me tranquilizaba. En casa lo echaba de menos, me preguntaba dónde estaría e iba a buscarlo habitación por habitación para achucharlo y contarle mis cosas. La pesada era yo con él. En alguna ocasión me senté en el suelo a su lado: se levantó y se fue a otro de sus rincones preferidos. Así era Lennon, como yo, pero más valiente. Su mirada era menos azul, pero a veces me evocaba la de Alain Delon. Quizá me estaba enamorando un poco de aquella bola de pelo bicolor.

Apenas nos veíamos porque nuestras vidas eran divergentes, pero adoraba a mi hermano y contaba con su ayuda para toda clase de situaciones difíciles, como el dolor o la enfermedad. Le describía los síntomas, desde los más graves a los más nimios, y él me diagnosticaba por teléfono. Jamás se equivocó ni me abandonó. Era

un médico extraordinario y uno de los apoyos más sólidos de mi vida.

Mucho antes de que le confirmaran la enfermedad letal, había caído en una grave depresión tras un divorcio conflictivo. Durante ese tiempo nos telefoneábamos a diario. No le gustaba venir a mi casa porque las calles transitadas le provocaban agorafobia. Yo también evitaba ir a la suya porque me deprimía contemplar su declive físico, verlo inactivo, sentado en un horrendo sillón ergonómico, rodeado de gatos y un perro que iba a morir antes que él. Era la antítesis del hiperactivo y *resuelvelotodo* que había sido hasta entonces.

La puerta estaba abierta y lo encontré peor que nunca. El perro moribundo le sobreviviría. Al rato me di cuenta de que en su triste imagen resistía lo poco que quedaba vivo de mi infancia, aquello que solo seguía existiendo en nuestra memoria. Por eso, aquella vez también, hablamos mucho del territorio compartido que él nunca abandono: León, Boñar, las truchas, los cangrejos, la nieve, el verano, la montaña. Consideraba una traición que yo hubiera elegido el sur para veranear. Me llamó desertora.

Conversamos sobre el mismo pasado, aunque fuera completamente distinto. Claro que el pasado pesa, pero hay que hacerlo lo más liviano posible. Él tenía su versión y sus propias conclusiones. La chica esa tan alta de mi clase le caía mal; a mí bien. Yo pensaba que el muro de aquella finca de Boñar era altísimo; él me retaba a comprobarlo ahora. Nuestro barrio de la infancia yo lo recordaba lleno de vida; para él siempre fue inhabitable. Fui feliz la Navidad que me regalaron cualquier cosa; él culpaba a nuestros padres de sus fracasos. Yo me sentía afortunada; él se alegraba mucho por mí.

«Y a los dos nos encantan los nicanores». No sé cuál de los dos lo dijo, pero reímos y estrenamos la caja. Tampoco olvidaré lo bien que comía y bebía mi hermano siendo un enfermo terminal. Y creí firmemente que nadie debería morir sin haber compartido con su hermana nicanores de Boñar.

17

Salía tan contenta de un estudio de grabar un *podcast* cuando miré el móvil y vi varias llamadas y mensajes de mi hijo. Pulsé sobre su nombre.

—¿Cómo dices? Repítemelo, por favor.

No daba crédito: acababa de abrir la caja fuerte siguiendo un tutorial de YouTube. Y, por supuesto, dentro no había nada. Pero nada de nada. Encima estaba muy orgulloso de su acción, una auténtica proeza, según me explicó.

—Te he ahorrado el dinero que estabas dispuesta a pagar para que te la abrieran. Alégrate, pensaba que no iba a poder. La radial resbalaba, seguramente porque está hecha de aluminio en polvo o acero al manganeso, vete a saber. Ha sido una locura.

Al final la abrió con el taladro, nunca he comprendido cómo, pero «eso sí que fue una obra de arte y no lo de dentro». Además, tuvo que comprar piezas, una broca con punta de diamante, no me quedó claro si corría de su cuenta. Ni siquiera le oía bien por teléfono, por eso le grité.

—¿La has destrozado sin pedirme permiso y sin siquiera avisarme para que estuviese delante? ¿Y encima me dices que no hay nada? ¿Acaso lo tenías planeado? Por eso te empeñaste en abrirla tú. ¿Te das cuenta de que has cometido un delito?

—¿Qué delito, qué delito? ¡Que no he matado a nadie! —El tono era burlón. Había estudiado Derecho, era abogado, y parecía no conocer más delitos que el homicidio—. Lo único que tenía planeado

era abrirla para ahorrarte el dinero. ¡Me cago en todo! Y te llamé esta mañana para contártelo, pero no me contestaste.

—Pero si hemos hablado y no me has dicho nada.

—¿Hemos hablado al final? Ah, sí. Y se me pasó decírtelo, cierto. Pero te llamé al rato y no contestaste. ¿O ya estaba en el trastero y no había cobertura? Oye, ¿no estarás insinuando que había algo y me lo he quedado? ¡Qué cojones iba a haber! Ojalá hubiera podido decirte que estaba el Picasso. Pues no, no había nada. Un montón de papeles, mierda. Lo he dejado todo tal cual lo he encontrado.

Había abofeteado una sola vez a mi hijo, cuando era adolescente, pero si en aquella ocasión lo hubiese tenido delante, se hubiera llevado un puñetazo.

—Eres imbécil, no tienes remedio. ¿Sabes cómo se va a poner tu hermana cuando se entere? Ella no se lo va a tomar como yo.

—¿Por? Vamos a tranquilizarnos, mamá: ¿de verdad crees que te he robado? Contesta a eso lo primero. —No contesté—. No, ¿verdad? ¿Entonces a qué viene tanto drama? ¡Que no había nada y te he ahorrado quinientos euros! —Su tono fue chulesco.

—Me la abrían por ciento cincuenta. Mira, cállate, por favor.

—¡Que es de acero al manganeso con aluminio de plutonio! Menos de trescientos no te hubiera cobrado nadie. Te lo digo yo, que me he dejado casi cuarenta pavos en piezas de diamante. Que no te las voy a cobrar, aunque no sé si me volverán a servir para algo, son rarísimas. Bueno, eso lo dejo a tu criterio. En fin, una pena que no hubiese nada. Pero no por esto vamos a parar de buscar el Picasso, también te lo digo. No lo robaron, mamá, no sé qué demonios pasó con ese cuadro pero no lo robaron, lo sabes tan bien como yo. ¡Así que a trabajar! Y me debes veinte pavos como hay Dios. ¡Hombre, me los prometiste! Piezas aparte.

Está mal de la cabeza. Lo peor era que tendría que creerle y encima callarme, no contárselo a mi hija. No volvería a compartir ninguna información con él. Pero era insuficiente, necesitaba más venganza.

Llegué a casa y me crucé con Vasile en el portal, sonriente. Subimos juntos en el ascensor y me preguntó qué tal con Lennon. Que si molestaba, que si le íbamos cogiendo cariño. Me aseguró que no tiraba de la correa, que me animara a sacarlo un día sin nada que temer. Que hiciera la prueba, él me acompañaría.

—Está bien, lo haremos. —El ascensor paró en la última planta, salimos—. Por cierto, ¿a ti te suena que Luisa tuviera ordenador? —Fui consciente de que la pregunta era rarísima—. Es que me sorprende que no haya ninguno. Tampoco un móvil. He visto móviles, pero muy viejos. Me parece raro.

—Yo la llamaba al móvil. No sé si era viejo. Creo que todos somos viejos. —Estaba gracioso aquella tarde.

El presunto ladrón, mi hijo, volvió al día siguiente. Entró con sus llaves, saludó a Lennon, a mí, se quitó la ropa para ponerse su disfraz de albañil, me acerqué y le levanté la mano, por segunda vez, con un gesto amenazante.

—¿Pero qué haces, mamarracha? —se ofendió. Estaba en calzoncillos.

—Debería denunciarte. Y no se lo voy a contar a tu hermana porque ella sí que va a comisaría. Así que dame las gracias.

Se acariciaba la mejilla con la mano, como si le hubiera rozado. Mi hijo es de reacciones exageradas pero de acciones templadas. El clásico perro ladrador poco mordedor. Ni siquiera suele ladrar a la cara. Sonrió.

—¡Gracias! ¿Puedo trabajar? Te voy a dejar el cuarto del gazpacho que vas a querer que sea tu dormitorio. Entre hoy y mañana. —Se puso unos pantalones, una camiseta y unas zapatillas repugnantes—. Esta noche he estado pensando y ¿sabes qué? Creo que Marnie es la ladrona. Como en la peli de Hitchcock: *Marnie, la ladrona*, ¿te acuerdas? No es de las mejores. Pero es que de Vasile no puedo sospechar, es incapaz, es como Lennon.

—Se llama Marilyn, no Marnie.

Una semana después empezó a pintar el cuarto del gazpacho.

Mi hijo, además de todo lo que se le ocurre ser cada día, es un escritor sin éxito. Dentro de mi escasa objetividad, creo que es bueno. Y a los ojos de todos parece que es un feliz escritor fracasado, que no duda de su talento, que culpa de todo a la mala suerte y que no para de reírse de sí mismo. Pero con mayor o menor sutileza, se ocupa de que yo me entere de que también sufre de vez en cuando.

Le he dicho mil veces que con escribir bien no basta. Se niega a creerme, a aceptarlo, está convencido de que llegará a ser muy bueno. Ha tenido que aprenderlo a base de desengaños, de golpes de realidad. Con escribir bien no basta, ni mucho menos. Se ha dado cuenta demasiado tarde de que nunca debió abandonar el Derecho.

—Ojalá hubiera seguido ejerciendo de abogado —soltó con el rodillo chorreando pintura sobre el suelo mal cubierto—. Sería rico y ya estaría jubilado. Y escribiría por las noches lo que me diese la gana. Habría sido un gran abogado.

—Sí, por agotador. Cualquier juez terminaría dándote la razón con tal de que te callases.

—Así es —concluyó sonriente.

Y volvió con la pared de la habitación del gazpacho. Yo seguí mi camino por el pasillo y, cuando al rato volví a pasar cerca, no pude evitar oírle, como si nunca se hubiera callado.

—¿Sabes lo que pasa? Que es mucho más difícil triunfar haciendo literatura que haciendo basura. Hay cientos de *ebooks* ridículos que venden tanto como tu amiga Rosa Montero. O más. —Tuve que pararme a escucharle porque no callaba. Gesticulaba mucho y lanzaba pintura como un aspersor, cerré los ojos instintivamente un par de veces—. Libros con portadas y títulos que no te lo crees, que ninguna editorial se atreve a publicar. Con biografías redactadas por los propios autores que parecen escritas por niños de seis años. Perdona, ¿te he manchado? Y a la gente le da igual: los compra, los lee, les gusta y se molestan en compartirlo, en recomendarlos, en poner una buena reseña. Mucha gente no quiere leer a Muñoz Molina, Elvira Lindo, Luis Landero o a Milena

Busquets; prefiere leer porno. No saben lo que se pierden. Igual que en la tele. Es como pretender que un documental cultural tenga más audiencia que el programa sensacionalista más repugnante de la cadena con menos dignidad. Y pasa lo mismo en la música, la pintura o el cine. Quizá sea más triste en la literatura, porque encima la basura no tiene publicidad ni medios, pero es igual: la gente la busca. ¿Cuántos hay ahora leyendo a Fante o a Mahfuz? Pues yo quiero parecerme a ellos. ¿Qué pinto yo en este panorama? ¿Tengo que ser el mejor autor de España para *putoganarme* la vida con algo de dignidad? ¡No puedo, no lo soy y nunca lo seré! —Me manchó las zapatillas nuevas—. Igual que tampoco puedo escribir mierda porque vomitaría a cada párrafo. Me repugna vomitar. Lo evito siempre, prefiero seguir enfermo. Prefiero morir a escribir mierda.

—¿Te has desahogado ya? Baja el tono y el rodillo, por favor. Al fin te has enterado. Yo misma soy una excepción y he trabajado durísimo para conseguir lo poco o lo mucho que tengo. Sé mejor que nadie lo difícil que es este mundo y, especialmente, para tu generación. Aunque fueses mejor que todos ellos, es muy probable que vivieras peor. Es cuestión de suerte. El mundo editorial no es un negocio justo ni rentable para casi ningún autor, te lo he repetido mil veces: haberte dedicado a otra cosa. Asúmelo de una vez.

—Joder, sabes que soy un rebelde tenaz. Si me hubieses aconsejado que siguiera tus pasos, ahora sería registrador de la propiedad y tendría una mansión. Soy escritor para demostrarte que estás equivocada, para llevarte la contraria. En cualquier caso, ha sido por ti, mamá —terminó, señalándome con el rodillo empapado.

Lennon le ladró, cargado de razón.

18

Me aterraba la idea de tener que volver a colgar el maldito Madrazo en la pared y pasarme el resto de mi vida viendo tan espantoso cuadro. Llegué a tener pesadillas la noche antes de la subasta. Sobre todo porque necesitaba el dinero como respirar. Por fin me llamó Jaime, mi querido galerista: hubo suerte, alguien se animaba a quitármelo de encima. Suspiré y le di muchas veces las gracias. Al principio me alivió más perderlo de vista que el pellizco que me quedaría por su venta. Luego no, porque todavía quedaban muchos agujeros por tapar, incluso literalmente, y no solo en la casa.

Lo primero que hice fue poner el de Alcaín en la escarpia del infausto lienzo recién vendido. Quedaba maravilloso, pero demasiado alto, claro. Ya lo colgaría bien mi hijo, el manitas todoterreno.

Conseguí quedar con otro sobrino de Luisa, que se mostró muy dispuesto. Alberto es arquitecto y lleva más de una década jubilado. Un ancianito nueve años mayor que yo. Apareció en el bar sonriente, muy bien vestido y con un bastón. Pidió un vino tinto.

—Diego de León veintidós, casi esquina con Velázquez. Un piso formidable, yo qué sé, ¿doscientos cincuenta metros cuadrados? Creo que era un tercero. ¿De verdad no lo has heredado? Qué misterio. Pensábamos que era el único inmueble que le quedaba, además del suyo.

—También tenía un perro, Lennon.

—Es verdad, Lennon, me acuerdo de él. ¿Y te lo has quedado tú? Yo es que tengo un gato, mi mujer es de gatos. ¿Y dices que del Picasso nada? ¿Y que el Fortuny es falso? ¿Y los grabados? ¿Y ninguna joya? ¿Solo el ático? No está mal, pero comparado con lo que todos pensábamos, menudo palo. Es que no me lo puedo creer. ¡No sabíamos nada de Luisa! Nunca imaginé que estuviera tan necesitada. Supongo que tampoco pidió ayuda. Cuando su marido enfermó se volcó con él, fueron a Estados Unidos, a los mejores médicos. Recuerdo que vendió la finca de Badajoz y un Tàpies muy bonito. Tuvieron que darle una fortuna, pero su marido vivió dos o tres años más y acabó vendiendo otras cosas. Lo sé porque todo pasaba antes por el filtro de la familia, por si alguien quería algo. Pagando bien, ya lo creo. Pero le quedaban bienes importantes, no me lo explico. ¿De verdad que todo es falso?

—¿Qué más vendió en su última etapa?

—No sé. Joyas. Pero yo de eso no entiendo. Vendió hasta su plaza de garaje, que se la compró mi primo Emilio y la puso en alquiler. Yo le quise comprar un dibujo de Valdivieso que estaba dedicado a mi padre. Llegué a rogárselo, pero me pidió demasiado. Me enfadé con ella, aunque nunca se lo dije. Luisa se lo había comprado antes generosamente a mi padre cuando nos arruinamos, de modo que se negaba a desprenderse de él. Yo lo quería por valor sentimental, pero no cedió. Supongo que estará en la casa. ¿Te suena? Es un simple dibujo de un pastor caminando de espaldas con una azada.

—Sí, Alberto, te lo regalo. —Me dio las gracias hasta que le detuve con firmeza. Entendí que era el único motivo por el que había accedido a verme, pero se lo cobraría.

—Es curioso, porque hasta ahora las personas más cercanas a Luisa me han insistido en su generosidad. ¿Luisa era generosa? No era la idea que yo tenía de ella.

Se pidió otro tinto antes de apurar el culo que le quedaba.

—¿Generosa? Yo tampoco destacaría eso de ella. Conmigo no lo fue nunca. Con mi padre tuvo el detalle, siendo millonaria, de

comprarle un cuadro que apenas tenía valor por unas pesetas de más. Realmente dio un dinero a su hermano mayor, que lo necesitaba, y a cambio se cobró con la única cosa que le interesó. Luisa tenía obsesión con el arte, ya lo sabes. Pero no conozco de ella muchos más gestos. Se portó bien al final con su marido, y eso que pensábamos que lo despreciaba.

—¿Por qué?

—Bueno, es sabido que el imperio lo levantó ella y lo hundió él. Dilapidó la fortuna, y mira que era difícil. Era jugador, bebedor, derrochador. Un vividor, lo que se conocía entonces por un galán, porque era guapo y nunca se conformó con mi tía. Y fue a peor. Tú le conociste. Recuerdo que llegó a presumir de tener el coche más caro de España, un Rolls. Luisa detestaba todo eso. Ella era más inteligente, culta y elegante que él, y se la notaba abochornada por su marido, porque no estaba a la altura en los momentos decisivos. Por no hablar de los cuernos. Imagino que alguna vez estuvo enamorada del tío Jacobo, pero sé que acabó harta. Eso sí: no reparó en gastos para prolongar su vida.

—Háblame del imperio. Petróleo, ¿no?

—¿No lo sabes? Fue un tremendo golpe de fortuna. Te resumo, a ver si soy capaz.

»Luisa y Jacobo eran niños del exilio, ya sabes, de buena familia republicana, no muy ricos, pero bien relacionados. De los que huyeron a distintos países cuando estalló la guerra. Fueron vecinos en Ciudad de México, se enamoraron y se casaron muy jóvenes. Y el padre de él les regaló por la boda un terreno al norte de Veracruz para que plantasen caña de azúcar. Las malas lenguas decían que era una excusa para perder de vista al zángano de su hijo y ponerlo a trabajar de sol a sol. Solo consiguió lo primero: se fueron a vivir de mala gana a la ciudad de Veracruz para estar más cerca de la explotación. Pero Luisa, al ver la incapacidad de su deslumbrante marido para todo aquello que no le apeteciese, asumió con veintipocos las riendas de la empresa que acababan de emprender. La tierra no era óptima para la caña, pero no se rindió. Se negó a

tener hijos para dedicarse plenamente a trabajar, y se involucró durante años, acumulando más y más terrenos colindantes. Hasta que un día, muy cerca de sus dominios, se descubrió por casualidad un yacimiento de crudo, y la española decidió que esa era la causa de que su tierra no fuera tan fértil como debía. Fue una premonición sin el menor rigor científico, pero se gastó todo su patrimonio en destrozar las plantaciones perforando el suelo, hasta que encontró un pozo que sería el primero de los que les harían nadar en billetes.

»Pero Luisa era mucho más ambiciosa; el mundo machista de los negocios de materias primas le aburría soberanamente. Lo utilizaba como un trampolín para dedicarse a lo que realmente le fascinaba: el arte. Dejó el crudo, volvió a Ciudad de México, por fin tuvo un hijo, y no le fue mal. Logró hacerse con un Picasso en una subasta en Nueva York por menos de un millón de dólares de la época. Y como a Jacobo lo único que le interesaba eran las mujeres, en cuanto la suya se desentendió del negocio del combustible, las cosas empezaron a ir mal. Lo vendieron antes de la quiebra inevitable y, al poco de morir Franco, retornaron a la España convulsa de finales de la década de los setenta, de la que apenas recordaban nada; solo habían vuelto un par de veces de visita. Sus vidas estaban en México, pero Luisa no admitió discusión: eran españoles y era el momento de volver. Su hijo Ernesto tenía veintitrés años, para él fue un exilio forzoso como el que sufrieron sus padres en 1936. Sin embargo, renunció a México, perdió el acento y nunca volvió a comer frijoles ni enchilada.

—¿Y qué hay del Picasso? —le pregunté—. ¿Crees realmente que lo robaron?

—Sé lo mismo que todos: que Luisa dijo que lo habían robado, pero en su casa no había el menor indicio de que se hubiese producido un robo. Puedes rastrear lo que se publicó en los periódicos. ¿Quieres que te diga con total sinceridad lo que pensamos muchos? Claro que no lo robaron. Pero no tenemos ni la más remota idea de qué hizo con el cuadro.

De la noche a la mañana, cuando todos esperaban, más pronto que tarde, que pondría a la venta la joya de la corona, el Picasso desapareció. Lo que todos ambicionaban, aquel objeto de deseo de valor incalculable por el que especularon durante años, de pronto dejó de existir. Luisa les dijo que se olvidaran del Picasso sin mostrar signos de rabia, lástima o dolor. Era muy dura. Sabía que estaban pendientes del cuadro, de que lo pusiera a la venta y le dieran una valoración. Venderlo, además, era la mejor forma de que repartiese el botín, porque ninguno en aquel momento concebía que solo hubiese un heredero.

A Alberto le llegó el rumor, nunca se supo tampoco si cierto, de que habían intentado entrar antes en el ático sin conseguirlo. Pero había dos personas con copias de las llaves de la casa que pudieron abrir la puerta principal sin forzarla: la empleada doméstica y el paseador de los perros. Marilyn estaba dentro cuando supuestamente se produjeron los hechos. Juró que la noche anterior estaba el cuadro y a la mañana siguiente no. Todo lo que contó es que ella había dormido plácidamente. El paseador también fue investigado y no sacaron nada en claro. Estaban limpios. Yo sabía que el paseador seguía trabajando, pero Marilyn no. ¿Era alguno de los dos capaz de vender un Picasso robado en el mercado negro por millones de euros y seguir llevando una vida normal? El cuadro no apareció. Alberto me confesó que entre todos buscaron en cada rincón, menos en Diego de León, pero esa casa estaba alquilada a una familia poco sospechosa de estar involucrada y la policía aseguró que la había barrido.

En todo esto pensaba cuando me encontré sentada ante el ordenador para escribir una historia completamente ajena que requería mi máxima atención. Tan solo me permití calcular a qué equivaldría en la actualidad el millón de dólares de los años setenta: algo más de ocho. Sonreí como si tuviera el cuadro. Hice un esfuerzo por olvidarlo y centrarme en mi novela. Y a la mañana siguiente volví a sentarme al ordenador, ilusionada con mi nueva historia.

Tenía algo que contar que merecía la pena. Lograrlo, dadas las circunstancias, era todo un desafío.

Por contar lo que merece la pena me he metido en toda clase de problemas, pero no concibo otra forma de escribir. Se trata de «descubrir lo que se oculta a otras miradas». Como dice Elena Ferrante, «Fabricamos ficciones no para que lo falso parezca verdadero, sino para contar la verdad más indecible con absoluta fidelidad». Por eso, tras el periodismo, me amparé en la ficción para contar la verdad, profundizar en las historias y desvelar su lado oscuro.

Así escribí mi primera novela, *El egoísta*, inspirada en la vida secreta de un personaje que protagonizó la historia oculta de la Transición.

A quienes más me molesta fastidiar contando intimidades es a mis hijos. Comprendo que les incomode leer ciertas historias firmadas por su madre. Ella es más tolerante, pero al filósofo le horrorizó una de mis novelas premiadas porque me identificaba con la protagonista, una mujer libertaria y promiscua. Isabel Allende tuvo un episodio parecido con su hijo Nicolás: le pidió que nunca más volviera a escribir sobre él porque no tenía derecho a exponer su vida privada ni la de su familia. Lo mismo le sucedió a Carmen Laforet con *Nada*: su marido se sintió aludido y, cuando se separaron, le prohibió escribir sobre su vida en pareja.

Es un asunto complejo pero inevitable. Si un escritor se siente coartado es mejor que no escriba. Como hubiera respondido Raymond Carver, estoy desperdigada entre todos los personajes, hombres y mujeres, protagonistas y secundarios. Mi hijo sabe que, por mucho que fabulemos, la ficción se entremezcla con la realidad en todos nuestros textos. Él tampoco querría que su hijo lea dentro de diez años —ni de veinte ni nunca— la mayoría de sus escritos. Porque el concepto de lo real es muy limitado y los escritores necesitamos tomar, con absoluta subjetividad, asuntos prestados de todo aquello que nos rodea. Entrego a mis personajes mis

recuerdos, sentimientos, nombres, ropaje, libros, películas, canciones, ciudades, playas y montañas. De algún modo, todo pertenece a mi vida porque quiero que lo invisible salga a la luz. Es un acto temerario, pero no conozco otra manera de escribir. Y lo siento, pero qué voy a contar si no.

Admiro a los escritores que viajan lejos de sí mismos para buscar otras historias. Algunos lo consiguen sin moverse de su butaca favorita; otros, como Simenon, se adentran en lugares recónditos, pequeños pueblos, ambientes portuarios, comisarías, juzgados y prostíbulos. El belga los convirtió en protagonistas de sus novelas con tal realismo que los afectados, a pesar de aparecer con nombres falsos, se reconocieron en la narración y se querellaron con la esperanza de sacarle algo al exitoso autor.

Ojalá yo tuviera tantos lectores como él y aquellos que se han sentido aludidos se animaran a intentar sacar tajada. Sé que no me puedo quejar, pero mi éxito ha sido tan moderado que, lejos de eso, nadie leerá mis libros dentro de diez años.

19

Estaba tan absorta con las historias que me había contado Alberto que el timbre del teléfono me sobresaltó y pegué un respingo. Era mi hija, que seguía limpiando de trastos mi vieja casa, en la que se iba a instalar.

—¿Cómo es posible que ni a mi hermano ni a mí nos hayas contado nada de esta gente? —No sabía de qué gente me hablaba —. ¿También quieres que tire a la basura estos recortes de periódico?

Me describió el contenido: una extensa colección de entrevistas con viejos músicos y cineastas. Me leyó algunos nombres que le sonaban de algo: Ravi Shankar, Celia Cruz, Josephine Baker, Yul Brynner, John Huston, Charles Bronson, Richard Harris y unos cuantos más. He buscado con insistencia esa carpeta para digitalizarla, pero al cabo del tiempo la di por perdida, como tantas otras cosas aniquiladas por mí misma, en uno de esos arrebatos destructivos que tenemos los escorpio nacidos en noviembre. Pertenecen a mi época de veinteañera, en la que quise ser guionista. Asistía a las proyecciones en la vieja Escuela de Cine, donde intimé, entre otros, con Summers, Miró, Berlanga, Querejeta o Jordi Grau. Este último me ofreció colaborar en una de sus películas, que fue elegida para representar a España en el festival de Karlovy Vary y, años más tarde, me pidió que lo acompañase a Calanda para visitar a las hermanas de Buñuel. Lo mejor es que Summers me presentó al presidente de la Warner Bros. en España, un joven multimillonario, atractivo y generoso productor de un centenar de las películas más

emblemáticas de la época. Me hice muy amiga de aquel seductor, que tenía por entonces una novia rubia, encantadora y también rica heredera, llamada Shawn. Me pidió que la llevase como fotógrafa en mis entrevistas y a cambio del favor me facilitaría el contacto con mis cineastas preferidos. Entrevisté a todo personaje de Hollywood que pasaba por España.

Cuando Shawn dejó a su novio, el joven seductor de la Warner, o quizá fue al revés, para casarse con un famoso actor estadounidense, se interrumpió nuestra ventajosa colaboración. Los siguientes que tenía en cartera eran Robert de Niro y Clint Eastwood. Pero me quedé con las ganas y una enorme frustración que aún no he superado. Así que le dije a mi hija que los recortes que me había guardado con tanto desvelo podía tirarlos a la basura. Sin Eastwood, ya no me interesaban.

No me reconocía en la persona que fui ni en algunas de las experiencias que viví. Ese afán por experimentarlo todo pertenecía a una de las muchas vidas, sucesivas y desconectadas, que he tenido. Me esforzaba en luchar contra el prejuicio de que todo era maravilloso cuando tenía veinte años y el mundo giraba alrededor de mi ombligo. Uno de los efectos más notables del paso del tiempo es haber perdido las ganas de conocer a las personas que admiro, en realidad, porque ya no me quedan personas admirables por conocer.

En ese instante me di cuenta de que la belleza seguía existiendo, aunque quizá yo no supiera valorarla.

20

Los últimos días de mi hermano me instalé en su casa con los gatos esquivos, el perro desahuciado y la angustia de saber que era el final. Para disimular el espanto, no daba tregua al silencio y le hablaba con dulzura sin dejar que me interrumpiera. Me propuse calmar su dolor y acompañarlo en ese triste viaje. Nos adentramos impúdicamente en detalles familiares como nunca lo habíamos hecho. Parecían sesiones de psicoanálisis, a las que él era tan aficionado, y, sin embargo, a mí me espantaban, pero le tuve entretenido. Lo conseguí hasta el mismo instante en el que no hubo más remedio que llamar a la ambulancia. Imposible retener las lágrimas cuando revivo la escena.

Le sedaron y nos dejaron solos en la habitación. Después de haber asistido a tantos muertos, sabía que todo serían últimas palabras. Por eso no dije ninguna.

Miré los signos vitales en el monitor y me estremecí al verlo adormecido mientras se iba descompensando la presión arterial, la frecuencia cardíaca y la saturación de oxígeno en sangre. Y ante el temor de que ya no me escuchase, me precipité y le apreté la mano.

—No sé si has sido buen marido o buen padre, pero has sido buen hijo y te aseguro que eres el mejor hermano del mundo. Y quiero darte las gracias por haberme hecho más fácil la vida.

Se agarró fuerte a mi mano y no sé de dónde sacó fuerzas para decirme que tenía mucho miedo. Ese miedo fue lo último que murió de mi infancia.

Me gusta el otoño, aunque sea la estación de los duelos. El tiempo para recordar a los que ya no están, a las personas que más he querido. Que más sigo queriendo. Siempre me cuesta hablar de los muertos apaciblemente, sin tristeza ni desasosiego, aunque su ausencia ya no me duela como los primeros años. Al principio huía, me escondía, y tal vez prolongaba el dolor más allá de lo debido. «Hay que dejar que los muertos se vayan», me advertían. ¿Acaso hay fórmulas inequívocas para superar el duelo? Yo los necesito cerca, donde puedan escucharme. Donde pueda escucharlos. Quiero acordarme de ellos cuando miro al cielo o al mar, o en este lugar donde estoy ahora sintiendo su presencia. Mientras estén conmigo son inmortales. Por eso huyo despavorida de la muerte. No quiero mirarla y recordarla. Nunca he besado a mis muertos en la frente, ni he sentido el frío de su piel. Y no quisiera saber nada de entierros, de tumbas, criptas, sepulturas ni cenizas. Ni de llevar flores a los cementerios el Día de Difuntos.

Tampoco recuerdo si alguna vez el llanto me impidió seguir escribiendo.

21

Subí al tren de alta velocidad rumbo a León, encontré mi asiento y me sorprendí de la cantidad de pasajeros que viajaban en una mañana de martes. Mucha gente joven, aislada con sus dispositivos electrónicos. No quise atizar la nostalgia y me dediqué a mirar el paisaje como una escritora aplicada, tomando notas en mi cuaderno. Pensé en mi hermano mil veces. También en mis hijos, que no sabían dónde estaba en ese momento. No quise contarle a nadie el viaje que estaba emprendiendo.

Escribir es describir, anoté, o describir lo mejor que puedas situaciones, personajes, sentimientos, detalles, paisajes, atmósferas, anécdotas, batallas. Y luego, si es posible, darle a todo un sentido, una unidad, una razón de existir. Redondearlo, como una albóndiga —hago unas albóndigas exquisitas—. Convertirlo en una historia digna de ser contada. Con treinta años menos era fácil centrarme en una sola aventura. A partir de los setenta la atención se dispersa. La vida es una amalgama de acontecimientos independientes con un misterioso hilo conductor que termina por darle forma. Pero hacer ese trabajo, el del hilo, construir una historia tan apetitosa como mis albóndigas, para mí resulta una hazaña. Ni siquiera me veo capaz de escribir un capítulo redondo. Rondan demasiadas confusiones por mi cabeza.

Las dos horas se me hicieron cortas tomando notas en mis dos cuadernos: el antiguo negro y el nuevo azul. Los de los dos relatos que, de alguna manera, estaba escribiendo a la vez. El tren empezó a decelerar. Me preocupaba mucho que alguien me reconociera, no

ya en el vagón, ni siquiera en León, sino en Boñar. Era esencial pasar desapercibida.

¿Por qué, qué más daba? No lo sabía, pero necesitaba estar completamente sola. Al único que echaba de menos era a Lennon, me sentía horrible por haberlo abandonado. Pude haber hecho el viaje en mi coche con él desde Madrid, pero estaba agotada. Y a Lennon me lo imaginaba feliz, con mi hijo tirándole la pelota y Vasile paseándolo por las verdes praderas.

Lo primero que hice al salir de la estación fue dirigirme a la parcela colindante: el aparcamiento, donde tenía reservado un coche de alquiler. Conduje hacia Boñar escuchando a Madeleine Peyroux y enjugándome los ojos de vez en cuando.

Me acercaba a mi destino mientras evocaba peligrosamente momentos del pasado. Encendí por primera vez en meses la calefacción del coche. Siempre que hurgo en los recuerdos, cuando logro ponerme en mi piel de entonces, sentirme la protagonista, llego a la conclusión de que no los disfruté lo suficiente, de que no exprimí al máximo la oportunidad de ser feliz. No era consciente de que aquellos años siempre los echaría de menos. Estoy segura de que, si los viviera otra vez, abrazaría más fuerte, besaría con más pasión, saltaría mucho más alto, reiría a carcajadas y no se me pasaría por la cabeza contener ni un solo instante la alegría. Pero el tren pasa a toda velocidad y perderlo es una torpeza.

Mi existencia no siempre fue como una de mis albóndigas perfectas, sabrosas y exquisitas. A veces se me atragantaba.

Aparqué en la avenida de la Constitución. El frío me vino bien para cubrirme con mi bufanda como si fuese un burka. Estaba nublado. Añadí a mi indumentaria unas gafas de sol. Era imposible reconocerme, pero no me atreví a entrar en ningún bar, en ningún sitio. Ni siquiera en el estanco para comprarle un paquete de Pueblo azul a mi hijo y un Marlboro amarillo a mi hija, que lo agradecerían como el mejor *souvenir*. Me limité a caminar, a observar fachadas,

puertas, ventanas, rótulos. Casi todo había cambiado, hasta la plaza del Negrillón. Todo menos las piedras que formaban la iglesia, las mismas que rodeaba corriendo de niña. Ni siquiera me crucé con una cara reconocible. Por eso me animé a entrar en la administración de Loterías a comprar unos décimos de Navidad. Ojalá nos tocase.

Seguí paseando de incógnito y me dirigí hacia las afueras, atravesé el Soto y me planté en las faldas de Pico Cueto, algo imprescindible para la historia que estaba tramando. Ascendí lo que buenamente pude y comprobé que el paisaje cumplía las expectativas.

Quise meterme en la piel de la protagonista de la otra novela que estaba escribiendo, pero, sin saber por qué, me veía más como la tía Luisa. Quizá porque mi protagonista tenía que parecerse al personaje que me tenía obsesionada. Sí, ahí fue cuando Olivia Casanova adquirió esa mezcla de aristocracia, generosidad e insolencia.

Al descender apreté el paso para entrar en calor. Error: a mi edad no se puede bajar rápido una montaña, por muy joven que me sintiera en aquel momento. Resbalé y no me caí de puro milagro, mantuve el equilibrio sin hacerme apenas daño. Suspiré porque, de haberme caído sobre ese suelo abrupto, me habría roto un hueso, quizá la cadera, y me hubiese quedado paralizada. Quién sabe cuánto hubieran tardado en rescatarme, quizá hubiera muerto de frío, como Mauro del Valle. Pero me salvé y entré en calor de golpe, así que no había temperatura que combatir. Continuaría despacio, con calma.

Antes de dar un paso, me fijé junto a mi pie salvador en una hilera de hormigas asustadas, tratando, como yo, de mantener la calma. Acababa de matar a una decena de sus compañeras en una especie de atentado terrorista. Y otras dos decenas estarían gravemente heridas, condenadas a una muerte más lenta. Lamenté ser la culpable, pero continué mi camino.

En general, las personas tenemos más en común de lo que nos separa. Da igual el sexo, la raza, la religión, el lugar de nacimiento, la fortuna o las inclinaciones políticas. Nos creemos muy diferentes, pero, vistos desde las alturas, parecemos idénticas, como yo veía a las hormigas. Seguro que compartimos con los insectos un pasado remoto. La inmensa mayoría de las especies animales queremos las mismas cosas: vivir un poco más y ser un poco más felices. Es triste pensar que el principal obstáculo para lograrlo seamos nosotros mismos. Nuestra propia especie.

Las hormigas se sacrifican hasta la muerte si es preciso por el bien de la comunidad. Cada una de ellas es lo que nosotros conocemos como un héroe. Y son tan raros los casos de héroes entre personas que, cuando aparece uno, le hacemos un monumento o una película porque su historia merece ser contada. Pero yo llevo más de treinta años escribiendo novelas y nunca he escrito una epopeya. Las heroicidades que he vivido o presenciado son poco épicas. Somos egoístas por naturaleza, como Baltasar Orellana, el protagonista de mi novela. Ojalá nos pareciéramos más a los insectos.

Ignoraba si había hormigas malvadas; sin embargó, conozco a bastantes personas que se comportan como alimañas. Abunda la mala gente. Una de las que alguna vez metí en ese saco fue la tía Luisa. Ahora sabía que no era malvada, y me preguntaba si no me pasaría lo mismo si hubiese conocido más a fondo a otros presuntos perversos que me he cruzado. Es probable que muchos de ellos tuvieran también gestos generosos, piadosos, empáticos o nobles. Seguro que exculparía a varios.

Pero es inevitable ser pesimista y sufrir por mi descendencia. Llevamos el periodo más largo de la historia sin guerras fronterizas y, aún así, había varias atroces por el mundo que no tenían pinta de acabar a corto ni a medio plazo, y la sombra de que algún día estallen también en la comodidad de los países vecinos, si no en el nuestro, planea incesante sobre nuestras cabezas. Está claro que no aprendemos de los errores y que, además, los repetimos agravados.

¿Qué cabe esperar? Yo he tenido mucha suerte, he salido indemne incluso de una dictadura donde no existían derechos. Pero mi nieto celiaco era tan pequeño, y estaba a punto de tener otro. Es una verdadera pena que tengamos menos instinto de supervivencia que los felinos o los chimpancés.

Volví a León con el tiempo suficiente para dar un paseo, según lo previsto. Estaba atardeciendo y encontré la calle Ancha llena de vida. De una vida distinta a la de Madrid, distinta quizá a la de cualquier otro lugar del mundo. Una vida, en cualquier caso, que yo desconocía. Allí ambientaría la novela. La catedral iluminada me dio valor para creerme por un segundo capaz de conseguirlo. En realidad, me conformaría, eso sí, con escribir una historia entretenida y correcta.

De vuelta en el tren, sentí una extraña paz. El viaje había sido un éxito. Quizá la novela también lo fuera.

22

Al día siguiente de regresar de León, fui a Diego de León pensando en la coincidencia de los nombres. ¡Qué distintos eran los significados para mí! Observé el portal número veintidós, pegado al veinte. Eran iguales, estrechos. Pertenecían al mismo edificio, la misma fachada blanca. Por alguna razón los separaron. Supuse que en el veinte, que hacía esquina con una de las calles más lujosas de Madrid, los pisos serían más grandes. Conté varias ventanas por piso en el número veintidós. Me fijé en las del tercero, igual que todas. Sin duda albergaban dos pisos formidables, como bien dijo Alberto.

Pasados unos segundos, no encontré qué más hacer allí. Nadie entraba, nadie salía. Al fin un tipo se asomó al veinte, entró y volvió a salir y fue al veintidós. Se había equivocado: normal, eran iguales.

Me hubiera gustado meterme con él en el ascensor y ver adónde iba. Incluso hubiera podido hacerlo. A lo mejor subió por las escaleras para visitar al fisioterapeuta del primero izquierda que se anunciaba en el portal. Yo no lo hice porque no soy invisible, uno de mis sueños más recurrentes. Una vulgaridad, lo sé, porque somos legión los que hemos anhelado la invisibilidad, aunque fuera por un tiempo. Los interpretadores de sueños dicen que es síntoma de baja autoestima, de necesidad de cariño y reconocimiento. Puede ser cierto, yo solo quiero serlo para curiosear sin ser vista. Y para distanciarme de los problemas, porque desde lejos y desde lo alto suele verse mejor el camino para salir del laberinto. Ahí, parada en Diego de León, necesitaba, una vez más, ser invisible.

Cualquiera diría, con acierto, que no hay contradicción más grande: si de verdad anhelo ser invisible, no habría pisado jamás un plató o un escenario y, sin embargo, llevo décadas apareciendo en televisión y hablando en público desde un atril, subida a una tarima. No tengo argumentos sólidos para desmentirlo. La vida me ha llevado por ese camino, quizá porque se me da bien, o porque diferencio la esfera pública de la privada. Tampoco me amedrento ante las cámaras ni ante las multitudes.

Creía que pasaba inadvertida; que la gente apenas se fija en mí, más allá del instante en que me ve o me escucha. Al minuto no me reconocerían ni en la pescadería. Quizá porque expongo mis dudas, o hablo con poca convicción, sin elevar el tono de voz, sin deseos de convencer a nadie. O porque interrumpo mi disertación para escuchar a otro cuyos argumentos me hacen dudar o, al menos, plantearme si razona mejor que yo. Para hacerte oír, al menos para que se queden con tu cara, tienes que gritar, gesticular mucho, poner distintas posturas frente a las cámaras y rugir delante del micrófono. Los argumentos son lo de menos.

Sí, soy contradictoria, porque también me molesta que mis reflexiones moderadas y mi manera de expresarlas le pasen inadvertidas al espectador. Me indigna que atribuyan a otros cosas que he dicho yo un minuto antes. Alguna vez me preguntan por la calle por qué ya no salgo en la tele, la misma semana que he participado en tres o cuatro programas de máxima audiencia. Además de no gritar, tengo una norma inalterable muy poco televisiva: no digo nada de un personaje ausente que no me atreva a decírselo a la cara. Una vez estuve a punto de perder las formas, cuando me calumnió gravemente un provocador de cuyo nombre no quiero acordarme. El vídeo se hizo viral y se me aparecía como un espectro de vez en cuando. Como dijo Virginia Woolf, «es más difícil matar un fantasma que una realidad».

Con la edad me he alejado con más afán de los extremos, de pasarme de revoluciones. He perseguido, incansable, sin lograrlo, un equilibrio utópico, pero sí he conseguido que se me considere

prudente, ecuánime, reflexiva, moderada o, al menos, cuerda. Son adjetivos que han ido asociados a mi nombre. Alguno ha entendido ese equilibro como cobardía o equidistancia ausente de compromiso, cosa que me duele. He conocido a muy pocas personas que puedan afirmar que son valientes. Yo, sin embargo, siempre he querido serlo. Porque el miedo es una actitud retrógrada que nos lleva a aceptar lo malo conocido y rechazar lo bueno por conocer. Ser valiente, equilibrada e invisible no solo es utópico, sino también contradictorio. Me identifico más con Fernando Trueba cuando dijo que «no es bueno dar titulares, porque lo maravilloso es no estar», que con el protagonista de *Gladiator*. ¡Qué disparate! No sé por qué se me ha ocurrido compararlos, quizá porque tengo ganas de volver a ver esa película; ganas de parecerme a Máximo Décimo Meridio y ser menos yo misma.

Lo que más me fascina de las utopías es que, por definición, sabemos que son imposibles y, sin embargo, la nuestra nos parece tan cercana, tan al alcance de la mano, que nos dedicamos la vida a perseguirla, convencidos de que lo conseguiremos. Aunque sea contradictoria. Y no está mal, porque ya lo dijo Galeano: la utopía sirve para eso, para caminar. Te impulsa a avanzar en la buena dirección. A veces, incluso, se hace realidad. (Estas máximas tienen casi siempre un punto cursi, rebuscado y pretencioso).

23

De las siete habitaciones del ático solo había dado un lavado de cara a dos: mi dormitorio y el cuarto del gazpacho, que mi hijo dejó bastante bien. El resto seguían prácticamente igual. Mantenía la esperanza de que apareciese un collar de diamantes, unos pendientes de platino o un anillo con la esmeralda o el zafiro más grande del mundo. Hasta ese momento no había encontrado una sola pieza de valor, absolutamente nada que hubiese despertado el interés de mi amigo joyero. Le llevé un brazalete grande y pesado que encontré en el despacho. Sabía que no, pero parecía de oro. Lo mordí y se quedó la marca, prueba infalible.

—No. Mira.

Acercó un imán y el brazalete se pegó inmediatamente. El oro no se imanta. Ni siquiera estaba bañado.

Poco después encontré algo más ilusionante.

—Sí, el colgante es de oro, al menos de más de diez quilates. Pero qué quieres que te diga, no creo que saques más de cien euros al peso. Por la alianza un poco más.

Parecía imposible que Luisa hubiera vendido absolutamente todas sus joyas, aunque solo fuera porque eran demasiadas. Su marido presumía de coches exclusivos, fincas interminables, viajes exóticos y fiestas desenfrenadas, pero a Luisa le apasionaba el arte y afirmaba, categórica, que la joyería era, por supuesto, uno más. Nunca le vi lucir la misma joya, era algo que generaba expectación: ¿qué llevará hoy la tía Luisa? Por eso me acuerdo tan bien de varias piezas impresionantes.

Escribía perdiendo la noción del tiempo. Acostándome tarde, levantándome temprano, desatendiendo el móvil y, por lo tanto, a mis hijos. Lo hacía en la nueva habitación del gazpacho, en la que repliqué mi escritorio. Lennon solía acompañarme, encontró junto a mí un buen rincón donde descansar mientras escuchaba el murmullo suave del teclado del ordenador. Sentí que era la ficción más ficción que había escrito nunca, a pesar de que todo me lo había inspirado mi propia vida. Ni siquiera la anterior, la de los elefantes, era tan imaginativa como esta, al menos desde un punto de vista estructural.

Sin darme cuenta, el punto de partida serían una muerte y una herencia. De hecho, comenzaría con un funeral y a la protagonista le pondría el rostro altivo de la tía Luisa. Y enseguida aparecería un buen escritor frustrado que, al menos en eso, se parecería a mi hijo. Y un pastor que bien podía haber sido paseador de perros, porque habría perros, incluso lobos. Y un banquero malo que representaría a la insaciable Agencia Tributaria del Ayuntamiento de Madrid, que me breaba a multas últimamente. Pero todo lo pondría patas arriba una pelirroja a la que mi hija cogería manía, quizá porque se identificase un poco con su afán desmitificador. Para colmo intuí que ambos relatos tendrían casi los mismos capítulos. Me iba a repetir. Respecto al magnético locutor, Mauro del Valle, daría para otra novela que nunca escribiría.

Terminé de contactar con todos los sobrinos vivos de Luisa y no saqué nada reseñable de ninguno. Antonio la odiaba a muerte sin motivo de peso mientras que su hermana Isabel la quería sin saber explicar por qué. La prima Marisa estuvo muy cariñosa y lo único que me repitió de Luisa fue que «era muy suya». Su hermana pequeña, Sally, me confesó que no había conocido en profundidad a su tía, pero que su hijo era muy guapo y que nunca le hizo caso. Manolo, el menor de los tres, me juró que daba igual lo que me dijesen: Luisa era una señora de los pies a la cabeza. El último que

traté de contactar, el hermano mayor de la prima Paula, estaba enfermo terminal en México.

24

Aún lloraba a mi hermano cuando nació mi segundo nieto. Fue una fresca madrugada de octubre. Lo esperaba con la máxima expectación y pronto demostró que la superaría con creces, que no había hecho más que llegar. Fue un terremoto absoluto en nuestras vidas. Y eso que dormía bien, pero mi hijo lo llevó fatal.

—Me va a matar. Va a acabar conmigo. Es un cabronazo. Si no fuese porque se parece a mí, ya lo hubiera tirado por la ventana. Qué sabia es la naturaleza.

Tenía algo de razón en ambas cosas: la naturaleza es sabia y se parecía a él, pero a quien realmente era clavado era a mí. Descubrir una réplica de ti misma es una sensación inquietante y a la vez agradable. Sobre todo si no era yo la encargada de darle biberones a las tres de la madrugada.

Recordé la película *Jonás*, de Alan Tanner, y la envidia que sentí de la protagonista al verla pletórica con su embarazo. Fue una reacción instintiva, animal, que acrecentó mi obsesión por la maternidad. Lo logré y, lejos de decepcionarme, fue el estado más feliz de mi vida. Incluso el parto, sin epidural, fue una experiencia salvaje que hubiera repetido muchas más veces si no fuera porque me lo impidieron el trabajo y mi marido, por ese orden. Pero nunca imaginé que llegaría a ser abuela. Tampoco sabría decir si es una experiencia distinta *per se* o porque se produce a una edad tardía. Solo siento que quiero vivir más para ocuparme de mis nietos. Tengo más miedo al futuro del que tuve cuando fui madre, pero quizá sea cosa de la edad.

Me asombro de que el cine haya influido tanto en mi vida, más que la literatura o la música. No sé por qué decidí celebrar la llegada de mi nieto visionando, una vez más, *Gladiator*. La tenía pendiente y me reafirmé en la magnífica interpretación de Crowe de un hombre fuerte, leal, valiente, sabio y sediento de venganza en una cinta que ha envejecido bien, a pesar de algunas críticas que señalan errores imperdonables que a mí me dan igual. Me impactó la frase del personaje de Cicerón: «A veces hago lo que deseo hacer. El resto del tiempo hago lo que debo». Me había sentido así toda mi vida adulta, sin esperanza de que nunca cambiase. Sin embargo, en ese momento, estaba viendo la película que me apetecía y me di cuenta de que una de las pocas ventajas que me estaba brindando la vejez es que cada vez hago más lo que me da la gana. Quizá algún día pueda invertir la sentencia y dedicarme a cumplir con mis deberes a ratos, solo a ratos. Para rematar la velada, Marco Aurelio declamó: «Cuando un hombre atisba su final, quiere saber que su vida ha tenido algún sentido». Pues, salvando las distancias con el emperador, en esas estoy yo. Y supongo que todos los viejos del mundo. Pero la edad no es el único criterio para atisbar el final.

El miedo a la muerte es algo primitivo que todos experimentamos varias veces a lo largo de nuestra vida. No tendría más de ocho o nueve años cuando, admirando emocionada la cabalgata de Reyes desde la ventana del despacho de mi padre, me pregunté si no sería esa la última vez que la vería. Quizá estaba disfrutando tanto que de pronto me invadió el miedo a no volver a sentir la emoción. En definitiva, se despertó en mí la conciencia del tiempo. Y desde entonces siempre ha estado muy despierta, castigándome con la frecuencia suficiente para que nunca la olvide del todo. Fue un alivio superar la barrera de los cincuenta y ocho, la edad a la que murieron las personas más queridas de mi vida. A los sesenta pensé que tal vez tuviera la suerte de alcanzar la longevidad y ahora creo que no estaría mal ser una nonagenaria animosa. Adoro a los viejos como Anthony Hopkins, siempre ha sido un actor sublime, pero ahora, cerca de los noventa, ha logrado que millones

de seguidores contemplemos fascinados cómo baila cumbias y merengues en Instagram.

Son ráfagas fugaces de optimismo, tan necesarias como exiguas. Igual que los momentos felices con mis nietos.

Antes de cumplir esos temibles cincuenta y ocho años, escribí un relato corto especulando sobre la aceptación del destino. Tras presenciar un incendio en Sierra Cabrera, y días después una riada que se llevó por delante todo lo que encontró a su paso, vidas incluidas, me pregunté por qué tanta gente se empeña en vivir y morir donde ha nacido, a pesar de ser lugares de máximo riesgo. Se niegan a cambiar su residencia a un sitio seguro, aunque sea unas calles más arriba. Peor aún, hay quienes deciden no huir cuando estalla un conflicto bélico. «De algo hay que morir» es una expresión que podría explicarlo. También existe, sin duda, un factor económico: los ricos huyen siempre. Y una necesidad de pertenencia más fuerte que cualquier certidumbre. ¿Acaso podría yo emigrar a estas alturas a un pueblo de Islandia si estallase una guerra? No creo, lo dejaría para el día siguiente. Y si me cae un misil en la cabeza, pues es que de algo había que morir.

Me desazona imaginar el mundo cuando ya no esté. Supongo que a mis hijos les inquieta pensar en un futuro sin mí. Tendrán que ir haciéndose a la idea. Entiendo a la tía Luisa, pero ella evitó recrearse en los detalles y yo estoy escribiendo un relato demasiado realista. Me viene a la mente «el pensamiento catedral» e intento poner en práctica las sugerencias que el filósofo australiano Roman Krznaric propone en *El buen antepasado. Cómo pensar a largo plazo en un mundo cortoplacista*, y trato de meterme en la piel de mis hijos, nietos y biznietos. La idea consiste en concebir proyectos a largo plazo, como las catedrales medievales, que las proyectaban tipos que nunca las verían acabadas. Sabían que la obra se prolongaría mucho más allá de sus propias vidas, pero la certeza de que jamás la verían terminada no les impedía poner el alma en lo que hacían. Se conformaban con que su esfuerzo dejase huella para las generaciones venideras. Lo más grave es que nosotros también

dejamos huella, pero de carbono. Lejos de construir catedrales majestuosas, legamos un planeta más feo y sucio a nuestros hijos. En el mejor de los casos, metemos la cabeza debajo del ala y nos justificamos reciclando el vidrio. No abundarán los buenos antepasados, aquellos que fueron capaces de esperar, de trabajar sin prisas por un mundo mejor, con dedicación, sin la pulsión de ver de inmediato el resultado.

He dedicado parte de mi vida a observar a los políticos y me he dado cuenta de que quizá sean ellos los más afectados por la tiranía del tiempo. A la mayoría solo les interesa salir del paso, superar la agenda que les marcan cada día y, a lo sumo, ganar las próximas elecciones. Son el máximo exponente del cortoplacismo, cuando son los que más necesitamos que miren a futuro. Doy fe de que no es que no les importe el largo plazo, sino de que la mayoría no ve más allá de sus narices. Hay honrosas excepciones. He conocido a algunos con vocación de servicio público. Bichos raros a los que les gustaba trabajar para la colectividad y soñaban con aplicar sus ideas para mejorar el mundo. Seguí sus trayectorias y la mayoría se desilusionaron al encontrar demasiados obstáculos, al comprobar que no podían actuar como pretendían, así que se olvidaron de sus buenos propósitos y se volvieron pragmáticos. Aceptaron que la política es el arte de lo posible, es decir, poca cosa. Ese tipo de político que llega al pragmatismo por culpa del desencanto es digno si lo comparamos con todos los demás, los que conciben la política en beneficio propio y solo se interesan por las ventajas más prosaicas de un poder corrupto del que pocos salen indemnes. No dudo de que sucede algo similar en casi todos los oficios. El poder es una droga tan sutilmente adictiva y sigilosa como el dinero, el alcohol, la nicotina, el juego, el azúcar o las benzodiacepinas. Sé de lo que hablo. He sido adicta a varias en algún momento de mi vida.

Hacía dos semanas que había nacido mi segundo nieto y ya no concebía la vida sin él. Preguntaba cómo se encontraba a todas

horas y mi hijo me contestaba cómo se encontraba él, siempre mal. Prefería preguntar a mi nuera y que me mandase fotos. Pude haber empapelado todo el ático con aquellas fotos, más valiosas que el falso Fortuny, que seguía colgado en la misma pared porque no se me ocurría dónde meterlo. Y ningún comprador de Wallapop me parecía meritorio propietario de la falsificación por cincuenta miserables euros.

Como era de esperar, mi hijo no volvió a aparecer por el ático para terminar los trabajos pendientes. Tan solo tuvo el gesto, un mes más tarde, de reconocer que me dejaba tirada temporalmente, que se pasaba a recoger sus bártulos y a entregarme una bolsita con cosas raras que había encontrado en mi antigua casa. Por si la quería conservar. La abrí con indiferencia, pero, al ver el contenido, me dio un ataque de melancolía: la llave de la habitación 314 del hotel Carrera de Santiago de Chile; una cajita de porcelana con la silueta de la bandera corsa que me regalaron en Porto Vecchio; un rosario argelino del mercadillo del oasis de Bou Saâda; la daga de Yemen..., y hasta ahí llegué. No pude más.

—Tíralo todo —le dije a mi hijo conteniendo las lágrimas—, no vale nada.

Cerró la puerta y ahí me quedé, con Lennon y una casa a medio hacer. El año se pasaba volando. Me costaba creer que estuviese a punto de llegar otra vez el invierno. Había vuelto a cumplir el sueño recurrente de ser abuela y me daba pudor escribir sobre ello. Igual que trataba de evitar, sin conseguirlo, ser tan obsesiva como todas las abuelas. Pero mis nietos eran la culminación de mi trayectoria vital y mi máxima ambición era que algún día dijeran que tuvieron la mejor abuela del mundo. Aunque ya no estuviera aquí para disfrutarlo.

25

Aterricé en la isla más remota de Canarias por tercera vez en mi vida, aunque la razón era bastante más extraña. Si me hubieran preguntado en la aduana por el motivo del viaje, no hubiera sabido contestar: ¿Trabajo? No. ¿Placer? Ni mucho menos, estaba mejor en mi nuevo hogar con Lennon. ¿Entonces? Ni idea. La humedad me golpeó con tanta fuerza que me dejó sin respiración. Sentí el mismo aire caliente, espeso y dulzón que cuando pisé el aeropuerto José Martí de La Habana.

La última vez que había estado en La Palma fue para presentar un libro, no recuerdo cuál. Tampoco nada del hotel donde me alojé. Fui a una fiesta que daba en su casa una poeta, Elsa, amiga común de Antonio Gala. Su marido, Manolo, era un joven guapo y encantador, piloto de Iberia. No recuerdo si la fiesta a la que acudí fue en mi honor, quizá el ego me traiciona. Pero algo tenía que ver con la tabacalera de la isla.

No he olvidado, sin embargo, a una cubana echadora de caracolas, una especie de vidente, que acertó en algunas de las cosas que me pasaron después. Nada bueno. Quizá a ella la conocí en el primer viaje. Qué rabia que la memoria se esté convirtiendo en un cajón olvidado, como los del despacho de la tía Luisa.

Gustavo vino a recogerme al aeropuerto. No había sido nunca un amigo íntimo, pero me dio un abrazo como si lo fuésemos de toda la vida. Lo agradecí tanto que le abracé más fuerte. Metió la maleta en el coche, me preguntó qué tal el vuelo y qué tal estaba.

Me sonreía y me miraba con ternura. De camino a su casa estuve a punto de llorar.

—¿Qué te pasa, Lupita? Tranquila, en seguida llegamos, te instalas y me lo cuentas. Hicimos la casa cerca del aeropuerto por lo que pudiera pasar, por si hay que huir, que es por lo que vinimos. Sé que solo quieres quedarte dos noches, pero, si te pones tonta, te adopto y te quedas a vivir. Y si quieres que me calle no vuelvo a abrir la boca ni para comer. Lo justo para beber, para soportar a Alfie.

—¿Por qué me llamas Lupita?

—Porque he leído que Sabina te llama Lupita.

—Por eso me extrañaba; es el único que me llama así.

—Lo has contado en una entrevista, que era tu nombre artístico cuando estuviste en Londres cantando rancheras en la Mexican Tavern y conociste a George Harrison.

—En realidad, solo tocaba las maracas y acompañaba al guitarrista. Cuando yo me fui, llegó Sabina y triunfó.

—Parece que a él le fue bastante mejor.

—Desde luego, pero dejemos ese asunto... Quiero que sigas contándome cosas. Estoy impaciente por saberlo todo. Por cierto, ¿qué tal está Alfonso?

—Muy mayor. Ya le he dicho que no se le ocurra darte la lata. Se ha hecho muy fan de ti con el tiempo, le encantó tu novela de Tanzania, la de los elefantes; te va a pedir que se la dediques. Pero no te asustes, la casa es grande y, si quieres, ni le ves. He contratado a una persona que se va a dedicar exclusivamente a que estés cómoda. Se llama Yurena, y si tampoco te gusta, pues la despido y arreglado.

Consiguió que me riera sin que dejase de admirar el paisaje.

—¿Cuánto lleváis aquí? ¿Por qué vinisteis? ¿Por qué esta isla perdida?

—Qué pereza me dais los periodistas, siempre haciendo preguntas. A ver, por dónde empiezo.

Treinta años atrás, en una conversación íntima de las que surgían con alcohol de por medio, se plantearon cuál sería el lugar al que huirían si algún día fuese necesario huir. Semanas después, Gustavo compró un terreno en La Palma a través de un anuncio de prensa, sin siquiera visitarlo. De hecho, la primera vez que pisaron la isla fue cuando acudieron al notario. Fue un acto caprichoso, impulsivo. Un juego, como todo en su vida.

—Miento un poco: tenía una amiga que era de aquí y me asesoró. Me dijo que era un lugar precioso en el interior, con vistas al mar, y envió a un tipo que lo inspeccionó y nos mandó fotos. Por correo postal, no te lo pierdas, años noventa. Las fotos eran malísimas, pero me tiré a la piscina. Me he tirado tantas veces. No aprendo, pero en aquella ocasión acerté. Siempre quise vivir en la selva. Y tú has acertado viniendo, mira qué día hace, vas a poder bañarte en la piscina. Espero que hayas traído traje de baño. Si no, tengo un triquini de leopardo que seguro que te queda mejor que a Alfie. ¿Te importa que fume?

Fumaba lo mismo que mi hijo y se lio el cigarrillo conduciendo con una habilidad pasmosa. Fueron construyendo la casa, completamente desmesurada, excesiva, absurda. Discutiendo cada detalle, sin escatimar en nada, sin la menor prisa, como si fuera una catedral. Y terminaron huyendo con cincuenta y tantos años, aunque nunca fue necesario huir.

—En estos veinte años de lo único que nos hemos librado fue de Filomena, pero, unos meses después, aquí se abrieron las tierras y empezó a salir fuego del otro lado de la montaña. Si llega a ser de este, nos hubiéramos quedado como en Pompeya. Te diré que he viajado mucho, pero lo que veo cada día desde mi jardín es lo más asombroso que he presenciado en toda mi vida sin drogas de por medio. Una noche de septiembre me quedé horas embobado contemplando el espectáculo del volcán iluminando el cielo. Me creía Nerón y llegué a lamentar que no hubiese sido todavía más cerca. No me hubiera importado morir en ese momento. Llevábamos dos o

tres botellas de champán, todo sea dicho. Mira, ya estamos. Bienvenida a Villa Favorita.

Empecé a alucinar desde que la majestuosa puerta de hierro nos abrió paso a la entrada de la finca y atravesamos un jardín de ensueño sin parar de ascender hasta la puerta de la casa: del casoplón. Nunca me imaginé tanto esplendor, tan buen gusto, tanta belleza. Cualquier descripción pormenorizada sería incompleta. Era un paraíso situado a casi cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, con unas vistas al Atlántico que quitaban la respiración.

Saludé a Alfonso, tan encantador como lo recordaba, me presentaron a Yurena, me condujeron los tres a mis aposentos y se despidieron. Que me diera una ducha y me pusiera cómoda y guapa, ya hablaríamos en la cena.

Me encontré en una espaciosa *suite* de muros blancos encalados decorada con elegante sobriedad y con todas las necesidades cubiertas. Tenía una zona con un sofá para ver la tele y una barra de bar provista de botellas de todo tipo. Las toallas, dobladas con delicadeza, descansaban en la gigantesca cama, hecha a la perfección. El cuadro en rojos y negros que coronaba el cabecero era un Manolo Valdés. Auténtico, por supuesto. Me entraron ganas de dormir, de ducharme, de ponerme un vino y de ver una película, otra vez *Gladiator*. Hasta los ceniceros de barro me dieron ganas de fumar. Abrí el ventanal que daba al jardín y respiré el aire más puro que había respirado jamás, impregnado de un aroma marino y selvático. El sol se perdía tras la montaña, justo donde imaginé que poco antes la lava había llegado a salpicar las nubes. Lo único que me recordó mi origen fue la chaqueta que me quité en ese momento y tiré sin mirar dónde caía. Me sentí más afortunada en ese instante que cuando me llamó el albacea. Aquel año que estaba dando sus últimos coletazos había vivido más que muchos seres en toda su existencia. Solo podía dar gracias a ese cielo que empezaba a dejar de ser intensamente azul.

Llegué al comedor siguiendo las indicaciones de Gustavo por el móvil, con un perrito mil razas ladrándome y sin apenas poder disfrutar de todas las obras de arte que decoraban muros, muebles y suelos.

—¿Has llegado ya al final del pasillo? ¡Borbón, cállate! Pues la penúltima puerta a la izquierda. Estás en un distribuidor, ve al fondo a la derecha y... ¡tachán!

Pero aquello que apareció ante mis ojos no lo pude obviar:

—¡Pero si es mi Fortuny!

Ambos estaban de pie, sonrientes, a cada lado de una mesa puesta a la perfección.

—No seas bruja, es mío. Tengo el certificado de autenticidad, el documento de compra, todo en regla. Te dije que tenía cosas que contarte. ¿Me crees ahora? Venga, siéntate. Te he pedido una cerveza helada. ¿Prefieres agua, vino, whisky, champán o una margarita?

—¿Por qué no me lo contaste? Lo del Fortuny al menos.

—Porque no me dio la gana. Ya te dije que o venías o nada, así que agradécelo.

Me senté a la mesa, entre ellos y me serví la cerveza del botellín. Suspiré.

—No sabes el ridículo que he hecho con el galerista.

—¿Jaime? —intervino Alfonso—. Si ese ni siente ni padece. ¿Y qué te dijo exactamente? ¿Te mencionó algo de la calidad de la falsificación?

—Me dijo que no se habían molestado mucho en que pareciera auténtico. Algo así.

—¡Será miserable! Si tuvo que pedir una expertización, ¿no?

La copia de Luisa la había hecho él, el marido de Gustavo. Esa era su profesión, pintor. Falsificador, si se prefiere.

—Nunca he sido un delincuente, por favor, no te asustes.

—¡Ya te hubiera gustado! —soltó Gustavo—. Y a mí.

El sabor aromático de la cerveza me sorprendió; era Isla Verde, una marca artesanal local, por supuesto.

Gustavo y Alfonso eran dos personalidades muy conocidas en el mundo del arte. El primero, galerista, era sobrino de una importante coleccionista, lo cual le abrió muchas puertas en círculos exclusivos. Luisa y él tuvieron una relación muy estrecha, alimentada por la misma pasión. El segundo era un aristócrata y pintor talentoso, copista de El Prado, que nunca llegó a tener éxito con sus propias composiciones, pero sí mucho reconocimiento por sus imitaciones. Lo mismo pintaba un Tiziano que un Hopper. Ganó más de copista, y a veces de falsificador, que tirando de imaginación. Era un afamado experto en arte y, además de descubrir nuevos talentos, tuvo un par de golpes de suerte con la adquisición de un Antonio López y un Pollock que triplicaron su patrimonio.

—Con el Fortuny no gané nada, era la exigencia de Luisa cuando nos vendía algo sin que nadie se diera cuenta. De hecho, teníamos otra condición: que no estuviese expuesto a las visitas mientras ella viviera. Y la cumplimos. Este lienzo solo lleva unos meses aquí. Queda bien, ¿verdad?

—Queda de cine, ¡te lo digo yo que tengo una copia mejor en mi salón! —Alfonso agradeció la ocurrencia—. Pero Luisa ¿a qué se dedicaba exactamente? Quiero decir, ¿cuál era su función dentro de vuestro negocio?

Habló Gustavo con claridad.

—Nada, ninguna. Ni siquiera se podía decir que fuera mecenas, ni crítica de arte. Luisa era como una *influencer*, pero sin cometer la vulgaridad de exhibirse. También cliente, eso sí. Primero fue una gran compradora y luego una mejor vendedora. Te lo digo yo, que me hice con varias obras suyas a buen precio. Ni falta que hace jurar que jamás me aproveché de ella, por supuesto. Simplemente, mi tía prefería que me lo quedase yo, así no lo perdía del todo.

—De hecho, por unos grabados de Dalí pagamos más de lo que la señora nos pidió inicialmente, acuérdate —apostilló Alfonso.

—Pero seguía siendo un buen precio, no fastidies, que es Dalí. Por el Tàpies, por ejemplo, le hice una oferta que rechazó sabiamente. Y el Madrazo ese que encontraste en el vestíbulo me

negué a comprárselo. Lo siento, pero no quería traerme semejante mamotreto para tenerlo en el trastero cogiendo polvo. ¡Qué horror, qué condena!

—¿Te puedes creer que para que viniera a vernos, la única vez que se dignó, le tuvimos que poner un avión privado a la vieja?

—Que no la vuelvas a llamar vieja en mi presencia, Alfie. Y fue la última vez que voló, así que no sabes cuánto me alegro de ese despilfarro. Si lo hubiera sabido, le habría alquilado un cohete. Ojalá pudiera pagar el doble ahora para volver a tenerla aquí, con todas sus manías y toda su gracia.

No paramos de charlar, de reír y de comer manjares autóctonos, las mejores papas arrugás que había probado nunca, con sus mojos incluidos. Conocí el almogrote, el escacho y me encantó la mezcla de gofio, papas arrugás y queso. Una cena contundente de, como mínimo, ochocientas calorías. Éramos tres, pero casi siempre me miraban a mí. Me resultó mucho más halagador que agotador.

—Gustavo —lo interrumpí—, ¿tú dirías que tu tía fue generosa?

—Sí. Con rotundidad. Era una buena persona. Con ese aire de superioridad que siempre tuvo la alta burguesía republicana, vale, pero honrada y justa.

—Era mala, Gustavo. Vale que tú la quisieras, pero no la justifiques. Era déspota, trataba con soberbia a todo el mundo, salvo a quien le caía en gracia. Que eras tú y pocos más. ¿Eso es ser buena persona? A mí me miraba por encima del hombro, aunque me tuviese en frente —le replicó Alfonso.

Quizá fuera el motivo de aquella actitud tan cariñosa de Gustavo, que por eso había insistido tanto en verme. Simplemente, porque era la elegida de su querida tía, porque quería ver lo que quedaba de ella, quién era la persona que ahora vivía en su legendario ático. Me abrazó en el aeropuerto como hubiera abrazado a la tía Luisa.

—Mira, babuino, la prueba de que tía Luisa era buena persona la tenemos aquí con nosotros. Nuestra invitada fue su elegida por lo mismo, porque su palabra vale algo, porque es de fiar. Era la mejor

cuidadora posible de Lennon, que era lo que más le preocupaba a mi tía. Mi reina —se dirigió a mí—, Luisa te conocía bien, se leía todo lo que publicabas, le interesabas. Una vez me dijo que no eras del todo atea, que creías en la vida después de la muerte, que tenías mucho respeto por lo que pudiera haber allá arriba. ¿A que no se equivocaba? Ella no era católica, pero sí creyente. Teníais mucho en común, por eso sacaba punta a cualquier cosa que hicieras o dejaras de hacer. Siempre quiso que te metieras en política, te lo llegó a decir. Apuesto a que quería verte llegar a ministra. La defraudaste porque esperaba mucho de ti, que cambiases el mundo. Yo le decía que el mundo no se cambia desde los ministerios y ella me llamaba calvo y maricón. Conmigo no se contenía y a mí divertía sacar lo peor de ella, y llamarla homófoba y carca.

—¡Es que hasta era homófoba la vieja, acabáramos! —exclamó Alfonso—. Y este sigue manteniendo que era buena persona.

—Parece mentira que seas pintor, Alfie. Pareces contable, te lo juro. No tienes la menor sensibilidad. Y luego me vienes llorando, que por qué no has vendido nunca nada.

—¡Maricón! ¡Calvo de mierda! —gritó Alfonso, igual de calvo.

Discutimos a carcajadas cuál era más calvo y cuál más maricón. Cada uno decía que su marido. Yo no quise pronunciarme y ambos alabaron mi moderación y templanza. Les propuse brindar por Luisa, aunque la mesa era tan grande que nos costó chocar las copas de champán. Ellos tuvieron que levantarse y Alfonso aprovechó para intentar besar a su marido, que se negó y forcejearon. Era un acoso de libro. Tomamos de postre un helado de pistacho que hacían en una heladería suya. Era el mejor del mundo.

Nos mudamos a un cuarto de estar cercano muy acogedor para seguir bebiendo y riendo. Hasta que de pronto Gustavo relajó sus facciones y sus hombros, exhaló y empezó a hablar con una entonación que sugería que lo tenía ensayado.

—No es habitual saber cuándo es la última vez que vas a tener contacto con alguien que se va a morir. Pero la última vez que hablé con Luisa por teléfono lo supe. Por eso cogí el primer vuelo a

Madrid. Me angustiaba la idea de que muriera sola. Estuve los tres últimos días acompañándola en el hospital y por allí no se pasó ninguno de mis primos, nadie de su propia familia. No me sorprendió. Tampoco que ella no les dejase nada, pero me alegró mucho que fueras tú la heredera. Y siento que la fortuna no sea tan espléndida como imaginaste. —Me miró intensamente—. Por eso también quería que vinieras, para decirte en persona que cuentas con todo mi apoyo para lo que sea que necesites. No hablo por hablar, y para demostrártelo quiero que ese ático vuelva a lucir como en sus años de mayor esplendor. ¿Me permites, al menos, ese capricho?

Ojalá Gustavo me hubiera adoptado o incluso secuestrado.

26

Dormí como un lirón. A la mañana siguiente, con una ligera resaca, di un paseo con el matrimonio por toda la casa, que era un museo. Mejor que muchos museos. Eran propietarios, además del Fortuny, de un pequeño Hopper, un Rothko bastante más grande y un Sorolla que me cautivó, porque aparecía una niña que llevaba un vestido blanco y rosa idéntico a uno que me hizo mi madre cuando tenía siete años. La niña del retrato me daba una enorme placidez y sensación de felicidad. Me quedé mucho tiempo contemplando la escena de playa con los inconfundibles trazos del pintor de la luz.

—También es de mis preferidos. Oye, Alfie, ¿ella puede pasar, no?

—¿Pasar a dónde? ¿Pero qué dices? No estarás insinuando... Gustavo, que nos conocemos.

—Ay, no seas así. Ella está en la lista.

Era todo puro teatro. Me condujeron por un pasillo hasta un despacho, dentro del cual, en un armario, había una puerta blindada.

—Nosotros también tenemos nuestro Picasso —dijo Alfonso girando la llave—. Pero no queremos cometer el error de Luisa y que lo sepa todo el mundo. Ya no se puede dormir tranquilo con algo de valor incalculable en casa. —Había otra cerradura y eligió otra llave —. Aquí no entra cualquiera, solo personas muy especiales.

—Bienvenida a la habitación de Amedeo —susurró Gustavo.

No era un Picasso, sino un Modigliani igual de impresionante. Su joya de la corona presidía una estancia sin ventanas que era como

un cuarto de estar en el que, en vez de un enorme televisor, había un retrato de las mismas pulgadas de una mujer de ojos almendrados y vacíos frente a un sofá. Era, sin duda, el mejor programa posible para echarse la siesta. O el mejor paisaje para contemplar tomando una copa.

No daba crédito, jamás pude imaginar que a Gustavo le hubiese ido tan espectacularmente bien. Cuatro años antes se había vendido en Nueva York un desnudo del artista italiano por más de ciento treinta millones de euros, el récord de la casa Sotheby's, pero no el del maestro de Livorno, que lo tenía con otro desnudo en ciento cuarenta y tres. Entendí el porqué de tantas rejas, llaves, blindajes, zonas separadas y cámaras por todos lados.

—A ver, esto no es comparable, nosotros lo compramos por una miseria en su momento —aclaró Alfonso.

—Hace treinta años, babuino. Yo este cuadro por menos de diez millones no lo suelto.

—Nadie te daría eso y lo sabes.

—Al tiempo. Y mientras, me lo quedo encantada. Eso sí, siempre que los ladrones ignoren que tenemos esto aquí. Hemos confiado en ti, Lupita, no nos defraudes. Porque esa es la mejor seguridad, la única eficaz: que nadie lo sepa. Así que espero que no haga falta que te pida que esto no salga publicado en alguna de tus novelas.

—Prometido.

No crucé los dedos, pero obviamente lo contaría tal cual algún día. Con un par de cambios no se enfadarían.

—Y mira lo que tenemos por aquí.

Me llevaron a un dormitorio de invitados. Casi me caigo de espaldas: tenían un descarado Van Gogh. Uno enorme e importante, famoso. Soltaron una sonora carcajada: era una excelente copia de Alfonso. En todas las pinacotecas había cuadros falsos, la suya no iba a ser menos.

Nos dimos un baño en la piscina, con nuestros convenientes trajes de baño, nos secamos al sol y comimos en el jardín atendidos

por la encantadora Yurena, que ya era como una más de la familia y se permitía todas las confianzas.

—Señora, yo le recomiendo que huya de aquí cuanto antes si no quiere acabar como ellos. No sé cuál está peor de la cabeza.

Alfonso le tocó el muslo y se llevó una bofetada cariñosa.

Hablamos de Ernesto, el hijo de Luisa que nunca se casó ni tuvo hijos y murió esquiando.

—En circunstancias extrañas, porque con Luisa siempre era todo muy misterioso. Eso sí, doy fe de que Ernesto no era gay. Mira que era guapo, el condenado. Pero andaba siempre con unas chicas estupendas y nunca me miró a la cara como me hubiera gustado que me mirase. Sin parecerse físicamente, me recordaba un poco a Leonardo di Caprio, que no aguanta mucho tiempo con la misma modelo y al cumplir los veinticinco la manda a paseo. Ernesto nunca estaba con la chica que te presentó unos meses antes como su novia, casi siempre había una rubia nueva. Era muy de rubias más jóvenes que él. Lo calé bien el día que le conocí: era un golfo de manual, como su padre.

—Bueno, entre su padre y él había un abismo —apuntó Alfonso —. Era más culto, más elegante, más guapo, más sensible. Jacobo era un neandertal, perdona que te diga. Su hijo también era un poco simple, pero no se parecían en mucho más.

—¿Por qué has dicho, Gustavo, que murió en circunstancias extrañas?

—Porque todo era así con Luisa. De pronto su hijo se mata esquiando, pero no hay una sola noticia en la prensa al respecto y, por supuesto, ellos jamás dan un solo detalle del accidente. Nadie se atreve a preguntarles, yo el primero, y nadie sabe nada realmente. Fue en los Alpes, fin. Para colmo, qué casualidad, cuando murió, fue la única época de su vida que no tenía una novia oficial a la que preguntarle algo. Llevaba por lo menos un par de años solo, parecía que había sentado la cabeza, a saber.

»Jacobo enfermó tiempo después. Algunos aseguraron que nunca superó la muerte de su hijo. Él, frívolo hasta la ordinariez, que

parecía que nunca quiso realmente a nadie, resultó que amaba profundamente a su único hijo y no supo vivir sin él. Apenas volvió a salir de casa, se acabaron de golpe las fiestas y los excesos. Y lejos de separarle de Luisa, lo unió a ella más que nunca.

»Yo creo que Luisa fue la primera sorprendida cuando vio a Jacobo tan hundido. Y le perdonó sus pecados de golpe. Y por eso, cuando se puso malito, lo cuidó con todo su amor y se arruinó por él. Quiso salvarlo, intentarlo hasta el último momento. Ella sabía que iba a morir, pero se lo ocultó para hacérselo más llevadero. Todo lo que no pudo hacer por su hijo. Vamos, esto lo sé. Siempre se desvivió por su familia. Y si no fuese por los perros, hubiera muerto mucho antes.

Pensé en mi marido, al que yo siempre adoré. Cuando le diagnosticaron el mieloma, quise llevarlo a Houston o, al fin del mundo, o a donde fuera que pudieran curarle, pero la mala suerte es que dimos con un médico, supuesta eminencia en hematología, que la calificó de enfermedad letal. Peor aún. Mantuvo conmigo un diálogo perverso. Era incurable, muy dolorosa, se quedaría paralítico, tendría unos atroces dolores de huesos y duraría menos de un año. ¡Qué pena no haberle grabado! Me dejó aterrorizada. Conteniendo la rabia y las lágrimas, le pregunté por qué me torturaba de ese modo, por qué no me dejaba ni un milímetro de esperanza, y me respondió que su obligación como médico era informarme de la verdad: «Tienes que estar preparada para lo que se te viene encima». Saqué fuerzas para advertirle de que tomaría represalias contra él si se le ocurría en algún momento dar a entender al paciente o a mis hijos el brutal pronóstico con el que me acababa de amargar la vida.

Lo pasé muy mal a la espera de que se cumplieran los malos augurios. Sin embargo, ni siquiera se acercó a la verdad: el canalla se equivocó y mi marido vivió más de tres años, tolerando relativamente bien la quimio, sin dolores, sin metástasis en los huesos, sin quedarse paralítico, y tuvo una muerte sosegada e indolora gracias a la generosidad del equipo sanitario que lo atendió durante los últimos días. Jamás le conté lo que me dijo aquel médico

desalmado, al que retiré la palabra. Era un sádico. Recuerdo bien su nombre y sus trapicheos. Más allá de mi absoluto desprecio, nunca tomé represalias contra él.

Logré ocultar a mi marido que estaba desahuciado, como hizo Luisa con el suyo. Nuestra situación era muy diferente: yo tenía dos hijos, no era rica y el hospital donde él se encontró más cómodo estaba enfrente de nuestra casa.

Cuando volví al presente, recordé un detalle de la noche anterior y le pregunté a Gustavo.

—¿De verdad no se pasó ninguno de tus primos por el hospital? ¿Tan poco la querían?

—Claro, porque era mala —aclaró Alfonso.

—Los malos son ellos, babuino. Cuando vieron que estaba todo el pescado vendido, dejaron de hacerle la pelota. Antes bien que la llamaban y la iban a ver y le llevaban *delicatessen* de Embassy; sabían que la encantaban y adelantarían su muerte. —Se dirigió a mí —. ¿No te recuerda a un babuino? Fíjate en el hocico.

—¿Fuiste el único que la acompañó en esos momentos?

—Sí. Algunos llegaron tarde, sin saber que acababa de morir. He de confesar que me crucé alguna vez con un par de viejos. Y Marilyn, que salió llorando y no volví a verla hasta el funeral.

—¿A esos viejos no los conocías?

—Juraría que uno era Pedro, un hermano de Jacobo que siempre se llevó bien con Luisa. Es que apenas conocía a su familia y llevaba muchos años sin ver a ninguno.

—¿Y el otro?

—¿El otro? No sé, un señor mayor que yo. No me llamó la atención. Tal vez fuera el paseador, tampoco lo conocía. ¿Te puedes creer que nunca coincidimos? Alguna vez, estando en el ático, sé que apareció y se llevó a Lennon. Pero no llegué a verlo, jamás nos presentamos.

—Ahora que lo conozco te diré que no me extraña. Vasile es de una discreción absoluta. Ha llegado a llevarse al perro sin que me entere.

—Anda. Como un ladrón de guante blanco —apostilló Alfonso.

Esa última noche, en aquella fabulosa mansión de la que no salí ni para dar un paseo por la isla, acabé tomando un vino a solas con Gustavo. Creo que echó a Alfonso, y que no fue casualidad. Estábamos los dos en el porche principal contemplando las estrellas. Me ofreció una calada de su porro. Y no hizo falta que lo interrogase para que me confesara todos los misterios que envolvieron el célebre robo en el ático de tía Luisa.

—Mira, hay varios detalles curiosos. No sé ni por dónde empezar. Cuando le robaron el Picasso, ni siquiera me llamó, me enteré antes por la prensa y la llamé yo. La noté muy entera, como siempre, vaya. No tendía al melodrama, ya la conocías. Pero te pongo en contexto: hay otras cosas que no salieron a la luz, que no trascendieron en su momento, pero para mí todo está relacionado.

Intentaron entrar en casa de Luisa dos veces antes del robo. La primera trataron de forzar la puerta de servicio sin conseguirlo, dañando la cerradura. Luisa se lo contó a Gustavo asustada y tomó medidas, cambió cerraduras, puso una alarma y rejas en ventanas y en la puerta de la terraza. Solo permitió poner cámaras enfocadas a las puertas de entrada, se negó a que pudiesen espiarla y afectar a su intimidad. Ni siquiera dejó que pusieran una en la puerta de la terraza. Pero es que la segunda fue meses antes del robo, y llamó a su sobrino por la mañana mucho más alterada para contárselo: los ladridos de Lennon la despertaron y descubrió, a través de una ventana, a un encapuchado que intentó colarse por la terraza. Por suerte huyó por donde había venido: el tejado.

—Imagínate el susto. Pero ahí no acabó la cosa: tiempo después, ya sin el Picasso, me llamó desesperada porque no encontraba su collar favorito. Llevaba días buscándolo por todos lados y ya lo daba por perdido. Estuvo a punto de echarse a llorar, hubiera sido la primera vez. Le sugerí si no era posible que se lo hubieran robado y me di cuenta de que ni siquiera había

contemplado esa posibilidad, que calificó de disparate. ¿Quién lo iba a haber robado, en su propia casa, sin dejar rastro? Sin que Lennon ladrase. Además, sí estaban los pendientes a juego y siempre lo dejaba todo junto. ¿Por qué iban a robar solo una pieza? Pues cuando robaron el Picasso, Lennon tampoco ladró y tampoco se llevaron nada más. Según Luisa, casualmente, esa noche el perro estaba agotado y durmió en su habitación, en la otra punta de la casa, donde no se oía nada.

La pobre no pudo parar de buscar el collar en cualquier sitio, por absurdo que fuera. Le confesó a Gustavo que llegó a mirar dentro del congelador, bajo las alfombrillas del coche, en las macetas de las plantas, que se estaba volviendo loca. Pero descartaba por completo que hubiese podido robarlo la filipina o el paseador. No admitía discusión. Lo del Picasso fue muy diferente, según ella.

—¿No te parece raro, Lupita? A la tercera desaparece misteriosamente una pintura grande de millones de euros y no pasa nada, la vida sigue. Semanas más tarde, no encuentra un collar y enloquece. En ambos casos no había el menor indicio de que se hubiese producido un robo, pero el del Picasso lo denuncia al día siguiente. Y ni se le pasa por la cabeza que las dos personas que tienen llaves de su casa hayan podido tener algo que ver. ¿Cómo podía estar tan segura? ¿Por qué lo del cuadro sí fue un robo y lo otro tuvo que ser un despiste?

—Y tu conclusión ¿cuál es?

—¡Ninguna! Solo que fue todo muy seguido y muy extraño, ¿no te parece? Nunca denunció la desaparición del collar y poco después subastó los pendientes, pero claro, sin el diamante gordo no pudo sacar tanto por ellos.

—Gustavo, ¿por casualidad los pendientes eran de oro blanco y la gargantilla del diamante como de terciopelo negro?

—¡Exacto! No me digas que la tienes tú, me harías feliz.

—No voy a darte esa alegría, no. ¿Y no tienes algún sospechoso mejor que yo?

—Pues claro, Marilyn o Vasile. Si es que no pudo ser nadie más, igual que con el cuadro. Pero, claro, no tengo ni la menor idea, yo no participé en la investigación. Sé lo que me contaba ella y lo que fue saliendo en prensa durante un tiempo.

—¿Por qué tenía en esa época llaves el que sacaba al perro? Marilyn lo entiendo, pero el otro...

—Nunca me he hecho esa pregunta. Por si no había nadie en casa, supongo. Luisa tenía bastante vida social, viajaba, y a ese hombre lo conocía desde hacía muchos años, desde que murió Jacobo y empezó a sacar ella misma a los perros. Se hicieron amigos, pero yo jamás lo vi y me habló poco de él. A ver, ponte en situación: eres un paseador de perros, o sea, un muerto de hambre, y perdóname la expresión que seguro que te molesta. El caso es que coincides siempre en un parque con una señora mayor que resulta ser inmensamente rica, que acaba de quedarse viuda de un tipo que conociste, que no tiene hijos, que patatín patatán. ¿Tú no intentarías acercarte, charlar, intimar? Yo conseguiría pasar por heterosexual hasta donde hiciese falta. Y no sé si Vasile llegó a meterse en la cama con ella, pero en su casa sí, mil veces y con sus propias llaves.

—Vasile tiene unos ochenta años y sigue viniendo a casa a sacar al perro. No tengo ni idea de su vida, pero no parece un muerto de hambre. Lo hace por amor a Lennon. Y a Luisa. Él no robó nada.

—Me estás dando la razón: no parece un muerto de hambre ahora, ¡nos ha fastidiado!, ya tiene de sobra. No sé si se llevó el lienzo o el collar, pero con cualquiera de las dos cosas se solucionó la vida. Y Luisa nunca sospechó de él, y el viejo se sintió culpable y le prometió que sacaría al perro para salvar su alma. Mira, ahí tienes una novela. También pudo ser la filipina, otra que, según tú, tiene la vida solucionada, que no trabaja ni para disimular. A esa ni siquiera la has visto en persona, pero yo sí, varias veces. Y te diré que lo tuvo mucho más fácil que él: le bastaba con sacar el cuadro a medianoche y dárselo a otra persona. Sin embargo, fue la primera investigada, a fondo, la hubieran pillado. Y no parecía tan lista como para planear el robo perfecto, pero quién sabe. Y si lo que robó fue

el collar, lo tuvo mucho más fácil. En cualquier caso, ese cuadro no lo vas a encontrar tú ocho años después, ya te lo digo.

—¿Y qué voy a encontrar, Gustavo? Ve al grano, por favor: he venido a tu maravillosa casa para volver con alguna respuesta; preguntas ya traía demasiadas, no quiero ni una más.

Me miró con cierta lástima.

—Lo siento, de verdad. Mira, hay una cosa que está clara: Luisa tenía miedo de que alguien volviera a intentar entrar en su casa, lógicamente. Cuando vio al encapuchado en la terraza se quedó traumatizada. Lo denunció, aunque exigió discreción absoluta. De la familia solo me lo contó a mí y me hizo jurar, como tantas veces, que no se lo diría a nadie, ni a Alfonso. ¿Cómo se iba a dejar una ventana abierta esa noche? Imposible. Y las cámaras no registraron actividad alguna en las puertas de entrada, y Lennon no se despertó. Quizá lo mejor que se le ocurrió fue fingir el robo para asegurarse de que dejarían de intentar entrar en su casa. Y, de paso, que sus sobrinos la dejasen en paz. Toda esta historia es el motivo principal por el que nosotros somos muy discretos con lo que tenemos en casa. No solo con el Modigliani: a veces viene gente y escondemos otras cosas. Pero es evidente que el Picasso nunca lo vendió, ni siquiera en el mercado negro, no ya porque eso es complicado, sino porque hubiera sido inmensamente rica y tú eres la primera que sabe que de eso nada. Es más, lo hubiera intentado vender legalmente antes de fingir el robo, digo yo, y nunca lo hizo.

—¿Tú hubieras podido comprarlo?

—Qué más quisiera. No, Lupita, era demasiado. Me lo ofreció tímidamente una vez, y esto no lo sabe mucha gente, pero lo rechacé porque la hubiera estafado, no hubiera podido darle más de la mitad de lo que podía sacar en la subasta. Y mira que me fascinaba ese cuadro, ojalá le hubiera dado al menos eso, porque lo perdió por cero y nos quedamos todos sin volver a ver esa obra maestra. Lo he pensado después muchas veces, podría haber sacrificado el Modigliani para tenerlo y la habitación ahora tendría otro nombre.

—Queda más sofisticado la habitación de Amedeo que de Pablo, no te tortures.

Traté de quitar hierro al asunto y logré que se riera, pero continuó en un tono nostálgico.

—Puede ser, pero lo compensaría al contemplar ese retrato de Dora Maar. Para mí, el arte es como un buen paisaje o una compañía divertida: alimenta el alma, da sentido a la vida. Por suerte la música, el cine o la literatura son muy accesibles, pero mi pasión es la pintura.

—Quizá por eso no lo subastó, porque solo te lo hubiera vendido a ti: ella tampoco concebía no volver a verlo.

—Sí, claro, era por eso. Pero la pobre no podía permitirse semejante lujo, ni esa mentalidad. Lo lógico era subastarlo, como hizo con lo demás. Era lo que todos esperábamos que hiciera: vivía atemorizada, estaba arruinándose y le hubiera solucionado la vida.

»¿Por qué no lo hizo? Por mucho cariño que tuviese al cuadro no era motivo suficiente para no desprenderse de él. ¿Qué demonios pasó con ese lienzo? ¿Dónde estará ahora? Creo que todos teníamos una teoría que has desmontado tú, y era que el Picasso aparecería con la herencia. Que, efectivamente, lo tenía escondido y confesaría en su testamento. Pero no.

Me disculpé y fui a mi habitación a buscar una carta ante el estupor de mi anfitrión.

—Quiero enseñarte algo. Luisa me dejó una carta en casa sabiendo que iba a aceptar la herencia. La he traído conmigo porque creo que resuelve en parte tanto misterio: no tenía nada de nada cuando murió. Pero debió de olerse que me haría preguntas, por eso me lo aclara con rotundidad.

Desdoblé el folió y empecé a leer:

—«Lennon es lo más valioso que me queda. Siéntete muy afortunada. No busques tesoros en nada que no sea él, no pierdas el tiempo ni la cabeza. Y solo si tú también llegas a quererlo mucho, encontrarás respuestas. Juro que no te arrepentirás de dar a Lennon todo tu amor». ¿Cómo lo ves? Primero, que me olvide de tesoros y

luego que Lennon me conducirá a algo. Te aseguro que el misterio es lo que me impide dormir a pierna suelta.

Gustavo, asombrado, leyó la carta entera y me confirmó que era su letra, sin ninguna duda, palabra de galerista. Pero tuvo que haberla escrito mucho antes del diagnóstico final. El último año hubiera sido incapaz.

—Eras la elegida, lo tenía muy claro, no te quepa duda. Y te entiendo, yo necesitaría el doble de lorazepam para dormir después de leer esto. No te soluciona nada, Lupita. Si no quería que perdieras la cabeza, que se hubiese ahorrado la última parte, ¿no? Qué mala era Luisa. Pero vamos: ya te digo yo que hay algo.

—Gustavo, ¿y si eso es precisamente lo que ella quiere que piense para que mime a Lennon como a un nieto más? Tú me hablaste por teléfono la primera vez de un anzuelo. ¿No puede ser todo esto otro anzuelo, una estratagema para tenerme intrigada a largo plazo y que cuide a Lennon con todo mi amor hasta que muera? Y que al final no haya absolutamente nada.

—Qué agorera. No, hay algo. El Picasso, el collar o el yate de Menorca. Algo aparecerá cuando menos te lo esperes, ya verás. Pero prométeme no esperarlo; prométeme que no perderás la cabeza buscándolo.

27

Me despedí de Gustavo en el mismo sitio que nos saludamos un par de días antes. El abrazo fue igual de intenso pero más triste.

—Confío en tu gusto: haz lo que quieras y mándame los presupuestos. Mira, en realidad, tampoco hace falta: tú dime cuánto necesitas para ser feliz en esa casa y te hago la transferencia. Solo te pido una cosa: que vuelvas pronto.

—¿Por qué, Gustavo? ¿Por qué eres así conmigo?

—¿Contigo? Es por la casa, no te equivoques, Lupita. He sido muy feliz en ese lugar, tú no tienes nada que ver.

El avión despegó de la isla y tuve claro que el viaje había merecido la pena. Y no precisamente por el aspecto económico. No recordaba la última vez que había estado tan cómoda lejos de casa. Me gustan mis rutinas y que todo esté en su sitio: despertarme en mi cama, escuchar la radio mientras desayuno, poner los pies en alto leyendo las noticias y sentarme en el mismo lugar del sofá para ver una película, en definitiva, vivir en armonía con mi entorno. Aunque, cada vez, con más frecuencia, mi mundo se desordena y nada permanece como yo quiero.

En casa de Gustavo me sucedió algo extraño: ni siquiera eché de menos mis almohadas, ni mi taza del café ni mi escritorio. Por momentos incluso me olvidé de Lennon y mis nietos.

Me sentí, una vez más, y ya iban muchas, muy afortunada. La suerte suele estar de mi lado. No siempre, claro, pero me ha acompañado en varios momentos decisivos de mi vida. Supongo que esta convicción me ha convertido en supersticiosa. No me preocupan

los gatos negros, ni los martes y trece, ni pasar bajo una escalera; elaboro mis propias supersticiones. Me hacen sentirme protegida, afrontar las adversidades con esperanza y creerme capaz de superar grandes obstáculos.

Porque la suerte, como la inspiración, debe pillarte trabajando, buscándola y dispuesta a aprovecharla. Estoy convencida de que, tanto la mala como la buena, es lo más determinante en la vida, muy por encima del entorno o la herencia genética. Factores que, en definitiva, también dependen del azar. Está demostrado que el color de la piel, el pelo o los ojos son atributos heredados. Supongo que el grado de voluntad, la inteligencia, el optimismo o la capacidad de resistencia también dependen de nuestro ADN. ¿Nacemos predispuestos a ser religiosos o descreídos, monógamos o promiscuos, ordenados o caóticos? Preguntas sin respuesta. Una filosofía sin el menor rigor científico. Confiar demasiado en la divina providencia es una estupidez: si la gente creyese que enfermar es una cuestión de mala pata, no se esforzaría en llevar una vida sana.

El último libro de Sapolsky sobre la ausencia de libre albedrío no me sacó de dudas. Sin embargo, es un hecho que existen fenómenos sin evidencia científica. Leí en un artículo de *Science* que más del sesenta por ciento de los tipos de cáncer se debe a mutaciones genéticas aleatorias que los investigadores han decidido llamar «mala suerte». Reconocen así que no saben explicarlo de ningún modo mejor. Significa que dos de cada tres casos se deben al azar. Son demasiados casos, pero yo luché con todas mis fuerzas por dejar de fumar y lo conseguí, aunque sabía de fumadores compulsivos que nunca desarrollaron ninguna enfermedad relacionada con el tabaco y de otros que jamás cogieron un pitillo y cayeron fulminados por un cáncer de pulmón; pero la suerte, mejor que te pillase trabajando. Hay que coquetear con la buena, no con la mala. Los genes, la familia y el entorno me vinieron dados, pero he aprovechado el margen que tuve para esforzarme por cuidarme, por cultivarme y por relacionarme casi siempre bien. Y cuando llegó la

buena suerte, no la dejé escapar. La mala también me ha golpeado, pero pocas veces he lamentado haberla buscado.

A veces, he tenido la sensación de que era gafe, porque la vida me ha tratado mejor a mí que a los que me rodean. Tengo buena suerte porque se la robo a los demás, especialmente, a los hombres. No quiero ni pensarlo, pero lo pienso.

Gustavo me confirmó que la herencia de la tía Luisa era otro golpe de suerte, pero de los buenos.

Aunque cada vez creo más en el azar y en la magia, por si acaso, nunca dejo de trabajar.

28

Vasile dejó a Lennon en casa una tarde y decidí espiarlo. Bajé con él en el ascensor con cualquier excusa, salimos del portal y partimos cada uno en una dirección. Pero yo miré hacia atrás y me escondí tras un coche aparcado, y empecé a seguirlo por la calle.

Qué rápido andaba el viejo, estaba en plena forma. Se detuvo en un paso de cebra, paró un taxi y se largó. Volví a casa convencida de una cosa: estaba forrado. Si cada vez que venía y volvía de sacar a Lennon cogía un taxi en pleno centro era mucho más rico que yo.

Confesé a mis hijos la buena noticia y algunas de mis inquietudes. La mayor no veía elementos suficientes como para sacar conclusiones; el otro enlazaba una teoría con la misma seguridad que la opuesta. Llegó a insinuar que Gustavo le debía dinero por los trabajos realizados.

—Se va a ahorrar una pasta a costa del sudor de mi frente. Mamá, a ti no te lo cobro, ¿pero a él? ¡Si es millonario y está dispuesto a pagártelo! Pídele cincuenta mil para mí, por las palizas que me he metido. Sabes que te los da. Tu nieto los necesita.

Su hermana le llamó rata y yo se lo agradecí. Me daban ganas de partirle la cara, pero no lo hice para evitar el dolor de mano, como la única vez en mi vida que le he dado un bofetón.

—Ojalá te hubieras roto los huesos de la mano partiéndome la cara, mamá. Ahora seríamos más felices, tú la primera. Pero no te tortures: yo te perdono.

Aun así, insistió en que le pagase por los trabajos realizados, aunque bajó la cifra a la mitad.

Días después, miré angustiada la cuenta del banco. Consulté también un par de productos financieros y me eché a temblar. No podía seguir sin ingresar porque en un año me veía poniendo el ático en venta. Podía volver a las teles, los bolos, las charlas. Podía terminar de mala manera la novela y pedir un anticipo. O podía llamar a Gustavo, inventarme unas facturas, unos presupuestos que nunca me reclamaría, y tirar de ellos sin hacer la reforma.

En un ataque de sentimientos encontrados, me armé de valor y lo llamé.

—¿Qué te pasa, Lupita?

—Nada, nada. Estoy bien. Pero me siento como Luisa.

—¿Vieja?

—También, pero, sobre todo, arruinada.

—Menos mal, eso tiene solución. ¿Cuánto?

—Nunca he aceptado la caridad de nadie, así que solo te pediré un préstamo.

Calculé cuánto solía ganar al mes trabajando y añadí una prudente suma de dinero con la que estaría tranquila un tiempo.

—¿Estás loca? No pienso darte eso. —Me quedé muda—. ¿A dónde vas con esa miseria? Te falta ambición. Y quiero que reformes el ático.

Añadió un cero a lo que le pedí.

29

Llegó el frío y comprobé que la mitad de los viejos radiadores, que me encantaban, perdían agua. Me decidí a arreglar todos los desperfectos de la casa, a poner una cocina de lujo y unos baños de revista. Renovaría enchufes y cableado. Cambiaría el suelo de cada metro cuadrado por una madera noble y lustrosa. ¿Roble, haya, nogal? ¿Clara o cálida? Tenía que justificar lo que me había dado Gustavo, aunque procuraría que me sobrara algo para estar tranquila hasta que acabara la novela. La terraza apenas la tocaría, ya se había encargado mi hijo de adecentarla. Cuando estuviese la obra terminada, invitaría a Gustavo y a Alfonso a pasar un fin de semana.

Me mataba la pereza de volver a poner todo patas arriba, ahora que ya estaba empezando a acomodarme. Mi despacho y el viejo cuarto del gazpacho adecentado por mi hijo tampoco los reformaría. Ni mi dormitorio. Con esos espacios libres, y teniendo en cuenta que la casa era grande y podían ir por partes, confié en que la obra no fuese insoportable. Sobre todo para Lennon.

Casi todos los días sacaba un rato para continuar con el examen minucioso de los papeles del despacho de Luisa, que seguía tal y como lo dejó y que no reformaría hasta terminar el trabajo. Entre los recortes de periódico encontré varias esquelas de su hijo, frías e impersonales, como todas. Lo echarían de menos, poco más. Nació en Veracruz a mediados de los cincuenta. Me consta que Luisa tardó en sentir la llamada de la maternidad, y que cuando tuvo a Ernesto, quiso darle hermanos, pero no lo consiguió. Fue el hijo único más mimado del mundo. Era una década más joven que mi marido y se

mató un año después de su muerte. Nos dimos respectivamente el pésame cuando nos tocó, ella fue incluso cariñosa y la vi muy afectada, pero yo no recuerdo qué le dije. Apenas tenía contacto con Luisa, estaba con mi propio duelo y no sé cuánto sufrió, aunque me puedo hacerme a la idea de que no fue su mejor época. Intuyo que, cuando volvimos a vernos, había pasado el tiempo suficiente como para hablar solamente de los vivos.

Encontré un retrato de Ernesto enmarcado, mirando sonriente al objetivo, repeinado, moreno y en camiseta. Era muy guapo. Tendría cuarenta y tantos, sería poco antes del accidente. Recordé la conversación en La Palma: nunca se casó ni tuvo hijos. Fue voluble como su padre, pero con un envoltorio más sofisticado. Luisa lo adoraba, estaba orgullosa de él. Era más guapo y más elegante que su marido, había mejorado la estirpe. Presumía de sus andanzas más que del Picasso. Si hubiera podido, también lo habría expuesto en su ático como una escultura más.

¿Y si Ernesto sí tuvo descendencia? Pensé, de pronto, que tal vez tuvo un hijo fruto de una apasionada noche con una aristócrata casada, amiga de la familia, o con la sirvienta, o con una prima, o con una prostituta. Y ese muchacho despreciado, repudiado y silenciado, se cobró su venganza entrando en el ático de su abuela para robarle su joya más preciada. A lo mejor hasta Luisa le dejó entrar y se lo descolgó con sus propias manos: era su nieto. No era una teoría disparatada, sino la explicación perfecta. ¿Cómo demonios no se me había ocurrido cuando estuve con Gustavo? Tenía que comentárselo.

Me sentí una amiga muy cargante. Lo llamaba a todas horas. Detestaba a las pelmas y me estaba convirtiendo en una de ellas. Parecía una adolescente enamorada de él. Me faltaba pegar su foto en mi carpeta del colegio.

Cuando Vasile volvió a entrar en casa y Lennon corrió a reunirse con él, saqué el móvil, le dije que me mirase y le hice una foto. Se quedó descolocado y le expliqué que era para mi hijo, que quería tener un retrato del perro con su cuidador. Tonterías sin importancia.

Se la mandé a Gustavo para preguntarle si era la persona a quien vio en el hospital. No tardó en responder que sí, sin ninguna duda. Aproveché la complicidad para llamarlo, me saludó cariñoso, y le conté mi teoría del nieto pródigo que volvió al hogar de la abuela para cobrarse lo que era suyo con el beneplácito de esta. Se rio, llevaba unos vinos en el cuerpo.

—Oye, ¿por qué no? Por lo menos te vale para un novelón. Pero no olvides que, como lea mi nombre, te degüello. Bueno, contrataría a un sicario, yo jamás podría hacerte daño directamente, mi Lupita.

—Hablo en serio, Gustavo. ¡Todo encaja como un puzle!

—¿Tú crees que estos últimos años no me habría enterado de que había un nieto? Sobre todo, si existe, ¿cómo pretendes llegar a él? ¿Dónde vas a buscarlo? Piénsalo y, aunque no lo encuentres, cuéntalo en una novela. ¡Es fascinante!

No me tomó en serio ni por un instante. Para colmo, yo estaba escribiendo una historia totalmente distinta. Quizá porque la que me ocupaba en ese momento temía que fuera la última y quería prolongar la despedida, alargar el final publicando antes una penúltima bala literaria.

Cada día sacaba cuatro o cinco horas para viajar a León a través del teclado del ordenador. Para convertirme en Olivia Casanova y en Teo del Valle. Pero en la piel de quien más me gustaba meterme era en la de Mauro transmitiendo viejos programas musicales de radio. Por eso tuve claro que se llamaría *El locutor*.

Tenía claro también que escribir una novela era un trabajo que debería llevar años y, sin embargo, se convertía en un producto efímero que podía ser consumido por un lector voraz en dos o cinco días. Suponía mucho esfuerzo, pero el resultado tenía que ser placentero. Me preocupé de que *El locutor* fuera divertida, misteriosa, emotiva y sobrecogedora. Triste y alegre. Y sabía que, cuando la terminase, todavía tendría que cruzar los dedos para conmover a alguien.

Se trataba de inventar una historia, porque los escritores inventamos historias, es cierto. Pero, al menos yo, no quería mentir.

La mentira me parece aburrida, y si algo me resulta aburrido, también lo será para cualquier lector. Quizá *El locutor* no sucediera en un plano real, pero tenía mucho de verdad.

—Permíteme la cursilada, Lennon, pero creo que el arte no entiende de mentiras. Y si hay trampa no es arte, aunque se venda como tal. Por ejemplo, ahora que conozco la historia detrás del Fortuny que pintó Alfonso, me gusta cada día más. Venga, ¿quieres cenar?

30

Quería encontrar al hijo perdido de Ernesto, pero Gustavo tenía razón, no había un solo hilo del que tirar. Si encima era el ladrón del Picasso, no estaría cerca ni localizable. También quise hablar con Marilyn, aunque no encontraba la excusa para llamarla otra vez. El único que tenía a mano era Vasile, pero me costaba sacarle cualquier palabra y siempre parecía tener prisa.

Seguí rebuscando entre los cajones, carpetas y papeles del despacho de Luisa, siempre con un cubo al lado, donde tiraba lo que no tuviera interés; esto es, casi todo. Revisaba sus álbumes de fotos conforme iba construyendo a mi antojo la historia de su vida. Sin embargo, cuando miraba sus ojos en las imágenes analógicas, sabía que se me escapaban mil enigmas. Las borrosas gotas de tinta escondían todavía muchos secretos que ni siquiera podía imaginar.

Me topé con algo que jamás hubiera presagiado: una página de una mítica revista que ya echó el cierre, un recorte de un viejo artículo mío. Y otro, y otro. Había decenas de artículos firmados por mí, la mayoría de los años ochenta y noventa, pero también alguno más reciente.

—Lennon, tu madre no solo me leía, ¡también se molestaba en recortarme con tijeras y archivarme! ¿No te parece increíble? Al final resulta que podíamos haber sido amigas. Pero si ni siquiera a Gustavo le confesó nada, a mí menos. Sé que solo se confesaba contigo, como yo, que cada vez cuento menos cosas a mis hijos porque te las cuento antes a ti. ¿Y tú? ¿Por qué no cuentas nada?

El bobtail me escuchó atentamente hasta el final y me pidió otro hueso. Eso era lo que él contaba, el resto se lo llevaría a la tumba.

Una tarde, Vasile llegó para llevarse al perro y lo detuve.

—¿Podrías ayudarme a meter una alfombra debajo del sofá? No te preocupes por Lennon, lo he sacado hace un rato.

Me ayudó muy dispuesto, sin la menor queja. Le obligué a tomarse algo.

—Me parecería una falta de respeto que no aceptases mi invitación, Vasile. ¿Un refresco, cerveza, vino? Yo me voy a poner un blanco, mira tú por dónde.

Aceptó un vaso de agua porque ya no solía beber alcohol, ni otra cosa. Pero logré que se sentara a mi lado en la terraza. Ni siquiera Lennon entendía la situación. Le pregunté cómo conoció a Luisa.

—Conocí antes a Jacobo. Era él quien solía sacar a los perros. Lo veía habitualmente en un pinar, el pinar de Barajas. —Se mojó los labios en el vaso de agua.

En aquella época, Vasile iba con una furgoneta y paseaba a diez perros a la vez. Pero Jacobo no le hacía el menor caso, se saludaban a fuerza de verse, de que sus respectivos perros interactuasen, se ladrasen, se oliesen los culos. No queda más remedio que decirse algo en esas situaciones. Y ya, a partir de la vigésima, se concedieron un recíproco levantamiento de cejas, a veces de mano, aunque los perros pasasen los unos del otro. Dejó de verlo hasta que apareció Luisa. Y ella, al poco tiempo, le contó que Jacobo había muerto y que quería que pasease a Lennon cuando ella no pudiera.

—De modo que así empezó todo —lo animé a seguir.

No, así acabó todo, Vasile no tenía más que contar. Pero yo no había hecho más que empezar.

—Cuando nos conocimos, me dijiste que Luisa era generosa y que tú no podías ser objetivo al opinar sobre ella. ¿Por qué?

—Era generosa porque pagaba muy bien, mejor que nadie. Fue una bendición poder dedicarme solamente a Lennon, descansar un poco. Pasear muchos perros es agotador, mi cuerpo ya no me lo permitía. Por eso no puedo ser muy objetivo. Tengo cobrado hasta el día que muera Lennon, o hasta el que me muera yo. ¿Cómo no voy a estar agradecido a quien me salvó la vejez?

—¿Por qué Luisa fue tan generosa contigo? Te aseguro que murió arruinada, no sé cuánto te pagaba, pero da igual, es demasiado.

—Bueno, fue generosa con Lennon, en realidad. Antes de tener problemas de dinero, me hizo prometerle que cuidaría siempre de él y me pagó todo de golpe.

Quise preguntarle cómo le pagó, si le dio un fajo de billetes o le hizo una transferencia. Si fue una donación y tuvo que pagar impuestos. Quise saber la cantidad exacta, cuándo se la dio y hacer cálculos de lo que le estaba pagando al mes y por cuántos años. Como no me atreví, se animó él a romper el silencio.

—Y tú ¿qué tal con Lennon? Es un perro estupendo, ¿te da mucho la lata?

Agradecí que se interesara él por mí. No recordaba si me había tuteado antes.

—¿Lennon, la lata? Siempre les digo a mis hijos que soy yo la que le doy la lata, que lo quiero más a él que él a mí. Ya me atrevo a sacarlo por las mañanas, como sabes, y estoy encantada. Lo llevo suelto casi todo el rato, no puede ser más obediente, más civilizado. Entro en la panadería y me espera fuera sentado. Es un gusto de perro, me recuerda al de mi hijo. Y pasamos mucho tiempo juntos, solos. Pero a veces siento que nunca seré Luisa para él. Creo que la echa de menos.

—Sí. Yo también lo noto. Y la echará siempre de menos. Así son: tienen un solo amor y es para siempre.

Me pareció que Vasile también hablaba de él mismo, y por primera vez le vi atractivo, guapo, incluso con un aire a Bradley Cooper.

Y Lennon sabía que todos hablábamos de su querida madre. No se le veían los ojos, pero aposté que dejaron escapar sendas lágrimas.

Yo también hubiera llorado, pero era madre de un energúmeno que desde que fue padre no paró de quejarse y me llamó poco después a punto de llorar.

—Te juro que cuanto más conozco a mi hijo, más quiero a mi perro. A mi primogénito, quiero decir.

El abogado se consideró padre desde que tuvo a su pastor alemán, pero no tardó en darse cuenta de que un cachorro de especie humana es muchísimo más sacrificado que un perro; las otras especies animales maduran antes que un hombre. Él es el ejemplo perfecto.

—Mi hijo mayor anda desde el día que lo parí, y este desgraciado de cuatro meses sigue sin saber alimentarse. No hace nada bien, ni siquiera ladra; solo llora y da por culo. ¡No puedo más, maldita sea, no tengo tiempo ni para fumar! Por cierto, ¿puedo comerme una salsa que está hecha desde el lunes?

—Depende de si lleva algún lácteo, nata o mantequilla.

—¡Y yo qué sé! ¡Joder, es que no lo sé! He dormido cuatro horas, no me da la cabeza para más. —Se encendió un cigarrillo, exhaló el humo y siguió contándome su vida—: Te juro que cada mañana quiero ser la mejor persona del mundo, pero, al acostarme, aunque no quiera pensarlo, sé de sobra que no lo he conseguido ni de lejos. Me cuesta hasta darme un aprobado, que es lo que sacaba en química como estudiante. Voy a peor, en caída libre.

—Estás pasando una etapa complicada, acabas de ser padre —dije por decir algo.

—Lo sé. Recuperaré mi vida, que me encantaba. O no, quizá sea solo que ahora la echo de menos. Pero me gustaba escribir, cuando escribía. El resto del tiempo ser escritor es un infierno, preferiría ser cualquier otra cosa cuando no estoy trabajando y luego

escribir por las noches. Aporreando el teclado del ordenador se me pasan las horas volando. Cuando estoy inspirado, que esa es otra, porque ahora tengo anulado el cerebro.

Me di cuenta de que era viernes, tenía ganas de desahogarse y llevaba un par de cervezas encima.

Cuando colgué la llamada, decidí cambiar la bombilla fundida de la lámpara del techo, con tan mala suerte que, mientras estaba subida a la escalera, escuché que alguien abría la puerta con las llaves. Apareció mi hija en el salón y al verme puso el grito en el cielo.

—¿Estás loca? ¡Te puedes electrocutar!

—He cortado la luz.

—No estás para subirte a una escalera.

—Llevo un mes esperando a que tu hermano me cambie la lámpara. Estoy harta de que no me hagáis caso.

—¡No hables en plural! Es mi hermano el que no te hace caso.

—Ya que estás aquí, échame una mano. Dame la bombilla.

—¡Baja de ahí inmediatamente, que te vas a matar! ¿Es que no has escarmentado con tus últimas caídas? No quiero terminar otra vez contigo en urgencias.

—No aguanto que me tratéis como a una inútil.

—Ay, mira, venía a charlar contigo, pero estás insoportable. Me largo.

Se dio media vuelta y se fue dando un portazo, y me dejó, nunca mejor dicho, colgada de la lámpara. Crucé los dedos para no caerme. En seis años he tenido nueve caídas sin consecuencias graves. Recordé una estadística agorera: cuando cumples los sesenta y cinco te sueles caer una vez al año y el riesgo aumenta a medida que te acercas a los ochenta. Me ha dicho mi doctora que las caídas van de la mano de un síndrome biológico que se llama fragilidad.

31

Estuve a punto de pulsar el botón del teléfono de Marilyn en varias ocasiones, hasta que un día lo hice. No respondió nunca, ni un mísero mensaje. Vio la llamada perdida y le dio exactamente igual. O le importó, pero decidió no contestar. No me atreví a insistir.

Sin embargo, volví a seguir a mi amigo Vasile varias veces: a la farmacia, a una panadería, a un bar donde se tomó un pincho de tortilla con una botella de agua, a ninguna parte. Llegué a pensar que sabía que lo seguía y lo resolvió matándome de aburrimiento: buena estrategia.

Una vez, sin perseguirlo, me lo encontré en un supermercado del barrio. Nos cruzamos en un pasillo en el que apenas quedaba espacio.

—Anda, qué casualidad —dijo—. Estaba haciendo tiempo para buscar a Lennon. —Llevaba un carrito bastante lleno, con judías verdes congeladas.

—¿Pero vives cerca? —le pregunté, muy simpática.

—No. Bueno, más o menos. Ya sabes que me gusta andar.

—Ah.

Miré de nuevo su carrito, era mucho peso, llenaría un par de bolsas. Ni rastro de alcohol.

Esa tarde recogió a Lennon puntual, teniendo en cuenta que no tenía horarios. Se lo conté a mi hija, pero no quiso sacar conclusiones. Yo tampoco. A mi hijo no le conté nada cuando me llamó para hacerme una de sus preguntas absurdas: quería saber si podía comerse la parte de la fruta que no tenía moho.

Seguía rebuscando por la casa, en todas partes. Llegué a bajar otra vez al trastero y terminé subiendo un azulejo verde que me gustó para un baño.

Fui a la avenida de los Toreros a comprar los huesos favoritos de Lennon. Los dependientes ya me conocían, era la loca de los huesos. Una vez me llevé todos los que quedaban. Otra, en que no tenían, terminé yendo, con cierta ansiedad, casi hasta Guadalajara, a la tienda más cercana, donde había un par de paquetes. Lennon consumía uno diario y no eran baratos. Tendría que reducirle la dosis poco a poco, como a cualquier drogadicto.

Había dejado prácticamente de salir en televisión, pero apenas notaba el desahogo, mi día a día seguía superándome. Me generaba menos estrés pensar en los secretos de Luisa que en el portavoz del grupo parlamentario de turno al que habían pillado en un prostíbulo consumiendo cocaína, pero al menos por lo segundo cobraba e iba pagando facturas. Lejos de eso, llevaba un tiempo tirando mucho de ahorros, que ya estaban en reserva. Me invadió una sensación extraña cuando examiné un suelo de madera de roble el mismo día que compré banana ecuatoriana en lugar de plátano de Canarias, sintiéndolo mucho por La Palma. Miraba precios, compraba marca blanca, aguantaba con un cepillo de dientes desgastado.

A la mañana siguiente, la decoradora me sugirió una encimera de un nuevo material patentado por Cosentino. Al poco tuve que pagar cien euros por no tener pasada la ITV, y al día siguiente un policía me dijo que no me multaba, pero que atara al perro y dejara de lloriquear. Me enamoré finalmente de un parqué de roble *chateau* de unos doscientos euros el metro cuadrado. Casaba genial con la cómoda de caoba y palo santo, y me fui tan contenta en autobús al centro a una presentación en el Ateneo. Nunca había llevado una doble vida tan evidente.

Miento. Una vez sí. Ahora recuerdo que mi hija escribió un breve relato refiriéndose a mi misterioso comportamiento:

> Hace ya tres años, un mes de mayo, a falta de tres meses de dar a luz a mi hijo, mi madre dejó de contestar en el chat familiar. Hasta entonces, todos los movimientos que hacíamos mi hermano, mi madre y yo los compartíamos en el chat que creamos hace tiempo. En todo momento y a cualquier hora del día, sabíamos dónde nos encontrábamos: en el dentista, en la ducha, sacando al perro, en la ginecóloga, en un bar... Mi madre contestaba incluso desde el plató de televisión en directo. Nunca había dejado de hacerlo, hasta que ese día dejó de contestar a nuestras preguntas e incluso nos dimos cuenta de que le importaban poco nuestros movimientos. Aquel grupo de tres se convirtió en un chat de dos: mi hermano y yo. Empecé a sospechar que pasaba algo porque, cuando le preguntaba dónde iba o qué había hecho la tarde anterior, se ofendía, se ponía a la defensiva y daba respuestas imprecisas o, si insistía un poco, me rogaba furiosa que dejase de controlarla.
>
> ¡Qué cambio de actitud! De la noche a la mañana se comportaba como una adolescente esquiva y misteriosa que se levantaba para hablar por teléfono, se ocultaba en el WhatsApp para que no supiéramos la última vez que se había conectado e incluso se compró una atrevida chupa de cuero. ¡Ni de joven se había puesto una cazadora tan macarra! En efecto, tal y como sospechaba, tenía un novio. Mi hermano, lejos de creerme, se rio de mí hasta que nos lo presentó un tiempo después. No hace mucho tuve la suerte de que me regalase su moderna chupa de cuero.

Sí, a todos en casa nos gusta escribir. Para mi hija, más realista, solo es una sana afición. Lo cierto es que sus *posts* de Instagram tiene más comentarios que reseñas los libros de su hermano. Y todos positivos.

Mi hija es tan sagaz que parece sacada de una novela de Simenon. Acertó desde el primer instante: su madre se había enamorado. Fue ya bien entrada en los sesenta cuando me sobrevino una pasión incontrolable que me hizo perder la cabeza. Sí, me compré una chupa de cuero para subirme en la moto del hombre al que yo veía en aquellos momentos como el más guapo y más inteligente del mundo. Dimos grandes paseos motorizados en busca de playas solitarias. Él vivía, aún vive, en Málaga. A veces me entraba una necesidad tan urgente de verlo que cogía el coche de madrugada y, desde Madrid, me plantaba en su casa a las seis de la mañana. Un día, en la terraza de un bar, tomando un vino cogidos

de la mano, embelesados, mirándonos intensamente a los ojos, ajenos a la realidad, encerrados en una burbuja mágica, se nos plantó un tipo entrometido, maleducado y desagradable y nos dijo a la cara: «Muy viejos para quererse tanto. Se ve que la edad no es un impedimento para hacer el ridículo». Y se largó de allí sin que nos diera tiempo a reaccionar. Estos hijos de puta que dicen verdades incómodas son insensibles y groseros, pero solo expresan en voz alta lo que muchos piensan. Aquel cretino, de algún modo, rompió la burbuja y con ella la magia que nos unía hasta ese momento.

Pero reconozco que acertó en su segunda apreciación: estar enamorado, de alguna manera, implica hacer el ridículo. La pasión vehemente e irreprimible está sobrevalorada. Por suerte es fugaz, pero te incita a cometer locuras, disparates y deja cicatrices que, a partir de cierta edad, se disimulan peor. Cuesta cada vez más recuperarse de las heridas y los desengaños. No volverás a ser la de antes. Balzac tenía razón: podemos amar sin ser felices, incluso ser felices sin amar, pero amar y ser feliz al mismo tiempo es casi imposible. En los momentos de ansiedad o desasosiego, he llegado a sentir una punción dolorosa en la nuca, incluso se me cierra el estómago hasta cortarme la respiración. Sé de alguna que terminó en urgencias por una subida peligrosa de tensión causada por un desamor. La pasión a determinada edad agrava los problemas gástricos y deja huellas de microinfartos cerebrales, pequeños ictus presuntamente culpables de la pérdida de equilibrio que causa frecuentes caídas. Si encima, y como es habitual, la pasión es asimétrica, descompensada, se convierte en tóxica, como cualquier droga, y es urgente romper la dependencia. Algo que a veces resulta más difícil que dejar de fumar. Lo peor es que para saber esto no vale que te lo cuenten: hay que experimentarlo. Y las drogas es mejor no probarlas, pero el amor es vital. Todos, en cuanto podamos, nos vamos a precipitar de cabeza y con los ojos cerrados hacia ese abismo.

Cuando se rompió la burbuja tuve que hacerme un chequeo porque, al principio, me encontraba confusa, desorientada, enferma.

Por suerte, los resultados fueron aceptables. «Lo tuyo es sorprendente —me confirmó mi querida amiga Moncha, la única doctora que me calmaba cuando no podía acudir a mi hermano—, están bien todos los parámetros, la misma analítica de hace veinte años. Me asombra que ni siquiera tengas cataratas y hasta puedes leer sin gafas». El diagnóstico de mi amiga me sonó como una cantata de Bach. Fue muy placentero escuchar que estaba más sana de lo que teóricamente me correspondía. Intentaba convencerme de que todavía estaba bien y llena de fuerza, aunque fuese mentira. Tener una salud de hierro, impropia de mi edad, me quitó, de golpe, todas las penas. Como veterana superviviente al amor, he de decir que me sentí más fuerte y más libre fuera de la burbuja.

El arrebato pasional se transformó en una gran amistad que me permitió mantener mejor el equilibrio. Desaparecieron los dolores de nuca hasta que la herencia de tía Luisa vino a poner mi vida patas arriba, como un amor tóxico.

32

Mi querida amiga Marta me pidió que fuese a un acto en el que ejercía de maestra de ceremonias. Siempre digo, en un intento de resumir mi afecto por ella, que tiene mucho más talento que belleza. Procuro no faltar a sus requerimientos, porque allá donde me lleve Marta nunca me decepciona.

Una vez más estuvo a la altura de mis expectativas: se me acercó un tipo de cuarenta y tantos con un toque cursilón. Se presentó como hijo de la prima Paula, la que no me tenía en gran estima. Excepto ella, que tenía un jalapeño, toda esa rama de la familia hablaba como si tuviera una patata en la boca. Una muy característica, con denominación de origen, como las papas arrugás. En seguida me preguntó por la herencia recibida, dándome la enhorabuena con cierta ironía. Yo me puse alerta: después del encontronazo con su madre no estaba dispuesta a pasar ni media. Percibió mi actitud y cambió la suya.

—No, sinceramente, me alegro de que fueses tú. Sabía que mi madre estaba totalmente descartada, no había ninguna esperanza. Mejor tú que algún otro de por ahí.

—¿Tu madre sabía que estaba descartada?

—Bueno, ella no está bien. La edad, la cabeza. Y desde que murió Luisa está obsesionada. Es ahora cuando me he dado cuenta de la importancia que tuvo ese monstruo en la vida de mi madre.

Parecía que llevaba un vino de más, pero no: era solo la patata.

—¿Monstruo?

—Monstruo, con todas las letras. Yo apenas la conocí porque mi familia estaba desterrada para Luisa. Pero he ido descubriendo cosas y sé que en México se adoraban, claro, eran la poca familia que tenían.

—Cuéntame, por favor.

Dimos un sorbito a nuestras respectivas bebidas, muy metidos en la conversación.

Luisa emigró a México con su hermano mayor y un tío de ambos. Por motivos que nunca quedaron claros, la madre se quedó en España con sus tres hijos pequeños. Se dijo que también tuvo la intención de irse, pero nunca lo consiguió. El caso es que los hermanos mayores se establecieron en Ciudad de México al amparo de su tío y les fue bien. El mayor se casó y tuvo una hija a la que llamó Paula, y su hermana Luisa la adoró como si fuese propia, como la niña que nunca lograría parir. Y la niña quiso tanto a su tía como a su madre, pero cometió un error imperdonable cuando volvió a España: se enamoró de un concejal.

—Franquista, ¡claro, como todos! —protestó.

—Esa parte me suena, debió de ser memorable para tu familia —elegí cuidadosamente el adjetivo, quizá me equivoqué.

—A ver, su abuelo había muerto combatiendo en la Guerra Civil en el bando republicano y ella se casó con un descendiente del enemigo. Pero habían pasado cuarenta años, por el amor de Dios: mi madre nunca lo conoció, era mexicana y le daba todo igual. A su propio padre, mi abuelo, también le dio igual, pero su hermana Luisa era una sectaria enfermiza y lo consideró pecado mortal. Y cualquiera que haya conocido a mi padre, que ya falleció, te dirá que era una buena persona. Un tipo tranquilo, moderado, que se llevaba bien con todo el mundo. De derechas, sí, como media España hoy en día. Ella era una intransigente y jamás se dignó a conocerlo.

Si yo, una sobrina lejana, cometí falta grave al no participar en ningún Gobierno de izquierdas, Paula, su sobrina del alma, cavó su tumba al casarse con un descendiente del que asesinó a su padre. Sabía cómo funcionaba Luisa y eso nunca lo habría perdonado.

—Pero es que no se limitó a ningunearla el resto de su vida. Hubo un momento que, por circunstancias, quisimos alquilarle el piso de Diego de León, el que ahora es tuyo. Ella comunicó a la familia que sus inquilinos se iban, que volvía a ponerlo en alquiler. Mi madre le dijo que lo quería y Luisa le pidió una cantidad disparatada. Una cantidad que nos consta que no es por lo que lo terminó alquilando. Y bueno, mil detalles más. A mi padre, la única vez que acompañó a mi madre a su casa, tu ático, no le dejó entrar. ¿Te lo puedes creer? Hay que ser miserable para castigar con tanta crueldad a alguien que quisiste como a una hija. Todo por una estupidez política. O llámala como quieras.

Ideológica, una estupidez ideológica. Luisa era una fanática, un soldado que no se cuestionaba las órdenes que le dicta su conciencia. Una víctima directa de la Guerra Civil.

El hijo de Paula resultó ser un tipo estupendo.

33

El locutor era mi evasión diaria. Escribía compulsivamente, atrapada en mi propia historia, sin saber todavía hacia dónde me estaba llevando. Era un personaje más, fui todos en algún momento, sufrí como ellos y, en alguna ocasión, también besé como ellos. Y me propuse, en esta ocasión, no mencionar la Guerra Civil. Era una promesa que les hice a mis hijos, hartos de escuchar mis batallitas, pero no sé si lo conseguí.

Se la di a mi hijo para que leyera lo que llevaba escrito. Siempre lo hacíamos el uno con la otra. Vino a casa, saludó a Lennon, y nos sentamos en el salón.

—Está bien —se pronunció al fin el imbécil.

—No te ha gustado.

—Sí, hay partes que están muy bien, pero es mejorable.

—Como todas las cosas del mundo, quieres decir —apunté enfadada.

—No, más. Yo algunas novelas no sabría mejorarlas, pero esta sí. No me mires así, no te cabrees.

—Si no me cabreo.

—¿Quieres que te mienta? Te estoy diciendo que está bien, relaja. Tiene aciertos, partes bonitas.

Sabía que mi hijo tenía razón, solo le había pasado un borrador, claro que era mejorable. Así que dejé que se explicara, aunque, generalmente, no conducía a ninguna parte. Empezó a hablarme de mi libro y enlazó con una idea que rondaba su cabeza para una novela propia. Y cuando le daba por hablar, le daba fuerte. Quiero

mucho a mi hijo el filósofo, el abogado o lo que sea, fume lo que fume, y suelen interesarme sus opiniones, pero puede ser extenuante. Le cuelgo el teléfono casi siempre para que no me estalle la cabeza. Por suerte, él nunca se enfada, el problema es cuando lo tengo ante mí y no puedo huir.

—No lo entiendes, mamá: hay una trama principal, la que sea. Pero olvídala: el caso es que el tipo juega a la lotería todas las semanas como un loco a los mismos números, los mismos que jugaba su difunto padre. Lleva veinte años haciéndolo.

—Como tú —precisé.

—Exacto. El caso es que la semana en que pasa la trama principal, yo qué sé, da igual, esa semana...

—Da igual la trama principal.

—¿Otra vez? Que sí. No, joder, pero ahora sí. El caso es que una semana no puede echar la lotería porque le ha pasado algo bestial que se lo ha impedido, o sea, la trama principal. Pues de haberla echado le hubiera tocado. Salen sus números. Total, que el final se precipita por ese suceso: se suicida. ¡Con su muerte, de forma natural, se resuelve también la trama principal! Fin. Bueno, ¿eh? No, espera, mejor aún: esa semana, a pesar de que parecía imposible, logra echar la lotería. Es la siguiente cuando se le olvida, pasado el estrés, y le hubiera tocado. Y se suicida. —No me dio tiempo a decirle mi opinión porque me interrumpió—. El problema es que no puedo escribir nada, es imposible, no tengo un minuto. Qué razón tenía aquel que dijo que para ser escritor lo mejor es no tener hijos. Esto es un infierno, mucho peor de lo que nunca imaginé.

—No estoy de acuerdo. Es como decir que viajar es malo para escribir.

—¡Pero qué tendrá que ver! Viajar es tan esencial. Te enriquece, te abre la mente, te aporta experiencias que contar. Vives aventuras.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Entonces tener un hijo es mucho mejor que viajar. Hay sitios que has visitado que apenas recuerdas, pero te aseguro que de la aventura de la paternidad no te

vas a olvidar. Aunque solo sea porque vas a tener muchas más fotos de tu hijo que de Zanzíbar.

Tardó en responder. Se recostó en el sofá, herido, buscando un buen argumento con el cigarrillo que le había prohibido encender dentro de mi casa, humeante entre los dedos

—Zanzíbar me quitó cuatro días para escribir. Este hijo me está quitando la vida entera.

—Te la está dando, ya lo sabrás. De hecho, es una pena que no lo sepas ya. —Dio otra calada.

—Qué bonito. Me gusta. Tengo que meterlo en un libro.

—Ni lo sueñes, es mío —le advertí—. Lo publicaré yo antes.

—¡Maldita sea! —levantó la voz, estaba un poco sordo—. ¿Te das cuenta? Lo publicarás tú porque yo no tengo tiempo para escribir. —Emitió un quejido parecido al sonido que yo hubiera utilizado para llamar a un asno. Como un rebuzno, y dio una calada —. Hala, me voy a casa, que tengo que sacar al perro para escaquearme de dar el biberón y acostar a mi hijo.

34

Mi hijo es un estupendo escritor, ágil en los diálogos, meticuloso con la estructura, y suele aconsejarme con acierto. Tiene buen criterio, quizá la literatura sea lo único para lo que lo tiene. No, también se le dan bien los perros, y la tecnología, algo para lo que le necesito cada semana. Me cuesta menos trabajar que cobrar las correspondientes facturas, sobre todo cuando derivan de organismos públicos y tiene una plataforma digital externa para la facturación. Esto habría escandalizado al propio Kafka, no sé qué hubiera llegado a escribir de haber tenido que emitir una factura a algunos ayuntamientos o incluso a televisión, pero *La metamorfosis* se habría quedado corta. He desistido de cobrar algún programa porque me resulta imposible superar semejante maraña burocrática.

—Mamá, es que no te compensa. Está hecho para que no cobre nadie. Han rediseñado la plataforma y, aunque parecía imposible, ahora es todavía peor, más complicada, menos intuitiva, da más errores. Mi Safari ni siquiera carga la página. He mandado un *email* al soporte y pasan de mí. Y no te puedo descargar el documento de que estás al corriente de tus obligaciones tributarias porque tienes caducado el certificado digital y lo de Clave no te funciona. Me voy a volver loco. Yo se lo diría, que lo dejas porque no eres capaz de emitir las facturas. Es que si tuvieses que hacerlo tú habrías dejado de ir hace años. Pero claro, para eso estoy yo. Y gratis, encima. Años trabajando por caridad, me cago en...

Di por terminada la inspección del escritorio y me enfrenté a la estantería del despacho. Había muchas más carpetas de colores llenas de cosas, supuse que de menor interés que lo que guardaba en el escritorio.

Efectivamente, el primer archivador decidí tirarlo tal cual. Eran básicamente tiques de compra, documentos de garantía e instrucciones de electrodomésticos. En el lomo de una carpeta ponía «Martha». Y en otro «Lennon». Eran el historial veterinario completo de ambos perros, sus cartillas, albaranes de compras y documentos varios. Tiré la de Martha.

Cogí otra carpeta de color tornasolado, brillante. Me topé de bruces con el libro azul añil de familia de Luisa y Jacobo. La partida de nacimiento mexicana de su hijo. Sus notas del colegio. Un sobre abierto con una carta manuscrita dentro. Era de Ernesto, desde Avoriaz, Francia. Noviembre de 2004.

> Mamá, papá, no voy a volver de este viaje.
>
> Habéis sido los mejores. No tengo nada que reprocharos ni a vosotros ni a la vida.
>
> He sido completamente feliz sin merecerlo desde el día que nací.
>
> Pero me he convertido en una persona que no merece vivir. Intenté superarlo, lo juro, pero no fui tan fuerte. Y ya no quiero seguir en este mundo ni un día más.
>
> No os culpéis, por favor. Siento haceros esto, podéis decir que me maté esquiando, lo que queráis. Pero no sufráis por mí ahora que yo por fin voy a dejar de sufrir.
>
> Os quiero y os estoy eternamente agradecido.

Murió en los Alpes, sí, pero no esquiando. Decidió suicidarse allí con cuarenta y ocho años. Aposté a que, en contra de mis fabulaciones, no dejó hijos.

Empaticé más con el padre que con la madre: yo, como Jacobo, me hubiera dejado morir. No entendí cómo pudo superar Luisa semejante carta de despedida de su propio hijo, tan ambigua y a la vez tan elocuente.

Hice una foto y se la mandé a Gustavo para que confirmase mi retorcida conclusión. Me mordí las uñas esperando que viese mi mensaje, mirando el móvil de forma compulsiva. Mi hija ya me había advertido de mi adicción, quizá fuera hora de tomarla en serio. Pero no sería en ese momento.

Al fin sonó el iPhone y apareció el nombre de Gustavo en la pantalla.

—Bueno, bueno. Esto que has encontrado es oro, Lupita. Tengo meses para darle a la almendra, voy a tener que cancelar planes.

—Gustavo, dime lo primero que se te pase por la cabeza. No quiero condicionarte.

Resopló al otro lado del teléfono. Me hubiera encantado poder verlo, se lo dije e hicimos una videollamada. Sonreí ilusionada cuando pude confirmar que su cara de asombro era sincera.

—A ver, calma. Desde luego, no parece la despedida de un heroinómano. Y no tenía pinta de yonqui, ni siquiera me dio nunca la sensación de que le diese a la coca, ni Luisa me habló jamás de ningún problema de ese tipo con Ernesto.

—Pues intentó superarlo pero no fue tan fuerte. ¿Ludopatía tal vez? ¿Se gastó su herencia en vida? Eso explica que Luisa lo fuese vendiendo todo después.

—No me cuadra. Lo conocimos: ¿tú le viste pinta de ludópata terminal, de necesitar una camisa de fuerza? No jugaba ni al mus. Creo que las dos estamos pensando lo mismo pero no nos atrevemos ni a pronunciarlo.

—¡Yo te aseguro que no! —exclamé con rotundidad—. No quiero ni pensarlo, me niego a poner semejante etiqueta a un muerto por una simple nota de suicidio que podría significar mil cosas.

—Ya, ya. Ludopatía. ¿Y un ludópata se suicida? Puede ser, pero es que me hubiera enterado de que lo era.

Estábamos de acuerdo en todo.

—Era una persona que ni merecía ni quería vivir en este mundo —recordé.

—Que sí. A mí no se me ocurre otra cosa, Lupita. Y mira, si lo era, hizo lo mejor que pudo hacer. Da cierta honorabilidad al personaje. Y explica que su padre muriera del disgusto. Porque Jacobo, pongo la mano en el fuego, no estaba tan mal de la cabeza. Era un golfo estándar, campechano, que creía que su hijo era igual. Luisa lo habría matado si hubiera descubierto algo así, con niños de por medio. Mira, ya lo he dicho. Me sabe fatal.

—Yo es que apenas le conocí: ¿tú sabes cómo era Ernesto con los niños?

—Estupendo. Como yo pero más guapo y más joven, y con pelazo. Le gustaban los niños, eso seguro, me acuerdo. Pero jamás en la vida pude imaginar...

—Ya. El otro día me encontré al hijo de Paula. Encantador, oye, no parecía un niño traumatizado por ningún tío lejano.

—Menudo es ese pieza. ¿Dejó escapar el acento mexicano, como sin darse cuenta? Es de Chamberí y ha cruzado el Atlántico menos que yo, pero le da como un toque fresa máximo.

—Calla. Me contó que Luisa quiso a Paula como a su propia hija cuando vivieron en México. Y la desterró para siempre porque se casó con un tipo que no le gustó sin ni siquiera dignarse a conocerlo. Me llama la atención que una carta como la de su propio hijo no fuera suficiente para perdonar a Paula. Siguió veinte años más humillándola.

—Es escalofriante, sí, fue muy dura. Quizá a su hijo Ernesto tampoco lo perdonó nunca, vete a saber, no me extrañaría. Y se quedó de cara a la galería con el que conoció hasta que murió. Después se convirtió en otra cosa que se negó a incorporar. Ese era otro. No sé, nunca lo sabremos. Veo que no has empezado la reforma. ¿Has aceptado algún presupuesto? Tómatelo con toda la calma que quieras, como si te gastas todo en chulazos, yo no pienso juzgarte. Bueno, sabes que sí, pero me haría toda la gracia.

Me dio tanta vergüenza decirle que no había estudiado todavía ninguna propuesta que estuve a punto de inventarme que me lo había gastado en cocaína.

—Gustavo, quiero tomármelo con calma. Vengo de una mudanza que me ha agotado espiritualmente, todavía estoy instalándome. Necesito un tiempo antes de volver a poner la casa patas arriba.

—¡Pero, Lupita! Me he explicado mal: me da igual la reforma, quiero que vivas como una reina, sin reparar en gastos. Y cuando se te acabe, te doy más. Alfie va a ser el más rico del cementerio y me da mucha lástima. Cuando pienso en su cadáver, me imagino su calavera con hocico, como la de un babuino. Y yo a veces me siento como tía Luisa, sin más heredero que mi peludo Borbón. Pero la pobre rata va a morir antes que yo y después no pienso tener ni peces. Y encima Luisa tuvo la suerte de arruinarse, pero a mí ningún negocio me sale mal, no hay manera. Te conté lo de la heladería que abrimos para tener helados buenos cerca, probaste el de pistacho, ¿verdad? Pues va como un tiro, tenemos que abrir otras dos porque no damos a basto, una en Tenerife. La gente se hace fotos con nuestro granizado de limón y lo sube a las redes. Si quieres mi mitad, la pongo a tu nombre y te compras un Aston Martin, que te pega todo. Y regálale a tu hijo un ordenador nuevo, haz el favor. Y a tu hija invítala a un crucero de lujo. Corre todo de mi cuenta.

35

Hablar con Gustavo me llenaba de aire los pulmones. Daba por hecho que todavía había algo que se me escapaba para entender por qué se portaba así conmigo, por qué me había apadrinado como a una desnutrida niña etíope, pero me importaba poco. Lo explicaba con la figura de la tía Luisa, que me había elegido a mí para sucederla en el trono. Eso bastaba. El viejo galerista residente en La Palma, en una mansión secreta plagada de obras de arte, tenía dinero de sobra para divertirse un rato tirando billetes a una septuagenaria que los recogía mientras le reía todas las gracias. Me parecía fastuoso, un trato justo. Habría firmado un contrato vitalicio.

Empezó a preocuparme la actitud de mi hijo con mi nieto, todavía un bebé. Le ponía a parir en cuanto tenía ocasión, le trataba con dureza, sin paciencia. Llegué a pensar de nuevo en la posibilidad de denunciarlo si lo veía cometer un delito de los que amenazaba con cometer. Pero una mañana que entré en su casa con mis llaves, por si estaban dormidos, los pillé a los dos tirados sobre la alfombra partiéndose de risa y comiéndose a besos. Me recordó a cómo trataba a su perro de cachorro. Si lo hacía la mitad de bien, le saldría un hijo del que estaría muy orgulloso.

Cuando me descubrió en semejante actitud, se excusó.

—No es que lo quiera, no te equivoques. Es que tiene una piel alucinante, mira qué mofletes. Es jodidamente guapo, el cabrón. —

Juró que le paraban por la calle para piropearlo. Casi tanto como con el perro—. Y lo paradójico es que ha salido a mí.

—No, mira, por ahí no paso —me indigné—. A quien ha salido es a mí. —Pero él no me escuchaba, solo miraba a su hijo a los ojos.

—¿No estás orgullosa? ¿Y por qué será tan guapo? Como dice mi vecino: «Ya que todos son un coñazo, al menos que sean guapos». ¿Se echará a perder con el tiempo? Va a tener narizota, de esa maldición no se va a librar.

—Al final echarás de menos esta época, ya verás.

—¿Lo dices por su nariz, porque será feo en unos años? No, mamá, es imposible que eche de menos este infierno. Tendrían que meterme en una cárcel de Honduras.

Me vino a la cabeza un artículo que había leído recientemente y que prometí mandarle a mi hijo. Me interesaba que leyera una idea que se me quedó grabada, de modo que, cuando llegué a casa, saludé a Lennon, fui al cuarto del gazpacho, encendí el ordenador, busqué esa entrevista de Pablo Guimón al filósofo Michael J. Sandel y se la envié. Volví a leer el párrafo:

> La paternidad enseña humildad, porque ser un buen padre es reconocer que necesitamos dominar el impulso de control. En nuestras carreras o en las competiciones deportivas queremos afirmar el dominio y el control, en la medida de lo posible. Pero con nuestros hijos, aunque queremos enseñarles y queremos moldearlos, también necesitamos aprender a aceptarlos. Dar forma y aceptar. Moldear y contemplar. Todos los padres tienen que hacerlo. Luchar con la tensión entre estos dos impulsos para nutrir y mejorar a los niños, para ayudarlos a crecer, pero también para aceptarlos, para contemplarlos, para amarlos sin importar lo fuertes que sean, lo inteligentes que sean o lo guapos que sean. La humildad consiste en reconocer los límites de nuestra capacidad de control, sean cuales sean nuestros recursos.

La humildad como *virtud cívica que escasea* solo era, en realidad, una de las sabias reflexiones que compartía durante toda la entrevista. Me acordé inevitablemente de mi padre, él también era un filósofo, como mi hijo, y no soy de las que creo que todos

llevamos uno dentro. Considero una obviedad afirmar que en este mundo abunda más el necio que el sabio porque entiendo el cerebro como un instrumento, e igual que hay pocos virtuosos del piano, la guitarra o la voz, tampoco hay muchos que usando la sesera puedan maravillarte por su forma de razonar, de teorizar, de analizar la realidad. De plantear grandes preguntas y encontrar respuestas brillantes.

Cuando me acuerdo de mi padre, me acuerdo de mi madre. A lo mejor sucedía también a la inversa. Mi madre murió mucho antes, cuando aún era joven y absolutamente necesaria. No tenía una sola arruga, para mí era inconcebible que me pudiera abandonar tan pronto. El dolor que me produjo su muerte lo recuerdo como algo insoportable, y el duelo intenso me duró una década, durante la cual no pude mirar sus trajes ni sus frascos de perfume sin ponerme furiosa. Tuve que pedirle a mi hermano que lo escondiese todo en su casa. Por azares de la vida, su dedal acabó en mi costurero. Me removía las entrañas cada vez que me lo encontraba, pero nunca me atreví a deshacerme de él. Ha pasado demasiado tiempo para seguir llorándola, sin embargo, la otra tarde me ofrecieron un pastel ruso y al probarlo recordé que era su dulce preferido, y se me saltaron las lágrimas. Sería un recurso estupendo para llorar si fuera actriz: ver un dedal o comer un pastel. Comprendí lo que escribió Delibes, que la alegría es un estado del alma y no una cualidad de las cosas, porque las cosas no son ni alegres ni tristes, sino que se limitan a reflejar el tono con que las envolvemos.

No quiero llorar más, pero mi madre murió con cincuenta y ocho años, los mismos que el padre de mis hijos. Un par de cumpleaños atrás me regalaron la digitalización de los viejos vídeos caseros familiares de los años noventa. Horas y horas de grabaciones y todavía no he podido ver ni un minuto, y no sé si me apetecerá algún día. Quizá me gustase visionar un resumen bien editado, los *highlights*, como dicen ahora, el día de mi propia muerte, para irme emocionada de este mundo sabiendo con certeza que mi vida ha merecido la pena. Que fue maravillosa.

Viví los entierros de mis padres, mi marido y mi hermano. Fueron momentos terribles, es lo que tiene la longevidad, pero no me quiero imaginar lo que sintió Luisa cuando su único hijo se suicidó por motivos que, honestamente, ella desconocía. ¿Sabía qué condujo a Ernesto al suicidio, o se quedó como yo, especulando? Ninguna de las alternativas es menos dolorosa.

Creo que sus espíritus viven entre nosotros y nunca se irán del todo mientras alguien piense en ellos, los sienta, los llore. Los recuerdos existen, no están muertos.

He querido incluir en mi testamento una condición: alegría, que mi recuerdo nunca sea triste ni mi espíritu entristezca a mis hijos. Sé por experiencia que me apareceré en sus pensamientos lo que les queda de vida.

36

Encontré en otra carpeta verde una foto en papel de Luisa con Vasile. Salían no muy viejos, sonrientes. No era un *selfie*, se la hizo alguien a cierta distancia. Estaban en el campo, o eso parecía. Quise saberlo todo, dónde, cuándo, quién los retrató, por qué. Era digital, se notaban los píxeles, la mala calidad de aquellas cámaras del móvil. ¿Se molestó ella en imprimirla o se la dieron? ¿Por qué la guardaba? No era la primera vez que pensaba que con Vasile tuvo algo más que una mera amistad fruto de compartir a Lennon. ¿Se enamoraron? En la imagen ella podría tener casi ochenta años y él sesenta y tantos. ¿Se enamoró solo ella y él lo aprovechó para robarle el Picasso? Eso convertía a Vasile en un cabronazo millonario y no parecía ninguna de las dos cosas. Pero algo había y no iba a tardar en plantarle la foto en la cara al único que quedaba vivo de esa imagen.

Busqué en el archivador más documentos que relacionasen a ambos de cualquier forma y no encontré nada. La foto estaba perdida en un océano de morralla que no tenía nada que ver con la propia foto. No encontré un denominador común del contenido, un criterio que lo justificase. Yo tampoco hubiera sabido qué pegatina ponerle al lomo, por eso no llevaba ninguna.

Me quedé en el vestíbulo leyendo el último libro que me acababa de enviar José Antonio Marina con la dedicatoria de siempre, y permanecí atenta para cuando llegase Vasile.

Me llamó mi hijo: que si era verdad que la comida cocinada aguantaba más en la nevera que la cruda. Y que por qué. Lo

despaché rápido.

Sonó la puerta y terminé la frase que estaba leyendo admirada antes de saltar como un resorte. Le planté la foto en la cara, le pedí explicaciones educadamente: cuándo, dónde, cómo, quién y por qué. Vasile sonrió.

—No recordaba esta foto. Tendrá quince años.

Es lo único que dijo, pero le obligué a sentarse, le di un vaso de agua y le saqué mucho más: que pudo hacérsela cualquiera de los amigos que compartieron durante esa época en el pinar que frecuentaban. Ella gozaba de una formidable salud y daba largos paseos mientras Martha y Lennon correteaban a sus anchas. Al parecer saludaba a todo el mundo y se ganó fama de viejecita simpática. Sus perros, muy bien educados, nunca dieron problemas, lo cual ayudó a la buena reputación de la mexicana. Porque en México siempre fue la española y aquí la mexicana.

—Pero, Vasile, ¿fuisteis amantes?

Se rio con nerviosismo, no supe interpretar si sobreactuaba o no. Lennon ladró, quería salir.

—¿Novios? No, qué va. Ya éramos viejos para eso.

—Nunca se es muy viejo para *eso*.

Ridiculicé la última palabra enfadada, convencida de que tuvieron una relación amorosa.

—Fuimos muy buenos amigos. Nada más. Lo repito: Luisa era una mujer generosa, también en sus afectos.

El rumano no había conocido a nadie como ella, en ningún sentido, con tanto mundo a sus espaldas, tan elegante, tan vitalista, y con un acento tan seductor que, a veces, ni la entendía. Empecé a pensar que quien se enamoró fue él de ella, sin ser correspondido.

Se fue. Estuve escribiendo *El locutor* y, cuando le oí volver a dejar a Lennon, ni siquiera salí a recibirlo. Luego llegó mi hijo con mi nieto. Ya empezaba a reírse con mis tonterías, a mostrar su personalidad. Fruto de la emoción, le conté alguna cosa a su padre, al cual se le ocurrió una artimaña de lo más rastrera y me obligó a llamar a Marilyn desde su móvil con el altavoz. No sé por qué accedí,

imagino que por pesado, o porque supuse que la filipina no respondería la llamada. Para mi sorpresa y desdicha, contestó. Tuve que reaccionar rápido para sonar convincente.

—Marilyn, he descubierto que Vasile y Luisa estuvieron liados. Me lo ha confesado él.

—Pero señora, y yo qué sé, ¿qué quiere que le diga?

—Es que no me creo que no te dieses cuenta.

—¿Pero cómo iba a darme cuenta?

—Fueron novios durante años, en tu presencia, que vivías con ella. —Perdí la cabeza.

—Piense lo que quiera. —La filipina era durísima e imperturbable.

—¿Cómo puedes estar tan segura, siendo la casa tan grande? O a lo mejor se iba Luisa a su piso. ¿Dónde vive él?

—Señora, le ruego que deje de llamarme.

Me colgó y mi hijo me aseguró que era la ladrona, que por eso no aprovechaba la ocasión para tratar de culpar a Vasile. Sería muy evidente.

—No le veo el sentido.

Volvió con lo de Marilyn, la ladrona. Estaba seguro de que se había comprado un adosado en San Sebastián de los Reyes, que su familia entera tenía la vida resuelta en Palawan, y que su hijo iba de discoteca en discoteca en un BMW descapotable por la Castellana hinchándose a ligar.

—Mamá, he estado en Palawan, sé de lo que hablo. Pero quizá... ¡No! ¡Lo tengo! ¡Vasile y ella estaban compinchados! ¡Se repartieron el botín, fueron socios! Todo encaja, por eso dicen que apenas se conocían, se exculpan mutuamente. Fue el golpe perfecto. ¿Es que no lo ves? Seguro que estuvieron liados. Y ojo no sigan juntos.

Mi hija, sin embargo, estaba a otras cosas.

—Madre, déjalo ya. Todo. Relájate. El Picasso no va a aparecer aunque averigües lo que pasó. ¿Qué te importa esa gente? Solo me gusta Gustavo, quiero que me des su móvil para agradecerle todo lo

que está haciendo por ti. Estoy deseando conocerlo, los demás me dan igual. Y últimamente hablas demasiado con tu hijo, no te hace ningún bien. Está siempre de mal humor, agotado, histérico. Está loco, madre, hazte a la idea. Ya se le pasará.

37

Una noche de martes me permití otro homenaje para desconectar, o quizá para reconocerme o encontrarme a mí misma: ver *Casablanca*. Era más cómodo y barato que ir a meditar a la India y funcionó: lo pasé muy bien.

Me reafirmé en mi intervención en un programa en el que participé en varias ocasiones: *Qué grande es el cine*. Supongo que no fui la única que lo echó de menos. Era un debate sosegado, divertido, inteligente, respetuoso, pero ya no vendía. Grabé en VHS durante años los episodios en los que participé y muchos en los que no, porque siempre era un placer escuchar las opiniones de auténticos expertos sobre cualquier obra maestra cinematográfica. Unos meses antes, con la mudanza, mi hijo tiró todo a la basura.

—Mamá, sé realista: ni siquiera tienes un reproductor de VHS, nadie lo tiene. Si quieres te lo digitalizo, pero sería carísimo. Y, aun así, jamás verías todo esto, aunque vivieras doscientos años. Que los vas a vivir, pero hazte a la idea: no vas a volver a ver estas cintas. Y no pasa nada.

Me convenció, y también me dejó casi llorando.

Ahora podía rescatar del archivo de televisión el programa dedicado a *Casablanca*, qué dije exactamente, qué palabras usé, qué corte de pelo lucía entonces, cómo iba vestida y maquillada, quiénes me acompañaron en esa charla. Preferí no verme.

Conservaba, sin embargo, el artículo que escribí para un libro de Eduardo Torres-Dulce, en cuya presentación una mujer manifestó estar de acuerdo con mi peculiar opinión sobre el final de la película.

El resto, reconocidos cinéfilos, se sintieron ofendidos. En otros tiempos me hubieran echado a la hoguera por hereje. Venía a decir que Bogart solo pasa una vez en la vida, y siento el *spoiler*, si es que tengo el improbable honor de que me lea alguien antes de haber visto la película.

Siempre que me he pronunciado sobre la obra cumbre de Michael Curtiz he reprochado a Ilsa su confusión emocional: amaba a Rick pero se fue con el líder de la Resistencia, un hombre estricto, rutinario, predecible y aburrido. «Un pereza», como dicen mis hijos. El verdadero héroe es Bogart, por eso no me convence el desenlace, cómo la rubia perdidamente enamorada termina subiendo a ese avión, entregándose a una vida soporífera en la que lloraría a Rick cada día y cada noche. Todavía recuerdo cuando la vi por primera vez, cómo esperé convencida hasta el último instante a que Ilsa corriera hacia Rick para echarse en sus brazos y fundirse en un beso apasionado, y que apareciera superpuesto *The End* en letras blancas. Sin embargo, los cinéfilos celebran el auténtico final: los amigos son lo mejor contra el desamor.

En 1942 ninguna mujer considerada decente abandonaba a su marido por otro hombre. Ilsa se había acostado con Rick en París, era una mujer infiel que dejaba plantado a su amante clandestino para volver con su marido, al que creía muerto. Y luego, casualmente, se reencuentra con su examante en África y pasa con él otra noche de amor. No es explícito, pero se da por hecho. Si Ilsa se hubiera quedado con Rick en Marruecos, *Casablanca* sería la historia de una adúltera y hubiera sido imposible, en aquellos tiempos, que eludiera la censura. Y, lo que es peor, la crítica no hubiera sido tan benévola.

Tampoco apruebo el otro vértice del triángulo, el líder de la Resistencia. Laszlo se da cuenta de que su mujer tuvo un lío con el dueño del café al que da nombre, lo sabe al verlos mirarse: Ilsa sigue enamorada de él. Pero se la lleva en el avión, no le pregunta siquiera si prefiere quedarse. Siendo tan íntegro y generoso, debería

haberla animado a ser feliz con Rick. Ese gesto lo habría elevado a la verdadera categoría de héroe.

Ingrid Bergman, años después, dijo sobre Bogart que le besó, pero no le conoció. No se sintió atraída por él, como le sucedió con otros compañeros de reparto. Él era cinco centímetros más bajo que ella y tenía que sentarse sobre cojines, ponerse tacones o subirse en un ladrillo para besarla y estar a su altura, despojando de erotismo cualquier escena de amor. En la vida real, Ingrid, casada con un dentista sueco, se enamoró del director de cine Roberto Rossellini, que ya tenía una esposa, dos hijos y una amante llamada Anna Magnani, y rompió con el mundo. Su relación adúltera fue un escándalo de tal calibre que la llamaban puta por la calle. Incluso la denunciaron ante el Senado de los Estados Unidos.

La película, quizá por todo esto, sigue fascinándome. La complejidad, imprecisión y ambigüedad de los personajes es gran parte del encanto de esa historia enigmática tan sobrevalorada por unos y tan desmitificada por otros.

¿Cuántos hemos replicado, al menos una vez, la memorable frase «el mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos»? Es una traducción acertada del original, más corta y potente que la literal. Generalmente, va todo junto, porque el amor, cuando es apasionado, implica un derrumbamiento. En *Casablanca* el mundo ya se estaba desmoronado, pero una buena historia de pasión lo derrumbaba todavía más. Si no hay distancias que salvar, prohibiciones que eludir o murallas que derribar, la pasión, que ya es breve por naturaleza, sería todavía más fugaz.

Más quisiera yo que alguien, casi un siglo después, reprodujera una frase mía cuando se enamorase. O que cualquier crítico siguiera diseccionando a mis personajes, preguntándose por qué hicieron esto o aquello. Por qué tomaron ciertas decisiones, si eran buenos o no tanto.

Sé que nada de esto pasará, que nadie hablará de *El locutor* cuando haya muerto, como el brillante título de la película de mi querido Tano Díaz Yanes.

Pocas veces escribí con tantas ganas como aquella noche.

38

Poco después de tomar las doce uvas, Gustavo y Alfonso me llamaron para felicitarme el año. Se me adelantaron, era verdad y se lo dije, aunque quizá yo no hubiera hecho una videollamada. Ya no me preguntaban por la reforma, sabían que necesitaba tiempo para acometerla sin presiones. Les había contado todo sobre mi próxima novela y me dieron ideas brillantes. Teníamos largas conversaciones, incluso en aquel momento, viendo por la terraza los fuegos artificiales junto a Lennon con una decena de invitados esperándome en el comedor. Esa Nochevieja, Alfie me dio la clave para resolver el final de *El locutor*. Hasta Gustavo tuvo que rendirse al acierto de su marido. Y también mi hijo, días después, pero le dolió y no se contuvo en manifestarlo.

—Qué hijo de puta. Es insuperable. ¿Cómo se llama? ¿Alfil? ¿De Alfredo?

Una mañana gélida me llamó mi hija para contarme que en dos semanas se iba de vacaciones a La Palma con su hijo a conocer en persona a sus nuevos íntimos amigos: Gustavo y Alfonso. Me dio una envidia sanísima y me animó a acompañarla, pero, lamentablemente, tenía compromisos que me lo impidieron.

Mi nieto pequeño empezó a gatear y su padre, el que no dejaba de fumar, escribió un texto sin lograr que nadie se lo publicase:

> La única vez que me he considerado un atleta de élite fue cuando me convertí en padre. Es el deporte más extremo que he practicado en mi vida. Sobre todo por la parte mental: no hay tregua. Vivo en una casa que parece recién asaltada por ladrones poco profesionales y, aunque me esfuerzo por adecentarla todo el día, mi verdadera misión consiste en evitar que mi hijo se suicide. Es difícil de manejar, pero, por una cuestión de instinto paranormal, lucho por que permanezca con vida cuando en realidad todos mis problemas se solucionarían si le dejo precipitarse por las escaleras, tirarse por la ventana, cruzar la calle, beber lejía, jugar con las tijeras, electrocutarse, ir desnudo en invierno, alimentarse de lo que va encontrando por el suelo. Todo aquello por lo que él lucha cada día con todas sus fuerzas. Me arrebata la vida y yo se la entrego con el mismo dolor que supone morir. Por amor o porque no quiero que muera por accidente, prefiero estrangularlo con mis propias manos. No, es por amor, porque ese mocoso se parece a mí, es igual de tonto, y cuando se ríe y achina sus ojos es como si me mirara en un espejo. Y cuanto más lucho por evitar que muera, más orgulloso estoy de mi obra. Más ganas tengo de que me siga consumiendo, de que no deje de matarme lenta y dolorosamente. De la misma manera que murió mi padre.

Era un mentiroso: su padre no murió así, pero era una manera de rematar el texto, le daba fuerza. Se lo acepté como licencia literaria.

Una noche vino a mi casa con dos cervezas de más y me confesó que se sentía culpable de la muerte de su padre, que el cáncer se lo provocó él a fuerza de disgustos. Lo asesinó a golpe de penas y decepciones. Hablaba en serio. Y estaba asustado porque veía que su hijo iba a hacer lo mismo con él.

—Me da igual morirme, lo que me mata es que sea como yo. Y es igual o peor. Ahora es feliz, pero va a sufrir muchísimo, me va a torturar.

Mi hijo de bebé fue un bendito y, hasta entonces, mi nieto era un volcán en plena erupción, no había refugio a su alrededor. Para un rato era divertido, pero los meses a su lado tenían que ser extenuantes. Todo apuntaba a que lo peor estaba por llegar, a que la adolescencia de semejante partisano iba a ser compleja e iba a

empezar pronto. Por eso el fumador estaba aterrado, porque se conocía bien.

—Casi firmo vivir cincuenta y ocho años, como papá. Gracias, mamá. Gracias por sobrevivir a los desengaños.

Estaba harta de su monólogo catastrofista. Es muy partidario de soltar cualquier disparate y quedarse a gusto hasta que logra trasladar el pesimismo a su interlocutor. Está convencido de que lo contrario provoca algún tumor cerebral. No se deja ningún tormento dentro, ninguna preocupación, ni un ápice de angustia. A veces las expulsa a gritos, exagerándolas. Me parece muy sano, pero empieza a darme miedo que el cáncer de cerebro me dé a mí.

—Es difícil ser un buen padre cuando tu vida es una mierda. Discúlpame, supongo que necesito dormir, estoy a punto de fingir mi propia muerte e irme a un hotel. Dos noches, no pido más —imploró.

Lo eché de casa. Se levantó con torpeza.

—¿No iras a coger el coche así?

—No, he venido andando. Te lo juro, joder.

Vivía a seis kilómetros, pero es muy de caminar. También es muy de jurar en vano, pero tiene unos reflejos envidiables. Lo acompañé a la puerta y, cuando iba a cerrarla, me detuvo.

—¿Sabes lo peor de todo? Que no me puedo quitar de la cabeza la canción de *La vaca Lola*. Una semana llevo así, no puedo más.

Me lo imaginé volviendo a casa a pie tarareando la cancioncilla durante una hora, despreocupado. Me lo imaginé también conduciendo, cantando a pleno pulmón «la vaca Lola, la vaca Lola tiene cabeza y tiene cola».

Una tarde, después de la hora pertinente de paseo, volvió Vasile a dejar a Lennon. Yo estaba en la sala viendo mi programa favorito y se acercó. Fue la primera vez que empezó él la conversación.

—He leído tu novela de los elefantes. Está muy bien.

Me incorporé de un salto, sorprendida.

—Ah, cuánto me alegro. Te la hubiera regalado dedicada, no sabía que la quisieras leer.

—La tenía en casa. Me la regaló Luisa. —Pensé un segundo: nunca tuve noticias de que Luisa la hubiera leído, apenas le dio tiempo. Debí de fruncir el ceño—. Bueno, no. Me la llevé.

Apagué el televisor.

—Pero qué me dices, Vasile. Siéntate, por favor. ¿Quieres algo? ¿Agua?

Se sentía culpable porque la cogió sin su permiso, cuando Luisa ya estaba muerta. Ella la compró pero nunca pudo terminarla, estaba muy enferma. Al rumano le dio curiosidad cuando la vio en la misma mesa alrededor de la cual estábamos en ese momento, con un marcapáginas que indicaba que la acababa de empezar, se la llevó y la leyó antes de conocerme.

—A Luisa le hubiera gustado. Le gustaban los animales. Los elefantes, los perros, los pájaros. No mataba ni a las cucarachas. Yo creo que, de tus libros, hubiera sido su preferido.

—Conociste mucho a Luisa. A fondo.

—Sí, ya lo sabes. Hablamos mucho aquí, en esta habitación.

—¿Te habló alguna vez de Ernesto?

—No. Nunca. Nunca hablamos de su hijo. Ella no decía y yo no pregunté. Tampoco tengo hijos. ¿Tienes una cerveza?

La cocina estaba lejos, pero me faltó tiempo para traer dos botellines y dos vasos.

—¿Y qué te parecía Jacobo, su marido?

—Era muy simpático. Fue mi amigo también, antes que Luisa. Paseábamos juntos y me contaba su vida.

—Te contaba su vida. ¿Qué te contaba? —Dio un sorbo al botellín, no utilizó el vaso.

—Me animaba a ser padre, que aún estaba a tiempo. Yo tendría más de sesenta entonces.

—¿Por qué no fuiste padre? Antes, quiero decir.

—¡La vida! Mi sobrina, que vive conmigo, tampoco tiene hijos, y ya no creo que los tenga. Normalmente hablo con ella, pero lleva

una semana fuera por trabajo. —Otro sorbo—. Jacobo acababa de perder a su hijo, siempre tenía aire triste. Pero cuando veía a un niño le cambiaba la cara, se convertía en otro niño para jugar con él. Habría sido un buen abuelo. A mí ahora también me gustaría tener nietos.

No supe qué decirle, pero quería que siguiera hablando dos o tres cervezas más. Lennon no se separaba de su lado.

—¿Y Luisa? Hubiera sido buena abuela.

Rio y se terminó el botellín. Le ordené que no se moviera y le traje otro. Se lo abrí y volví a sentarme mirándolo fijamente.

—No habría sido la típica abuela, no les hubiera dado caramelos ni besos. Pero una vez me dijo, y no lo olvidaré, que hacer daño a un niño es el crimen más grave que se puede cometer, que no se lo perdonaría ni a su propio hijo. Fue la única vez que lo mencionó, aunque fuese de forma ¿genérica? ¿Es correcto? Mi español no es como para hablar con escritoras, lo siento.

—Tu español es mejor que el de muchos españoles, Vasile.

—Gracias. Bueno, que por eso no olvido aquella conversación, me impresionó.

—Pero... ¿estás insinuando algo con eso que dijo?

—No. ¿El qué? Bueno, que le gustaban los niños, aunque pareciera de piedra. Que estoy seguro de que le dolía no haber sido abuela.

Acarició a Lennon y me preguntó otra vez sobre la convivencia. Me pidió permiso para darle uno de sus huesos preferidos.

—Vasile, ¿tú qué sabes del cuadro que hay en el salón, el Fortuny?

—¿Yo? ¿Qué quieres decir? No entiendo mucho de arte, pero creo que es muy bueno. ¿Lo es?

Si sabía que era falso, disimuló muy bien. Cuando se marchó, anoté todo en mi cuaderno para contarlo algún día en este libro y volví con *El locutor*. Me estaba acercando al final y la tarea me tenía absorta. No era una garantía, pero sí una buena señal: si una novela no divierte primero a su propio autor, está condenada al fracaso.

39

Mi hija volvió de La Palma abrumada. Vivía a cinco minutos, en mi antiguo piso, y llegó eufórica a mi nuevo ático para contarme su viaje. Yo estaba emocionada escribiendo, pero no dudé en apagar el ordenador.

—¡Pero qué locura, madre! ¡Cómo es Villa Favorita! He estado en muchos sitios, en fincas de gente con mucha pasta, en Tenerife mismo, pero esto es otra cosa. Creo que es la casa más bonita en la que he estado en mi vida. La decoración, las habitaciones de hotel de lujo, el inmenso jardín, la piscina, las vistas al mar, las obras de arte, el chucho, Yurena, la comida y todo, absolutamente todo lo demás.

—¿Qué cuadros te enseñaron?

—Pues todos: el Hopper, el Sorolla y el Fortuny que compraron a la tía Luisa. —Me di cuenta de que no le enseñaron el Modigliani. Me pareció bien—. Son para llevártelos a casa. Bueno, para plantearme irme a vivir a la suya con mi hijo, sería feliz allí. Vamos, que me lo han ofrecido y te juro que me lo estoy pensando. Dicen que nos mantienen a los dos. Será verdad, ¿no?

—Completamente verdad, pero tu hijo tiene un padre y no creo que le guste la idea.

—Estoy por llevármelo también. La casa es enorme, lo vería menos que en Madrid. Es un paraíso. Podría trabajar en la heladería, me pagarían más que aquí, que estoy *quemadísima*. Creo que me voy. —Se mordió una uña y sonó su móvil—. Mira, es él.

Era Gustavo y le contestó con el altavoz puesto.

—*¡Gusi*!

—¿Qué tal, linda? ¿El vuelo bien?

Me enteré de que le había cambiado el billete para que volviera en primera clase. Conmigo no tuvo ese detalle, el canalla: estuve casi tres horas en tensión encerrada entre dos tipos de piernas enormes. Me puse tremendamente celosa y me fui sin siquiera saludarlo.

Llegué a la cocina, bebí agua y me dio un ataque de risa. Lennon me había seguido y me pidió un hueso. Me di cuenta de que la herencia de Luisa no era el ático, eran Lennon y Gustavo, y me sentí muy afortunada.

Esa tarde, mientras daba un manguerazo a las plantas, volvieron a insistirme para que acudiera a un programa de los que era habitual, aunque cada vez menos. Me dolía decir que no, rechazar un trabajo envidiable y un dinero que necesitaba. Por otro lado, no podía negar que me llenaba de satisfacción que siguiesen contando conmigo, a pesar de mi edad y de mis rechazos. No lo entendía. Pero estaba entregada a la que había prometido que sería mi principal ocupación: escribir. Sin embargo, por una extraña razón, mentía. No me atrevía a decir la verdad, que no quería ser más analista política o como se llamase entonces, que solo quería escribir novelas, con tiempo, con calma, como nunca pude hacerlo. Tal vez me asustaba el hecho de que dejasen de llamarme definitivamente, por eso he recaído tantas veces y he vuelto al plató, a la tarima, al atril, al micrófono. Cincuenta años recibiendo más ofertas de trabajo de las que podía aceptar es quizá el mayor éxito de mi carrera. No es fácil ponerle fin voluntariamente. Me siento muy agradecida a mis compañeros.

En aquel momento, sin embargo, estaba escribiendo algo que me entretenía más que mi propia realidad y que me había propuesto terminar en un mes, tiempo suficiente al ritmo que iba si rechazaba

la mayoría de invitaciones y planes. Fue algo que me ayudó a decir que no, aunque fuese mintiendo.

—No te voy a engañar, estoy en la cama del dolor de cabeza que tengo. Imposible meterme en un restaurante, ya lo siento, porque me apetece mucho veros.

En ese diálogo era todo mentira. Colgué, de la misma forma que he rechazado trabajos bien pagados: el dinero no era un problema acuciante, gracias a Gustavo, podía dedicarme casi en exclusiva a escribir *El locutor*.

Lo pasaba tan bien tecleando en el ordenador que satisfacía mi cuota de diversión diaria. Con quien me divertía estar era con Olivia, Mauro, Teo y Aitana, con Carmen y Paulino. Me apetecía más pasear por las calles gélidas de León que meterme en el mejor y más cálido restaurante de Madrid. Lo mismo que de niña, cuando leía novelas de aventuras y me transportaban a un lugar al que siempre quería volver, en el que me hubiera gustado quedarme a vivir. Escribir no era trabajo, se había convertido en una liberación.

Me lo había ganado. Era también la herencia de mi hermano, mucho más merecida que la de Luisa. Él, sin saberlo, me empujó a escribir una historia de aventuras situada en los decorados de nuestra infancia. Y lo que me estaba pasando era la prueba de que aún tenía cosas interesantes que contar y misterios que descifrar. El único fastidio era que iba a resolver antes la ficción que los verdaderos enigmas que rodeaban a la tía Luisa, que ya ocupaban un cuaderno completo sin ninguna respuesta. Indudablemente, mi estado de ánimo durante la escritura de *El locutor*, propició que la novela tuviera ese punto de querer saber el final, el desenlace, la solución o la verdad. ¿Qué pasó? Necesitaba de forma imperiosa conocer toda la verdad sobre Luisa. Me conformaría, al menos, con la parte que más directamente me afectaba.

¿Pero qué podía escribir sobre el amor que no se hubiera narrado ya mil veces? Nada. Todo está en Shakespeare, Flaubert, Nabokov, Yourcenar y unos cuantos más.

Todas las historias de amor son la misma repetida eternamente, pero yo tenía derecho a contar mi propia versión y esa idea me liberó de la presión y permitió que mis dedos bailaran sobre el teclado. Me acosté en paz, con la satisfacción del deber cumplido. Otro ripio de mi padre. Antes de quedarme dormida, pensé que a los veinte no sabía nada de la vida. A los treinta empecé a descubrirlo, a los cuarenta creí que ya lo sabía todo y a los setenta me di cuenta de que no sabía casi nada y, además, me movía con lentitud, pensaba con lentitud y escribía con lentitud.

40

Me preocupaba repetirme, porque era consciente de que me repetía, no solo en las conversaciones cotidianas, sino también en los libros. Y cuanto más vieja soy más me repito con el tema ineludible: la vejez. Es evidente que me tiene obsesionada. Sin embargo, no les pasa a todos los escritores. Algunos más viejos que yo siguen escribiendo trepidantes novelas de aventuras o policiacas. Yo quise intentarlo una última vez con *El locutor*, demostrarme que todavía podía escribir algo parecido a un tebeo de Tintín, con secretos por descubrir y momentos vibrantes de acción: puñetazos, persecuciones, algún asesinato e incluso una gran explosión. Mi hijo siempre dice que las aventuras de Tintín no son solo de Tintín: también son suyas «Yo estuve allí: en la mansión del capitán Haddock, en el Loto Azul, en la Isla Misteriosa, en África, en Sídney, en todo el mundo. ¡Estuve hasta en la Luna!».

Yo no llegué tan lejos, pero escribí una novela que no estaba mal para la abuela en la que me habían convertido.

Cuando el perfeccionista de mi hijo terminó de pulir algunos detalles y dio por fin el visto bueno, se lo envié a mi editora favorita cruzando los dedos. La respuesta no se hizo esperar. Me pilló ocupándome de mis plantas. En los arces ya asomaban los brotes de las hojas del verde brillante que llega con la primavera. De todas las cosas buenas que me dijo mi editora, la más emocionante fue que no había nada que cambiar, que era estupenda tal cual.

—Lo publicaremos lo antes posible.

Nunca me había pasado algo parecido y me emocioné. No sé ni qué respondí, supongo que le di las gracias. Me acordé de mi hermano y le dije: «Es para ti, te lo dedico».

—Tan solo le daría una vuelta al título.

—Ya ves, dale las que quieras.

Al primero que llamé para contárselo fue, cómo no, al que estuvo en el Templo del Sol con Tintín. Se puso muy contento hasta que le comenté lo del título.

—¡No! —gritó como si mi nieto pequeño le hubiera vuelto a pegar con el mando de la tele en la nariz. De hecho, dudé que pudiera haber sido eso—. ¡No, mamá, no! El título es cojonudo, lo van a joder. Niégate. ¿Cómo que nadie sabe qué es un locutor? ¿Pero qué locura es esa? ¡Pues mejor! ¿Qué es *Rayuela*? ¿O qué significa *Rojo y negro*? Si quieres averiguarlo, léelo. Quizá ni siquiera lo averigües y da lo mismo. Hay mil nombres loquísimos: *La soledad de los números primos*, cualquiera de Murakami, *La conjura de los necios*, *La insoportable levedad del ser*, yo qué sé. Pero *El locutor* no es una locura, no me entra en la cabeza que alguien de quince años no sepa qué es un locutor. Y es que, además, todo se vuelve a llamar así: *el* o *la* o *los* o *las* lo que sea. Es atemporal, funciona. Las novelas, las películas, las canciones. ¡Es que hasta los bares ahora se llaman así, por el amor de Dios! El Barril de no sé dónde, La Biennosecuántos, La Malsuputamadre...

—Que sí, lo he pillado, tranquilo, respira. Pero se va a titular como a mí me guste y quieran mis editores.

Se llamó *Palabras para Olivia* y lo sacaron en tiempo récord, con una portada preciosa que gustó hasta al loco de mi hijo.

Tuve buenas críticas, todo fueron noticias ilusionantes. Julio Llamazares, además de gran escritor, una de las mejores personas que conozco, aceptó encantado presentarla y dijo algo de «obra maestra» y, aunque fuera un elogio exagerado, me sonó a música celestial. Fue uno de los momentos más dichosos de mi vida

literaria, rodeada de amigos y arropada por mis hijos. Solo me faltaron mi hermano, la ausencia más dolorosa, alguno de mis sobrinos y mis nietos, pero el mayor se hubiera aburrido y el menor me hubiera tirado el micrófono a la cara porque, lógicamente, prefería a Peppa Pig. ¡Cuánto me hubiera gustado ser la autora de Peppa Pig! Aunque solo hubiera sido por convertirme en el ídolo de mis nietos.

Pero me lo llegué a creer, porque mi querida Rosa Montero, que ha leído todo lo que he escrito de principio a fin, dijo que era «una historia atrapante con una intriga sutil desarrollada con mano maestra», en definitiva, mi mejor novela. Me conmovió viniendo de ella, porque nunca se excede en el elogio y es, además, una mujer que tiene los pies bien plantados en la tierra, como las raíces de un árbol, pero posee a la vez una capacidad pasmosa para volar y ver desde lo alto mundos que le son ajenos, como el de Olivia. Al mismo tiempo, Jacobo Bergareche y Maxi González contaron mi vida periodística (y mucho más) en una maravillosa docuserie que me encantó y por la que me elogiaron, sin pudor, mis amigos del alma, tan distintos entre sí y tan necesarios para mí.

Con cada reflexión ajena me iba convenciendo de que había escrito la misma novela que ese lector había leído, por diferentes que fueran. Alguien dijo que rondaba por las páginas Agatha Christie. Jamás pensé en ella cuando la escribí, pero interpretaron que las iniciales de uno de los personajes, Aitana Calderón, eran un claro homenaje a la célebre autora británica. Mi hijo alucinó cuando se lo conté.

—¡Tú di que sí!

Fue una época feliz.

41

Llegaba tarde a recoger a mi nieto mayor al colegio porque me había entretenido escribiendo el artículo para InfoLibre. Sus padres no podían y me angustiaba la idea de que lo que más quería en el mundo se encontrase solo al salir de clase. Caminaba por Diego de León lo más rápido que podía con mil ojos para no caerme; era lo segundo que más me preocupaba. Y lo vi a unos metros metiendo la llave en el portal número veintidós. Un tipo mayor, grande. Vasile. Aceleré para cerciorarme y lo vi de espaldas subiendo las escaleras. No cogía el ascensor con ochenta años, serían solo dos pisos, por eso se conservaba tan fuerte. No me vio y yo tenía prisa, algo más importante que el secreto de la tía Luisa me esperaba en la puerta del cole. Y al rumano iba a volver a verlo en un rato.

Le dije a mi nieto mayor lo de siempre: que era el mejor, el más listo, el más valiente, el más bueno y el más guapo, lo cual es cierto. Llegó su madre de trabajar y volví a mi casa.

No lo abordé cuando vino a recoger a Lennon, sino a la vuelta, ya de noche.

—Vasile, tenemos que hablar. Siéntate, por favor. ¿Una cerveza?

No le apetecía y le llevé una jarra de agua con hielo y un vaso.

—Mi sobrina ha vuelto de Londres.

Fue su manera de decirme que ya no necesitaba hablar conmigo.

—Me alegro. ¿Por qué me has ocultado que vives en el piso de Diego de León?

Por un momento pensé: ¿y si no era él? ¿Y si había sido una confusión? Se le escapó una sonrisa descarada y me pidió una cerveza. Se la serví.

—Ocultar —meneó la cabeza—. Cuando nos vimos en el supermercado te dije que no vivía cerca. Eso es mentir. Lo siento, te he mentido, pero cumplo órdenes de Luisa. Ella me regaló ese piso con condiciones. Una de ellas era que nadie lo supiese.

—Pues la estás incumpliendo.

—No, porque te lo has ganado. Has tardado más de lo que esperaba, pero lo has descubierto. Me da igual cómo. ¡Lennon, ven aquí!

El perro acudió y se sentó a su lado. Vasile lo acarició.

—¿Y por qué te donó ese pisazo?

—Porque aparcar en el barrio es imposible —respondió con ironía.

El paseador tenía sentido del humor. Me explicó que todo empezó así: que él vivía lejos, que en la zona de Luisa no había parques y tenía que llevarse al perro en coche, y que el aparcamiento dificultaba mucho la logística. Él era pobre, vivía de alquiler con su sobrina en un cuchitril y ella le regaló un piso señorial que estaba muy cerca con varias condiciones: mudarse allí, no decir nada a nadie y ocuparse de Lennon toda su vida. Me resultó familiar.

—No me lo puedo creer —repliqué por decir algo—. ¿Cuándo te lo donó?

—Pues hará ya diez años. Casi once. Hacía mucho frío y nos habían cortado el gas. Llegué a dormir en la misma cama que Adela, mi sobrina, para no congelarnos. Menos mal que la borrasca Filomena nos pilló aquí. En fin, entenderás por qué sacaré a pasear a Lennon hasta que se rompan mis huesos o los suyos. Él solucionó mi vida y la de quién más quiero, así que no pienso morirme antes que este perro. Y si eso pasa, Adela lo sacará. No tienes que preocuparte.

Él iba andando a recoger a Lennon y ya en su casa, a tres minutos, lo metía en el coche y partían a un parque diferente

dependiendo de la época del año: Valdebebas en invierno, la Quinta de los Molinos en verano, el Pardo en primavera; el Juan Carlos I era muy socorrido. En otoño, la mejor época para pasear al perro, cualquiera era magnífico. Si había menos tiempo, lo llevaba al Retiro, pero Lennon siempre tuvo y seguía teniendo su buen paseo diario garantizado. Eso también influyó en su carácter sano y equilibrado. Jamás dio un problema, nadie se quejó de que siempre estuviera suelto. Sabía cuándo sí y cuándo no. Cuándo ladrar, cuándo jugar y cuándo no molestar. Fue el hijo obediente de Luisa.

—Pues no ladró cuando robaron el Picasso.

—Cierto. Pero creo que esa noche durmió en la habitación de Luisa, bueno, en la tuya. Está lejos. No oiría nada.

—Qué casualidad, ¿no? ¿Lo sabrían los ladrones? Porque seguro que sabían que había un perro y que ladraría despertando a todo el mundo. Si se lo hubieran encontrado, ¿lo habrían matado? ¿O pretendían amordazar a todo aquel que se despertase? Y, según la investigación, pareció cosa de una sola persona.

—Veo que sabes lo mismo que yo. Fue muy extraño, por supuesto. ¿Tienes alguna idea de qué pasó?

—Ojalá, Vasile, pero solo tengo preguntas. No entiendo muchas cosas de Luisa. Por ejemplo, y no te ofendas, ¿por qué no la ayudasteis un poco al final, cuando estaba en la miseria? Si ella fue tan generosa y la queríais tanto.

—Porque se negó. Supongo que cuando hablas en plural te refieres a Gustavo, has ido a verlo a la isla. Ayudamos en la medida en que ella nos lo permitía. Yo no tenía dinero, ¿pero él?

Su sobrino siempre le ofreció todo, le compró algún cuadro por encima de su valor y, cuando enfermó, le rogó que tuviera por lo menos las mismas atenciones que ella le dio a su marido. Vasile intentó convencer a Luisa de que aceptara su ayuda, pero no hubo manera. La mexicana no necesitaba nada. Ni siquiera visitas.

—Luisa quiso morir en la pobreza —concluyó—. Y prácticamente sola. No sé por qué.

—Sí lo sabes. ¿Por qué?

—No, de verdad. Tengo mis teorías, igual que tú tendrás las tuyas.

Según él, Luisa quería dejarlo todo bien atado para poder descansar. Llevaba años viviendo solo por Lennon. Se empeñaba en mantenerlo sano y fuerte mientras ella se apagaba. Vasile, que había tratado con mil animales toda su vida, confirmó que ese pastor inglés no era normal. Lo achuchó y me sorprendió que el animal lo soportase resignado.

—Todos son especiales, pero Lennon más. Fue cachorro poco tiempo, en seguida se comportó como un adulto. Nunca he conocido a un perro tan obediente sin estar adiestrado. Es muy sensible, entiende nuestro idioma, da igual rumano o español. Él comprende todo, aunque le hables de arte.

—¿De arte?

—Sí. Háblale de literatura, o de música, o de árboles. O de lo que te preocupa. Lo entiende todo.

Lennon me miraba a mí bajo su flequillo, pidiéndome que creyera a su paseador.

—Vasile, invítame un día a tu casa.

—Claro, un día vienes. Y conoces a Adela. Es médico, cardióloga. La mejor del mundo. Escribe artículos para medios especializados, sabe todo del corazón, aunque nunca haya dado con un padre con el que tener hijos. Ella dice que eso no tiene nada que ver con el corazón, y yo le digo que no sabe nada del corazón.

Quise conocer a Adela, me había convencido de que era sabia.

Luisa no regaló a Vasile un piso estupendo por cuestiones logísticas, eso era ridículo. Se lo regaló, seguro, y de paso se garantizó el cuidado de Lennon. Pero no fue por motivos meramente estratégicos, hubo algo más y ya no me quedaba tiempo para escribir otra novela sobre Vasile y Adela. ¿Qué demonios unió tanto a Luisa y Vasile si no fue el amor? Sobre amor ya había escrito lo esencial Pedro Salinas: «La vida es lo que tú tocas». Cada vez que releo este verso me dan ganas de aplaudir. Mil veces he aplaudido.

Jamás volvería a sentir que «la vida es lo que tú tocas». Quizá Luisa sí volvió a sentirlo por última vez.

42

Hubo momentos en los que estuve convencida de que iba a morir a los cincuenta y ocho años. No sucedió, pero me sorprendió todavía más vivir tantas aventuras pasados los setenta. Me felicitaban por mi última novela, tenía dos nietos sanos a los que dedicaba mi tiempo libre y un atractivo amigo íntimo que venía verme de vez en cuando, los misterios de tía Luisa hacían que me sintiera como una detective revolviendo la casa de arriba abajo y, por primera vez en mi vida, no me ganaba el pan con el sudor de mi frente: había aparecido un tipo que me pagaba las lentejas. Seguía preocupándome el dinero, mi carácter me impedía relajarme del todo, esa dependencia económica de Gustavo tenía que acabar y no porque él se arrepintiera, lo cual no sería reprochable, sino por mí misma.

En aquel momento no tenía dudas: la herencia me había cambiado la vida para bien. Pero aún me obsesionaba el pan de mis hijos. Mi madre se fue sin poder garantizárnoslo y estoy segura de que le dolió. Yo no quería sentir ese dolor, quizá era mi última meta. Quería morir como Luisa, con los deberes hechos, con los seres queridos bien colocados. Me negaba a que mis hijos tuvieran que tomar ansiolíticos para superar mi pérdida. A mí me ayudaron mucho el Orfidal y los textos consolatorios de Séneca, Lewis, Huxley, Didion y Margarit, pero me temo que algunos de estos libros acabarán metidos en una caja donada a una ONG.

Durante los duelos, aún más que leer, me ayuda escribir. *Camino de hierro* es el mejor ejemplo: tuvo un efecto terapéutico que me calmó ese dolor punzante que me desgarraba el corazón y, a

veces, me impedía respirar cuando perdí a mi marido. Me consuela saber que, al menos, mis dos hijos escriben. Uno por trabajo y la otra por ocio, motivos igualmente válidos. Lo curioso es que recurro más a menudo a los textos de ella que a los de él. De alguna manera, leer a mi hijo también es trabajo, y a menudo acabamos discutiendo acaloradamente respecto a correcciones de nuestros respectivos textos.

—Que no pienso poner eso, déjame en paz.

—¿Pero por qué no, mamá? ¿Por qué mierdas no? —Es capaz de repetir lo mismo mil veces cambiando un par de palabras—. ¡Joder, no ves que sería mucho más divertido!

—Pues escríbelo tú.

—¡Que no! Me cabreas, te lo juro. ¡Cobarde!

—Es mejor que te cabrees tú, créeme —le aseguro amenazante.

Este argumento suele convencerlo. Además, por suerte, se distrae con facilidad.

—No te lo vas a creer: ha habido una invasión de abejas en Indian Wells.

—Qué me dices —respondo tratando de mostrar interés.

—Te lo juro. Mira, mira... ¡Flipas! Me viene fatal porque han parado el partido y pensaba escribir después. Ahora voy a estar pendiente por si se reanuda. Pero bueno, ¡qué gran noticia que todavía haya tantas abejas! Es el animal más importante del mundo. Son esenciales en los ecosistemas, son mucho mejores que nosotros. Qué coño, nosotros somos el peor. Ojalá nos extingamos. Lo digo en serio. Necesitamos más pandemias.

Por eso prefiero leer a su hermana, que solo escribe en momentos señalados, por lo general en redes sociales y nunca es tan ceniza. Cojo el móvil y vuelvo a su último *post*, a propósito de mi cumpleaños:

> Nunca me han gustado los alimentos en los que hay que investigar lo que te vas a comer. De pequeña odiaba el pescado porque había que quitarle las espinas, los muslos de pollo por los huesos y las gambas por motivos evidentes. Por eso mi madre me limpiaba todo. Lo peor es que

sigue haciéndolo cuando llego de trabajar a su casa y me la encuentro apartando, minuciosamente, todo aquello que pueda incomodarme en el plato. Esto dice mucho o todo de ella.

Es una madre y una abuela abnegada a quien lo que más le gusta en el mundo es estar con nosotros y protegernos. Mejor dicho, sobreprotegernos, cosa que no es muy recomendable, pero a estas alturas del capítulo no va a haber dios que la cambie. Sigue pidiéndonos que mandemos un mensaje al llegar a casa, que dejemos de fumar, que no bebamos, que no vayamos a ciertos garitos, que no nos juntemos con ciertas personas.

Nosotros también le pedimos que nos avise al llegar a casa cuando se va de juerga con sus amigos o sale del plató de televisión a las tantas. Porque sigue haciendo ambas cosas, siendo capaz de mantenerse en el filo de esa delgada línea que nos divide en dos bandos irreconciliables. Este mundo es asombroso. Solo le pido a Dios que me siga apartando las espinas, los huesos y las cáscaras hasta el último día.

Como todos los hijos del mundo, los míos son el resultado de una prodigiosa amalgama genética. Ella es proclive al portazo y la bronca, y dice que es igual que yo. Pero a mí me recuerda a veces a su tía abuela, del mismo nombre, que en casa era un ogro y en la calle un cascabel. Como se despertaba de pésimo humor, lo mejor era no cruzarse en su camino hasta después del desayuno y la ducha. Se le podía dirigir la palabra cuando tenía algún plan y se arreglaba para salir a la calle. La recuerdo en el bar, en el parque y en la piscina aprovechando cualquier golpe de humor, por simple que fuera, para reírse a carcajadas. Sus amigos la consideraban una mujer inteligente, ingeniosa y divertida. Sin embargo, al regresar a casa acabado el jolgorio, dejaba de ser lúcida y simpática y se convertía en una amargada con ganas de bronca. Si fuera su adverbio preferido era «sí», dentro era «no». Que te limpiases los zapatos, que dejases el abrigo en el perchero que para algo estaba, que los vasos no iban ahí, que no eran horas de escuchar música, que te callases que le dolía la cabeza. Su propia actitud belicista le provocaba unas tremendas jaquecas que la obligaban a encerrarse a oscuras en su habitación e imponer la ley del silencio. Por suerte, mi

hija todavía es bastante menos irritable y no ha heredado sus jaquecas y ninguno de sus peores defectos.

Mi hijo tampoco es la persona ideal a la que acercarse por las mañanas, porque se acuesta tarde, y ser padre no ha mejorado su carácter matutino. Comparten también el sentido del humor y los gustos artísticos. En cierta época ambos estaban obsesionados con Robe y trataban de convertirme a su nueva religión, pero el extremeño era demasiado violento para mi gusto musical. Por lo demás, no se parecen demasiado. Él es más sarcástico, introvertido, nervioso, obsesivo y, como un calco mío, propenso a cualquier tipo de adicción. Ella, por el contrario, sociable y exquisita en el trato, es tan encantadora como su padre. Al menos de puertas para fuera. Físicamente también lleva su apellido escrito en la frente. En cualquier caso, afirmar que ha salido a mi marido y mi hijo a mí es demasiado simple. En el fumador hay gente que también ha reconocido alguna vez los gestos de su padre. Hasta la voz. Me impresiona darme cuenta de que mis nietos todavía conservaban rasgos nuestros.

A propósito de mi nieto mayor, leo en un *post* de su madre:

> Siempre tuve claro que daría a mi hijo la misma educación que me dieron a mí, pero con matices.
>
> Crecí en una familia que predicó el respeto, en el más amplio sentido de la palabra, que trató de enseñarme a convivir con lo que me rodeaba: personas, animales y plantas. Me inculcaron valores como la empatía, la solidaridad y la honestidad. Tenía que ser responsable, agradecida, saber perdonar y, en definitiva, ser una buena persona. Son valores esenciales, desde luego, sobre los que mi madre sigue insistiendo.
>
> Intento replicarlo con mi hijo, por supuesto. Me han metido en la cabeza que lo único que cunde es el ejemplo, que los consejos sirven de poco, así que procuro aplicarlo.
>
> Pero no me enseñaron a ser valiente, porque fui una niña sobreprotegida. No se lo reprocho, sé que lo hicieron con su mejor intención, aunque siga arrastrando esa carencia como una losa. La falta de valor para enfrentarme a ciertas situaciones me ha convertido en una persona insegura a la que todavía me cuesta admitir. Aun así, me he esforzado en aceptarme tal como soy.

> No quiero que le pase lo mismo a mi hijo. Lo tuve claro desde antes de ser madre. Por eso soy estricta, rígida y cariñosa sin excesos. No le dejo llorar por tonterías, si se cae tiene que levantarse y tiene prohibido rendirse a la primera, como hice yo tantas veces. Tiene que obedecer, hablarme con respeto y no darme órdenes, porque queda claro que quien manda en casa soy yo.

Parafraseando a Marco Aurelio, los mayores defectos de mi hija son mis mayores fracasos como madre. Los eduqué igual que mis padres me educaron a mí y a la manera que aconseja Héctor Abad Faciolince en *El olvido que seremos*: «Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz. Si quieres que sea mejor, hazlo más feliz». Este método a mí me ha ido bien. A mis descendientes parece que no.

Los hijos requieren un sacrificio extenuante. Además, en mi época, los métodos correctivos estaban desprestigiados. Tendría que haber sido más dura, no sé si tanto como mi hija, pero nunca logré encontrar un equilibrio entre el amor y la disciplina. Me disculpo pensando que los amo demasiado, pero tuvieron que enfrentarse a una realidad inhóspita, donde los sueños de mi generación se habían desvanecido. Les prometí que si estudiaban y se esforzaban no les faltaría de nada y no resultó así. Fui, además, contradictoria: satisfacía sus caprichos al tiempo que les exigía austeridad, trabajaba como una esclava y les pedía que fueran prudentes, mientras proclamaba la libertad. No supe lidiar con eso.

De pronto, mi nieto mayor hizo un gesto que me trajo a la memoria a mi tío Fabricio, un pariente que ya solo existiría en mi cabeza porque murió cuando yo era una niña. De hecho, apenas me fijé en sus gestos, porque cuando más tiempo estuve con él fue en su velatorio y en el ceremonial de su entierro.

Acompañé a mi padre en el duelo de su hermano mayor en un viaje que me dejó traumatizada. Murió en Madrid y su viuda, para trasladarlo al pueblo, que estaba a trescientos kilómetros, metió el

cadáver en una ambulancia haciéndolo pasar por moribundo para ahorrarse dinero y trámites burocráticos. Por lo que fuese, yo acabé en ese vehículo con mi padre, su cuñada y el muerto. Esas horas junto a un cadáver me hicieron pensar, quién sabe si por primera vez, en el cuerpo, el alma, la muerte y lo rácana que es esa rama de mi familia, podrida de posesiones a costa de llevar una vida mísera. Comprendí la aversión de mi padre hacia la codicia y siempre le agradecí que lo material me importara más bien poco, nunca por encima de lo afectivo.

Después del entierro, desde el pueblo, no sé por qué, escribí emocionada una carta a mi madre. Le confesé lo orgullosa que estaba de ella, de que fuera tan inteligente, indomable, valiente y distinta al resto de madres del mundo. Le transmití todo el amor y la admiración que le tenía. Ella guardó esa carta toda su vida, que fue corta, y la encontré entre sus objetos preferidos. Siempre me ha hecho feliz haberle dado, al final, una satisfacción tan grande.

¿Pero a cuento de qué me emociono escribiendo de pronto sobre mi madre? ¿Y qué tendrá que ver mi nieto con el tío Fabricio? ¿Qué necesidad hay de que mi hija se parezca a mí? ¿Qué me importa la vida de la tía Luisa?

Me surgían preguntas que me desconcertaban.

43

Llegó el día de presentar *Palabras para Olivia* en León y Boñar. Tocaba volver al escenario del crimen y temía que me desbordara la emoción, por eso le sugerí a mi hijo que me acompañara. Aceptó con solemnidad, era un honor. En realidad, anhelaba dormir una noche del tirón, sin mi nieto pequeño.

Ya en la estación de Chamartín, a los pocos minutos de saludarnos, hizo un comentario ofensivo y me arrepentí de haberle invitado. Por suerte, igual que a veces no podía evitar enfadarme, sabía cómo arreglarlo: con otro comentario igual de estúpido pero algo más simpático, acompañado de una sonrisa insegura, de tanteo. Subimos al tren, nos acomodamos y no sé qué le comenté, pero recuerdo su respuesta, en un violento susurro:

—Mamá, en los trenes no se habla.

Las puertas del vagón seguían abiertas, podía escaparme y huir lejos de ese fantoche. Mientras lo meditaba, le di la espalda mirando por la ventanilla cómo la gente pasaba apresurada de un lado al otro del andén. Mi hijo me hizo una foto y la envió al chat familiar diciendo a su hermana: «Mamá se ha enfadado», acompañado de algún GIF o *sticker* ridículo y ofensivo. Creo que era una niña pequeña con una pataleta.

—Mamá, no te enfades.

—No me enfado.

La situación mejoró poco a poco hasta que llegamos a León y cruzamos el Bernesga. Él también estaría sobrecogido, porque dejó que me apoyara en su brazo izquierdo mientras tiraba de mi maleta

con el derecho. Quizá solo fuera que tenía hambre y sabía que por fin iba a darse un atracón. Encontramos un buen sitio en el Barrio Húmedo, probó la cecina, engulló como si la fueran a prohibir y entonces se mostró exultante, simpático, hasta un poco cariñoso.

—¡Qué setas tan ricas, la Virgen! Va a ser un gran viaje, mamá. Salgo a fumar.

No pidió postre, quiso que fuésemos a la pastelería donde se encuentran los protagonistas del libro cuando ella llega por sorpresa a León. Y allí fuimos, y antes de entrar nos hicimos unas fotos con mi catedral favorita de fondo. Tomé un café con un bollo y él una palmera de chocolate. Empezó a caer un chaparrón, salió y volvió con un paraguas. Quise pagárselo, le haría un bizum, pero se negó muy digno: era un regalo de seis con setenta y cinco euros. Me repitió varias veces el precio, para que fuera consciente del inmenso valor del regalo. Ese gesto tan mezquino en cualquiera, en mi hijo me provoca una sonrisa. Porque a un hijo se le perdona todo, incluso que alardee por regalarme el paraguas más barato que encontró en León.

Cuca, una buena amiga de la infancia, nos estaba esperando en el hotel para llevarnos en su coche a Boñar, el plato fuerte del viaje. Durante el trayecto nos contó detalles sorprendentes del lugar que lograron despertar el interés de mi hijo por la comarca. Hicimos una parada en Cerezales del Condado, un pueblo que en invierno apenas cuenta con medio centenar de habitantes. Estaba anocheciendo. Allí nació un leonés ilustre, Antonino Fernández, que emigró a México una década después que la tía Luisa. Tuvo también una vida trepidante y, como ella, hizo una gran fortuna: presidió el imperio de las cervezas Coronita durante tres décadas. Murió en México en 2016, un año antes de cumplir los cien. Pero nunca olvidó su pueblo leonés, que visitaba con la suficiente frecuencia como para ocuparse de mejorar las infraestructuras, el cementerio, la iglesia, la plaza y la ermita. Fundó, incluso, un centro especial para emplear a personas con discapacidad y también dio a Cerezales la fundación cultural que lleva su nombre y el de su mujer. El edifico acristalado que alberga

las instalaciones es un hallazgo arquitectónico de Alejandro Zaera camuflado en plena naturaleza. Me recuerda a la Glass House de Philip Johnson.

—¿Pero esto cómo no se conoce? ¡Es lo mejor de León! —exclamó mi hijo, que ya había asegurado lo mismo varias veces—. Con permiso de la catedral, vale. ¿Acaso estoy exagerando, mamá?

—No, no, hijo mío, tu nunca exageras —le dije irónicamente.

—Pues nada, me callo. —No aguantó ni cinco segundos—. ¿Se conocerían la tía Luisa y Antonino? Seguro que sí.

Regresamos al coche para completar los pocos kilómetros que faltaban hasta Boñar. Había prometido a mi hermano que volveríamos juntos, pero Dios tenía otros planes y el que estaba sentado detrás no paraba de preguntar si nos darían de cenar a esas horas.

—No tengo mucha hambre, pero algo me tomaba. Aunque sea un bocadillo. ¿Hay algún sitio bueno de bocadillos? Voy a buscar en Google.

Como dice su mujer, es digno de estudio que siga flaco como un fideo. Es una persona educada, pero si está en confianza puede devorar una sopa con las manos. Tuvo suerte y cenó en uno de los mejores restaurantes del pueblo.

—No he probado unos boquerones así en toda mi vida. ¿Cómo es posible?

Cuando terminó de rebañar el postre, fuimos a nuestro alojamiento, nada menos que un apartamento turístico ubicado en la farmacia, que conservaba su disposición y donde los utensilios se exponían como objetos decorativos: probetas, frascos de vidrio, tarros de porcelana antiguos, la vieja caja registradora intacta y la báscula donde me pesaba de niña. El cabecero de mi cama, instalada en la rebotica, era el frontal del viejo mostrador.

Sesenta y cinco años atrás, en ese mismo lugar, me sacaron sin anestesia un diente de leche incrustado en la encía que tuvo consecuencias graves en mi vida adulta.

Estaban todos muertos, todos menos los objetos y yo. Ni siquiera las paredes eran las mismas, recién enlucidas y pintadas. Pero yo seguiré el camino de la carne, el mismo que siguió mi hermano, mi marido, mi padre, mi madre, mi tío Pepe, la cascarrabias y todos mis ascendientes: el de la descomposición eterna. Quizá cuando sea solo un recuerdo desvaído, esa máquina registradora prehistórica seguirá ahí y alguien la mirará sin saber siquiera para qué servía.

Tenía que dormir en ese lugar que me transportaba a lo más remoto de mi memoria, a donde fui feliz incluso mientras me arrancaban un diente a trozos sin anestesia. Contemplar un siglo después esa caja registradora era, sin duda, mucho más doloroso.

—No sé si voy a poder pegar ojo —confesé después de respirar hondo.

—¡Qué dices! Las camas son cojonudas, mamá. Ni media pega. ¿Has visto el baño? Mucho mejor que el de mi casa. Y mira los radiadores, son preciosos. Si vuelvo a Boñar, me alojaré seguro aquí. Oye, salgo a fumar.

En la cama, con las luces apagadas, noté la presencia de personas a las que echaba de menos. Quise hablar con ellas, como hago habitualmente, pero estaban demasiado cerca como para elaborar un buen discurso: me intimidaron, sentí frío. Y percibí un viejo olor a medicamento que me hizo sentir que mis padres y mi hermano y todos mis seres queridos todavía seguían vivos. Tuve que coger el móvil para asegurarme de que estaba en el siglo veintiuno.

Imposible dormir, a pesar de tomarme un par de ansiolíticos que, por precaución, compré en la farmacia de Madrid.

A media mañana, Cuca nos estaba esperando en el coche para llevarnos hasta el majestuoso embalse del Porma, diseñado por el ingeniero Juan Benet, el autor de *Volverás a Región*. Hicimos algunas fotos y me acordé de mi querido Julio Llamazares porque su pueblo, Vegamián, quedó sumergido bajo aquellas aguas. Ese lugar anegado y desaparecido ha inspirado su literatura. No me imagino

cómo será haber nacido en una ciudad que acabará desapareciendo bajo las aguas de un pantano.

44

En el tren de vuelta, mi hijo se puso los auriculares, sacó una novela y yo me quedé absorta mirando por la ventanilla.

Me apetecía volver con Lennon y contarle mi viaje, y me asaltó el recuerdo de Roy, un pointer inglés que no se despegó de mí durante varios veranos. Su nombre estaba escrito en una chapa oxidada que llevé al ático en mi bolso, agarrándolo bien fuerte. Terminó en un cajón de mi nuevo despacho, como los secretos indescifrables de los cajones de tía Luisa, donde todavía encontraba cajas de cerillas de lugares lejanos que no pude localizar en internet, chapas de botellines que nunca supe qué bebida protegieron, fotos de personas que me moriré sin saber quiénes fueron y qué relación tuvieron con mi pariente. Figurillas que abrigaron un significado, marcapáginas que no significaron nada, llaveros con insignias absurdas, un coche de juguete y un blíster de un inductor al sueño caducado desde el año noventa y nueve. Polvo que aún removía soñando que un día al despejarse me mostraría un collar de terciopelo negro con un diamante descomunal.

A pesar de las decepciones, sigo soñando con la misma ilusión desde que era niña. El día que deje de hacerlo caeré en picado. Por suerte, la herencia de tía Luisa fue un detonante para hacer volar mi imaginación: secretos que ya parecían enterrados para siempre, joyas desaparecidas misteriosamente, robos imposibles de obras de arte de valor incalculable. Y un pastor inglés que sabía todo, pero que nunca me lo diría por mucho que lo quisiera. Sin embargo, ¿cuántas veces había defendido que lo importante no era el destino,

sino el viaje? Poco importaba que mis sueños se cumplieran mientras pudiera seguir soñando. La herencia de Luisa fue más combustible para no detenerme, quizá estaba en la reserva sin saberlo.

A lo largo de mi vida apenas pasé tiempo en Boñar, pero recordaba todos los detalles con asombrosa nitidez. Imágenes de personas, lugares, instantes y sentimientos. Aquellos veranos de mi niñez fui, sobre todo, libre. Tenía que volver a casa a una hora para cenar, no podía alejarme demasiado ni tenía edad para tomarme una cerveza, pero creo que nunca en mi vida adulta experimenté tanta libertad. Todo fueron juegos, fiestas y diversiones novedosas e infinitas. Mi principal obligación era pasármelo bien. Me instalaba allí tres eternos meses de verano en los que me olvidaba del calendario. Calculo que debieron de ser no más de seis o siete años. En total, pasé en el pueblo menos de tres años; ni el tres por ciento de mi vida. ¿Cómo pudo quedarse grabado a fuego en mi memoria? La percepción del paso del tiempo cambia por completo con el peso de la edad. De niña, los momentos eran tan intensos que el tiempo se detenía y me regalaba una eternidad para recrearme en cada experiencia. Me hice mayor cuando las horas del día me parecieron insuficientes y supe que era vieja cuando eché la vista atrás y ya habían pasado cuarenta años desde la muerte de mi madre. Puedo notar cómo el segundero del reloj gira cada vez más deprisa. Todavía conservo algunos relojes olvidados por los rincones.

Hay infinidad de estudios científicos que tratan de explicar un fenómeno común: la experiencia subjetiva sobre el paso del tiempo. Una vida humana es insignificante comparada con una era geológica; sin embargo, para una persona significa mucho. Incluso dentro de una vida irrelevante y fugaz hay cambios radicales en la percepción del tiempo: a medida que envejeces se aprecia una evidente pérdida de sensibilidad. La explicación científica consiste en que, durante la infancia, nuestro cerebro está virgen, es muy sensible y registra de un modo profundo cada aprendizaje. Lo que nos sucede por primera vez, experiencia única e irrepetible, nos

impacta de tal manera que queda memorizado de por vida. Como los recuerdos esenciales de esa película de Pixar que a mi hija le fascinaba, *Inside Out*: quizá no los recuerdas a diario, pero ahí están y moldean tu personalidad sin que te des cuenta. El primer amigo, la primera canción, cuando aprendiste a leer o a montar en bicicleta, la primera visión del mar, ciertos olores y sabores, el primer amor. Las vivencias novedosas congelan el tiempo, especialmente, en la infancia y la juventud. Después, las experiencias se repiten, se acumulan, son rutinarias y cuesta retenerlas y clasificarlas en el cerebro. En la madurez solo suceden de tarde en tarde escasos hechos impactantes: el nacimiento de un hijo, la muerte de un ser querido, una gran pasión. Quizá un viaje. Y poco más.

Las primeras personas que te cuidaron y te quisieron, padres, hermanos, tíos o incluso la niñera, te marcarán definitivamente y condicionarán tus futuras elecciones. Y si no te quisieron, partes en desventaja. Porque no hay amor más insustituible que el de una madre por sus hijos.

En mi caso, y me consta que era habitual, a partir de los setenta mi infancia resurgió con más fuerza que nunca.

En ese tren de alta velocidad, eché de menos las natillas de mi madre. Me vi rebañando en la sartén los restos de besamel de algo que acababa de cocinar, y el mordisco al pico de la barra de pan aún caliente. Eché de menos la pequeña cocina donde no cabíamos más de dos. Recordando a Proust, cuando se extraña un lugar, lo que realmente se echa de menos es el momento que corresponde a ese lugar; no se extrañan los sitios, sino los tiempos.

45

No quería depender económicamente de Gustavo, era una locura, pero ya no podía depositar mis esperanzas en encontrar algo que me solucionase la vida en aquella casa ni fuera de ella. No obstante, seguía examinando minuciosamente estanterías, baúles, cajones y posibles escondites, y elaborando teorías sobre qué pudo pasar con los tesoros perdidos.

No aparecieron, pero descubrí en un lugar remoto un sobre que intuí especial. Y de pronto me encontré con otra breve carta manuscrita:

> Querida Luisa:
>
> Ahora que todavía estoy vivo, y sé que por poco tiempo, quiero pedirte un último favor: perdónalo. Nuestro hijo no fue ningún degenerado, sino un ser maravilloso que se enamoró. Tan bueno que decidió irse para no darte un disgusto porque pensó que podía ser peor. Porque tanto para él como para mí eres lo más amado del mundo.
>
> Perdónalo, te lo suplico. Y vive.
>
> Jacobo

El corazón se me aceleró y, como en un acto reflejo, llamé a Gustavo. Porque mi dependencia emocional de él era todavía más fuerte que la económica. No contestó, le mandé una foto de la carta y me llamó en cuanto la vio.

—¿Quieres que coja un vuelo y charlemos de esto tranquilamente?

—Sí.

Dos días después, encargué comida india en un buen restaurante cercano porque Gustavo venía a cenar. Mi hija se empeñó en verlo, pero solo le dejé que se quedase un rato, hasta que empezásemos a cenar. Su hermano también se apuntó, supuse que para ahorrarse cambiar un pañal. Lamenté ser tan mal pensada.

A las ocho en punto estábamos los tres sentados en silencio en las butacas del vestíbulo con Lennon a nuestros pies. Mi hijo bebía cerveza. Sonó el timbre, abrió la puerta su hermana y Gustavo y ella se fundieron en un abrazo que se prolongó más de la cuenta. Mi hijo estrechó su mano con cara de idiota, Lennon se restregó en su pierna en señal de reconocimiento y yo, como ella, también me excedí en el abrazo.

Iba vestido impecable, con una chaqueta verde oliva, una camisa de pequeños lunares oscuros, unos vaqueros que le quedaban soberbios y unas Nike azules que parecían nuevas.

—¡Qué recibimiento! La última vez que vine a ver a Luisa tardó como diez minutos en abrirme y lo primero que me dijo fue que tenía mala cara. Literal, como dicen mis sobrinos nietos. Y qué gusto ver el Alcaín en vez del Madrazo.

—¿Por qué no ha venido Alfie? —preguntó en seguida mi hija.

—Porque, obviamente, no le he dejado. Cualquier excusa es buena para separarnos un rato. Pero se moría de ganas, la maldita. Va a estar días de morros.

Se unió a nosotros en otra butaca, le servimos un vino blanco y seguimos con una charla intrascendente.

—¿Cuánto crees que valdría ahora el Picasso? —le preguntó mi hijo sin venir a cuento—. Sé que no va a aparecer nunca, pero por hacerme una idea.

Gustavo se tomó en serio la pregunta.

—Es muy difícil saberlo. Sé que Luisa me lo hubiera vendido por unos cinco millones, y era una ganga, pero yo no los tenía y me negué a darle menos. La animé a que lo subastase, pero el cuadro desapareció poco tiempo después de esa oferta.

—Vamos, que no lo robaron.

—Lo he hablado mil veces con tu madre. No sé si fue un robo como tal, pero lo que sea que pasara, creo que fue desde dentro.

A mi hija ese tema le traía sin cuidado.

—Oye, como sé que mi madre nos va a echar en breve, solo quiero que me asegures que sigue en pie el ofrecimiento de que me vaya a vivir a tu casa.

—Todavía no me conoces bien, amor: estoy deseando que vengas porque sé que vas a venir. Y hasta que encuentres algo mejor, te voy a tener poniendo helados cuatro horas al día. Ocho me parece demasiado cruel. El problema es que, cuando recibas tu primera nómina, no vas a buscar otro trabajo. Pero en cuanto entiendas la mecánica, te pondré al frente del negocio. Y ganarás tanto que tú pondrás a otro al frente, y te pasarás el día en la piscina bebiendo champán con nosotros mientras tu hijo corretea con sus amigos por el jardín. ¿Voy en serio o no voy en serio?

—Qué bárbaro, Gustavo. ¿No tendrás algo parecido para mí? —preguntó el que no pintaba nada.

—Déjame pensar... No te veo como macho empotrador. Y tampoco te pagaríamos mucho.

Mi hijo, que estaba dando un sorbo a la cerveza, sufrió un espasmo y escupió el trago como un aspersor, escandalizado ante las palabras de quien él consideraría un venerable anciano.

—Joder, Gustavo, qué cosas dices. Agradezco la oferta, pero me veo más como jardinero. O para escribir tus memorias. Mira, ahí pasarías a la posteridad. Piénsatelo.

—Si quisiese pasar a la posteridad, no viviría escondido en La Palma. Y tenemos un jardinero estupendo. Nada, tú te quedas aquí a cuidar de tu madre, que no puede venir hasta que muera Lennon. Luego también vendrá, y si entonces sigues queriendo venir, tu hermana podrá darte trabajo vendiendo helados.

Pasamos al comedor, mis hijos trajeron la comida en las mejores fuentes que encontré de la tía Luisa, y anunciaron con solemnidad que se iban.

—Lo siento, Gustavo, mi madre nos echa —dijo ella.

—Me parece bien. Tú y yo tenemos mucha vida por delante para charlar, no te preocupes.

Cuando al fin nos quedamos solos, su mirada azul me transmitió toda la complicidad.

Comimos nuestro habitual pollo *tikka masala* con arroz *basmati* y bebimos champán.

—¿Cuál es tu teoría, Lupita?

—¿Y la tuya? —repliqué.

Suspiró, gesticuló.

—Está bien, empiezo yo: Ernesto se enamoró perdidamente de una niña. De una menor de edad. Fin. Pasaron mil cosas más que no sabemos y no sé si llegaremos a saber alguna vez, porque no paras de darme sorpresas. Pero no creo que podamos escarbar mucho más.

—Gustavo —me remangué para enseñar el antebrazo—: pelos de punta, no me lo puedo creer. Pienso exactamente lo mismo: se enamoró de una niña. Eso es pedofilia, claro. Es la historia de *Lolita*, ¿no?

—Total. ¿Pero qué edad tendría ella? O él: llegados a este punto vete a saber. ¿Dieciséis o nueve? Cambia mucho la película.

—Cambia mucho. Yo diría que quince. Catorce como mucho o, más bien, como poco.

—¿Y fue «correspondido»? ¿Hasta dónde llegaron?

—Hubo sexo, no te quepa duda —aseguré convencida—. Se suicidó porque lo hubo más de una vez. Y la gente se iba a enterar. Sus propios padres. Quizá era la hija de un amigo común. O la nieta, imagínate el escándalo y el deshonor.

—No pudo soportarlo —me interrumpió— y desapareció oportunamente antes de que saliera a la luz. Y sabemos que terminó saliendo a la luz. Mejor dicho: que Luisa y Jacobo se enteraron. Porque te aseguro que yo siempre pensé que Ernesto murió esquiando en un accidente. Y si se hubiese rumoreado semejante culebrón, cien por cien que me hubiera enterado.

—Lo sé. ¿Pero te parece motivo suficiente para quitarte la vida?

Se limpió la boca con la servilleta azul de lino de la tía Luisa. Dio un sorbo al champán haciéndose de rogar.

—Fíjate, yo creo que, más que por el escándalo, se suicidó porque se acabó. Porque ella le dejó, e incluso lo amenazó con contarlo. Fue una niña, seguro, a un niño no le da para tanto. Estoy preocupadísimo desde que leí la carta porque no sé si alguna vez llegaremos a esclarecerlo. Me encantaría ayudarte, dar con esa mujer que desencadenó el suicidio de Ernesto y que nos contase toda la historia. Pero no sé cómo. Y, dándole vueltas, lo único que he visto claro es que Luisa hizo caso a Jacobo y perdonó a su hijo, porque murió en paz. Si perdonó a su marido, también perdonó a su hijo.

—Gustavo, tengo el presentimiento de que voy a averiguarlo. Yo tampoco sé de qué manera, pero hasta ahora todo ha venido a mí y no he hecho más que rebuscar por la casa y charlar con algunas personas.

—Si resuelves el puzle, te lo agradeceré eternamente.

Mi mejor amigo durmió en un hotel para no molestar, pero supe que fue porque la casa no estaba todavía reformada. Quise prometerle que lo estaría la próxima vez que viniese, pero quería que volviera antes y no le dije nada.

46

Supuse que, tras las buenas críticas, vendrían excelentes reseñas de los lectores y unas ventas de *Palabras para Olivia* que me sacarían de pobre, pero no fue así. Salvo alguna opinión que me hizo saltar las lágrimas de alegría, no hubo más indicios de que mi novela fuese a reventarlo. En la principal librería *on-line* del mundo estaba bien valorada, más de un *booktuber* le daba cinco estrellas. Por primera vez, me parecía más difícil conquistar a editores y a ciertos amigos exigentes que al público general. Aquello era, sin duda, lo más divertido que había escrito y, supuestamente, lo más comercial. Estuvo avalada por gente, de la que jamás pude esperar una palmadita en la espalda, por un sincero «me ha encantado tu novela» de los que nunca se pronunciaron sobre las demás porque, quizá, no les gustaron. No tenían la menor necesidad de hacerlo, pero se acercaron expresamente a transmitírmelo.

Sin embargo, no se reflejó en las ventas, que siempre son una lotería. Cuando mi editora me comunicó los ejemplares vendidos, me llevé una sorpresa. Estaba advertida, pero, a pesar de todo, el golpe de realidad me noqueó porque mis editores tenían grandes expectativas.

Dos decepciones económicas en poco tiempo. Otra vez el cuento de la lechera. El texto era bueno, la portada también, me entregué como nunca a la promoción porque pensé que merecía la pena, la editorial se desvivió por venderla.

—¡El título, mamá! Es bonito, pero no es comercial. Es ambiguo, incluso cursi, a mí me da pereza. *El locutor* era excelente,

apetecible, llamativo, rotundo.

No fue fácil seguir escribiendo estas líneas. Mi hijo me ponía de ejemplo a Rafa Nadal, que se levantaba siempre, que luchó contra todo y venció. Pero claro, era Nadal, y ya desde muy joven había tenido más éxitos que fracasos. No quería decir que así fuera fácil, pero saber que generalmente merece la pena cambiaba la cosa. No me había esforzado tanto como él, pero tampoco pretendo pasar a la historia, que me admiren a nivel mundial, que millones de personas lloren de emoción al verme morder un premio. Yo solo quiero vivir de mis libros.

No tengo claro que tanto esfuerzo merezca la pena. Llevo muchos años esforzándome. Intentando hacer cada tarea diaria lo mejor posible, acostándome con la conciencia tranquila por tanto esfuerzo, pero a estas alturas tengo que seguir luchando.

Aún no había logrado liberarme de las preocupaciones. Mis nietos me hacían feliz, pero qué iba a ser de ellos. No podía dejarles la vida resuelta. Me habría encantado decirles que fueran fuertes y que todo iría bien. Que fueran buenas personas y serían recompensados. Pero no siempre es así, que la vida es muy desagradecida, que la suerte importa demasiado, que después de esforzarse también tienen que cruzar los dedos y confiar en la suerte. Que muchas veces sale todo mal. Y eso lo digo yo, que no puedo quejarme de nada.

Nunca logramos cumplir todos nuestros sueños, pero la vida no tendría sentido si no soñáramos y no tuviéramos deseos. No hay impulso más poderoso que la esperanza y los sueños.

47

Hacía ya bastante calor, iba a cumplir un año en el ático. Di por sentado que Vasile no sabía nada del hijo de Luisa, le creí. Sobre todo porque ella jamás le habría confesado algo así. No se lo contó absolutamente a nadie, tal vez solo a Lennon. Debió esforzarse para que nadie se enterara, más allá de los implicados. ¿Pero quiénes fueron los otros implicados? ¿Quién era esa niña? Por supuesto, no descartaba que todo fuera una fantasía, pero que Gustavo, sin haberlo hablado conmigo, sacara la misma conclusión me convencía de que nuestra hipótesis no era descabellada. ¿Por dónde continuar la investigación? ¿A quién preguntar? Ya había contactado con todos los sobrinos que quedaban vivos y ninguno parecía una buena opción para pulsar sobre su nombre en el móvil. Paula había perdido la cabeza, su hijo simpático estaba descartado, el primo Emilio había intentado estafarme y no hablábamos el mismo idioma.

Llamé a Alberto, aquel que me contó todo lo que sabía, que incluso me mencionó a Ernesto. Contestó amable y, terminadas las frases de cortesía, me preguntó qué quería. No me anduve con más rodeos y le conté que estaba escribiendo una especie de biografía de Luisa.

—¿Qué estás escribiendo: un panegírico por lo bien que se portó contigo?

—No, estoy escribiendo una especie de cuento de la lechera. —Me contuve para sacarle lo que quería—. Es una broma. Lo que me tiene muy intrigada es la muerte de Ernesto.

Cuando me repitió la versión oficial, lo poco que sabía de ella, me arriesgué a repreguntar.

—¿Por qué crees que no se casó nunca?

—Porque quería estar con todas. Es la explicación más sencilla que se me ocurre. Quizá yo tampoco me hubiera casado.

—No tuvo hijos. Tantas chicas y ningún embarazo. No quiso tenerlos, está claro.

—Supongo que por lo mismo, porque no quería atarse a ninguna. Pero quizá fuera estéril, yo qué sé.

—¿No le gustaban los niños?

No dudó en responder con seguridad.

—Sí le gustaban. Con ellos era muy simpático, pero quizá le bastaba con un rato, no era algo que quisiese para él. El hecho es que nunca se decidió por una mujer, por casarse y formar una familia.

—¿Era muy simpático con los niños? Disculpa que insista en los detalles, es por el libro.

—Claro. Sí, se los ganaba. Era el típico tío divertido, que hacía regalos, al que todos querían ver, mis hijos incluidos. Y ni siquiera era su tío, pero era el tío Ernesto, su preferido. Lo adoraban. A Gustavo le cabreaba mucho, me acuerdo, competía con él por el título. Mi hija mayor lo pasó mal cuando murió Ernesto, se llevó un disgusto tremendo.

No iba a decirle cuánto agradecía esa información; continué mi trabajo.

—¿Cómo murió?

—Esquiando. Ya lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas?

—Algunos dicen que fue una muerte misteriosa.

—Bueno, yo nunca investigué. ¿Qué te han dicho?

La entrevista llegó a su fin.

Llamé también a la prima Marisa, porque fue simpática en su momento, y le pregunté por Ernesto, su muerte y su vida. No sabía nada que yo no supiera. Me interesé por su relación con los niños, con poca delicadeza y sin darle ninguna explicación literaria. Me dijo

que era literalmente «un ser de luz», y que sus propios hijos, los cuatro, lo quisieron mucho. Conclusión: Ernesto no fue ningún depredador.

Al día siguiente eché de menos un aparato de aire acondicionado o un ventilador de techo, lo incluiría en la reforma, pero me animé a realizar mi primera labor seria de investigación: cogí todos los álbumes de fotos que encontré, los dieciséis. Ya los había hojeado, y recordaba varias fotos del hijo de Luisa con niños que iba a cribar para examinar en conjunto al detalle. Sabía que lo más lógico sería no encontrar absolutamente nada raro. Eso parecía decirme Lennon, que me acompañó en todo momento, asfixiado de calor. Fuimos comentando las instantáneas.

—Mira, esta es tu mamá, ¿te acuerdas de ella? Sí, verdad. Ay, si tú me contaras.

El perro aulló. Ernesto nunca fue padre, tampoco tío en sentido estricto, puesto que no tuvo hermanos. De modo que lo más parecido a sobrinos que conoció fueron los hijos de sus primos, con los que fue encantador y tanto lo quisieron. Supuse que sería con ellos con quienes aparecía repetidas veces. Perdí la noción del tiempo, como cuando era pequeña. Una niña rubia guapísima terminó acaparando el protagonismo y toda mi atención. Silencié el teléfono. Era, además, con la que más veces fotografiaron a Ernesto. De las treinta y dos fotos que separé, once eran con ella: desde que era un bebé hasta que se convirtió en una adolescente de piernas interminables. Busqué todas sus fotografías. En realidad, no había fotos posteriores. Los últimos álbumes eran de principios de este siglo. Tampoco era extraño, la era digital acabó con la analógica, casi nadie tenía ya álbumes. No, al menos, como los de antes, con fotos de mala calidad que reflejaban mucho mejor la verdad. En las más recientes, la rubia angelical tendría doce, trece o catorce años. En una aparece con Ernesto junto a un perro pequeño en un jardín enorme. Ambos miraban a cámara sonrientes. Él, agachado,

apoyaba su brazo sobre el hombro de ella, pero me costó sacar alguna conclusión. Quizá ahí ella ya tuviera quince. Calculé que se llevaban más de treinta años.

Sin embargo, la foto del crimen era una en la que salía bañándola cuando solo era un bebé. Los rasgos de esa niña eran especialmente reconocibles, tuviera la edad que tuviera. Me resultaba imposible imaginar que alguien pudiera enamorarse de un bebé al que había enjabonado. No entraba en mi cabeza.

Encontré un par de fotos de la niña con los que serían sus padres, pero no eran muy nítidas. Juraría que no los llegué a conocer. Desde luego, no era ninguno de los sobrinos que había tratado últimamente.

Si la enjabonó, indudablemente, el bebé era la hija de una persona muy cercana. Con las fotos resultaría fácil averiguar su identidad. Gustavo la reconocería y se llevaría una buena sorpresa. Seguramente los padres de aquella criatura tampoco quisieron pregonar la relación que tuvo su preciosa hija con su tío lejano, treinta y pico años mayor, que la enjabonó siendo bebé.

48

No quise enviarle ninguna foto a Gustavo. Me prometí hacerlo mientras hablase con él, necesitaba ver su reacción. Como siempre, no contestó mi llamada. Fui paciente y esperé horas a que me la devolviera, cuando estaba cenando. Lo dejé todo y le dije que necesitaba cambiar a videollamada. Lo vi con su gorra, sonriente.

—Te voy a mandar unas fotos y quiero que las veas ahora. ¿Vale? No voy a decirte nada más.

Le pareció estupendo y le mandé las fotos que hice con el móvil de las viejas fotos en papel, manteniendo ambos un riguroso silencio. Por fin se le descargaron.

—¡No! —exclamó compungido—. No, no me mandes esto.

Se quedó callado un rato, quise poder mirarlo a la cara, pero solo se veía el cielo azul del Atlántico. Lo increpé.

—¿Por qué no? ¿Quién es, di algo? ¡Quiero verte la cara!

—Es Paloma, pero no puede ser ella. ¿Por qué crees que es ella?

—¿Quién es Paloma?

—La hija de Juan, su primo del alma, su mejor amigo. Pero no por mi lado, no era sobrino carnal de Luisa.

Ernesto era un año mayor que su primo Juan. Al poco de emigrar a Madrid, el padre de Juan murió y la viuda, la hermana menor de Jacobo, se pasó el día en el ático con sus hijos. Ernesto y Juan se hicieron íntimos amigos, uña y carne. Y lo fueron siempre. Compartieron juergas y, cuando Juan al fin se casó y fue padre de una niña a la que llamó Paloma, Ernesto la quiso como a su propia

hija, la que nunca tendría. Algo parecido a lo que le pasó a su madre con la tía Paula.

—¡Pero que yo no tengo ni idea! —protesté insegura—. Te lo pregunto precisamente por eso, porque es la niña con la que más sale y es muy mona. Pero no sé nada.

—¿Crees que en este tiempo no he pensado en Paloma? No me he atrevido a mencionarla, pero era candidata: la que más cerca tuvo, la más rubia, la más linda, la más coqueta, la que más lo quería. Conocí a Palomita, al menos hasta esa edad, y sigo sin creérmelo. En esa época coincidíamos mucho en casa de Luisa, quiero decir, en la que ahora es tuya. ¿Pudo ser que tuvieran algo en mi propia cara y no me diera cuenta? ¿Yo, que soy un lince para esas cosas? Recuerdo a Juan, su padre, muy entero en el funeral de Ernesto, con un gesto tan serio que me sorprendió. Por eso me impresiona tanto: si Ernesto tuvo relación con alguna niña, con Paloma sería aún más grave. Si su padre se enteró, su mejor amigo... Por eso se suicidó. Y es el motivo por el que Juan estaba tan serio en el funeral.

—Gustavo, no te dispares. Solo te he mandado unas fotos que confirman lo que tú ya sabías: que estaban muy unidos.

—Si es que todo encaja, y de entre todos los niños que pudieron ser sus víctimas, por lo que sea, tú me mandas una foto de Paloma. Lo curioso es que ella sí que estaba hundida en su funeral, llorando desconsolada. Como tantos allí, en realidad. Tendría... ¿dieciséis años? No lo sé, pero no, por favor. Dime que has descubierto que fue al sudeste asiático de turismo sexual, pero Paloma no: era como su hija.

—Ella lloró mucho en su funeral. ¿De pena?

—Indudablemente, nos dimos un abrazo larguísimo —recordó—. Dime, ¿qué te hace pensar que fue ella?

—Nada, me he precipitado. Ha sido un pálpito absurdo, ya te lo he dicho, es la que más sale con él, es guapa, se miran con complicidad, con amor.

—No puedes hacerle eso a una niña que amas —dijo categórico.

—Por eso se suicidó, porque lo hizo, lo has dicho tú. —Me lancé —. Se enamoró de ella, se confundió, se volvió loco, cometió un error inaceptable. Y como la quería, a ella y a su padre, cuando este se enteró, se suicidó. Esa parte la entiendo mejor que la de tener sexo con una niña de quince años teniendo cuarenta y muchos y la cabeza en su sitio. Si por lo que sea lo haces, te cortas las venas.

—Lo sé, puede ser. Esta vez, además, podemos salir de dudas: me invento una excusa y le digo a Paloma que vaya a cenar una noche a tu casa conmigo y estés de testigo. No sé ni a qué se dedica, pero no me cuesta nada enterarme. Me suena que estudió algo de Humanidades, la pobre. Imagínate: andará perdida y muerta de hambre. Presa fácil.

Calculamos que tendría treinta y tantos, treinta y seis.

—¿Y Juan, su padre?

—Murió hace tiempo, no sé de qué. Cáncer, supongo. Su mujer, Beatriz, ni idea, porque creo que se terminaron divorciando. Solo queda Paloma, a quien puedo contactar. ¿Te apetece esa cena? Dime qué huecos tienes y compras indio otra vez.

—Pues ¿mañana mismo?

49

Gustavo hizo su trabajo. Paloma tenía treinta y siete años, había estudiado Filología Inglesa, trabajaba en un buen puesto en una consultora inmobiliaria y había parido dos hijos, aún pequeños, ambos de un marido que le sacaba nueve años y estaba empleado en el sector energético. Aceptó la cena con la mera excusa de que Gustavo quería invertir en ladrillo.

—Le pregunté si me vendía algo a buen precio, tal cual. Se puso contentísima, imagínate. Me dieron ganas de comprarle un estudio o una plaza de garaje, o un local pequeñito y abrir una heladería en Madrid. El caso es que le pedí asesoramiento personalizado y, como iba a ir a tu casa a finales de mes, que se viniera a cenar y así te conocía. Porque tú también estabas pensando en poner el ático a la venta, necesitábamos su ayuda y le pagaríamos bien. Soy capaz de ponerle billetes en la mesa con tal de que nos cuente su relación con Ernesto. Aunque el otro día me pillaste borracha, estoy casi seguro de que no pasó nada. Pero, por salir de dudas, y así nos vemos. Ponme en una buena habitación, anda. Y cómprame una cama nueva, dura, te mando un mensaje con la referencia. Las sábanas las quiero viejas, bien lavadas y suaves. Odio las nuevas. Y lo siento, pero a Alfonso, esta vez, no voy a poder quitármelo de encima y él es aún peor con sus exigencias: desayuna semillas y viaja con su almohada y su cerdito de peluche. No coge un vuelo comercial desde hace cinco o seis años.

Le compré la cama que me pidió y sábanas nuevas que no pararía de lavar y dormir en ellas hasta el mismo día que llegasen.

Mi hija y mi nuera me ayudaron a decorar hasta el último detalle del dormitorio y el baño de invitados. Al pasar por las respectivas puertas me giraba porque percibía las embriagadoras fragancias de Joe Malone, las preferidas de Gusi. Nunca sería Villa Favorita, pero estarían cómodos.

Me negaba a tirar ciertas carpetas, como si en su contenido ya examinado pudiera todavía encontrar algo más. No quedaba ya ninguna sin investigar. Volví a abrir la roja, marcada en el lomo como «Recibos» y, efectivamente, dentro solo había recibos, facturas, albaranes y tiques de *parkings*, restaurantes, copias de llaves, electrodomésticos y de una peluquería canina: Miss Pulguitas. No se me pasó por la cabeza ir allí a interrogar a nadie, pero sentí mala conciencia por no haber llevado aún a Lennon a ponerse guapo. Se le estaba formando alguna rasta y olía regular: no bastaba con cepillarle una vez a la semana. Sin duda, lo llevaría pronto a Miss Pulguitas. Tiré la carpeta al cubo correspondiente, el azul, cabreada por no haberlo hecho antes.

Todavía me quedaban sus libros. Centenares repartidos en varias estanterías. ¿De verdad iba a examinarlos también uno a uno? Nadie guarda documentos importantes en los libros, quizá algún recorte de prensa relacionado, poco más. Ese trabajo no merecía la pena.

Me paseé por la estantería del despacho de Luisa observando los lomos de algunas obras. Era todo poesía. Pedro Salinas, *La voz a ti debida*. Lo cogí: si algún libro de la casa albergaba una respuesta, tenía que ser ese. Lo palpé, lo zarandeé boca abajo, lo hojeé casi página por página. Ni siquiera tenía una triste anotación a lápiz, ni un subrayado en «la vida es lo que tú tocas». Hice lo mismo con *Campos de Castilla*, *Hojas de hierba*, *El rayo que no cesa*, *A la orilla de un pozo*, *Platero y yo* y *Los placeres prohibidos*. Nada. De *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* cayó un recorte de prensa, un viejo artículo firmado por un tipo cuyo nombre no había

oído jamás. Neruda lo escribió con diecinueve años, me impresionó. Mi hijo, a esa edad, seguía jugando a los marcianitos. Ya me iba a dar la vuelta cuando vi una joya que había pasado desapercibida todo ese tiempo porque el lomo estaba completamente desgastado. Era una edición de 1929 del *Romancero gitano*. Lo abrí, se deshacía, y leí unos versos al azar:

Lloras zumo de limón agrio de espera y de boca.

Pasé cuidadosamente más páginas:

Cinco toronjas se endulzan en la cercana cocina.
Las cinco llagas de Cristo cortadas en Almería.

Seguí leyendo, aquello era más adictivo que Instagram.

Tu fulgor abre jazmines sobre mi cara encendida.

Lorca escribió esas líneas con menos de treinta años. Yo jamás podría, aunque viviese trescientos.

Por los espejos sollozan bailarinas sin caderas.

Cayó una hoja doblada al suelo, de otro color menos amarillento. Era una carta, de nuevo manuscrita. Suspiré profundamente mientras la alisaba, preparándome para cualquier escándalo:

> Querida Luisa:
> Sé que ya no se envían cartas, pero quiero pensar que tú y yo estamos más cerca de la generación de Lorca que de la del WhatsApp.
> Hoy tampoco tengo nada extraordinario que contarte, pero quiero escribirte algo y dejártelo yo mismo en el buzón.

Nos acabamos de ver hace un rato. Hemos hablado de poesía, me has sonreído y eso me ha bastado por hoy. Es noviembre, el mejor mes en Madrid, pero no me acostumbraré nunca a tener tan poco de ti. No olvidas tu edad, pero yo no sé de qué hablas: te veo maravillosa. Siempre lo has sido, no puedes evitarlo. Eres muy atractiva, sí, te lo digo también por escrito, a ver si así me crees. Sabes que solo me había enamorado una vez, cuando todavía era demasiado joven. ¿Qué culpa tengo yo de ser ahora demasiado viejo? Siento lo mismo que entonces, hace tanto tiempo. Te adoro a ti, a tu piel, esté como esté. Quiero acariciarte, Luisa, y que desees mis caricias.

No te cambiaría por nada del mundo. Quiero vivir contigo. Deja de dármelo todo menos tu cuerpo.

Vasile Noviembre de 2009

50

Leí la carta mil veces, hice varias fotos, no llamé a Gustavo. Vasile vino a buscar a Lennon y les dejé ir a pasear, no quería que interrumpiese la siguiente conversación con la excusa de que el perro quería salir, como hacía siempre.

Llamó al timbre para avisar de su regreso y fui a recibirlo con su carta de amor en la mano.

—Estaba pensando en llevar a Lennon a la peluquería —le comenté—. A Miss Pulguitas, donde lo llevaba Luisa. ¿Te parece bien?

Me daba palmadas con la carta en la otra mano. Estaba nerviosa y él se disculpó.

—Debería haberlo hecho yo, pero es que Lennon lo odia. Lo cepillo con frecuencia cuando estamos fuera y evito las peluquerías caninas porque no soy partidario.

—También he encontrado esto.

Se la di. La miró, me pidió sentarse. Cuando la identificó, no pudo evitar sorprenderse; después, por primera vez desde que lo trataba, lo vi molesto. Terminó de leerla entera.

—Esto no se lee.

—Tienes toda la razón, pero lo he leído. —No añadí una disculpa, mal por mi parte. Respiró hondo y repitió lo mismo varias veces meneando la cabeza: «Esto no se lee».

Empecé a asustarme: ese viejo de ochenta años tenía fuerza de sobra para tirarme en volandas por la terraza y, lo peor de todo, Lennon estaría de su parte, nunca me defendería de Vasile.

Rompió a sollozar. Lennon gimoteó también a su lado. Ese hombre no había llorado nunca y nunca más volvería a llorar. Ante mi asombro, parecía ser la única vez. ¿Por qué lloraba?

Guardó la carta en el bolsillo del chaquetón, no me pidió permiso para llevársela porque era suya.

—Me dio todo, hasta sus ordenadores, sus móviles, para que me deshiciese de sus secretos, pero esta carta nunca la encontró. No tenías que leerla, no hacía falta que llegaras tan lejos. Ella nunca quiso que lo supiese nadie.

—De verdad que lo siento, Vasile. Pero te diré que me ha parecido muy bonita. Tú la querías de verdad y eso es admirable.

Se rio, con algún espasmo todavía.

—Sí. Supongo que esta carta es bastante rotunda.

—Está claro que fuiste la persona más importante en la última década de la vida de Luisa. ¿Y aún así no sabes nada del falso robo del Picasso?

—¿Por qué sabes que el robo fue falso?

—No, no sé nada. ¿Te parece poco no saber nada todavía? Pero tú lo tienes que saber todo, como Lennon.

Volvió a sonreír con su habitual confianza.

—¡Lennon! Sí, este peludo lo sabe todo. De mí puedes pensar lo que quieras. Ya sabes que soy capaz de mentirte, qué más da lo que te diga. Quizá también fui capaz de robar a mi gran amor cuando estaba arruinada. Registra mi casa, sabes que estás invitada. O denúnciame a la policía.

—Sé que tú no robarías nada. Pero llevo más de un año dándole vueltas al asunto y sigue siendo un misterio. Como un collar con un diamante enorme del que tampoco se sabe su paradero. Y por desgracia no ando sobrada de dinero.

—El collar lo perdió, te lo aseguro. No sé dónde. Lo buscamos por todos lados y nunca apareció. Nosotros no se lo robamos, Marilyn tampoco, era incapaz.

—¿Hasta dónde llegasteis Luisa y tú? Quiero decir..., tú querías...

—¿Quieres saber si tuvimos sexo, de qué tipo y dónde? Yo creo que con esta carta, que no debiste leer, ya sabes demasiado. No tenías que haberte enterado de lo nuestro. Decir que fuimos amantes se queda corto.

—Tienes razón, lo siento. ¿Marilyn se enteró alguna vez de lo vuestro?

—Por supuesto que sí. Y sé que le pareció mal, aunque jamás dijese nada al respecto. Ni a nadie. Era de una discreción absoluta y adoraba a Luisa. Debió de decepcionarle que *su señora* se enamorase de mí, no lo dudo. Pero conmigo no cambió un ápice el trato, que siguió siendo educado y frío. Marilyn es una profesional. Supongo que no te ha dicho nada.

—No, claro que no. Tengo pendiente ir a tu casa y conocer a Adela. Este fin de semana vienen unos amigos. Bueno, Gustavo y Alfonso, los conoces. Pero en cuento pueda, me paso a ver tu piso, ¿vale? El mismo lunes. Bueno, la semana que viene.

—Tienes la puerta abierta cuando quieras.

Le di las gracias y no quise retenerlo más. El rumano se despidió de Lennon, se levantó con agilidad y se dirigió hacia la puerta. Yo también me incorporé.

—Vasile, quiero que sepas que no se lo voy a contar a nadie, ni siquiera a mis hijos. Era vuestro secreto y no tenía que haberlo descubierto. Lo siento, pero por mí no lo sabrá nadie más. Tienes mi palabra.

Me mostró su sonrisa e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

51

La pareja de La Palma llegó puntual el viernes a la calle Santa Teresa para comer en Barrutia y El 9, una taberna que echaban de menos y que frecuentábamos desde hacía años. Invitaron a mis hijos, nos divertimos mucho y, como siempre, comimos de locura. Mi hija estuvo tan encantadora como lo hubiera estado su padre. Mi hijo perdió los modales más de lo habitual y estuvo a punto de rebañar un plato con la mano: tuve que darle varias patadas por debajo de la mesa. Engulló como si fuera una cuestión de supervivencia, como si temiera que al día siguiente cerraran todos los mercados del mundo.

Al salir pedimos a un viandante que nos hiciera una foto a los cinco. Gustavo se vio mal y pidió otra, y otra.

—Mi amor, si siempre te ves feo, a ver si vas a ser feo —le dijo Alfonso.

—Mentira, en el espejo me veo guapo. Es curioso, de cerca me veo más guapo.

Mis hijos se despidieron, en contra de su voluntad, y nosotros tomamos un taxi al ático. Hablaron maravillas de mi hija y deseaban que viviera en su casa y, naturalmente, que se llevara a mi nieto. Lo daban por hecho.

—Que no se va a ir, no digáis tonterías —resolví.

—Qué poco la conoces.

Al llegar los tres al portal coincidimos con Vasile y Lennon saliendo. Nos saludamos muy simpáticos. Nosotros llevábamos mucho vino en el cuerpo, lo cual fue determinante. Recogimos las

enormes maletas de la pareja en la portería, donde las habían dejado antes. En el mismo ascensor, Gustavo no pudo reprimirse.

—Este lo sabe todo. Tú es que ya te has convertido en Luisa, te ha poseído y lo adoras. No te das cuenta de que las respuestas a todos los misterios las tiene él.

—Al de Paloma y Ernesto te aseguro que no. Él no sabe nada de eso. —Hablábamos bajito.

—Lupita, si él no sabe nada de eso es porque nos hemos vuelto locas y no pasó nada entre los dos.

—Señoras, calma, eso estamos a punto de averiguarlo —medió Alfonso—. Tenemos un plan. Nos falta una copa.

—¿Un plan? —solté yo, y ahí me noté beoda.

Llegamos a la sexta planta, entramos en casa. Llamé a Lennon antes de darme cuenta de que acababa de cruzarme con él en el portal, que no estaba. Los conduje a sus aposentos, no dejaron de alabar cada detalle, muy educados.

—Jo Malone, ¿a que sí? Espera... Bueno, es que es Lime Basil and Mandarin, un clásico. Gusi, antes de volver tenemos que hacer una visita a la tienda, que está aquí al lado y les quiero dar una alegría.

Se empeñaron en tomar una copa en la terraza y los acompañé tomando un *gin-tonic* cortito que me preparó Alfonso. Había comprado todo tipo de pijadas aromáticas para las copas, hasta cardamomo. No quiso ponerlo.

—A mí es que el alcohol me gusta sin mariconadas.

Hacía una temperatura estupenda bajo el toldo y teníamos mucho que hablar, porque habían elaborado un plan para sacarle a Palomita toda la verdad.

—Nada de presionarla —advirtió Gustavo—, que nunca sepa que todo es una pantomima para que confiese el incesto. Al contrario, cerraremos primero un buen negocio para ella, que se relaje, beba y que esto se convierta en una fiesta desenfrenada.

—De eso nos ocupamos nosotros, descuida —intentó tranquilizarme Alfonso.

—Y entonces, cuando surja, de forma completamente natural, hablaremos de amor.

—De eso también nos ocupamos nosotros.

—Llega en dos horas —fue lo que acerté a decir—. Debería darme una ducha. Tengo que poner la mesa, ir a recoger la comida, servirla...

—¿Pero cómo no tienes a nadie que haga eso? Gusi, ¿qué miseria le diste?

—Le di de sobra para mayordomo y chófer, babuino. Pero ella es así, déjala. Le gusta. ¿Por qué no la ayudas tú?

—¿Yo? No me veo capaz de levantarme; soy torpe, lo tiraría todo al suelo.

No sé cómo, pero nos arreglamos entre los tres para tenerlo todo perfecto cuando Paloma llamó a la puerta. Yo no bebí más, ellos sí.

La recibimos en el vestíbulo. Esperaba encontrarme un bellezón deslumbrante de metro ochenta con una densa melena rubia que le caería hasta el culo, a la altura de mis hombros, pero en absoluto. Era una chica poco más alta que yo, discreta, con el pelo castaño cortado a la altura del cuello y un bolso grande colgado del hombro en el que parecía apoyarse. Estilosa, más que guapa, aunque reconocí perfectamente los rasgos que ya tenía en las fotos de niña. Apenas llevaba tacón, pero su chaqueta marrón cruzada la delataba: había acudido para trabajar.

—¡Cuánto tiempo, preciosa! —Gustavo le plantó un beso sonoro, como de abuela.

A mí me llamó de usted, me dijo que era un placer conocerme y me tendió la mano.

—Uy, no, no, no. Palomita, esto no es una entrevista de trabajo —le explicó Alfonso—. Aquí hemos venido a pasarlo bien, tú la primera. Así que besos, abrazos, tuteos y, si es preciso, insultos. Y vamos a disfrutar, te lo digo yo, que pienso acabar bailando. ¿Qué quieres beber?

Sonrió con timidez.

—Agua, por favor.

—No hay, ya lo siento. ¿Cerveza, vino, champán?

Accedió con una torpe sonrisa: tomaría cerveza. Supuse que le duraría toda la noche, aunque si Alfonso seguía así, quizá consiguiera que bailase desnuda sobre la mesa. La pareja canaria me dio un poco de miedo: tenían un plan y no me extrañó que consistiera en drogar a esa pobre chica que me había caído tan bien. Era dulce y la vi más guapa. Me dieron ganas de abrazarla y sacarla de allí.

Conseguimos sentarnos los cuatro a la mesa del comedor, vestida de un modo impecable. Servirnos la comida respetando cierto protocolo. Gustavo le preguntó, en seguida, qué inversión le ofrecía. Ella sacó un iPad del bolso, la pareja gritó escandalizada: de ninguna manera. Ella volvió a guardarlo y tragó saliva. Soltó un rollo preparado un tanto nerviosa. Gustavo asintió un rato con la cabeza, sin decir nada, mirándola a los ojos.

—¿Un millón, dices? Venga, haz lo que tengas que hacer, lo visito el lunes y, si es como dices, te firmo lo que sea. Y si no, también.

—¿El lunes? —Se terminó la cerveza de un sorbo.

—Nos vamos el martes. ¿Hay algún problema?

La agente inmobiliaria le prometió que estaría todo preparado por la tarde. Se puso muy contenta, su trabajo allí había terminado. Casi: se dirigió a mí.

—Me dijo Gustavo que estabas interesada en vender este ático. Te pueden dar mucho, pero yo haría antes una buena reforma, es mi consejo. Nosotros podemos ayudarte.

La interrumpí, no me gustaba nada verla trabajar.

—Paloma, lo he pensado mejor. Por ahora me lo quedo.

Di así por concluido el momento profesional y cambiamos radicalmente de tema mientras comíamos y bebíamos. Ella pareció relajarse. La pareja habló del Picasso y le preguntaron qué sabía del robo.

—¿Qué voy a saber? En esa época no tenía ninguna relación con la tía Luisa. Que en realidad no era nada mío, solo la viuda de mi tío abuelo Jacobo. Qué rico este pollo rojo. ¿Es *tikka masala*? ¿Puedo repetir?

Iba por la segunda cerveza, estaba de celebración.

—¿Por qué no teníais relación en esa época? —preguntó insolente Alfonso.

—Nunca la tuve, en realidad. Quizá más de pequeña, porque pasamos tiempo en esta casa. He de decir que me parecía todavía más grande, llevaba siglos sin venir, me ha impresionado mucho.

Gustavo pidió permiso, emocionado, para subir la música de Chet Baker.

—Si quieres ponemos Robe, que es lo que escuchan mis hijos —me aventuré a sugerir, ocurrente—. Son más o menos de tu generación.

Paloma abrió la boca todo lo que pudo, tenía una dentadura nívea perfecta que me dio mucha envidia.

—No me lo creo. ¡Llevo meses obsesionada con su último disco! No, por favor, un poco de *jazz* siempre está bien. Necesito cambiar de registro.

—¿Pero qué le veis a ese yonqui? —preguntó Alfonso—. No consigo que me emocione. ¿Es demasiado ruidoso para mi edad? Dilo abiertamente.

—Alfonso, me caes muy bien, no te hagas daño faltando al respeto al tipo más auténtico del panorama musical. *Mayéutica* es de lo mejor que he escuchado en mi vida. Cómo asocia en el tercer movimiento la palabra *ahora* al sexo. ¿Se os ocurre un sinónimo mejor de follar? Yo ya no escucho nada más, lo siento.

Hablaba como mis hijos, estaba abducida por Robe.

—¿Vas así vestida a sus conciertos? —la agredió Gustavo.

Se volvió a reír, bebió cerveza. Solía vestir vaqueros, zapatillas y camiseta.

Sacamos la tarta árabe, eran las diez de la noche, abrimos la primera botella de champán, había que brindar y brindamos. La

pareja canaria estaba desatada. Nuestra invitada habló de sus hijos, que la tenían consumida. Todos alabamos con exageración su buena cara, su belleza. En aquel momento me pareció deslumbrante, cautivadora.

Gustavo se encendió un cigarrillo, pidiendo permiso y abriendo las ventanas. Lennon salió a la terraza. Hacía una noche espléndida y Alfonso sugirió seguir al perro, que era el más listo, y salimos a la terraza. Dijo de pronto:

—Uy, pero qué tengo por aquí. No me lo puedo creer, me lo he traído en el bolsillo sin querer. Qué boba. Paloma, caretas fuera. Si te apetece, pídeme, Robe lo aprueba.

Era una piedra de hachís y todos afeamos su conducta: nadie iba a fumar porros. Alfonso aseguro que él sí, que tenía casi setenta años y se lo había traído sin querer, era como un milagro. Rellenó de champán todas las copas.

—A Palomita la conozco de toda la vida —me aclaró Gustavo—. Ernesto y yo competíamos por ser el preferido de los niños aquí mismo. Y he de reconocer que ganó él. Era mucho más guapo. Paloma te puede dar fe.

—No, para nada. A mí también me encantaba estar contigo. Siempre me regalabas un cuento y eso me marcó. Me regalaste todos los tebeos de Tintín, que los guardo como oro en paño, pregunta a mi marido. Al electricista, como lo llamaba Luisa.

La pareja se partió de risa. Fue la carcajada de la noche hasta el momento, rompió el hielo que quedaba. Hasta yo me reí, con timidez. Paloma más que yo.

—¡Qué hija de la gran puta! —Alfonso no podía parar, estaba fumado—. Me encanta. Paloma, respeto máximo a tu marido, partamos de eso. Me hace gracia ella, la cabrona de tu tía abuela.

—No te disculpes; a mí lo que me molesta es que mi marido no sabe ni montar un enchufe. Él es inversor energético. Habla de huertos solares y plantas fotovoltaicas y en realidad va de bar en bar trajeado suplicando que le den facturas de la luz y del gas. Pero

bueno, está contento, gana bien. No como vosotros, claro, pero más que suficiente para mí.

—Pareces enamoradísima de tu marido —continuó Alfonso con su sarcasmo.

—Lo quiero mucho —respondió Paloma, confiada—. ¿Y tú del tuyo?

—Lo detesto con toda mi alma. Ojalá supiese montar un enchufe, pero no sabe ni montarme a mí, que soy mucho más simple.

—Si no fueses tan simple, quizá te montara mejor, babuino.

Corrió el champán. Y el porro se paseó por la mesa y acabó en un cenicero. Paloma lo tuvo entre los dedos y llegó a dar un par de caladas. Hacía una noche cálida maravillosa, se veían varias constelaciones.

—Yo he estado enamorado de dos personas en mi vida —sentenció Gustavo—. De tres, si tengo que meter a mi marido. Pero entonces meto a Ernesto, cuatro. Porque fue mi único amor platónico. —Las chicas nos sorprendimos, su marido ni lo escuchaba —. Pero él solo tenía ojos para ti, Palomita.

—Sí —respondió, y la miramos todos fijamente—. Es la verdad, me adoraba. Nos adorábamos.

—¿Hubo algo entre vosotros? —preguntó Alfonso y Gustavo lo regañó, cabreado.

—¡No! ¿Qué quieres decir? Amor, todo el que quieras, pero me sacaba treinta y tres años, por favor, y yo era una niña entonces.

—Para ti era como un padre —aclaró Gustavo. Paloma frunció el ceño.

—No, tampoco. Era un amigo. O no sé qué era, pero no tenía nada que ver con mi padre. Nada.

—Pues eran amigos íntimos.

—Sí, y opuestos.

Nos convenció de que jamás tuvo nada con Ernesto. Se quisieron mucho, eso fue todo. Él vivió lo suficiente como para

aconsejarle en sus primeros amoríos adolescentes y murió de una manera trágica.

Fui al baño y coincidí después con Alfonso en la cocina: se llevaban treinta y tres años. Lo había afirmado sin pestañear, sin pensar. Esa respuesta inocente albergaba una revelación. Alfonso juró que a veces tenía que calcular la edad que le separaba de Gustavo: tres años y medio.

—Es que miente. Le hemos preguntado por un viejo muerto hace casi veinte años y no ha tenido que calcular la edad que los separaba porque la sabía de memoria. —Me insistió—. Espérate a que le dé otra calada al porro. Está desatándose.

De camino por el pasillo me regañó: que cómo crujía el suelo, que había tablas astilladas, que lo tenía que cambiar por una cuestión de seguridad.

—Lupita, corazón, hay listones con agujeros que se pueden partir. En serio, ¿cuánto te dio el maricón de mi marido? No te permito que sea por dinero, es que mañana mismo hay que arreglar la madera.

—No, Alfonso, me niego. No es por dinero, es porque me acabo de mudar, vivo aquí y no he parado hasta ahora. Pero te juro que aprovecho el mes de agosto para hacer una buena reforma.

Salimos a la terraza orgullosos de nuestra complicidad, pero nos encontramos a Paloma y a Gustavo bailando de la mano al ritmo de Extremoduro: *Si te vas*.

Nos sentamos, bajaron el volumen sin cambiar la canción y me preguntaron por mis amores. Me negué a contestar, insistieron, me negué, insistieron.

—Mi vida sentimental es la menos interesante de esta mesa. —No quise bajar al barro.

—La mía es peor —aseguró de repente Paloma—. Es verdad, no me miréis así, tampoco pienso contárosla.

Me rendí: esa chica no quería hablar de su marido, como para que confesase algo que quizá jamás contó a nadie. Lo estaba pasando bien, pero dejé de escucharlos para mirar la hora y eran las

doce de la noche. No me importaba lo más mínimo meterme en la cama. Para mi sorpresa, descubrí a Paloma a mi lado canturreando la canción que sonaba de su ídolo. Quién me iba a decir a mí que esa noche acabaríamos escuchando los berridos del extremeño. Me encontré balanceando la cabeza al ritmo de la música.

Paloma pidió a Alfonso que le rellenase la copa. No resultó ser lo que me pareció en una primera impresión. Tenía a su familia durmiendo en casa, al día siguiente no trabajaba, acababa de cerrar una buena operación y, sobre todo, no había cumplido aún ni cuarenta años. Se dio cuenta de que una situación así iba a vivirla pocas veces más, quizá siempre la recordaría.

—Paloma, no seré yo quien te diga lo que tienes que hacer, pero tienes que divorciarte. Está clarísimo.

—¿Y tú no, Alfie? —se defendió irónica.

—No, porque soy una vieja. Y Gustavo es muy rico. ¿Pero tú? Ni una cosa ni la otra. Hazme caso: tienes todo por delante, por descubrir, por viajar, por vivir, por sentir. El electricista no es el mejor capítulo de tu vida, sobre todo si sigues con él. Te ha dado dos hijos maravillosos, ya está, no le pidas más.

—No hagas ni caso a este babuino: el electricista es el padre de tus hijos y el amor de tu vida, malas rachas pasamos todos —opinó Gustavo—. Mira a Romeo y a Julieta. Date un tiempo, eres muy joven todavía, no te precipites.

—Bruno no es el amor de mi vida, eso lo tengo clarísimo.

—¿Por qué no? —insistió Gustavo.

Paloma se quitó la chaqueta, llevaba tiempo queriendo hacerlo.

—Porque eso ya pasó. Y punto. Ya tuve un amor de mi vida, brutal, salvaje, prohibido, loco. No se va a repetir. Bruno es el padre con el que decidí tener hijos porque quería casarme y ser madre y sabía que no sería con el amor de mi vida.

—¿Y por qué no fuiste madre con el amor de tu vida? —pregunté yo, metida de nuevo en la conversación.

—Porque murió. Si no, hubiera sido con él, por supuesto.

Le dimos el pésame, muy disgustados, pero mucho más intrigados.

Y bebimos, y cambiaron la música, y la pareja palmera se levantó cada poco a bailar, y Alfonso casi hizo un estriptis, y nos reíamos, y el hachís lo probaron todos menos Lennon y yo, que nos limitamos a ser fumadores pasivos.

Gustavo y Alfonso acribillaban a preguntas a Paloma, al tiempo que conseguían provocarle carcajadas. Un trabajo impecable.

—Me acuerdo de un día yendo por la calle con Ernesto, ¡ay, no se me olvidará! —relató Gustavo—. Nos cruzamos con un perrete muy mono y, no sé por qué, nos dijo la dueña que estaba castrado, y Ernesto dijo que ojalá él también estuviera castrado. Lo dijo de broma, obvio, pero lo dijo.

—¿Y por qué me miráis a mí? ¿Qué insinuáis? —se defendió Paloma después de dar otro sorbo a su copa de champán—. No sé qué pretendéis sacarme. ¡Dejadme en paz!

—Ya está, nos basta con esta confesión, no te preocupes —continuó Alfonso muy borracho.

—¿Qué confesión? Solo he dicho que hubo un tío en mi vida antes que mi marido, con el que no estoy atravesando el mejor momento. Y que no quiero hablar más. ¿He hablado ya de más o qué?

—Sí —le respondí rotunda.

—Que no te preocupes, Palomita —dijo Gustavo—. Pero has dicho que tu primer amor murió, así que entiende que demos por hecho que tuviste algo, y algo no significa nada, con Ernesto. Y que te hubiera gustado tener hijos con él.

Se llevó las manos a la cabeza y la agachó.

—¿Pero qué decís, por qué? ¿Cómo habéis llegado a semejante conclusión? —me preguntó agobiada.

Percibí el ambiente muy extraño, aunque no hubiese fumado. No era hostil, pero tampoco amistoso. Reinaba la confusión, o eso me pareció. Vi la botella de champán a la mitad y no supe si era la tercera, la cuarta o la quinta.

—Dime una cosa, y te ruego que sea la verdad —habló Alfonso —: ¿Crees que Ernesto murió en un accidente?

—Ya lo sabéis. Y sé que me compráis una propiedad para sacarme cosas de las que no sé qué decir. Os estoy muy agradecida, pero no quiero hablar más.

—¿Ernesto era pederasta? —le preguntó Gustavo a bocajarro.

—¡Por supuesto que no! ¡Jamás en su vida tocó a un niño! No le gustaban los niños.

—Solo tú.

Seguía respirando acalorada, la noche se había convertido en bochornosa, pesada, empalagosa. Y Paloma quizá llevaba mucho tiempo esperando una noche así, con unos desconocidos que no lo eran tanto. Era la noche perfecta para exorcizar sus demonios.

—Yo ya no era una niña. Tenía trece años, pero no era una niña con él —confesó de pronto.

52

Cuando escuché su revelación, pensé en el Picasso. No sabía de qué manera ni en qué dirección, pero esa chica me llevaría al tesoro perdido. De nuevo me vi como digna heredera de una inmensa fortuna. Merecía ese lienzo para salvar con él la vida de mis seres queridos. Estaba borracha, pero los demás estaban peor. Rellené mi copa de champán y escuché atenta su relato, tan estupefacta como los palmeros.

Paloma acabó su champán de un sorbo y pidió con un gesto que le rellenáramos la copa hasta arriba. Solicitó algo de fumar, un cigarrillo normal. Lo había dejado hacía año y medio, nos dio a todos igual y se lo encendimos.

—Fui yo la que se enamoró de él. En realidad, no sé por qué, llevaba enamorada de Ernesto desde que tuve uso de razón. Era el hombre ideal, tan simpático, bueno, guapo, elegante y atractivo. Siempre me ponía celosa cuando estaba con alguna prima, no os podéis imaginar las rabietas que me daban. Sus novias me mataban de envidia, me negaba a saludarlas. Sentía que era mío. Lo pasaba tan bien con él que era más que mi tío o que un amigo: era mi alma gemela. Nos reíamos sin parar, pero también hablábamos muy seriamente. Me daba igual lo que opinaran mis padres sobre cualquier asunto, solo me importaba lo que opinara él.

Juan, su padre, le solía pedir a Ernesto que hablase con ella para que entrara en razón. Que comiese fruta, que no gritase, que estudiase, que obedeciera a sus padres, que se pusiera el aparato de

los dientes, que tomara esa pastilla o lo que fuera. Y si él se lo decía, a la mañana siguiente Paloma era una niña obediente.

Pidió más champán.

—Me costó años sacarle el primer beso. ¡Años! Recuerdo una vez, tendría nueve o diez, que se lo pedí delante de todo el mundo. Le dije que me diera un beso y me lo dio en la mejilla, y que eso no, que en la boca. Me pareció lo más natural del mundo, pero mi padre saltó como un tigre, que qué demonios me pasaba. Ahí entendí que lo que fuera que quisiera de Ernesto tendría que ser a solas con él.

Ernesto se pasó la vida tratando de explicarle que eso no estaba bien, a lo que Paloma no paraba de preguntar por qué y por qué y por qué hasta el infinito. Por la edad. ¿Solo por eso? Y porque eran familia. Pero a la niña le daba igual la edad y para ella no era su tío, era su novio, porque iban a veces al cine y, cuando había una escena de miedo, lo abrazaba. Y a la salida tomaban un batido de fresa y comentaban la película. Eso era mucho más importante que un simple beso.

Hasta que Juan se hartó y le prohibió volver a quedar a solas con Ernesto. No porque no se fiase de su primo del alma, sino por quitarle esa obsesión a la niña. Por supuesto, no se lo dijo a su hija, se lo ordenó a su mejor amigo: que le diese largas como a todas las chicas del mundo, tenía experiencia. Ernesto, simplemente, le dijo varias veces que no podía quedar con ella.

Paloma entró en depresión, aunque entonces no se diagnosticaban los estados de ánimo como una enfermedad. Dejó de comer. Comería cuando volviera a quedar con Ernesto, porque sabía que él quería verla y era su padre quien se lo prohibía.

Así que Juan le pidió a Ernesto que por favor se llevara a la niña a dar un paseo, y la niña al día siguiente comió dos platos de cocido. Ganó ella, la fórmula estaba clara: o Ernesto o muerte.

—Y lo siento pero fue así: a base de demostrarle un amor incondicional, de poner mi vida en peligro si era necesario, Ernesto se enamoró de mí. Lo volví loco al pobre. Y la enésima vez que le pedí un beso, con trece años, fue agarrándolo de la cabeza y

estampando mi boca contra la suya. No fue nada, solo eso, un pico de dos segundos. Pero no se resistió y le dejé mareado, lo vi en su cara. ¿Y sabéis por que os estoy contando esto? —Se le puso la piel de gallina y nos la contagió al resto—. Porque fue exactamente aquí, en esta terraza donde estamos ahora. Si algún día lo contaba tenía que ser aquí.

Ernesto desapareció durante semanas de su vida, siempre estaba de viaje, y ella volvió a somatizarlo. Necesitaba verlo como respirar, pero ya no culpaba a sus padres, que no sabían nada de lo sucedido. Había dado un paso más allá. Existían los móviles y los mensajes, pero era pequeña para eso, nadie de su edad tenía. Pidió a sus padres uno y terminaron accediendo, solo para descubrir qué relación tenía con Ernesto, del que ya empezaban a no fiarse tanto. Pero él fue precavido y jamás escribió a Paloma nada fuera de lugar, pues ella lo había advertido de que ese móvil era una trampa. Tenía que borrar todo lo que escribiera al instante para no dejar rastro. Efectivamente, Paloma pilló varias a veces a sus padres mirando su móvil y suspirando aliviados al no descubrir nada.

Después de ese beso no hubo más, sino algo peor: una confesión de Ernesto, tenían que separarse. ¿Por qué? Porque se estaba enamorando de ella. Pero si su padre se enteraba de lo que estaba pasando, no volverían a verse nunca más. Y que si daban un paso más lejos, Juan lo mataría. Aquello era imposible.

Pero si hay pasión y, encima, es imposible, lejos de extinguirse se multiplica.

—Volvimos a vernos cada dos por tres en eventos familiares, y sabía que él sentía las mismas ganas que yo de darnos un beso mucho más grande, por eso se iba pronto con cualquier excusa. Todos los días le escribía un mensaje diciéndole que lo echaba de menos, que teníamos mucho que hablar, que me importaba todo una mierda: necesitaba verlo. Lo borraba al instante.

Y se vieron, y se dieron ese beso, el más deseado de sus vidas, en su coche en un descampado. Pero Ernesto, de pronto, arrancó y la dejó en su casa, y salió huyendo. Volvieron al descampado más

veces, para hablar, pero siempre terminaron besándose hasta quemarse los labios, y él pisando el acelerador para salir de allí como alma que lleva el diablo, sin apenas poder articular palabra.

Así hasta que cumplió quince años y la película romántica se convirtió en algo más.

—Yo no era una niña como mis amigas, os lo juro, era una mujer. Y Ernesto no era ningún pederasta. Estaba locamente enamorado de mí. Ojalá hubiésemos tenido la misma edad, claro que habríamos tenido hijos. Nunca he vuelto a sentir lo que sentí con él. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Si habéis tenido algún sentimiento parecido, me comprenderéis.

Todos lo habíamos sentido, pero con cinco, diez o quince años más.

Lo echaba de menos constantemente. Hacían el amor, al principio con un cuidado extremo, en el coche, en descampados inhóspitos que eran mejor que cualquier lecho nupcial. Luego en hoteles de mala muerte, donde nadie preguntaba, aunque tomaban la precaución de entrar por separado. Después, sabiendo que Juan tenía fundadas sospechas, Ernesto se la llevó a su piso de Don Ramón de la Cruz, evitando a los vecinos y pidiéndole que no hiciera ruido, que no gimiera.

—Pero cuando llevábamos un año, se nos fue la cabeza: llegamos a hacerlo en los probadores de una tienda de ropa, en los baños de los bares, en la cocina de mi casa, con mis padres en el cuarto de estar. No podíamos evitarlo. Hasta que nos pillaron, claro. Yo estaba a punto de cumplir dieciséis y soñaba con cumplir dieciocho para irme a vivir con él, le tenía convencido.

—¿Os pillaron? —preguntamos todos a la vez.

—Sí. Mis padres. Fue el momento más traumático de mi vida. Estábamos en su piso follando como animales y llamaron al timbre. No hicimos ni puñetero caso. Pero empezaron a aporrear la puerta y oímos gritos: era mi padre. Por supuesto, habíamos mentido, no estábamos juntos, yo me había ido al parque con mis amigas. El piso

de Ernesto tenía puerta de servicio, como este, típico de las casas del barrio de Salamanca

—¡Por favor, dile a la agente inmobiliaria que abandone tu cuerpo! —suplicó Alfonso.

—Pues eso, que nos vestimos corriendo, él se acicaló y fue a abrir la puerta principal mientras yo, hecha unos zorros, huía por la de servicio. Y al abrirla me encontré de cara con mi madre. Lo que pasó entonces no me apetece contarlo. Golpes, gritos... Mi padre lo hubiera matado allí mismo, pero Ernesto era más fuerte y pudo huir. —Tuvo que dar otro trago de champán y suspirar—. Todo lo que supe después fue que cogió el primer vuelo a Francia para ir a su casa de los Alpes. Me escribió una carta que envió a mi tío abuelo Jacobo y que, por supuesto, jamás he leído ni leeré a nadie, y se quitó de en medio. No sé cómo lo hizo. Hasta que mi padre se enteró de su muerte, no dejó de amenazar delante de mí que lo iba a matar.

Paloma estuvo años yendo a terapia, a pesar de lo cual tuvo dos intentos de suicidio. Le costó, pero terminó aceptando que, aunque jamás sentiría algo parecido, la vida merecía la pena. No volvería a amar así, sencillamente, porque nunca volvería a tener un amor tan prohibido. Carente de expectativas, se conformó con Bruno y se casó con él, sin sentir gran cosa, porque la quería, era buen tipo y soportaba las canciones de Extremoduro.

Silencio sepulcral que respetó hasta Alfonso.

—¿No has contado lo de Ernesto a nadie más? —le pregunté.

—Sí, a sus padres. Ahí dentro. Y ahora a vosotros aquí fuera, donde empezó todo. A mi psicóloga le mentí, le dije que Ernesto tenía veinte años. Fueron mis padres los que me obligaron a hacerlo. No, no se lo he contado a nadie más.

Se lo contó a Luisa y a Jacobo porque ya lo sabían, se lo había dicho Juan poco después del entierro de Ernesto. Sucedió tan rápido que no le había dado tiempo a hacerlo antes. Los padres necesitaban respuestas, estaban desconsolados, y Juan fue tan duro

que suplicaron hablar a solas con Paloma: querían saber su versión para encontrar algo de consuelo.

Sus ojos brillaban, pero seguía sin romper a llorar.

—Les ahorré los detalles que os acabo de contar, pero les dije la verdad: que era mi culpa, que estaba locamente enamorada de su hijo desde niña, que estuvo años evitándome hasta que conseguí que se enamorarse de mí. Y que a partir de ahí fue lo mejor que me había pasado en la vida. Jacobo me abrazó; Luisa me echó de su casa, de esta casa. Terminó perdonándome, al final, ya enferma. Me llamó como si nunca hubiera pasado nada, se interesó por mí, se disculpó por no poder ayudarme. Al colgar me di cuenta de que era una despedida. No había vuelto aquí hasta hoy. Tampoco hablé con mis padres más de lo estrictamente necesario. Siempre en su justa medida, para que nadie se enterara jamás de que tuve algo con Ernesto, menuda deshonra: un viejo de la misma edad que tiene mi actual marido. La verdad es que Bruno lleva siendo un viejo desde que lo conozco. Ernesto nunca lo fue, y yo, a diferencia de Luisa, nunca perdoné a mi padre. —Meneó la cabeza.

Le hubiera perdonado todo hasta entonces, pero se dedicó a extorsionar a los padres de su difunto amigo: los amenazó con pregonar a los cuatro vientos quién fue su hijo en realidad. Y ellos le donaron un par de propiedades que en seguida vendió. Gracias a ese sucio chantaje, consiguió que Paloma terminara renunciando a su herencia.

Ni siquiera lo sabían sus hermanos, dos chicos mayores que en aquella época no tenían ojos para su hermanita, que seguían sin tenerlos y a los que les importó poco porque así tocaron a más cuando se quedaron huérfanos. Nadie fue digno de saber la verdad, hasta que tres borrachos de una frivolidad insultante la invitaron a aquella terraza, a la que tal vez nunca debió volver, pero le prometieron comprar un local de un millón de euros solo por animarla a confesar un pesado secreto que llevaba media vida queriendo compartir para que fuera más llevadero.

Abrazamos a Paloma los tres borrachos a la vez, como hizo Jacobo en su momento. Y, como él, perdonamos a la niña y al viejo Ernesto. La cagó, sí, pero no era un pederasta y no merecía tan triste final. Le dimos muchos besos y terminó llorando desconsolada.

—Estás tan guapa —le dijo Alfonso—. ¿Y por qué yo no te gusto? —Fue lo más gracioso que se le ocurrió y logró arrancarle una carcajada—. ¿Qué pasa? Soy de la edad de Ernesto, tenía que probar suerte. Y he de confesar que ahora mismo a mí me gusta más cualquiera de quince años que mi marido. —Se rio hasta el aludido—. Venga, voy a cambiar la música, ¡a bailar todos! Por algo en la isla me llaman DJ Beethoven.

Esa noche, al meterme en la cama a las dos y pico de la madrugada mientras el resto seguía de juerga, le di mil vueltas al robo del Picasso. Hasta que fui consciente de que había fumado algo raro, tomé una pastilla y decidí olvidarme para siempre del maldito cuadro. Me costó dormir, porque me lo impedían las risotadas que venían de la terraza.

El local que Paloma les enseñó aquel lunes a Gustavo y a Alfonso los espantó. Me llamó mi amigo para contármelo desde el aeropuerto:

—No sabes qué mal rato, qué angustia, pero también es su culpa: ¿de verdad no tenía nada mejor que ofrecerme? Le dije que lo sentía muchísimo, que no me valía para nada, que yo quería vender helados, que patatín patatán, y le saqué cuál habría sido su comisión. Lupita, era lo más fácil para todos, lo más barato, con menos trámites.

—Espera, ¿no le habrás dado el doble? —dije irónica.

—¿El doble? Pobre, ¡y mucho más! Le acabo de hacer la transferencia. Es que la comisión era una miseria y yo me ahorro comprarle ese tugurio infecto. Se ha ido tan contenta a casa. Mira, es el mejor final para todos. Hemos resuelto el enigma y no hay malos malísimos. Bueno, todavía te queda saber qué pasó con el Picasso.

—No, Gusi, ya no me queda nada por saber. Esto acaba así y acaba bien, perfecto. No necesito más.

53

Ese mismo lunes por la tarde, mi hija vino a casa con mi nieto mayor, el más bueno del mundo. Estábamos en el salón dibujando a Peppa Pig, compitiendo por quién lo hacía mejor. Ganaba él por goleada. Hablamos de Rebeca y de la señora Liebre, que comían zanahorias.

—Tienes que comer zanahorias —le solté, porque apenas comía verdura—. Son buenísimas para la vista.

—Prefiero llevar gafas —me respondió convencido, con seis años.

Mi hija fue a la cocina a buscar un refresco, al otro extremo del piso. Escuchamos un golpe fuerte.

—¡Me cago en...! ¡Aaah!

Ella no es de blasfemar, pero sí de caerse frecuentemente y hacerse esguinces; además, tiene poca tolerancia al dolor. Lennon acudió el primero a su rescate; detrás, su hijo y yo.

Nos la encontramos tirada en el suelo del pasillo. Ya no gritaba. Había partido un listón de madera agujereado, de los muchos que estaban en las últimas. De pronto se puso a arrancar la otra mitad de la tabla.

—¿Pero qué haces? —la regañé.

Logró deshacerse del trozo, metió la mano debajo de la tarima y sacó un collar de terciopelo negro con un diamante como una almendra.

—Os juro que me ha deslumbrado.

Lennon ladró meneando el rabo: lo reconocía.

Antes de hacer el ridículo otra vez, lo llevé a mi amigo joyero para una primera valoración.

—¿Pero qué es esto? ¿De verdad crees que este pedrusco es un auténtico diamante? —Exhaló sobre él, lo examinó, lo pesó—. Desde luego, lo parece. —Lo miró al microscopio, lo iluminó con un foco, lo frotó con una lima especial—. No me lo puedo creer. Nunca he visto nada igual. Es el diamante más grande que he tocado en toda mi vida. Es único. No me atrevo a decirte su valor. No sé lo que te llegarían a pagar por él. Yo podría darte, qué sé yo, veinte, treinta mil, los sacaría de donde fuera, pero no soy un estafador. Dios mío, es impresionante. Déjame hacerle fotos, por favor.

Me aclaró que él solo podría darme un valor aproximado conforme al peso con una tabla, pero que ese diamante se excedía en tamaño, era otra cosa. Se empeñó en darme el contacto de una colega que tenía mucha más experiencia que él en ese tipo de piezas. Antes de subastarlo, me convenía saber de qué estábamos hablando.

Mi joyero fue, por fin, muy útil, pero antes de devolverme el collar, hizo como que se lo quedaba. Amagó un par de veces. Tuve que amenazarlo con la mirada para que dejase de hacer tonterías.

Fui esa misma tarde a ver a su colega, la experta en ese tipo de piezas. Era una borde de gesto altivo y labios apretados, opuesta a mi joyero. Quizá estaba harta de los clientes que la enviaba, pero, al mirar y tocar la piedra, cambió el gesto y me miró perpleja.

—¿Tiene usted una idea de lo que puede valer esto?

—¿No va a examinar el diamante? —le pregunté de vuelta.

—Ya lo he hecho. Para pesarlo tendría que desmontarlo y eso lleva tiempo, pero es de una pureza tremenda. Puede ser de cinco, seis, siete quilates.

—¿Y eso es mucho? —Sonríe con suficiencia.

—Esto no es como el oro. Los quilates en los diamantes se refieren directamente al peso, como si la pureza se diese casi por sentada. Este es un diamante único, de una transparencia que he

visto pocas veces, con un corte perfecto, de más de un gramo de peso. Insisto, ¿tiene usted una idea de lo que puede valer esto?

—Una ligera idea. Pero quería que me diese una horquilla, por eso estoy aquí.

—Yo no puedo darle una horquilla. Es que una pieza así tiene una historia detrás. Suelen ser de gente conocida. Yo qué sé, si fue de la reina de Inglaterra, se lo compraría el Estado para ponerlo en un museo. Si fue de Liz Taylor, quizá le den un millón o diez. No tengo ni idea.

—¿Y si no fue de nadie?

—Este collar fue de alguien, no le quepa duda. Y, seguramente, antes fue de otro alguien. Semejante piedra no es de cualquiera.

—Pues es mía.

—Pues ya le digo que entonces antes fue de alguien importante.

—Gracias por su consideración hacia mi persona.

—Supongo que entiende lo que le quiero decir: hablo del valor de mercado. Hay quien paga fortunas por camisetas sudadas de futbolistas. Tiene que averiguar la historia detrás de esta joya. Y en eso no puedo ayudarla.

—Conozco la historia: lo compró mi tía en México en los años sesenta. Llegó a ser una celebridad en determinados ámbitos, pero ahora nadie se acuerda de ella.

—Eso ya es algo. En fin, supongamos que no tiene mucho mayor interés para un comprador. En ese caso, apuesto que saca más de doscientos o quizá trescientos.

Ella también quiso hacer fotos a la joya, era otra friki de las piedras.

Había ido como una valiente en metro y estuve a punto de volver de la misma manera, pero no me vi tan estúpida con semejante fortuna en el bolsillo. Paré un taxi, sin dejar un segundo de agarrar el collar fuertemente en mi mano derecha: parecía que tenía una extraña parálisis nerviosa. Al llegar a casa, no podía abrirla, estaba agarrotada.

No era tarde y llamé al galerista en activo, que había vendido en su momento los pendientes del conjunto.

—¿Jaime? Esta vez creo que sí tengo algo que te va a hacer ilusión, pero toca ponerse a estudiar la historia que hay detrás. Seguro que tú sabes algo.

Aunque de la manera menos esperada, al fin, la herencia de la tía Luisa me sacaría de apuros. Mi hija había encontrado el collar perdido, así que su petición de querer a Lennon tenía poco que ver con este fabuloso hallazgo. Una vez más, un insospechado golpe de suerte cambiaba el curso de mi vida.

54

La pareja de La Palma, por supuesto, estuvo al corriente de todo a tiempo real. Les prometí que me disponía a acometer una buena reforma. Y cuando vendiese el diamante les devolvería el dinero. Se negaron, pero juré que era condición *sine qua non* para mantener nuestra amistad.

La subasta sería a finales de septiembre, pero decidí empezar la reforma a primeros de agosto. Acepté el presupuesto de una empresa recomendada por un amigo.

Llevaba un par de días sin cruzarme apenas con Vasile. Cuando vino por la tarde a dejar a Lennon, le conté que había aparecido el collar. Se alegró mucho, incluso me dio un abrazo. Llegó a decirme que quizá Lennon lo metió por un agujero del suelo, no encontraba otra explicación, tuvo que ser él.

—Todavía no he ido a tu casa a conocer a tu sobrina —me disculpé por no darle la importancia debida—. Ya ves que mi vida es un no parar.

—¡Vente ahora! Adela está esperándome para cenar y ha hecho judías verdes. Donde comen dos, comen tres, ¿no decís algo así? Tienes que probar sus judías verdes.

Eran las nueve de la noche y no tenía cena preparada, ¿por qué no? Al día siguiente seguro que surgía algo que me lo impedía.

Fuimos dando un paseo durante el cual no paró de alabar las judías verdes de su sobrina. Me contó que tenía tres gatos y un perrito muy viejo, que por eso Lennon no podía acompañarnos: perseguía a los felinos y a los conejos. Y su perro viejo no estaba

para recibir visitas hostiles. Le pregunté si no sería conveniente avisar a su sobrina de que aparecería conmigo, lo contrario yo lo hubiera considerado gravísimo un jueves.

—¡Qué va! A ella le encantan las sorpresas. ¿A ti no?

—Según cuáles.

—¡Como a todos! Pero esta es de las buenas.

Me negué a subir dos pisos andando, estaba cansada, y él se negó a meterse en el ascensor, le pareció divertido que nos reuniéramos arriba. También se lo pareció llamar al timbre en lugar de abrir con sus propias llaves.

Nos abrió la puerta una mujer con los ojos más azules que recuerdo, parecían irreales. Tendría la edad de Paloma, poco más.

—¡Por fin! —dijo emocionada al verme, antes de darme dos besos tímidamente—. ¿Te quedas a cenar? ¿Sí? He hecho judías verdes y filetes de pollo empanados de sobra, espero que te gusten.

Un chucho ciego me ladró mirando a la pared, indignado ante mi presencia.

El recibidor ya anunciaba que era un piso formidable, decorado con cierta gracia, sin la menor pretensión. Fuimos a la cocina recorriendo un pasillo con cuadros y objetos muy coloridos, y me enseñaron por encima las habitaciones colindantes. Había escasas fotos familiares, pero situadas en lugares importantes. No paraban de hablarme mientras yo calculaba los metros cuadrados de la vivienda. Era más grande que mi antiguo piso y todavía más austero. La cocina, enorme, necesitaba una reforma carísima, aunque parecían felices sin tener una isla de piedra en medio, ni un horno que calentase los platos, ni una nevera americana de cuatro puertas, ni freidora de aire, algo a lo que yo me había hecho adicta.

Hacía calor. Me ofrecieron agua, colocaron tres platos de judías verdes y pollo sobre sendas bandejas, como en el colegio, y cogieron las suyas para regresar por el pasillo hacia el cuarto de estar, como lo llamaron. Llevaba cinco minutos y me sentía como si viviera en la casa. Dicha habitación consistía en una amplia estancia dividida en dos espacios mal aprovechados, con una pequeña mesa

de comedor en una esquina. No, no hacían grandes cenas con amigotes. El cuarto de estar con la tele estaba al otro lado y calculé que por los sofás no sacarían más de veinte euros en Wallapop. Treinta por los dos. Distinguí un gato atigrado mirándome desafiante sobre una manta. Adela me dijo que le había encantado mi última novela y se la dediqué.

Probé las judías verdes planas y, en efecto, eran extraordinarias, sabrosísimas.

—¿Pero qué le echas a esto para que estén tan buenas? ¿Las sofríes con ajo y ya está?

Adela se rio muy orgullosa, pero no me confesó la receta. En su lugar, dijo:

—Por cierto, muchas gracias por ocuparte de Lennon.

—Cómo no, qué tontería. Estoy feliz con él, es mi mejor amigo.

—Ya lo sé. Aquí no podía venir. Hubiera sido un problema. Sé que lo que has hecho no era fácil, podía haber salido mal que te fueras a vivir con un desconocido. Pero es un perro muy bueno. Muy bueno.

Era como la tercera vez que me llamaba la atención, a lo lejos, en una pared lateral, poco visible, de la zona de la tele. No, no podía ser.

—Vasile, ¿qué es eso? ¿Es una broma?

—¿El qué? Ah. No, no es una broma.

Dora Maar en trazos negros, coloreada de amarillo, rojo y verde. Blancos los labios. El fondo, en perspectiva, azul como el brillo del pelo. Quizá unas lágrimas cayendo de los ojos, pero el rostro tranquilo. Ya casi me sentía galerista: era auténtico y la subasta podría empezar con un precio de salida de doce millones de euros.

Me levanté de un impulso, me acerqué y lo contemplé de frente. Estaba colgado encima de una butaca, con un marco sencillo de madera oscura, el mismo que recordaba.

—Lo tengo ahí porque nunca da el sol —dijo Vasile, que me había seguido—. Y queda bien. Aunque quedaría bien en cualquier lado.

Me di cuenta de que tenía taquicardia, me senté en la butaca debajo del lienzo y sentí su presencia, su peso, su importancia.

—¿Puedes explicármelo? ¿De verdad es tuyo?

—¡No! Nunca ha sido mío, es de Luisa. Bueno, era. Yo solo lo guardaba según sus instrucciones. Ahora es tuyo, por querer a Lennon como sé que lo quieres. Sinceramente, no hacía falta que llegaras a quererlo tanto, te lo hubiera dado igual. Luisa venía con frecuencia a ver el cuadro. Se quedaba delante de él, sola, contemplándolo un buen rato. Luego se levantaba y se iba. Como si le rezase. ¿Ves? Te dije que era una sorpresa de las buenas.

55

Estuvimos los tres charlando frente al Picasso hasta tarde. Me lo contaron todo. Yo no podía retirar mi mirada de la de Dora Maar, como si me pellizcara cada poco para darme cuenta de que era real.

En resumen, Luisa no quería deshacerse del Picasso, y menos aún por que se lo quisieran robar, eso de ninguna manera. Pero sus argumentos no se sostenían, era pura terquedad. Nadie la entendía, hasta que Vasile lo hizo: la pintura podía ser el salvoconducto para que Lennon acabase con la mejor familia posible. Era una bala de la que tenía que deshacerse cuanto antes, sí, pero que no la quería gastar tan pronto. La reservó. Solo necesitaba a alguien en quien confiar ciegamente.

—Así que me tocó hacer lo mismo que aquel encapuchado: colarme por el tejado hasta la terraza, donde Luisa me esperaba con el lienzo bien envuelto en una sábana dentro de una bolsa grande. Fue una locura, pero no podía negarle nada.

Vasile fue leal en vida y también *post mortem*. Confesó que no solo se trataba de una cuestión de justicia; además, sabía que el espíritu de Luisa vagaría por este mundo hasta que muriera Lennon, así que debía tener cuidado con lo que hacía porque la mexicana no se quedaría de brazos cruzados. Me reiteró que él creía en los espíritus.

La engañó una vez en vida y lo pasó mal, cuando tuvo que ocultarle un detalle: no lo hizo solo, le ayudó Adela, que se iba a enterar antes o después, y Vasile, a su edad, se veía incapaz de hacerlo sin ayuda. Lo peor no fue subir al tejado, sino andar sobre

las viejas tejas. Más aún con un delicado tesoro metido en una bolsa. Lo pasaron mal, se podía haber caído, o el cuadro, y estropearse. Pero en el escaso tramo no había peligro de precipitarse a la calle y, si los pillaban, tampoco estaban cometiendo ningún delito porque Luisa confesaría y fin de la historia. Y como a ella le aterraba más tener que dar explicaciones que las posibles consecuencias legales de su falsa denuncia, lo planeó a conciencia, sin fisuras, con ochenta y tantos años. Gozaba de una cabeza privilegiada, pero cuando tuvo que hablar con la policía, se convirtió en una anciana senil, que lo mismo decía una cosa que la contraria o se hacía la sorda. Se salió con la suya: el complot salió a la perfección y nunca los descubrieron.

—No olvidaré el momento en el que me lo dio: sin bajar del tejado, tiré una cuerda con un mosquetón y, antes de enganchar la bolsa, me hizo jurar que el cuadro no era mío, sino de Lennon.

—Alucinas de cómo registraron este piso —intervino Adela—. Lo dejaron todo patas arriba, nos desmontaron los muebles, estuvieron a punto de picar algunas paredes y techos. Bueno, no lo hicieron porque Luisa vino con ellos y se lo prohibió.

—¿Y dónde estaba el cuadro en ese momento?

—En el maletero de su coche —aclaró Vasile—. Tenía una copia de la llave y sabíamos más o menos cuándo iban a venir a registrar la casa. Estuvo en su coche varios días, hasta que la cosa se calmó y dejamos de ser sospechosos. De todos modos, tardamos años en colgarlo en la pared, y todavía lo escondemos en la misma bolsa cuando alguien llama al telefonillo. Excepto hoy.

—Menos mal que tenemos pocas visitas —ironizó Adela.

—¿Luisa tenía coche entonces? —Volví a sentirme periodista.

—Sí, pero tampoco lo busques, me lo regaló poco después. El mío estaba ya muy mal; siempre usaba el suyo para llevar a Lennon, por eso tenía la copia de las llaves.

—¿Puedo preguntarte qué coche era? En todo este tiempo nunca lo he visto.

—Un Dacia.

Un Dacia. Vasile me contó que, al poco de morir Jacobo, Luisa vendió su viejo y ridículo Aston Martin junto a la plaza de garaje y compró el coche más barato de segunda mano que encontró, con el asesoramiento del rumano. Y entendí que lo compró por él y por Lennon, ella apenas conducía ya. Dora Maar había estado días encerrada en el maletero de un Dacia Logan aparcado en la calle cubierto de cagadas de paloma. Me pregunté cuántos propietarios de un Picasso lo serían también de un Dacia.

—¿No vais a echar de menos a esta mujer de colores? —La señalé.

Se quedaron mudos. Era algo en lo que no se habían parado a pensar. No me respondieron nada concluyente: por un lado sí, por otro no. Adela se mojó algo más.

—Si fuese mío, lo hubiera vendido hace mucho. Pero nunca lo he sentido así, nunca he sentido que fuéramos ricos por tenerlo en la pared. Lo que nos cambió la vida fue la casa, ¡eso sí que lo echaría de menos!

Desde luego, no vivían como ricos, pero sí en un fabuloso piso con un cuadro dentro que lo convertía en uno de los más codiciados del barrio de Salamanca. ¿Qué digo? El más codiciado de España, o incluso del mundo.

—¿Qué habría pasado si no hubiese aceptado a Lennon? ¿Quién era el siguiente candidato de la lista para cuidarlo y heredar el Picasso?

De nuevo se encogieron de hombros.

—No había plan B. Luisa estaba segura de que eras la perfecta madre adoptiva de Lennon. Así que nos has ahorrado un problema.

Me mostraron todo tipo de certificaciones: autenticidad, compraventa, herencia. Sí, herencia: una nota manuscrita de Luisa que convertía heredero legítimo del lienzo a quien considerase Vasile, en función de cómo cuidase ese alguien a Lennon. El rumano podía haberse quedado el cuadro y venderlo incluso legalmente, solo tenía que no considerarme apta a mí ni a nadie; habría sido muy fácil. Pero Luisa confiaba plenamente en él, sabía que jamás se le

pasaría por la cabeza dejar desamparado a Lennon, que antes moriría de hambre. Le había salvado la vida y apenas le había pedido nada a cambio. Fue su última voluntad, ¿cómo no respetarla? Ya pagaba sus facturas viviendo en un piso fantástico gracias a ella, no podía pedirle nada más, y mucho menos robarle. Siempre se sentiría en deuda con el segundo amor de su vida. Para colmo, temía a su fantasma. Tenía un miedo sobrenatural a los fantasmas.

Volví a mirar a Dora Maar; era mía, y llené de aire mis pulmones. Aquella joyera tenía razón: una obra de arte única siempre tiene una buena historia detrás.

—Algún día venderé este cuadro y os compensaré con creces por las molestias que os ha ocasionado.

—Imposible. No vamos a aceptarlo. Nosotros ya estamos muy bien pagados.

—No admito discusión, no os he preguntado. Es así: plata o plomo. —No pillaron la referencia, me dio igual. Sí caí en ese momento en un problema logístico de fácil solución—. Os tengo que pedir un último favor: que os lo quedéis unos días más hasta que encuentre la manera de transportarlo. No voy a llevármelo ahora debajo del brazo.

—¿Cómo que no? Si todavía conservo la bolsa en que lo traje. Lo envolvemos en una sábana y listo. Te acompaño y lo llevo a tu casa, faltaría más. Mientras no tenga que entrar por el tejado, no hay problema.

Y así fue el paseo de vuelta a casa más surrealista de mi vida, acompañada por la calle de un octogenario rumano cargando en una vieja bolsa de Ikea una obra de valor incalculable. Nos cruzamos con más de un par de tipos que, de haberlo sabido, nos hubieran matado ahí mismo con sus propias manos con tal de llevarse la bolsa. Vasile la dejó en el vestíbulo y salió con Lennon para un paseo rápido.

Hasta que volvieron, yo me quedé incrédula, mirando la bolsa azul con el ceño fruncido sin saber bien cuál era el próximo paso.

A la semana siguiente empezaría la reforma del ático: unos operarios desconocidos lo levantarían casi entero para quedarse trabajando todo el verano mientras yo estuviese fuera. Como bien decía Gustavo, la mejor manera de que nadie te robe es que nadie sepa que tienes nada, o algo muy parecido. Así que no saqué el lienzo de la bolsa, lo bajé tal cual al trastero, colocándolo en el mejor sitio que se me ocurrió, en alto, y puse las tres copias de la puerta que tenía en mi llavero. Además de quienes me lo habían entregado, nadie más sabía que tenía semejante tesoro en un sótano.

Bajé también mi querido Alcaín y algunos otros objetos de escaso valor, para protegerlos bien. Mi hijo me ayudó con el falso Fortuny de Alfonso, porque era más grande y pesado.

—¡Pero si no vale nada! —protestó al descolgarlo.

—¿Te das cuenta de cómo eres? Luego que no te extrañe por qué la gente quiere más a tu hermana que a ti.

—Si no me extraña, pero entonces ¿por qué siempre me toca a mí cargar con los bultos? Pídeselo a ella, digo yo.

Me instalé en la casa de la playa un mes largo de inactividad. No había nada que temer.

56

Cada reencuentro con el mar es especial, pero cuanto más vieja me hago, más lo valoro. Sobre todo, cuando se trata de ese mar Mediterráneo en el que depositamos sus cenizas. La imagen que dejamos de nosotros mismos constituye la parte más valiosa de cualquier herencia, y me siento orgullosa de haber contribuido a consolidar el prestigio del padre de mis hijos, al que habíamos perdido hacía veinte años. Desde entonces, rezamos al mar desde la playa. Aquel verano lo hice con más fervor que nunca. Ya tenía poco que temer, todo iba a salir bien. Estaba muy cerca el final.

Cuando regresé al ático, antes de fijarme en la reforma aún por terminar, dejé los bultos y bajé corriendo al trastero. En el ascensor jugueteé con las llaves, me temblaba el pulso. No podían haberlo robado, era inconcebible. ¿Por qué entonces el corazón me palpitaba asustado? ¿Acaso tenía una premonición? Llegué a las entrañas del edificio y me dirigí rápida hacia la puerta de mi trastero, tratando de no dar más vueltas a la cabeza.

Llegué, abrí y ahí lo encontré, tal como lo había dejado.

La reforma iba viento en popa, podía vivir en la casa cómodamente mientras se terminaba de rematar. Mi habitación, mi baño, el pasillo y toda la zona social estaban terminadas. El suelo de roble en espiga

lucía de un modo espectacular. La casa era otra, se había convertido en un auténtico palacio; al menos, yo lo veía así.

Llegó el momento de volver a colocar el Picasso donde siempre estuvo, aunque ahora la pared fuera nueva. Pedí a un albañil que me pusiera unos rieles estupendos cerca del techo en sitios estratégicos para poder colgar después los cuadros a mi gusto, como en las galerías de arte.

La primera que apareció en casa fue mi hija con mi nieto, el que no comía verdura.

—¡Está quedando impresionante, madre! Uy, ese cuadro es nuevo, ¿no? Parece un Picasso.

—Es una magnífica copia de Alfie del original que Luisa tenía en esta misma pared.

—Ya. Oye, madre, tenemos que decirte una cosa. Lo hemos estado hablando y hemos decidido...

—¡Nos vamos al volcán! —interrumpió mi nieto emocionado.

—Pues eso, que nos vamos una temporada a La Palma con Gustavo y Alfonso. A ver qué tal.

Se enjugó los ojos, es de lágrima fácil. Yo me contuve, estoica.

—Me da mucha envidia, me iría con vosotros, pero por ahora no puedo. —Miré a Lennon de soslayo, para que no notase el desplante —. Y menos dramas, que siempre podéis volver.

Imaginé que estarían muy bien allí y tardarían mucho en regresar.

Al rato se unieron mi hijo, su mujer y mi nieto pequeño, el que sí comía verdura y destruía todo a su paso.

—Mamá, ¿qué es eso?

—Una copia de Alfonso que tenía por ahí muerta del asco. Es buena, ¿verdad?

—¿Por ahí dónde? ¿Hizo una copia del cuadro? —Mi nuera, que es experta en arte y, además, pinta genial, se acercó.

—A mí me dices que es el auténtico y me lo creo.

Mi nieto pequeño, armado con un rotulador y en brazos de su padre, quiso pintarrajearlo. Me lancé a impedirlo a toda velocidad.

Nos sentamos a tomar un aperitivo en el salón y mi hija contó a la familia de su hermano su decisión, determinando el curso de la conversación, eclipsando a Dora Maar e incluso al destructor, que intentaba subirse encima de Lennon. El que prefería llevar gafas antes que comer zanahoria fue a poner orden entre su primo pequeño y el pastor inglés y terminaron los tres jugando, riendo y ladrando. Se estaba forjando una imagen que no olvidaría jamás. Y pensé que el título de mi historia bien podría ser *La herencia de Lennon*. Por supuesto que el perro era más importante que Dora Maar y el diamante.

Me emocioné, porque de pronto mis hijos me agradecieron lo que había hecho por ellos. Que tenía que ser una madre orgullosa y satisfecha, porque les había dado más de lo que podían pedir. Que ojalá ellos pudieran dar la mitad a sus hijos. Y ojalá mis nietos estén algún día la mitad de orgullosos y agradecidos con sus padres, como ellos lo están de nosotros. Fue una buena despedida, pero todas las despedidas tienen un punto de tristeza.

Se subastó el diamante y quise llamar a la experta para decirle que hubiera ganado su apuesta: pagaron más de doscientos. Devolví a Gustavo su préstamo y tuve más que de sobra para pagar la reforma que estaba a punto de terminar. Pero no me daba para vivir sin trabajar el resto de mi vida, por corta que fuera. Menos aún para mis hijos y mis nietos. Me quedé pensando en el valor del Picasso.

Siempre que podía, me sentaba frente a Dora Maar. Llegué a hablar con ella, a disculparme, a despedirme. Incluso a llorar contemplando sus lágrimas. A su lado estaba el falso Fortuny. Me imaginé a Luisa allí mismo, haciendo pasar el Fortuny por verdadero para que, años después, su heredera hiciera pasar el Picasso por falso. Su mentira perduró años, la mía tenía los días contados. Las horas.

57

Al día siguiente recibí una videollamada de la pareja de La Palma.

—¿Así que una copia mía? ¡Cómo no nos dices nada, canalla! Menos mal que tu hija sí nos quiere.

—Oye, bruja —intervino Gustavo—. Ya decía yo: mira esta, lleva días sin dar señales. ¡Despechada! ¿Desde cuándo lo tienes? ¿Dónde estaba, maldita?

—También podíais alegraros un poco por mí —protesté.

—¡No! —exclamó Alfonso—. Nos alegramos por nosotros, que ya tenemos un vuelo para ir a verlo este fin de semana. Haz planes pero déjanos las llaves, no vamos a salir de tu salón.

Me puse un vino para contarles la verdad, casi toda la verdad y poco más que la verdad. Por supuesto, gritaron varias veces que lo sabían.

—¡Vasile, siempre te lo dije! ¿Pero cómo pudo confiar tanto en él? Estuvieron liados, pongo la mano en el fuego.

—No lo creo, de verdad. —Ahí mentí del todo—. Lo habría descubierto.

—Ya da igual. Me alegro muchísimo —concedió al fin Gustavo—. Te lo mereces.

Subastaría el cuadro después de esa visita. La noticia estaba a punto de correr como la pólvora, no podía detenerla ni estaba dispuesta a vivir con miedo. ¿Qué haría con semejante cantidad de dinero? ¿Qué harían mis hijos, mis nietos? Además, se sabría que era millonaria de la noche a la mañana. Todo el mundo vendría a lo que fuera, unos a pedir y otros a robar, pero vendrían.

El viernes llegó la pareja palmera. Nos abrazamos los tres a la vez, Lennon también se puso contento. Los llevé al salón con protocolo, haciéndoles saber que eran los primeros invitados que veían otra vez a Dora Maar donde siempre estuvo. No les advertí que serían los últimos y los únicos.

Se plantaron frente al lienzo en absoluto silencio. Se acercaron. Gustavo se llevó las manos a la boca, emocionado, supuse que estaba viajando a otra época.

Cenamos comida india, como mandaba la tradición.

—¿Qué has pensado hacer con el cuadro? —me preguntó Alfonso, dando por hecho que lo vendería.

—Venderlo, no me queda otra. Yo no puedo tenerlo aquí, ya lo he asumido. —Hubo un silencio espeso.

—Claro, claro —comenzó Gustavo—. Hemos pensado que podríamos comprártelo, pero necesitamos tiempo. O pagártelo a plazos. No podemos darte ahora de golpe lo que vale, habría que malvenderlo todo y no tendríamos ni una triste pared donde colgarlo. Hay que hacerlo bien.

—A no ser que aceptes el Modigliani como parte del precio y sigas con el mismo problema —añadió Alfonso.

—Olvidaos —respondí despreocupada—. ¿Más vino? —Se quedaron contrariados.

—No sé, Lupita, ¿es que tienes ya un comprador?

—Sí. Vosotros. Es curioso, me pasa como a Luisa, me ha poseído, no me apetece que el cuadro lo tenga nadie más que vosotros. Pero quiero haceros un buen descuento. Me niego a ser multimillonaria. Ya sabéis el mal rollo que tengo con el dinero ¿Cuánto podríais darme sin que os supusiera un problema? Y eso incluye no vender el Modigliani.

Emocionados, se pusieron de acuerdo en una cifra que seguía siendo desorbitada.

—Y la heladería entera, para que la lleve tu hija —incluyó Alfonso.

—La heladería. —Di un sorbo de vino, haciéndome la interesante—. No, no puedo aceptar la oferta.

—No aceptas —repitió Gustavo aún más desconcertado.

—No, Gusi. Exijo tres millones menos y discreción absoluta, sé que esto último no os supone ningún problema. Además de la heladería, también quiero el Sorolla. Esta pared va a quedar muy triste y no me gusta dejarla vacía. Sé que desprenderos del Sorolla os va a doler, pero entendéis de arte, no podéis rechazar mi oferta. Seguiréis viéndolo cuando queráis, como yo a Dora Maar. ¿Trato hecho?

Gustavo se emocionó de nuevo. Ver el Picasso cada mañana le cambiaría la vida. Lejos de provocarle inquietud, le iba a permitir vivir tranquilo.

—Hasta ahora me ha quitado el sueño. Ahora me lo va a dar. Y si me tienen que matar para robármelo, que me maten. ¿Qué mejor manera de morir?

Mi hijo fue el último en enterarse de que el Picasso era auténtico y me echó una bronca mientras me abrazaba llorando de felicidad.

Mi hija y mi nieto se fueron a vivir a La Palma. Me alegré mucho por ellos, pero, no sé por qué, no paraba de llorar. Sería de felicidad, de qué si no.

Lograr poner fin a una historia es tan importante como iniciarla con acierto. En esta ocasión, el cuento de la lechera tuvo un final feliz. La herencia de la tía Luisa resultó más valiosa de lo que al principio pude imaginar. Garantizó el pan de mis hijos, de mis nietos y de Lennon. Solo me quedaba pedir para ellos un último deseo: que el dinero nunca se convirtiera en un problema, que fueran tan afortunados como yo y que la vida les tratase tan bien como a mí.

La mejor parte de la herencia es que les dejo una almohada rellena de buenos recuerdos para que tengan los mejores sueños.

El pan de mis hijos
Nativel Preciado

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *El pan de mis hijos*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la cubierta, Henar Bayón

© Nativel Preciado, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-670-7774-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es